ELLOS ESCRIBIERON SU SILENCIO.
ELLA ESCRIBIRÁ SU VERDAD.

LA VERSIÓN DE NORA

UN THRILLER PSICOLÓGICO Y JUDICIAL



MÍRIAM P. ANDREU

LA VERSIÓN DE NORA

Una novela de

MÍRIAM P. ANDREU

© 2026 Míriam P. Andreu

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra por cualquier medio, salvo en los casos permitidos por la legislación vigente o con autorización expresa de la autora.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, organizaciones y acontecimientos son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o fallecidas, o con hechos reales es mera coincidencia.

Primera edición: 2026

Edición independiente.

A David, mi otro yo. Por caminar siempre a mi lado. Por ser hogar.

A Pol y Biel, por todo el color que traen a mi vida.

Hay silencios que la memoria impone y verdades que encuentran la forma de regresar.

ÍNDICE

Prólogo. Once minutos
PRIMERA PARTE · LA HUIDA
1. La casa en silencio
2. El último autobús
3. Una desconocida bajo la lluvia
4. La habitación vacía
5. Aprender a desaparecer
6. La voz al otro lado
7. La marca en el brazo
SEGUNDA PARTE · LA MUJER QUE TENÍA MIEDO
8. Los miércoles
9. Un nombre en televisión
10. La carpeta azul
11. Lo que no debes preguntar
12. La voz de Elena
13. Cuando despertó
14. No te encontré por casualidad
15. El cuerpo
TERCERA PARTE · LA ACUSADA
16. Ya lo sabían
17. Prisión provisional
18. La celda 214
19. La deuda
20. El abogado de oficio

21. Diecisiete minutos
22. El segundo teléfono
23. Mujeres sin apellido
24. Era una informante
CUARTA PARTE · AQUELLA NOCHE
25. La cicatriz
26. La visita de Tomás
27. Una mujer desaparecida
28. El mapa de Inés
29. La mujer detrás de la puerta
30. La niña que abrió el cerrojo
31. La misma canción
32. La filtración
33. La grabación incompleta
QUINTA PARTE · EL JUICIO
34. La sala
35. No rellenarlo
36. Antes de las 22:18
37. Nadie la oyó
38. Inés habla
39. Los once minutos
40. El hombre impecable
41. El veredicto
Epílogo. La puerta abierta

Prólogo. Once minutos

Semanas después, de aquella noche quedarían una muerte, una llamada a la policía que Nora no había hecho y un cuchillo que terminó en sus manos sin que recordara haberlo cogido. Entre las 22:18 y las 22:29 había una franja de once minutos que no podía reconstruir de principio a fin; la continuidad se rompía después de buscar el pulso de Inés. Los informes, las pruebas y quienes estaban dispuestos a hablar acabarían contando una historia bastante clara sobre lo ocurrido. Pero en esa historia faltaba algo. Faltaba la versión de Nora.

PRIMERA PARTE · LA HUIDA

1. La casa en silencio

La casa no se quedaba en silencio cuando Tomás dejaba de gritar. Entonces empezaba el momento de una falsa calma en la que los ruidos pequeños adquirían una presencia desmesurada: el zumbido del frigorífico, el goteo irregular del grifo de la cocina, la madera del pasillo que cedía bajo el peso de alguien al caminar. Nora conocía aquella clase de quietud desde niña y sabía que presagiaba la continuación de nada bueno. La tormenta seguía allí; solo estaba decidiendo hacia dónde moverse.

Aquella tarde, el primer golpe sonó mientras se quitaba los zapatos en la entrada. Pero antes hubo un arrastre de patas sobre las baldosas, luego algo chocó contra la encimera y, al final, una respiración cortada que reconoció como la de su madre. Nora se quedó inmóvil, con una zapatilla en la mano y la otra todavía puesta. La puerta de la cocina estaba casi cerrada.

—Te he hecho una pregunta —dijo Tomás.

Hablaba bajo, como casi siempre al principio; nunca necesitaba levantar la voz.

Nora dejó las zapatillas junto al perchero y avanzó por el pasillo sin encender la luz. Por la abertura vio una silla volcada y una bolsa de la compra desparramada por el suelo. Elena, su madre, estaba junto al fregadero, apoyada con una mano en el mármol y echando el cuerpo hacia atrás, mientras su padre Tomás la sujetaba por la parte alta del brazo. A sus pies, una taza rota dejaba escapar un hilillo de café.

—No lo sé —respondió Elena—. Ya te lo he dicho.

—Y yo te he dicho que no me mientas.

Los dedos de Tomás se cerraron un poco más. Elena cerró los ojos apenas un instante, intentando negar lo que estaba ocurriendo. Nora conocía bien esa manera de resistir: la barbilla baja, los

hombros flojos, ninguna palabra que pudiera utilizarse después como provocación. Durante años había confundido esa inmovilidad con resignación.

—Suéltala —se atrevió a decir Nora.

Tomás giró la cabeza despacio hacia la puerta. No pareció sorprendido al verla. Más bien parecía haber esperado que apareciera. Soltó a Elena, aunque siguió a su lado, y bajo la manga remangada empezó a dibujarse la marca de sus dedos.

—Mira quién ha decidido llegar a casa.

Nora no apartó la mirada. Tenía veintiún años, pero frente a él regresaba con una facilidad humillante a la niña que calculaba la distancia hasta una puerta y sabía, por la forma en que su padre dejaba las llaves, si aquella noche habría cena o convenía esperar a que se durmiera. Quiso retroceder. Consiguió no hacerlo.

—He salido a dar una vuelta.

—Has salido a dar una vuelta —repitió Tomás, demorándose en las palabras como si ya hubiera encontrado la mentira que buscaba —. ¿Con la mochila?

Nora miró hacia el recibidor. La mochila pequeña que utilizaba casi a diario colgaba del perchero, donde acababa de dejarla. Dentro no había más que una botella de agua, una libreta y un jersey fino. Aun así, la pregunta le secó la boca. Desde hacía dos semanas escondía otra bolsa, una vieja de deporte, al fondo del armario. Había metido ropa y la había vuelto a sacar tres veces. Ni siquiera ella sabía si estaba preparando una huida o tenía la misma sumisión que su madre.

—Siempre la llevo.

—Últimamente haces muchas cosas que antes no hacías.

Elena levantó la cara.

—Tomás, la cena está casi lista. Siéntate y te sirvo algo.

Él no respondió. Avanzó un paso hacia Nora y, con ese movimiento, la cocina pareció hacerse más pequeña. A ella le costó respirar. Olía a tabaco negro y al licor que Tomás intentaba disimular con caramelos de menta. Él levantó una mano y le apartó un mechón de la frente. La delicadeza del gesto resultó ser peor que si le hubiera dado un puñetazo.

—Tú también estás aprendiendo a ocultarme cosas.

La yema del pulgar le rozó la sien. Nora contuvo el aire. En los ojos de su padre no vio rabia, sino la seguridad de quien cree que puede atravesar cualquier límite y esperar a que sean los demás quienes pierdan el control. Entendió que aquello ya no iba a terminar en Elena. Tal vez no iba a ser esa tarde la del primer golpe, o quizá la agresión no fuera de la misma manera que con su madre, pero Tomás había empezado a mirarla a ella y no volvería a apartarla.

—No te oculto nada.

—Mírame cuando me hables.

Nora ya lo estaba mirando.

Elena cogió la sartén del fogón sin guante. El metal le quemó la palma y la dejó caer en el fregadero con un estrépito que hizo vibrar los vasos del armario. Tomás se volvió de inmediato. Durante un segundo pareció no comprender qué había pasado; después cruzó la cocina y empujó a Elena contra la encimera.

—¿No sabes hacer nada sin montar un espectáculo?

Nora se movió antes de pensarlo, le agarró la muñeca con ambas manos y tiró. Tomás se liberó con un gesto rápido y la apartó de un revés con el antebrazo. No llegó a darle en la cara, pero la lanzó contra el marco de la puerta. El latigazo del golpe le recorrió el hombro y, durante un instante, pensó en cuántas veces habría sentido algo parecido su madre. La cocina quedó inmóvil.

Tomás la miró con una expresión extraña, sorprendido por lo que acababa de hacer. Nora se llevó una mano al hombro y notó el latido bajo la piel. Había imaginado muchas veces cómo sería ese primer golpe dirigido contra ella: violento, definitivo, imposible de explicar como un accidente. Había resultado casi insignificante, un movimiento rápido que cualquiera podría minimizar al contarlo. Eso fue precisamente lo que la asustó. No había necesitado furia. A Tomás le había salido con naturalidad.

Elena se colocó entre los dos.

—Déjala.

—Apártate.

—La cena se ha quemado. Te prepararé otra cosa.

Tomás pasó la mirada de una a otra. La tensión le endureció la boca, aunque el cansancio y el alcohol parecieron pesar más que sus ganas de continuar. Recogió una de las naranjas del suelo, la dejó sobre la mesa con un golpe y se quitó la chaqueta.

—No quiero veros cuando me levante —dijo—. Y recoge esto.

Salió de la cocina sin prisas; sus pasos subieron por la escalera, recorrieron el piso de arriba y se detuvieron justo sobre sus cabezas. Poco después se cerró la puerta del dormitorio. Nora esperó el chirrido del somier, luego el golpe sordo de una bota contra el suelo y, después, el de la segunda. Solo entonces el aire volvió a entrarle con normalidad.

Elena enderezó la silla usando la mano que no se había quemado y empezó a recoger los trozos de la taza.

—Déjalo —dijo Nora—. Mamá, déjalo.

—Si baja y lo ve así…

—Que lo vea.

Elena siguió sin responder. Puso los fragmentos sobre una hoja de periódico y secó el café con un paño. Tenía el labio inferior abierto por dentro; cada vez que pasaba la lengua por la herida aparecía una sombra rojiza en la comisura. Nora percibió el olor tenue del metal antes de ver la sangre y el estómago se le cerró. Durante una fracción de segundo, la cocina perdió luz y la madera del marco pareció hincharse por la humedad. Oyó una respiración que no pertenecía a ninguna de las dos.

Parpadeó hasta que todo volvió a su sitio, aunque le quedó un frío pegajoso en la nuca.

—Tenemos que llamar a alguien.

Elena dobló el periódico alrededor de los restos de cerámica.

—¿A quién?

—A la policía. A una vecina. A quien sea. No puedes seguir aquí.

—Habla más bajo.

—Siempre me dices lo mismo.

El reproche salió más duro de lo que Nora pretendía. Elena se quedó quieta con el paquete de cristales en las manos. No intentó defenderse ni recordó en voz alta todas las veces que Tomás había convertido los moratones en caídas y los gritos en una discusión

doméstica. Se limitó a mirarla. Y Nora encontró en su rostro algo que quizá no había sabido reconocer: una decisión agotada, aplazada hasta que apenas quedaba margen para seguir posponiéndola.

—Tú sí puedes marcharte —dijo Elena.

Nora tardó un momento en entenderla.

—¿Qué?

—Ahora. Antes de que despierte.

Elena tiró los cristales a la basura, se secó las manos en el delantal y salió al pasillo. Nora la siguió hasta la despensa, un hueco estrecho bajo la escalera donde guardaban conservas, productos de limpieza y todo aquello que Tomás no utilizaba porque consideraba que no le correspondía. Su madre cerró la puerta detrás de ellas, encendió la bombilla y el olor a jabón, patatas y humedad llenó el espacio.

De la caja donde guardaban las pinzas de tender, Elena sacó una llave pequeña. Se arrodilló ante un armario bajo, retiró dos paquetes de arroz y abrió una chapa interior que Nora siempre había creído fija. Detrás había un sobre doblado, un cargador de teléfono que Nora no reconoció y una bolsita de tela.

—Llevo guardándolo desde el invierno —explicó.

Nora abrió el sobre. Encontró billetes de veinte y de diez, algunos tan usados que casi habían perdido la rigidez, y varias monedas envueltas para impedir que sonaran al moverlas. No era una gran cantidad, pero sí mucho más de lo que Elena podía retirar sin que Tomás acabara notándolo.

—¿Cómo…?

—De la compra. De lo que me daba tu tía en Navidad. Vendí la pulsera de la abuela.

Nora cerró los dedos sobre el sobre.

—No voy a irme sin ti.

—Sí vas a hacerlo.

—Podemos salir las dos. Hay tiempo.

Elena negó con la cabeza. No había vacilación en el gesto. Era la negativa de alguien que había repetido aquella conversación a solas muchas noches.

—Si desaparecemos las dos, nos encontrará antes de que lleguemos a la carretera. A ti todavía te dejará llegar lejos porque pensará que volverás, que no sabes vivir sin esta casa. Yo me encargaré de que siga creyéndolo unas horas.

—Puede hacerte daño.

—También puede hacérmelo si te quedas.

La sencillez de la respuesta hizo más daño que cualquier promesa. Nora quiso enfadarse, decirle que aquello no era protegerla, sino obligarla a marcharse cargando con lo que le sucediera a ella. Pero vio el enrojecimiento alrededor de la muñeca de Elena y la ampolla que empezaba a levantarse en su palma. Su madre no le estaba pidiendo que la abandonara. Le estaba ofreciendo la única salida que había conseguido preparar.

—Ven mañana —insistió Nora—. Cuando yo esté lejos, denúncialo y ven. Te llamaré desde otro número.

—No me llames hasta que yo te mande un mensaje.

—Mamá…

—No uses tu tarjeta. No le digas a nadie dónde estás. Y no vayas a casa de tu tía; es el primer sitio al que irá.

Cada instrucción demostraba cuánto llevaba Elena pensando en aquello sin que Nora lo advirtiera. De la bolsita de tela sacó el documento de identidad de su hija y la tarjeta sanitaria. Nora llevaba meses convencida de que Tomás los guardaba en el cajón de su escritorio.

—Los cogí esta mañana —dijo Elena—. Creo que sospecha que querías marcharte. Por eso ha preguntado por la mochila.

Arriba crujió el somier. Las dos levantaron la cabeza y esperaron. Luego llegó la tos de Tomás, áspera y profunda, seguida de un murmullo que ninguna de las dos entendió. Elena apagó la luz de la despensa. En la oscuridad buscó la mano de Nora y le cerró los dedos alrededor de los documentos.

—Prepara la bolsa. Yo vigilo.

Nora subió a su habitación pisando cerca de la pared, donde la madera gemía menos. La puerta del dormitorio de sus padres estaba cerrada. Detrás se oía la respiración irregular de Tomás, interrumpida de vez en cuando por un carraspeo. Al pasar sintió el

mismo miedo que ante un animal dormido: el silencio no lo volvía inofensivo, solo hacía más difícil saber cuándo iba a moverse.

Sacó la bolsa de deporte del armario. Metió dos pantalones, ropa interior, tres camisetas, un jersey, el cepillo de dientes y la libreta donde apuntaba sus gastos. Al llegar a la fotografía del escritorio dudó. En ella aparecían los tres durante una fiesta del pueblo, con las manos de Tomás apoyadas sobre los hombros de Elena y de Nora. Cualquiera habría pensado que las abrazaba. Dejó la foto donde estaba.

Veintiún años cabían en una bolsa que apenas pesaba.

Se cambió la camiseta para tapar el enrojecimiento del hombro y guardó el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta. Antes de marcharse abrió el cajón de la mesilla, donde había una llave de casa, unas entradas viejas y un papel con contraseñas que Tomás no conocía. Se llevó el papel. La llave se quedó sobre la madera. No quería cargar con nada que pudiera hacerle pensar, ni siquiera por costumbre, que aquella salida era temporal.

Cuando bajó, Elena había limpiado la cocina y dejado un plato cubierto sobre la mesa, como si todavía fuera posible devolver la tarde a su sitio antes de que Tomás despertara. Llevaba el pelo recogido y se había puesto crema en la comisura del labio. A Nora le dolió más esa normalidad que el desorden que había visto al llegar.

—El último autobús sale dentro de poco —susurró Elena—. Ve por el camino de detrás de las huertas. No pases por la plaza hasta el final.

—Dime que vendrás.

Elena le sostuvo la mirada, pero no quiso mentirle.

—Te diré que salgas por esa puerta.

Nora dejó la bolsa en el suelo y la abrazó. Su madre mantuvo al principio los brazos junto al cuerpo, rígidos por tantos años de aprender a no hacer ruido. Después los levantó y la estrechó con una fuerza que Nora no le conocía. Ninguna se despidió. Pronunciarlo habría convertido la marcha en algo definitivo y ninguna estaba preparada para hacerlo. Quedaron el olor a jabón de la ropa de Elena, su respiración contra el cuello de Nora y una frase dicha tan bajo que casi desapareció bajo el zumbido del frigorífico.

—No vuelvas porque él te lo ordene.

Un golpe sonó arriba.

—¡Elena!

La voz de Tomás bajó por la escalera y llenó la casa. Elena separó a Nora, recogió la bolsa y se la puso entre las manos.

—Ahora.

Nora abrió la puerta trasera. El aire frío le golpeó la cara y le trajo olor a tierra húmeda y humo de chimeneas. Se quedó un instante en el umbral, con un pie dentro de la casa y el otro sobre la losa del patio. Toda su vida estaba al otro lado de aquella puerta. También estaban allí todos los motivos por los que tenía que cruzarla.

—¿Dónde está tu hija? —oyó preguntar a Tomás.

—En su habitación —respondió Elena.

La mentira sonó serena, y Nora salió cerrando con cuidado para que el pestillo no golpeara.

Atravesó las huertas por el sendero que su madre le había indicado. No llevaba paraguas y, cuando empezó a caer una llovizna fina que le mojaba el pelo, aceleró el paso. Cada vez que una rama crujía imaginaba la puerta abriéndose a su espalda, los faros del coche barriendo el camino o la voz de Tomás pronunciando su nombre con aquella calma que siempre anunciaba algo peor. Nadie salió detrás de ella.

Desde la última curva volvió a ver la casa. La ventana de la cocina formaba un rectángulo amarillo en mitad de la oscuridad; en el piso de arriba acababa de encenderse una luz. Nora imaginó a Elena recogiendo el plato, respondiendo preguntas, calculando cuánto tiempo podría regalarle todavía. Quiso regresar. El impulso fue tan fuerte que tuvo que detenerse y apretar los documentos contra el pecho para recordar que su madre no había guardado dinero durante meses para verla volver diez minutos después.

Siguió hasta la carretera. A lo lejos aparecieron las luces del autobús. Nora echó a correr con la bolsa golpeándole la cadera. No se despidió del pueblo, ni de la casa, ni de la vida que dejaba allí. Si miraba demasiado tiempo hacia atrás, temía acabar confundiendo el miedo con la obligación de volver.

2. El último autobús

El autobús apareció al otro lado de la carretera cuando Nora todavía estaba a unos cincuenta metros de la marquesina. Primero vio el reflejo de los faros sobre el asfalto mojado; después, el vehículo tomó la curva con una lentitud que, en aquel momento, le pareció casi deliberada. Levantó un brazo y echó a correr. La bolsa de deporte apenas pesaba, pero el hombro lastimado protestaba con cada zancada y la llovizna se le metía en los ojos. Aun así, siguió mirando hacia atrás hasta que las puertas se abrieron delante de ella.

—A la ciudad —dijo, inclinándose un poco para recuperar el aliento.

El conductor, un hombre de pelo gris que llevaba las mangas de la camisa remangadas pese al frío, señaló con la barbilla la máquina expendedora de billetes. Nora sacó el sobre que le había dado Elena y lo mantuvo medio escondido entre los pliegues de la chaqueta mientras separaba el importe. Contó mal dos veces. Le temblaban los dedos y las monedas, envueltas por su madre para que no hicieran ruido, se habían pegado unas a otras con la humedad.

—Solo ida —precisó el conductor.

Nora tardó un segundo en entender que no le estaba preguntando nada. De todos modos, respondió.

—Sí. Solo ida.

El billete salió con un chasquido. Nora lo recogió y el conductor le entregó el cambio sin volver a mirarla y cerró las puertas antes de que ella alcanzara el primer asiento. El pueblo empezó a deslizarse al otro lado de las ventanillas: la gasolinera, el almacén de materiales, las primeras casas con las persianas ya bajadas. Nora avanzó por el pasillo agarrándose a los respaldos. Había siete pasajeros, todos dispersos, y nadie levantó la cabeza cuando eligió un asiento en la parte central, junto a la ventana. Desde allí podía

ver la puerta delantera y también el reflejo de cualquiera que se moviera detrás.

Se acomodó la bolsa sobre las rodillas. No quería dejarla en el maletero ni en el compartimento superior. Dentro llevaba la ropa, los documentos, el cargador y todo lo que había conseguido sacar de la vida que acababa de abandonar. Pensar en ella como una vida anterior le pareció exagerado mientras aún alcanzaba a distinguir, a lo lejos, la torre del campanario.

El teléfono vibró en el bolsillo interior de la chaqueta.

No hizo falta mirar la pantalla. Tomás llamaba siempre de la misma manera cuando quería que alguien entendiera que la espera también podía ser objeto de castigo: dejaba sonar hasta el final, contaba unos segundos y volvía a intentarlo. La primera llamada se extinguió mientras el autobús cruzaba las últimas huertas. La segunda empezó antes de que alcanzaran la rotonda de salida.

Nora sacó el teléfono. El nombre de su padre ocupaba la pantalla bajo una fotografía antigua que ella no recordaba haber elegido. Tomás aparecía con una camisa clara y una sonrisa apenas insinuada, la expresión correcta de un hombre que sabía comportarse delante de testigos. Nora pulsó el botón lateral para silenciar el sonido, pero no rechazó la llamada. Se quedó mirando cómo el círculo verde insistía sobre la imagen. Si tocaba la pantalla, incluso para colgar, tuvo la absurda sensación de que él sabría algo más: que tenía el teléfono en la mano, que estaba despierta, que había visto su nombre.

Cuando dejó de vibrar, aparecieron tres llamadas perdidas. Las dos primeras se habían producido mientras ella atravesaba las huertas. Tomás había descubierto la mentira de Elena mucho antes de lo que Nora había calculado.

Alzó la vista. El campanario ya no estaba.

El conductor apagó las luces principales y el interior del autobús quedó en una penumbra azulada. Una mujer mayor dormía dos filas por delante, con la cabeza inclinada sobre una bolsa de tela; al fondo, dos muchachos compartían auriculares y se reían mirando un teléfono. Nadie parecía estar huyendo de nada. A Nora le irritó aquella normalidad, aunque sabía que la rabia no iba dirigida contra

ellos. Era la facilidad con que el mundo seguía funcionando mientras Elena permanecía en casa, midiendo cada palabra para estirar una ventaja que quizá ya se había terminado.

Abrió el sobre debajo de la bolsa y contó los billetes despacio, esta vez sin equivocarse. Después de pagar el viaje le quedaban algo menos de seiscientos euros. Nunca había tenido tanto dinero propio y, sin embargo, ahora le pareció una cantidad frágil, capaz de desaparecer en pocos días entre una habitación, comida y un teléfono que Tomás no pudiera rastrear a través de las facturas familiares. Necesitaba algún sitio donde dormir al llegar, aunque fuera solo aquella noche, y al día siguiente tendría que buscar trabajo. Había llevado bandejas durante dos veranos en el bar de la plaza y limpiado habitaciones en una casa rural. Era poco para llamar a aquello experiencia profesional, pero esperaba que bastara para que alguien la contratara sin hacer demasiadas preguntas.

El teléfono vibró una tercera vez y, casi enseguida, una cuarta.

No contestó. Tampoco lo apagó. Elena le había pedido que esperara a recibir un mensaje suyo, y esa posibilidad la mantenía unida al aparato con la misma fuerza con que quería librarse de las llamadas de Tomás. Quitó el sonido por completo y bajó el brillo de la pantalla, como si reduciendo su luz pudiera reducir también la presencia de su padre.

El autobús dejó atrás la carretera comarcal y tomó una vía más ancha. La lluvia arreció y las luces de los coches se estiraron sobre el cristal en líneas temblorosas. Nora apoyó la frente en la ventanilla. El frío alivió durante unos segundos el dolor del hombro. Al cerrar los ojos vio a Elena delante de la despensa, con la llave pequeña en la mano, y después la imaginó entrando en el dormitorio con una bandeja para convencer a Tomás de que su hija seguía arriba. No sabía cuánto tiempo podía sostenerse una mentira dentro de aquella casa. Allí todo terminaba apareciendo tarde o temprano: una moneda mal gastada, una llamada borrada, una mirada que había durado demasiado.

Otra vibración le recorrió el pecho. Esta vez era un mensaje.

VUELVE AHORA.

Las dos palabras estaban escritas en mayúsculas. Antes de que Nora terminara de leerlas apareció el aviso de otro mensaje.

TU MADRE VA A PAGAR ESTO.

El aire del autobús pareció volverse más espeso. Nora se incorporó y miró hacia el pasillo aun sabiendo que Tomás no podía estar allí. El conductor seguía con las dos manos sobre el volante. La mujer mayor continuaba dormida. Uno de los muchachos del fondo soltó una carcajada y Nora se sobresaltó.

El impulso de llamar a Elena fue tan inmediato que llegó a abrir la lista de contactos. Se detuvo antes de tocar su nombre. Si su madre podía responder, ya le habría escrito; si Tomás tenía su teléfono, aquella llamada confirmaría que Nora seguía utilizando el suyo. Recordó la instrucción exacta: no me llames hasta que yo te mande un mensaje. Obedecerla ahora, cuando el miedo había dejado de ser una vaga amenaza y con los dos mensajes escritos en la pantalla, era mucho más difícil que haber cruzado la puerta de casa.

Hizo una captura de los mensajes sin saber todavía para qué serviría. Después los archivó, bloqueó las llamadas de Tomás y anotó en una hoja de la libreta la hora a la que habían llegado. El gesto era pequeño, casi ridículo frente a una amenaza, pero durante unos instantes le permitió convertir el miedo en algo registrable. A las diez y cuarenta y siete, Tomás había amenazado a Elena por escrito. Si algún día conseguía convencer a su madre de que lo denunciara, aquello existiría, podría ayudarla a demostrarlo.

La pantalla se encendió de nuevo. Número oculto.

Dejó que sonara hasta que volvió a quedar negra.

Más de una hora después, el conductor anunció una parada de quince minutos en un área de servicio. Casi todos los pasajeros bajaron. Nora siguió sentada, mirando el rectángulo iluminado de la cafetería y las bombas de combustible bajo una cubierta de chapa. Necesitaba ir al baño, pero abandonar el autobús no era una opción viable para ella. Mientras permaneciera en su asiento, el viaje seguía avanzando. Poner los pies en el suelo hacía que cualquier lugar pudiera parecer, de pronto, un punto desde el que regresar.

El conductor se puso la chaqueta.

—Tengo que cerrar —le dijo—. Quince minutos. No más.

Nora acabó bajando con la bolsa colgada del hombro sano. Fuera olía a gasóleo, café recalentado y tierra mojada. Había cuatro coches aparcados frente a la cafetería y un camión con el motor en marcha. Caminó deprisa hacia los baños sin dejar de vigilar la carretera. La luz blanca del interior acentuaba la suciedad de las baldosas, y el espejo le devolvió un rostro que parecía llevar varios días sin dormir: el pelo húmedo pegado a las sienes, los labios sin color, una sombra oscura bajo cada ojo.

Se lavó las manos y bebió agua del grifo. Mientras se secaba con un papel áspero pensó que podía cambiarse de camiseta, recogerse el pelo, hacer cualquier cosa que la volviera menos reconocible. Esa misma idea le habría parecido desproporcionada esa misma mañana. Ahora examinaba cada detalle como si Tomás pudiera haber enviado una descripción suya a todas las estaciones de aquella carretera.

Al salir vio el coche.

Estaba parado junto a la entrada del aparcamiento, con las luces encendidas y el motor en marcha. Era oscuro, del mismo tamaño y forma que el de su padre. La lluvia deformaba lo que se veía a través del parabrisas, pero Nora distinguió la silueta de un hombre al volante y otra figura en el asiento del acompañante.

No llegó a comprobar la matrícula. Su cuerpo ya había decidido. Se volvió hacia el lateral del edificio, tropezó con el bordillo y corrió hasta ocultarse detrás de unos contenedores. La bolsa se enganchó en una esquina de metal y tuvo que tirar con tanta fuerza que la tela crujió. Algo afilado le rozó los nudillos. Solo notó el dolor cuando ya estaba agachada, con la espalda contra la pared y las dos manos apretadas sobre la boca para contener la respiración.

El coche avanzó unos metros.

Nora cerró los ojos y esperó el golpe de una puerta, los pasos de Tomás sobre la grava, su voz preguntando por ella con aquella educación impecable que reservaba para los desconocidos. En vez de eso oyó un intermitente y, después, los neumáticos desplazando el agua. Cuando se atrevió a asomarse, el vehículo se incorporaba a la carretera. Bajo una farola alcanzó a ver una matrícula que no reconocía y, en el asiento del acompañante, el perfil de una mujer con un pañuelo rojo.

No era Tomás.

Tardó unos segundos en procesarlo. Nora continuó detrás de los contenedores, incapaz de incorporarse del todo, con el corazón golpeándole tan fuerte que cada latido parecía quitarle espacio para respirar. Se repitió que había confundido un coche común con el de su padre, que cualquiera habría podido equivocarse bajo aquella lluvia. Sabía que no era cierto. Otra persona quizá habría esperado a leer la matrícula. Ella había corrido como si ya hubiese visto abrirse la puerta y a Tomás salir del coche.

Entonces le ardió la mano. Al levantarla descubrió una línea de sangre sobre los nudillos: poca cosa, un corte superficial producido por la chapa. El olor le llegó mezclado con el aire húmedo y el calor metálico del autobús, una combinación de hierro mojado, gasóleo y ese fondo dulzón que siempre aparecía antes de que la sangre se secara.

La pared que tenía delante dejó de ser la pared.

Durante un instante vio una puerta de madera. No era la puerta trasera de la casa ni ninguna otra que pudiera reconocer, sino una puerta oscura, hinchada por la humedad, con una mancha rojiza a la altura de sus ojos. Tuvo la certeza de mirarla desde muy abajo. Al otro lado, alguien respiraba con dificultad. Una mano golpeó una vez la madera y dejó cuatro marcas incompletas.

La imagen desapareció antes de que Nora pudiera entender qué estaba viendo.

Volvió a encontrarse agachada junto a los contenedores, con el papel del baño pegado a los dedos y la lluvia salpicándole los zapatos. No sabía cuánto tiempo había pasado. Desde el aparcamiento, el conductor levantaba un brazo.

—¡Nos vamos!

Nora se incorporó demasiado rápido y tuvo que apoyarse en la pared. Miró la puerta lateral del edificio y luego sus nudillos. El corte era tan pequeño que no podía explicar la violencia de aquella imagen. Sin embargo, la madera húmeda seguía en algún lugar de su memoria. Sabía que aquello no era una invención suya, no era una jugada de su cerebro, pero era algo que su mente enseñaba y

cerraba tan rápido porque sabía que no estaba preparada para mirar más allá.

Regresó al autobús. El conductor reparó en la mancha del pantalón y en la bolsa rasgada, aunque no hizo preguntas. Nora se envolvió los nudillos con un pañuelo de papel limpio y volvió a su asiento. Esta vez bajó la cortina de la ventana. Por la pequeña abertura comprobó que el aparcamiento quedaba atrás y que ningún coche los seguía.

El teléfono acumulaba otras dos llamadas de número oculto. No había ningún mensaje de Elena.

Nora lo apagó por primera vez desde que había salido de casa. Sintió alivio, pero también una especie de caída. Ya no podía llegarle la voz de Tomás, aunque tampoco el mensaje de que su madre estaba bien. Guardó el teléfono en el fondo de la bolsa y cerró la cremallera. Aquel silencio lo había elegido ella. Tendría que aprender a sostenerlo.

El viaje continuó durante horas. Nora durmió a intervalos breves y despertó cada vez que el autobús reducía la velocidad o algún pasajero se levantaba. En uno de esos despertares descubrió que la mujer mayor había bajado; en otro, que los muchachos del fondo ya no se reían. Las paradas, separadas por largos tramos de carretera, fueron vaciando el vehículo hasta dejar solo cuatro figuras dispersas bajo las luces de emergencia.

Poco antes del amanecer, el paisaje empezó a llenarse de edificios. Primero aparecieron naves industriales, descampados y bloques de viviendas aislados; después llegaron avenidas anchas, semáforos y fachadas superpuestas hasta borrar la línea del horizonte. La lluvia golpeaba el cristal con más fuerza que en el pueblo. Nora levantó la cortina y contempló la ciudad acercarse sin reconocer una sola calle.

Había imaginado que la distancia produciría algún cambio inmediato, que recorrer suficientes kilómetros bastaría para aflojar el miedo. Seguía, sin embargo, sentada con la bolsa contra el pecho, el hombro dolorido y una puerta manchada de sangre que se abría y se cerraba en su memoria sin llegar a mostrarle qué ocultaba.

El conductor anunció que la terminal era la siguiente parada.

Nora miró las luces extendidas bajo la lluvia. No tenía alojamiento, no conocía a nadie y llevaba menos de seiscientos euros para empezar una vida que aún no sabía cómo gestionar. Cuando el autobús se detuvo ante el primer semáforo de la ciudad, no pensó en regresar.

3. Una desconocida bajo la lluvia

El autobús entró en la terminal cuando el día apenas se había levantado. Bajo la cubierta de hormigón, las luces seguían encendidas y, más allá de los andenes, la lluvia borraba los edificios de enfrente hasta dejar los taxis reducidos a manchas amarillas que aparecían y desaparecían detrás del agua. Nora esperó a que bajaran los otros tres pasajeros antes de levantarse. Tenía una pierna dormida, el hombro dolorido por el golpe y el pañuelo de papel de los nudillos convertido en una tira húmeda y rosada.

El conductor abrió el compartimento lateral. Nora estuvo a punto de decirle que su bolsa viajaba con ella, pero él ya se había inclinado para sacar dos maletas que nadie parecía reclamar. Bajó despacio y, apenas tocó el suelo, comprendió que la ciudad no iba a darle tiempo para acostumbrarse. Un altavoz anunció una salida desde un andén lejano, una persiana metálica se levantó con estrépito y varias personas pasaron a su lado sin mirarla, abriendo los paraguas antes de abandonar la cubierta. Todas parecían saber adónde iban.

Nora se apartó de la puerta del autobús. Durante la última hora había imaginado la terminal como un lugar donde podría sentarse, orientarse y decidir qué hacer después. No había previsto que también allí tendría la sensación de estorbar, como si incluso quedarse quieta unos minutos necesitara una justificación que no tenía. Las señales indicaban aseos, cafetería, consignas y salidas en direcciones opuestas. Eligió los aseos porque era el único destino que no exigía interactuar con nadie.

En el espejo, el corte de los nudillos parecía menos importante que durante la parada. Se lavó con agua fría, retiró los restos del papel y comprobó que la herida ya no sangraba. El hombro, en cambio, empezaba a teñirse de violeta alrededor del punto donde había golpeado contra el marco de la puerta de la cocina. Bajó la manga antes de que la escena de la cocina volviera a aparecer en su

cabeza. No quería recorrer su propio cuerpo como un inventario de lo que Tomás podía seguir haciéndole incluso desde lejos.

Sacó el teléfono de la bolsa. Al encenderlo aparecieron cinco llamadas de número oculto, ninguna de Elena y un aviso de batería baja. Sostuvo el aparato unos segundos, con el impulso de llamar a casa creciendo casi al mismo tiempo que el miedo. Imaginó el teléfono de su madre sobre la mesa de la cocina, al alcance de Tomás, y volvió a apagarlo. Después contó el dinero dentro de un cubículo cerrado: quinientos ochenta y tres euros y algunas monedas. Separó treinta para aquel día y escondió el resto en tres lugares distintos, como había visto hacer a Elena durante años con cantidades mucho más pequeñas.

Cuando salió, la cafetería acababa de abrir. Compró el café más barato y se instaló en una mesa desde la que veía las dos entradas. El vaso de cartón le calentaba las manos, aunque el líquido sabía amargo y aguado. En la pared había un plano de la ciudad lleno de líneas, nombres de barrios y símbolos que Nora no sabía interpretar en distancias reales. Junto a las máquinas expendedoras, un panel de anuncios ofrecía habitaciones, empleos de limpieza, mudanzas económicas y préstamos inmediatos. Copió tres números en la libreta. El alquiler más bajo se llevaba casi la mitad de lo que tenía y, además, exigía un mes de fianza, una cantidad que convertía tres líneas prometedoras en algo totalmente inalcanzable.

—No aceptan animales —dijo una voz a su espalda—, pero a las cucarachas no les cobran suplemento.

Nora cerró la libreta y se volvió. El hombre que había hablado rondaría los cincuenta. Llevaba una cazadora impermeable demasiado fina para el frío, el pelo pegado a la frente y un manojo de llaves sujeto al cinturón. Sonreía como si entre ellos existiera una confianza que Nora no recordaba haberle concedido.

—Conozco ese edificio —añadió, señalando el anuncio que acababa de copiar—. Lo reformaron deprisa. Las tuberías se rompen cada dos meses.

—Gracias.

Nora guardó la libreta dentro de la bolsa. El hombre, sin embargo, siguió allí. Miró el vaso casi vacío, después el equipaje, y ocupó la

silla de enfrente sin pedir permiso.

—¿Acabas de llegar?

Ella no contestó. La cafetería empezaba a llenarse de pasajeros somnolientos, pero nadie prestaba atención a su mesa. El dependiente apilaba las tazas de café sobre la cafetera y una mujer arrastraba a dos niños hacia los andenes.

—No tienes que asustarte —dijo él—. Trabajo por aquí. Veo a mucha gente que llega sin saber dónde meterse. Mi hermana alquila una habitación. Limpia, cerca del centro y sin fianza. Veinte euros la noche hasta que encuentres algo.

La cifra resultaba lo bastante baja para que resultara tentadora y lo bastante alta para no parecer absurda. Nora miró el manojo de llaves. Había siete u ocho, todas diferentes, además de una tarjeta de plástico sin nombre. Se preguntó qué hacía un hombre que trabajaba en la terminal llevando las llaves de la casa de su hermana.

—Ya tengo alojamiento.

—Entonces no estarías mirando anuncios a estas horas.

Lo dijo con calma, casi con paciencia, y precisamente por eso Nora notó cómo la mentira se deshacía entre los dos. El hombre apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Cómo te llamas?

—No importa.

—Claro que importa. Yo soy Vicente.

Nora miró hacia el mostrador. El dependiente había desaparecido en la trastienda. Afuera, la lluvia golpeaba la cubierta con tanta fuerza que las voces de los avisos apenas se distinguían. Cogió la bolsa y se levantó.

—Tengo que irme.

—Espera, mujer. Solo intento ayudarte.

Vicente se levantó al mismo tiempo. No llegó a tocarla, pero se colocó entre ella y el pasillo de las mesas, dejando la salida más fácil a su espalda. Le explicó que la habitación estaba a diez minutos, que podía verla sin compromiso y que tenía el coche al otro lado de la avenida. Mientras hablaba, acortaba la distancia. Olía a ropa

mojada y a un perfume rancio que a Nora le recordó habitaciones cerradas.

—No voy a subir a ningún coche.

La sonrisa de Vicente se estrechó.

—No he dicho nada de subir. Primero la ves y luego decides.

—Ha dicho que el coche está al otro lado.

Vicente inclinó la cabeza. La precisión de Nora pareció decepcionarlo; había esperado que aceptara la versión nueva sin recordar la anterior.

—Tienes que aprender a dejarte ayudar. Una chica sola no puede ir desconfiando de todo el mundo.

Ella rodeó la mesa por el lado de la pared. Vicente le agarró el asa de la bolsa con un movimiento rápido que quiso hacer pasar por cortesía.

—Déjame, que vas cargada.

Nora tiró hacia sí. El hombro respondió con una punzada y, durante un instante, perdió fuerza suficiente para que él se quedara con parte del peso. Desde fuera podía parecer cualquier cosa menos un ataque: una mano sujetando una bolsa, un hombre diciendo que se tranquilizara. Pero ella le había pedido que la soltara y en cambio su mano seguía allí.

La manera en que Vicente pronunció aquella palabra le devolvió a la memoria la cocina de su casa. Tomás también ordenaba calma cuando necesitaba que la resistencia de los demás pareciera el verdadero problema.

—Suéltala.

La voz llegó desde detrás de Vicente. Él aflojó los dedos y Nora recuperó la bolsa de inmediato.

Una mujer se había detenido junto a la mesa con un paraguas cerrado en una mano y el teléfono en la otra. Tendría unos treinta años. El cabello mojado se le pegaba a las mejillas y el bajo del abrigo estaba salpicado de agua, pero su postura no vacilaba. Antes de mirar al hombre, comprobó que Nora seguía allí.

—Perdona el retraso —dijo—. La avenida está imposible.

Nora tardó un segundo en entender que la mujer fingía conocerla. No supo qué era peor: seguirle el juego o desconfiar de una

desconocida que acababa de inventar una relación entre ambas sin preguntarle.

—Estábamos hablando —protestó Vicente.

—Ya. Desde fuera se veía una conversación preciosa.

La mujer levantó el teléfono. En la pantalla aparecía la parte trasera de un coche oscuro y una matrícula ampliada.

—También he fotografiado esto. Por si necesitamos pedirle a seguridad que compruebe quién lleva media hora acercándose a chicas que llegan solas.

El rostro de Vicente cambió. La sonrisa, sin embargo, no desapareció del todo.

—Estás confundida.

—Entonces no te importará explicárselo al vigilante.

La mujer señaló con la barbilla hacia el interior de la terminal. Vicente siguió el gesto y retrocedió un paso. Antes de marcharse, miró a Nora con una mezcla de desprecio y reproche, como si ella hubiera incumplido un acuerdo por permitir que otra persona interviniera.

—Luego no digas que nadie quiso ayudarte.

Se alejó bajo la cubierta y desapareció por la salida lateral. La mujer esperó hasta que el coche de la fotografía abandonó la fila de estacionamiento. Solo entonces guardó el teléfono.

—No te conozco —dijo—, pero me pareció un poco tarde para pedirte permiso cuando él ya tenía tu bolsa.

Nora apretó la bolsa contra el cuerpo.

—¿Cuánto tiempo llevabas escuchando?

—Lo suficiente para saber que no era su hermana la que alquilaba una habitación.

—No sabes eso.

—No. Tienes razón. —Aceptó la corrección sin molestarse—. Sé que intentó llevarte a un coche después de que le dijeras que no y que te quitó la bolsa de las manos. Con eso me basta.

Nora desconfiaba por naturaleza de cualquiera e intentó descifrar qué debía de haber detrás de aquella ayuda, intentó encontrar alguna explicación para que una desconocida se hubiera detenido cuando todos los demás habían seguido de largo. La mujer no se

acercó ni intentó tocarla. Se limitó a señalar la mesa. El vaso de café se había volcado durante el forcejeo y un hilo oscuro caía ya hacia el suelo.

—Deberíamos movernos antes de que nos cobren también la mesa.

No era una frase especialmente graciosa, pero el tono aflojó algo en el pecho de Nora. No llegó a sonreír, pero tampoco se fue. Se quedó con la bolsa pegada al cuerpo, todavía preparada para levantarse si la situación cambiaba.

La mujer recogió de la mesa su propio café, que había quedado intacto durante el forcejeo, y eligió otra mesa, cerca del mostrador y a la vista de un vigilante que acababa de entrar en la cafetería. Compró otro café para Nora y un bocadillo. Nora intentó pagar el suyo, pero ella dejó las monedas sobre la barra antes de que pudiera abrir la cartera.

—Puedes invitarme cuando seas millonaria —dijo—. No tengo prisa.

—No necesito que me invites.

—El bocadillo es mío. Tú decides si me ayudas a terminarlo.

Lo partió por la mitad y empezó a comer sin mirar qué hacía Nora con su porción. Aquel empeño en fingir que no la estaba cuidando resultó más difícil de rechazar que la insistencia sutil que mostraba. Nora dio un bocado y sólo entonces advirtió cuánto le dolía el estómago.

—Me llamo Inés Robles —dijo la mujer cuando se sentaron—. Para que al menos una de las dos sepa con quién está hablando.

Nora repitió el nombre en silencio. Inés miraba de frente, aunque sin invadir; cuando hacía una pregunta, sabía esperar la respuesta sin apresurarse a llenar el hueco. Aun así, Nora decidió darle solo una parte de la verdad.

—Nora. Gracias por lo de antes.

—No me debes nada.

—Todo el mundo quiere algo.

Inés bajó los ojos hacia el café. Pareció pensar una respuesta y desecharla antes de hablar.

—Puede ser. Pero no siempre lo quieren en ese instante.

El teléfono vibró dentro de su bolsillo. Inés lo sacó, leyó la pantalla y lo dejó boca abajo sobre la mesa. Durante un segundo, la seguridad de hacía unos minutos se tensó en su cara y desapareció tan deprisa que Nora no estuvo segura de haberlo visto.

—¿Te espera alguien? —preguntó Inés.

—No.

—¿Tienes dónde dormir?

Nora miró el panel de anuncios. Podía mentir otra vez, pasar el día visitando habitaciones y gastar aquella noche una cantidad que no sabía cuándo recuperaría. También podía ir a la policía, contar que había huido de una casa donde Tomás golpeaba a Elena y confiar en que nadie llamara al pueblo antes de que su madre estuviera preparada. Ninguna de las dos posibilidades era suficientemente buena para ser elegida; las dos exigían confiar en alguien antes de saber qué podía costarle esa confianza.

—Encontraré algo.

Inés asintió despacio.

—Puedo acompañarte a preguntar en una pensión. O hablar con el vigilante para que ese hombre no vuelva a acercarse. Si prefieres que me vaya, también puedo hacerlo.

Nora la observó. No estaba acostumbrada a que alguien incluyera marcharse entre las maneras de ayudar.

—¿Por qué estabas aquí?

—He acompañado a una amiga al primer autobús. —Inés envolvió los restos del bocadillo en la servilleta—. Y ahora estoy intentando decidir si cruzo la ciudad bajo este diluvio o espero a que el agua desarrolle transporte público propio.

La explicación era sencilla. Aun así, el café que Inés había recogido de la primera mesa ya estaba frío y el paraguas seguía dejando un pequeño charco bajo la silla. Nora no supo por qué reparó en esos detalles. Quizá llevaba allí más tiempo del que decía. Una sospecha no bastaba para convertirla en peligrosa, del mismo modo que una voz amable no bastaba para volverla segura. Nora no se decidió por ninguna de las dos posibilidades.

—Vivo sola —continuó Inés—. Tengo una habitación que no uso. Puedes pasar allí esta noche y marcharte mañana sin darme

explicaciones. La puerta se cierra por dentro. Si la idea te parece tan mala como debería parecerte viniendo de una desconocida, no insistiré.

Nora sintió el peso del dinero repartido entre la ropa y el fondo de la bolsa, el dolor del hombro y el cansancio acumulado detrás de los ojos. Pensó en Vicente, en la mano cerrada sobre el asa, y después en Elena escondiendo billetes entre paquetes de arroz para comprarle una oportunidad. Aceptar ayuda podía ponerla en peligro. Rechazarla por principio tampoco garantizaba nada.

—Solo esta noche —dijo.

—Solo esta noche.

Inés la miró y sonrió y por una fracción de segundo esa sonrisa le resultó reconfortante. Entonces recogió el envoltorio, tiró los vasos y se colgó el bolso. Al levantarse, comprobó de nuevo el teléfono sin responder al mensaje que seguía esperando en la pantalla.

Salieron juntas de la terminal. Inés abrió el paraguas y se lo ofreció, pero Nora negó con la cabeza; prefería caminar a su lado y mantener las manos libres. La lluvia había borrado casi por completo el otro extremo de la avenida. Bajo el ruido del agua, la ciudad parecía no tener centro ni límites, solo calles que se prolongaban hacia lugares que Nora aún desconocía.

Nora ajustó la bolsa sobre el hombro sano y siguió a Inés hasta el paso de peatones. Mientras esperaban, volvió a pensar en la explicación que acababa de darle y en la facilidad con que aquella mujer había aparecido justo cuando la necesitaba. No sabía si Inés le había contado toda la verdad. Sí sabía algo más sencillo: desde que había salido de casa, era la primera persona que había escuchado un no y lo había considerado suficiente.

Cuando el semáforo cambió, cruzó con ella bajo la lluvia.

4. La habitación vacía

El edificio de Inés estaba a seis calles de la terminal, en una avenida donde la lluvia había vaciado las aceras y vuelto opacos los escaparates cerrados. Caminaron casi todo el trayecto sin hablar. Nora llevaba la bolsa pegada al costado, descargando el peso sobre el hombro sano, y procuraba no situarse nunca delante de Inés. Prefería mantenerla dentro de su campo de visión, comprobar que no cambiaba de dirección sin avisar y memorizar cada giro por si al día siguiente tenía que rehacer sola aquel camino.

Inés tampoco intentó llenar el silencio. Se limitó a señalar una farmacia abierta toda la noche, un supermercado y la entrada del metro. Al llegar a un portal de piedra oscurecida por el agua, sacó un llavero del bolso, abrió y sostuvo la puerta desde dentro, dejando espacio suficiente para que Nora decidiera por sí misma si quería cruzarla.

—Es un cuarto piso y el ascensor lleva meses averiado —advirtió —. Aún estás a tiempo de preferir la pensión.

—Dijiste que vivías sola.

—Y vivo sola.

Contestó deprisa, demasiado para su gusto, y pensó que viviera sola no impedía que alguien más tuviera llaves. Nora cruzó el portal.

El vestíbulo olía a lejía y a humedad antigua. Sobre los buzones había un rectángulo más claro, la huella de un espejo o una placa que habían retirado tiempo atrás; la escalera subía alrededor de una barandilla de hierro, y en cada rellano una ventana estrecha dejaba entrar una claridad escasa. Inés avanzó sin prisa. En el segundo piso encontró una bufanda caída, la dobló sobre el pasamanos y siguió subiendo con la naturalidad de quien conoce la manera en que sus vecinos van dejando cosas atrás.

El piso era más pequeño de lo que Nora había imaginado y bastante más cálido que la escalera. Tras el recibidor se abría un

pasillo, con la cocina a la izquierda y el salón al fondo. Inés dejó las llaves en un cuenco de cerámica sobre una consola, colgó el abrigo y encendió dos lámparas antes de apartar las cortinas. No había lujo ni tampoco un orden pensado para recibir visitas: una taza descansaba sobre una pila de revistas, tres plantas se inclinaban hacia la ventana con distinta fortuna y una manta color mostaza se había quedado medio tirada bajo el sofá. A Nora aquella imperfección le hizo el lugar más creíble.

—La cerradura de fuera tiene dos vueltas —explicó Inés—. Desde dentro puedes echar también el pestillo. El baño está ahí y la habitación es esta.

Abrió la primera puerta del pasillo. El cuarto contenía una cama estrecha, una mesilla y un armario sin tiradores. No había fotografías, libros ni adornos; tampoco marcas en la pared que indicaran que alguien hubiese vivido allí antes. La ventana daba a un patio interior donde colgaban sábanas protegidas bajo pequeños techos de uralita. Sobre una repisa, el polvo conservaba el contorno limpio de un objeto rectangular que ya no estaba.

—Te dije que no la usaba —añadió Inés al notar hacia dónde miraba—. Las sábanas están limpias. Creo.

—¿Crees?

—Las cambié hace dos semanas. Desde entonces no ha dormido nadie, salvo una planta que no superó la experiencia.

Nora dejó la bolsa en el suelo sin soltar el asa. Desde la puerta podía ver una parte del salón, la entrada y otra habitación al final del pasillo. Aquella puerta estaba cerrada y tenía una cerradura diferente, antigua, colocada bajo el picaporte.

—¿Y esa?

Inés siguió la dirección de su mirada.

—Un trastero. Si buscas algo y no aparece en el resto de la casa, seguramente está ahí dentro y yo he decidido que no lo necesito.

No se acercó a la puerta ni explicó por qué un trastero necesitaba una llave propia, cuando se suponía que vivía sola. Fue hasta un armario del pasillo, sacó dos toallas y las dejó sobre la cama.

—Puedes ducharte. ¿Llevas ropa seca en la bolsa?

Nora miró dentro. La lluvia había calado la tela y parte de la ropa del interior estaba húmeda.

—Algo habrá quedado seco.

—No hace falta que lo averigües ahora. Voy a dejarte algo.

Nora bajó la vista hacia sus manos. Inés tenía razón, pero seguía incomodándola que alguien dijera lo que le ocurría sin que ella lo hubiera dicho.

—Dijiste una noche.

—Y el día sigue teniendo la mala costumbre de ir antes que la noche. No voy a descontarte las horas.

La dejó sola y cerró sin encajar la puerta del todo. Nora esperó hasta oírla moverse en la cocina. Después comprobó el pestillo de la ventana, abrió el armario y miró debajo de la cama. Solo encontró dos perchas de madera y una caja vacía de zapatos. Colocó una silla bajo el picaporte, más por costumbre que porque temiera a Inés, y se duchó sin conseguir quitarse del todo la sensación de estar ocupando el lugar de otra persona.

Cuando salió de la ducha envuelta en una toalla, retiró la silla y abrió la puerta. Junto al umbral encontró un pantalón de algodón y una camiseta que Inés había dejado cuidadosamente doblados. Le quedaban holgados, pero estaban secos y olían a jabón. Inés había preparado una tortilla y peleaba con una cafetera italiana que se negaba a cerrar.

—No esperes grandes cosas —dijo—. Tengo tres platos sencillos que sé cocinar sin que causen una indigestión. Este es el más rápido.

Comieron junto a la ventana del salón. Inés habló de asuntos pequeños: la vecina del tercero que regaba las plantas de todo el rellano, el radiador que golpeaba las tuberías al enfriarse y el pan de la tienda de la esquina, que solo merecía la pena antes de las diez. No preguntó por el pueblo, por la familia de Nora ni por el motivo de su viaje. Al principio, aquella falta de curiosidad le alivió. A medida que pasaban los minutos empezó a parecerle demasiado deliberada, casi tanto como habría sido un interrogatorio.

El teléfono de Inés vibró dos veces sobre la mesa. La primera, ella lo puso boca abajo. Cuando volvió a sonar, se levantó con el aparato

en la mano y se fue a la cocina.

—Ahora no puedo —dijo en voz baja—. Te he dicho que hoy no.

Escuchó durante unos segundos. Lo que oyó al otro lado le tensó el rostro.

—No estoy sola.

Cortó la llamada y se quedó de espaldas a Nora mientras dejaba el teléfono junto al fregadero. Al volver a la mesa empezó a recoger los platos aunque quedaba media tortilla sin tocar.

—¿Hay algún problema? —preguntó Nora.

—Ninguno que tengas que solucionar tú.

—No he dicho que fuera a solucionarlo.

Inés la miró. Por primera vez desde que se habían conocido en la terminal, una sonrisa cansada le suavizó la cara.

—Eso ha sonado bastante sensato. Procura no contagiarme.

Nora durmió hasta media tarde. Al despertar necesitó unos segundos para entender por qué el techo no tenía la grieta que atravesaba su habitación en el pueblo. Se incorporó con el corazón acelerado y buscó la silla con la mirada: seguía encajada bajo el picaporte. Nadie había entrado. Desde el salón llegaban el roce de hojas de papel y el golpeteo rápido de unas teclas.

Inés trabajaba con un ordenador sobre las rodillas. A su lado había una carpeta gris abierta y varias fotografías colocadas boca abajo. En cuanto vio aparecer a Nora, cerró la pantalla y reunió los papeles con una rapidez que trató de disimular.

—Has dormido cinco horas.

—Podías haberme despertado.

—Podía. No vi ninguna necesidad.

Nora recogió su ropa, ya seca sobre un tendedero plegable, se cambió en el baño y rehizo la bolsa. Inés la observó desde la puerta de la cocina sin intentar detenerla.

—He dicho una noche —recordó Nora.

—Y aún puedes quedarte hasta mañana.

—Prefiero buscar algo antes de que oscurezca.

—Con lluvia, sin nómina y sin conocer los barrios, lo que vas a encontrar hoy se parecerá bastante al hombre de la terminal.

Nora cerró la cremallera con más fuerza de la necesaria.

—Entonces será decisión mía equivocarme.

—Sí.

La conformidad de Inés dejó sin uso la respuesta que Nora ya tenía preparada. No intentó asustarla ni convertir la ayuda en una deuda. Fue hasta la consola, abrió el cajón central y sacó un juego de llaves sujeto a una cinta roja.

—Puedes quedarte cuatro días. No es ninguna obligación ni un contrato y no necesito saber de dónde vienes. Si encuentras algo antes, te marchas. Si quieres irte ahora, te acompaño al portal. Pero llévate estas direcciones y no aceptes una habitación sin verla.

Junto a las llaves dejó una hoja con cinco anuncios copiados a mano. Nora reconoció dos del panel de la terminal y otros tres con precios menos inverosímiles.

—¿Por qué cuatro días?

—Porque cinco suena a costumbre y tres a ultimátum.

—No puedo pagarte.

—Cuando puedas, compras comida. Mientras tanto, intenta no matar las plantas. Ya he perdido demasiadas.

Nora miró la cinta roja, el duplicado de la llave y la lista. Seguía siendo ayuda, pero Inés le había puesto límites que no dependían de su humor. Cuatro días podían contarse. Y podían terminarse.

—No quiero que entre nadie en mi habitación.

—Nadie entrará.

—Ni tú.

Inés sostuvo su mirada.

—Ni yo.

Nora aceptó las llaves.

Aquella tarde, al quitarse la camiseta prestada, la tela se enganchó en el hombro y le arrancó un gesto de dolor. Inés se había detenido en el umbral con una manta limpia entre las manos y alcanzó a ver el hematoma antes de que Nora bajara la manga. Dejó la manta junto a la puerta. No preguntó quién se lo había hecho. Fue al congelador, envolvió una bolsa de guisantes en un paño y, al regresar, la dejó junto a la manta sin cruzar el umbral.

—Diez minutos, no más. Luego descansas y vuelves a ponértela si sigue doliendo.

Nora no tocó la bolsa.

—Me he caído.

—No te he preguntado.

Inés ya se apartaba del umbral cuando Nora la detuvo.

—¿No quieres saberlo?

—Querer saber y tener derecho a preguntar son cosas distintas.

Nora esperó un rato antes de aplicarse el frío. Durante años había visto a Tomás exigir explicaciones para decidir luego qué versión de los hechos le convenía. Que Inés renunciara a una respuesta produjo en ella un alivio incómodo, demasiado cercano al deseo de confiar. Por eso mismo se obligó a recordar la habitación cerrada, la llamada en voz baja y los papeles que Inés había escondido. Respetar un límite no impedía ocultar todo lo demás.

Al día siguiente visitó dos habitaciones de la lista. En la primera, una mujer le pidió un contrato de trabajo y tres meses por adelantado. En la segunda, el dormitorio no tenía ventana y el propietario explicó que la puerta no cerraba porque todos los inquilinos eran «de confianza». Nora se marchó antes de que acabara de enseñarle la cocina. Pasó el resto de la mañana recorriendo las calles cercanas, anotando carteles de empleo y calculando cuánto podía gastar al día si no encontraba trabajo esa semana. No llamó a Elena. Cada cabina, cada teléfono prestado y cada número visible le parecía una cuerda tendida hasta Tomás.

Regresó al piso poco después de las dos. Había dejado a Inés preparándose para salir. El cuenco de la consola estaba vacío y en la casa no sonaba nada. Cerró con las dos vueltas, se quitó la chaqueta y entonces se detuvo.

En el recibidor flotaba un olor que no estaba allí aquella mañana: madera seca, tabaco frío y una colonia discreta. No era de Inés. Nora podía saberlo porque había pasado la noche envuelta en su ropa y porque en el baño solo había frascos de aromas cítricos. Junto al paragüero, varias gotas formaban una línea reciente sobre el suelo. Fuera había dejado de llover hacía más de una hora.

—¿Inés?

No obtuvo respuesta.

La cocina estaba vacía. En el fregadero había una taza que Nora no recordaba, de porcelana blanca y borde dorado, con un resto de café todavía líquido. Acercó dos dedos sin tocarla. Seguía caliente.

Volvió al pasillo. La puerta del trastero continuaba cerrada, aunque la llave no estaba en la cerradura. En el salón ya no estaba la carpeta gris con la que Inés había trabajado la tarde anterior. Sin embargo, una de las fotografías que había dejado boca abajo sobresalía bajo una revista; debía de habérsele escapado al recoger los papeles. Nora no la sacó. Se acercó sólo para buscar un bolígrafo con el que anotar la hora de la visita y entonces vio que el cajón superior del escritorio tenía un pequeño ojo de latón. Tiró una vez. Estaba cerrado con llave.

El golpe de la puerta del portal subió por el hueco de la escalera. Nora retrocedió hasta la cocina, donde había dejado la bolsa, y cerró una mano alrededor del asa. Los pasos ascendieron sin detenerse en los pisos inferiores, cruzaron el rellano y, tras una pausa breve, una llave entró en la cerradura.

Inés abrió con una bolsa de supermercado en cada mano.

—Has vuelto pronto.

Miró a Nora y después a la taza del fregadero. El movimiento apenas duró un instante, pero confirmó que aquella taza no estaba allí cuando se marchó.

—Ha venido alguien —dijo Nora.

Inés dejó las bolsas sobre la encimera.

—Sí.

—No me dijiste que alguien más pudiera entrar aquí.

—No esperaba que viniera.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Inés empezó a sacar leche, pan y una bolsa de manzanas, de pronto concentrada en ordenar la compra.

—¿Tiene llaves?

—Nora…

—¿Es tu pareja?

Inés se quedó quieta con una lata entre las manos. Durante unos segundos desapareció la seguridad con la que había enfrentado a

Vicente. Lo que quedó no era timidez, sino cansancio y una cautela que Nora conocía demasiado bien.

—No tienes que preocuparte por esa persona —dijo al fin.

—No me has respondido.

—Es la única respuesta que puedo darte.

Nora pensó en recoger la bolsa y marcharse. Después recordó la habitación sin ventana y la puerta que no cerraba. Cuatro días. Las llaves pesaban dentro de su bolsillo. Podía aceptar un refugio sin fingir que confiaba en todo lo que había dentro.

—Si vuelve, me avisas —dijo—. Y nadie entra en mi cuarto.

—De acuerdo.

—No me digas que estoy segura. Dime la verdad.

Inés dejó la lata sobre la encimera con mucho cuidado.

—La verdad es que no esperaba que viniera hoy.

No explicó quién había bebido de la taza, por qué aquella persona tenía una llave ni qué había detrás de la puerta cerrada y del cajón del escritorio. Nora tampoco insistió. Esa noche volvió a empujar la silla bajo el picaporte y dejó las llaves de la cinta roja sobre la mesilla, al alcance de la mano.

Antes de apagar la luz oyó a Inés recorrer el pasillo. Los pasos se detuvieron ante la habitación cerrada. Llegó un roce de metal, leve y preciso, y después el giro de una llave.

Nora contuvo la respiración. La puerta se abrió y volvió a cerrarse casi de inmediato.

Inés había llamado trastero a aquella habitación. Sin embargo, solo entraba allí cuando creía que Nora dormía.

5. Aprender a desaparecer

A la mañana siguiente, la puerta del supuesto trastero seguía cerrada, pero Inés había dejado la llave puesta por el lado del pasillo. Nora la vio nada más salir de la habitación. Del ojo de la cerradura sobresalían la cabeza oscura de la llave y una anilla sencilla, sin llavero ni adorno. No se parecía a ninguna de las que Inés le había entregado. Se quedó unos segundos en el umbral mirándola, intentando decidir si la noche anterior había oído de verdad que Inés hizo girar esa llave o si el cansancio había mezclado aquel sonido con alguno de los muchos que todavía no conocía en el piso.

Inés estaba en la cocina, inclinada sobre una tostada demasiado quemada, raspando la superficie con un cuchillo. Llevaba el pelo recogido en un moño medio desecho y una camiseta vieja con una mancha de lejía cerca del cuello. Cuando vio a Nora, apartó un plato y señaló la cafetera.

—He hecho suficiente para dos, aunque no puedo garantizar que sea legalmente café.

Nora se sentó en la silla desde la que podía ver el pasillo. Inés ni miró hacia la puerta cerrada ni pareció tener prisa por retirar la llave. Untó mermelada sobre la parte menos negra de la tostada y desplegó junto a la taza una página arrancada de un periódico. Había rodeado tres anuncios con bolígrafo azul.

—Ayer dijiste que buscabas trabajo.

—Dije que buscaba una habitación.

—Y para que alguien te alquile una necesitas dinero. Puede que incluso te pidan tener una nómina, si aspiras a una puerta que cierre y a una ventana que dé a algo más alegre que una pared.

Nora leyó los anuncios sin tocarlos. Uno pedía personal para descargar cajas de madrugada; otro ofrecía trabajo doméstico a cambio de alojamiento; el tercero buscaba una ayudante para una

cafetería junto al mercado municipal. Ninguno indicaba salario ni horario.

—No te he pedido que me busques nada.

—Lo sé. También he subrayado el cine y una exposición de fotografía. Puedes ignorarlo todo con la misma libertad.

Inés dio el asunto por zanjado y volvió a la tostada. A Nora empezaba a resultarle menos incómoda aquella manera de ofrecer ayuda sin exigir que la aceptara, aunque seguía preguntándose cuándo había comprado el periódico y por qué se había fijado precisamente en trabajos que no pedían experiencia. Cogió la página y dobló hacia atrás los dos anuncios que no le interesaban.

—¿Cómo llego al mercado?

Inés fue hasta el mueble del recibidor, sacó un plano doblado de uno de los cajones y le enseñó dos trayectos: uno en autobús y otro a pie, más largo, pero sin transbordos ni calles solitarias. Marcó también la farmacia de guardia, una comisaría y un bar abierto hasta tarde donde, según dijo, la dueña no toleraba que ningún hombre molestara a una mujer sola. Su dedo se movía por la ciudad con tanta seguridad que las líneas del plano empezaban a parecer distancias salvables para recorrer a pie.

—No dependas de un solo recorrido —le aconsejó—. Así nadie podrá saber por dónde vas a pasar y no podrán esperarte en ningún sitio.

Nora levantó la vista.

—Hablas como si lo hubieras hecho muchas veces.

—He conocido a gente que necesitaba hacerlo.

Esa respuesta no le aclaró si Inés era una de esas personas. Guardó el bolígrafo y llevó los platos al fregadero. Al pasar junto al pasillo, Inés reparó en la llave y la retiró de la cerradura con un movimiento rápido antes de guardársela en el bolsillo. Nora no dijo nada, pero la forma en que Inés lo hizo tuvo más de corrección apresurada que de gesto distraído.

La cafetería ocupaba una esquina estrecha frente a la entrada de proveedores del mercado. A media mañana, el olor a café molido competía con el de las cajas de fruta mojadas y el pescado descargado en la acera. Nora observó el local desde la otra calle

antes de decidirse a entrar. Había seis mesas, una barra de madera castigada por los años y una pizarra donde alguien había escrito el menú con rotulador negro. Dos camareros iban y venían entre las mesas y la barra, recogiendo tazas, sirviendo cafés y abriéndose paso entre los clientes.

La mujer de la caja se llamaba Aurora. Tendría poco más de cincuenta años, llevaba el pelo corto y unas gafas colgadas al cuello con un cordón rojo. Escuchó a Nora mientras contaba monedas, sin dejar de vigilar el salón.

—¿Has trabajado en hostelería?

—Dos veranos en un bar.

No tuvo que inventarlo. Había llevado bandejas durante dos veranos en el bar de la plaza y sabía moverse entre mesas, recoger vasos y atender pedidos sencillos. Aquella cafetería, sin embargo, funcionaba a una velocidad muy distinta, entre los cafés, los encargos cruzados y el mercado empujando clientes hacia la barra. Aurora señaló tres tazas abandonadas al final del mostrador.

—Pues recoge eso, limpia la mesa cuatro y lleva dos cafés a los hombres de la ventana. Si rompes algo, procura que no sea caro.

No le dio delantal ni más instrucciones. Nora dejó la chaqueta detrás de una caja de refrescos y empezó. Durante la primera hora confundió dos pedidos, se quemó los dedos con el portafiltro y estuvo a punto de derramar leche sobre un cliente que hablaba por teléfono apoyado en la barra. En la segunda empezó a entender los movimientos de Aurora: un golpe de barbilla significaba que alguien esperaba para pagar; dos dedos levantados, que faltaban vasos limpios. Al mediodía ya atravesaba el local con cuatro tazas sin necesidad de mirar la bandeja.

Cuando bajó la afluencia, Aurora le puso delante un plato de lentejas.

—Tienes veinte minutos.

—¿Eso significa que me quedo?

—Significa que hoy comes. Mañana vienes a las siete y hacemos una semana de prueba. De siete a tres, seis días. Si funcionas, hablamos de contrato. Si no, te pago las horas y cada una sigue con su vida.

El horario era agotador y la promesa todavía lejana e incierta, pero era la primera cosa que Nora había conseguido en la ciudad sin que Inés interviniera delante de ella. Aurora le pidió el documento de identidad para anotar sus datos. Al leerlo, no comentó ni el apellido ni el lugar de nacimiento; se limitó a comprobar la fotografía y se lo devolvió.

—¿Tienes familia aquí?

Nora guardó el documento en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Una prima.

—¿En qué barrio?

—Al otro lado del río.

Había visto el río desde el autobús y eligió la zona más alejada que recordaba del plano. Aurora aceptó la respuesta porque ya atendía a otro cliente. Durante el camino de vuelta, Nora repitió varias veces la mentira para asegurarse de no cambiarla si volvían a preguntarle. Venía de una ciudad mediana, había vivido con una prima y había llegado buscando trabajo. En esa versión no existían el pueblo, la casa en la que había aprendido a vivir con miedo ni una madre reuniendo a escondidas el dinero que le permitió marcharse. Tomás tampoco existía. Y, de todo lo que Nora acababa de inventar, esa era la única mentira que habría querido convertir en verdad.

Inés estaba sentada en el suelo del salón, cambiando de maceta una de las plantas moribundas, cuando Nora regresó. Había extendido periódicos sobre la alfombra y tenía tierra en una mejilla. Al oír que empezaba al día siguiente, levantó la planta como si esperara que Nora emitiera un diagnóstico.

—¿Ves? A veces una sobrevive a pesar de mis cuidados.

—Es una semana de prueba.

—Entonces hazlo bien para que sea más tiempo.

Nora dejó sobre la mesa el pan, los huevos y el detergente que había comprado con una parte del dinero de Elena. No cubría para pagar todo lo que Inés les estaba ofreciendo, pero Nora se sintió mejor dejando algo sobre la mesa. Miró el precio del detergente y se quejó de la facilidad con la que la tienda de la esquina robaba a su clientela. Después se lavó las manos y preparó una tortilla que se rompió al darle la vuelta.

—Mañana empiezas a las siete —dijo mientras recogía del suelo un trozo de patata—. Tendrás que salir antes de las seis y media.

Nora se quedó quieta con dos platos en las manos.

—No te he dicho el horario.

Inés tardó apenas un instante en contestar. Fue poco, pero Nora lo percibió.

—Lo pone en el anuncio.

Nora recordó la hoja. El anuncio decía jornada de mañana; no daba ninguna hora.

—Entendí que era el turno habitual del mercado —añadió Inés antes de que Nora la corrigiera—. Abren muy pronto.

Podía haberlo deducido. Inés conocía la ciudad y quizá también aquella cafetería. Nora dejó los platos sobre la mesa y no insistió, aunque guardó el detalle junto al café de la visita inesperada y a la llave retirada del trastero.

A la mañana siguiente, antes de que amaneciera, Inés la acompañó hasta un quiosco próximo a la estación de metro. Vendían periódicos, cargadores, tarjetas de transporte y líneas de teléfono de prepago. Nora había encendido el móvil al levantarse y había encontrado otras once llamadas de número oculto, separadas por intervalos irregulares. De Elena no había ningún mensaje.

—Cambiar de número no hará que deje de buscarte —dijo Inés cuando Nora le enseñó la pantalla—, pero evitará que pueda entrar en tu día cada vez que le apetezca.

—No sabes quién llama.

—No. Pero he visto cómo miras la pantalla.

Nora compró una tarjeta nueva con su documentación y pagó una recarga pequeña. Guardó la antigua dentro de un sobre que llevaba en la cartera. No fue capaz de tirarla: aquel número seguía siendo el único que conocía Elena. Al introducir la nueva tarjeta, el teléfono conservó los nombres, el historial de llamadas y la fotografía de su madre junto al contacto de casa, pero la línea que acababa de activar aún no pertenecía a nadie más que a ella. Sintió alivio durante un momento; la culpa llegó justo después.

—No se lo des a nadie que pueda dárselo a él —dijo Inés—. En el trabajo, solo a quien lo necesite de verdad. Y no inventes

demasiadas cosas sobre ti. Las mentiras grandes se recuerdan; las pequeñas se contradicen.

—¿Tú qué cuentas cuando no quieres que te encuentren?

Inés miró hacia la boca del metro. En la acera de enfrente, un coche oscuro llevaba varios minutos parado con el motor encendido. Cuando cambió el semáforo, arrancó y desapareció entre el tráfico.

—Lo justo para que dejen de preguntar.

Durante los días siguientes, Nora fue descubriendo la vida de la ciudad por fragmentos que se ordenaban alrededor del horario de la cafetería. Descubrió qué vagón la dejaba más cerca de la salida, dónde comprar fruta al final de la mañana y qué calles se vaciaban cuando cerraba el mercado. Aurora la corregía sin suavidad, aunque nunca la humillaba. Al tercer día dejó de vigilar cada taza que Nora cargaba; al sexto le entregó una llave del cierre metálico para que ayudara a abrir y le dijo que la semana siguiente llevara los datos necesarios para formalizar el empleo.

El primer dinero que cobró lo repartió sobre la cama en montones pequeños: transporte, comida, una futura fianza y una cantidad que no tocaría salvo que tuviera que marcharse otra vez. Esa tarde compró una toalla propia y una taza azul para reemplazar una que se le había resbalado a Inés. También dejó varios billetes bajo el azucarero.

Inés los encontró durante la cena y devolvió la mitad.

—Esto cubre comida y gastos. El resto lo guardas.

—No quiero vivir de ti.

—Entonces no lo hagas. Vive conmigo hasta que puedas elegir algo que no te obligue a cerrar una puerta con una silla.

Nora nunca le había contado lo de la silla. Inés podía haber visto las marcas del suelo o haber intentado entrar mientras ella dormía; la sola posibilidad de que hubiera ocurrido le provocó un escalofrío. Inés notó el cambio y dejó el dinero sobre la mesa, sin acercarse.

—No he entrado en tu cuarto —dijo—. La silla se ve desde el pasillo cuando abres por la mañana.

Era verdad. Nora recogió los billetes y aceptó quedarse una semana más. Después otra. La cinta roja fue dejando de parecer una llave prestada y empezó a ocupar un lugar propio en el cuenco

de la entrada. Algunas noches Nora seguía encajando la silla bajo el picaporte; otras se dormía antes de acordarse de ponerla. Inés le enseñó a leer el plano sin girarlo, a combinar dos líneas de metro y a reconocer las avenidas por los edificios. A cambio, Nora rescató dos plantas, aprendió a preparar café mejor que ella y llenó la nevera con recipientes donde anotaba la fecha para evitar que Inés cenara cualquier cosa olvidada al fondo de un estante.

Una tarde, mientras calculaban el trayecto más barato hasta una habitación que Nora quería visitar, Inés tachó una línea de autobús.

—Esa no. Pasa por la terminal interurbana y tarda el doble. Además, es la que continúa hacia los pueblos del oeste.

—¿Y qué importa eso?

—Que no necesitas acercarte a la misma ruta por la que llegaste.

Nora dejó el lápiz sobre el plano.

—Nunca te he dicho de dónde venía.

—Te vi bajar del último autobús de esa línea.

—Dijiste que habías acompañado a una amiga.

—Una cosa no impide la otra.

La explicación podía sostenerse, pero Inés evitó mirarla. Doblando el plano, escondió bajo una solapa el círculo azul que marcaba la terminal y se levantó para recoger las tazas. Nora volvió a pensar en el café frío del primer día, en el paraguas que ya había formado un charco antes de que se sentaran y en la rapidez con que Inés había entendido que nadie la estaba esperando.

—¿Sabías que yo venía en ese autobús? —preguntó.

Inés se quedó de espaldas, con una taza en cada mano.

—No sabía quién eras.

Nora la vio entrar en la cocina, dejar las tazas en el fregadero y abrir el agua para limpiarlas. La frase no respondía del todo a lo que había preguntado. Sobre la mesa quedaron el plano doblado, el teléfono nuevo y la lista de documentos que Aurora le había pedido para formalizar el empleo. En menos de dos semanas había conseguido un trabajo, una ruta y una llave; había cambiado de número, de horarios y de historia. Poco a poco aprendía a desaparecer de la vida que Tomás había construido para ella.

Pero el círculo azul seguía oculto bajo el pliegue del papel. Al mirarlo, Nora tuvo la impresión incómoda de que Inés había sabido dónde encontrarla antes incluso de que ella supiera adónde iba.

6. La voz al otro lado

Nora oyó la voz por primera vez un martes, poco después de las cinco de la tarde, al otro lado de la puerta del piso.

Había regresado antes de lo habitual porque una avería en la cámara frigorífica obligó a Aurora a cerrar la cafetería después del servicio de comidas. Subió los escalones con la chaqueta doblada sobre el brazo y la cabeza todavía llena del chirrido de las bandejas. Al alcanzar el segundo rellano advirtió que la puerta de Inés no estaba cerrada del todo: una franja de luz cruzaba el felpudo y llegaba hasta la pared. Nora se detuvo antes de sacar la llave.

Dentro hablaba un hombre. Lo hacía en un tono tan bajo y sereno que Nora necesitó unos segundos para entender que aquello no era una conversación. La madera y la distancia deshacían parte de las frases, pero la cadencia llegaba limpia: pausas largas, preguntas formuladas como si la respuesta ya estuviera decidida y una paciencia hostil que le resultó más inquietante que un grito.

—Te pedí una cosa sencilla —dijo él.

Inés respondió demasiado bajo para que Nora pudiera entenderla.

—No conviertas esto en un problema.

Nora retrocedió un peldaño. La barandilla estaba fría bajo sus dedos y olía a metal mojado. Era un olor corriente, pero le bastó para devolverle durante un instante la cocina de su casa: Elena encogida junto a la mesa y Tomás hablando casi en un susurro antes de golpearla. Su padre también bajaba la voz cuando quería que el miedo hiciera el trabajo por él.

En el piso se hizo un silencio. Luego Inés dijo algo que sonó como «ella no sabe nada».

La puerta se abrió antes de que Nora decidiera si debía bajar o llamar.

Inés apareció en el umbral con una blusa verde que Nora no le había visto nunca y el cabello recogido con una precisión impropia

de una tarde en casa. Al verla perdió el color durante un segundo; enseguida salió al rellano y cerró tras ella hasta dejar sólo una rendija.

—Has vuelto pronto.

—La cámara frigorífica se ha estropeado.

Inés miró la chaqueta y después la bolsa de tela donde Nora llevaba la taza azul y un libro prestado por Aurora. Solo entonces pareció creerla.

—Te he escrito.

Nora sacó el teléfono. No había ningún mensaje.

—Se habrá quedado sin enviar —dijo Inés—. Tengo visita.

Desde dentro no llegó un solo ruido. Nora miró la rendija oscura junto al marco.

—Ya lo he oído.

La mandíbula de Inés se tensó.

—¿Cuánto?

—Lo suficiente para saber que no quiere convertirme en un problema.

Inés bajó la vista hacia el rellano. De pronto parecía mucho más cansada que aquella mañana, cuando había salido con prisa asegurando que regresaría tarde. Acercó la puerta al marco sin llegar a cerrarla y habló con una suavidad que no disimulaba la urgencia.

—Ve a tomar algo. Te llamo cuando se haya marchado.

—También vivo aquí.

—Precisamente por eso te lo pido.

No añadió «por favor» ni dijo que Nora corriera peligro. Sin embargo, la forma en que mantenía el cuerpo entre ella y la abertura le recordó a Elena ocupando el espacio entre Tomás y una puerta para darle tiempo a subir a su habitación.

—¿Es tu pareja?

Inés tardó demasiado en contestar.

—Es alguien con quien necesito terminar una conversación.

—No parece que te deje hablar mucho.

La expresión de Inés cambió. No fue enfado, sino miedo a que el hombre pudiera haberla oído. Miró hacia el interior y entonces la voz

volvió a sonar, esta vez más próxima.

—Inés.

Solo dijo su nombre. Bastó.

Ella abrió un poco más la puerta, lo justo para deslizarse dentro, y antes de desaparecer tendió a Nora un billete doblado.

—Cena fuera. Invito yo.

Nora no lo cogió. Inés dejó caer la mano y cerró. El pestillo giró desde dentro.

Nora siguió inmóvil en el rellano. Podía tocar el timbre y obligar a Inés a decidir delante de él si la dejaba entrar, o bajar a la calle y esperar junto al portal hasta descubrir quién salía. También podía avisar a la policía, aunque no tenía nada concreto que denunciar: una voz desagradable y una puerta cerrada en una casa que todavía no sentía del todo suya.

Terminó bajando un piso, pero no salió del edificio. Se sentó en el último escalón del tramo, oculta por la curva de la escalera para cualquiera que mirase desde arriba. El corazón le golpeaba con una fuerza que no correspondía al silencio del inmueble. Respiró despacio y abrió el libro sobre las rodillas. Mantuvo la vista fija en las páginas, pero era incapaz de leer ni una sola línea.

Pasaron once minutos antes de que oyera la puerta.

Nora cerró el libro, pero se quedó sentada en el escalón, oculta por la curva de la escalera. Desde allí alcanzaba a ver una parte del tramo superior sin quedar expuesta a quien descendiera desde el piso de Inés.

Unos zapatos masculinos aparecieron primero, seguidos del bajo de un pantalón oscuro y una mano que rozó la barandilla. El hombre llevaba un abrigo gris hasta la rodilla y sostenía un teléfono en la mano izquierda. Nora se inclinó apenas, intentando verle la cara.

Entonces él se detuvo.

Nora se quedó inmóvil. No sabía si había oído algo o si simplemente estaba mirando el teléfono. La pantalla se iluminó durante unos segundos; después, el hombre la bloqueó y continuó bajando sin volverse, de espaldas al hueco donde ella permanecía sentada. La curva lo ocultó antes de que Nora llegara a verle la cara completa.

Esperó hasta oír cerrarse la puerta del portal. Solo entonces volvió a subir hasta la ventana de la escalera. Vio un coche oscuro junto a la acera y a un conductor que bajaba para abrir la puerta trasera. El hombre entró sin mirar hacia el edificio. El vehículo se incorporó al tráfico antes de que Nora pudiera leer la matrícula completa; memorizó las dos primeras letras y los últimos números, aunque al repetirlos descubrió que no estaba segura del segundo.

Inés seguía en el recibidor cuando Nora volvió a subir. Había abierto la puerta, pero no parecía esperarla. Miraba el cuenco de cerámica con un desconcierto que Nora no supo interpretar.

—Te dije que te llamaría.

—No me he ido.

Inés levantó la cabeza. Primero apareció la irritación; después, un alivio breve que ocultó apartándose para dejarla pasar.

El piso olía a una colonia seca, ligeramente amarga. Sobre la mesa del salón había dos vasos, uno con una marca de labios de Inés y otro casi lleno. La puerta del supuesto trastero estaba cerrada y la llave no se veía en la cerradura.

—¿Cómo se llama? —preguntó Nora.

—No importa.

—A ti sí parece importarte.

Inés recogió los vasos. La manga de la blusa le cubría la muñeca, aunque en casa ella siempre solía arremangarse hasta los codos. En lugar de llevárselos a la cocina, se quedó con ellos entre las manos.

—Hay personas que no entienden que una conversación privada sigue siéndolo cuando alguien escucha detrás de una puerta.

—La puerta estaba abierta.

—Y tú estabas en la escalera.

—Porque me has echado de la casa en la que me pediste que me quedara.

Inés dejó los vasos sobre la mesa con más cuidado del necesario.

—No te he echado.

—Me has dicho que desapareciera hasta que él se marchara.

—Quería evitar una situación incómoda.

—¿Para quién?

Inés no respondió. Fue hasta la ventana, separó la cortina y recorrió la calle en ambas direcciones antes de soltarla. El coche oscuro ya no estaba.

—No volverá a coincidir contigo —dijo.

Aquello no tranquilizó a Nora. Si Inés podía asegurar que no volverían a coincidir era porque la coincidencia de esa tarde había sido un error que alguien podía evitar.

Durante las dos semanas siguientes, el hombre respetó aquella regla con una precisión que revelaba cuánto sabía de los horarios de Nora. Nunca estaba en el piso cuando ella regresaba, aunque dejaba rastros pequeños: la colonia en el recibidor, una segunda taza en el fregadero, la planta del salón desplazada para despejar la vista hacia la calle. Algunas tardes Inés escribía para preguntarle a qué hora acabaría. Si Nora decía que a las tres, aparecía la sugerencia de hacer una compra al otro lado del mercado o el recordatorio de alguna habitación anunciada. Si contestaba que todavía no lo sabía, la visita no se producía.

Una noche Nora encontró en el suelo de la cocina un envoltorio de azúcar de la cafetería. Era uno de los sobres blancos que Aurora compraba por cajas, con una brújula azul dibujada en una esquina. Lo recogió y se lo mostró a Inés.

—¿Has venido a verme?

—No.

—Esto es del local.

Inés miró el sobre sin tocarlo.

—Hay miles iguales.

No era cierto. Aurora se quejaba del precio precisamente porque una imprenta cercana los fabricaba para el establecimiento.

—¿Él ha estado allí?

—No sé dónde toma café.

—Pero sí sabes quién es.

—Nora, no empieces.

Nora se tensó. Inés debió de notarlo, porque cerró los ojos un instante.

—Lo siento. No quería hablarte así.

Nora dejó el envoltorio sobre la mesa.

—¿Por qué nunca está cuando yo estoy?

—Porque se lo he pedido.

—¿Y por qué se lo has pedido?

Inés cogió el sobre, lo rompió por la mitad y después en cuatro pedazos que arrojó a la basura.

—Porque no quiero que forme parte de tu vida.

Nora no supo si debía entender protección, vergüenza o amenaza. Pensó en el hombre detenido en la escalera sin haberla visto y en el coche que lo esperaba con el motor encendido.

—¿Tiene una fotografía mía?

Inés palideció.

—¿Por qué preguntas eso?

—Llevaba una foto en el teléfono.

—No pudiste verla desde donde estabas.

Nora se quedó callada. Inés acababa de revelar que sabía exactamente desde dónde había observado al hombre.

A partir de entonces Nora empezó a alterar sus horarios sin avisar. Cambiaba de línea de metro, alargaba el camino y una tarde regresó durante el descanso con el pretexto de haber olvidado la documentación. No encontró al hombre, pero sí la puerta del trastero abierta. Inés estaba dentro y la cerró antes de que Nora pudiera ver algo más que el borde de una mesa y varias carpetas apiladas.

—¿No era un trastero?

—También trabajo ahí.

—Nunca me has dicho en qué trabajas.

—Nunca me lo habías preguntado.

—Te lo pregunto ahora.

Inés giró la llave y se la guardó en el bolsillo.

—Hago investigaciones para clientes. Verifico datos, busco personas, ordeno documentos. Cosas aburridas.

—¿Él es un cliente?

—No.

La negativa salió inmediata. Para todo lo demás Inés había necesitado una explicación.

Aquella noche cenaron casi sin hablar. Antes de acostarse, Nora escribió en una hoja las letras y los números que recordaba de la matrícula, la hora de la visita y las frases que había oído. Guardó el papel dentro del forro roto de la mochila. Aún no sabía para qué podía servirle, pero había aprendido que los detalles desaparecían con facilidad cuando alguien insistía en que no tenían importancia.

Tres días después Inés le envió un mensaje poco antes de terminar el turno: «¿Puedes tardar una hora?».

Nora leyó la frase mientras secaba vasos y no contestó. Salió a las tres y cuarto, tomó la línea directa y caminó deprisa desde la estación. Al doblar la esquina vio el coche oscuro alejándose del portal. Esta vez no había ningún conductor esperando fuera y los cristales traseros impedían saber cuántas personas viajaban dentro.

La puerta del piso estaba cerrada. Nora llamó, aunque llevaba las llaves. Inés tardó en abrir. Vestía una camisa ancha de manga larga y se había soltado el cabello sobre la cara. Detrás de ella, una silla del comedor yacía de costado.

—Te pedí una hora.

—No dijiste por qué.

—Porque necesitaba estar sola.

Nora miró la silla.

—¿Sola con él?

Inés la levantó antes de permitirle entrar.

—Se ha enganchado con la alfombra.

Al inclinarse, la manga se deslizó hacia el codo y dejó al descubierto un hematoma reciente en la cara interior del brazo, oscuro en el centro y rojizo en los bordes. No tenía la forma difusa de un golpe contra un mueble: cuatro marcas ovaladas se alineaban a un lado y una quinta, más ancha, se hundía en el opuesto. Era la huella de una mano.

Inés se cubrió enseguida.

—Me he dado con la puerta del baño.

Nora sostuvo su mirada. Había oído aquella clase de explicación demasiadas veces; conocía incluso el momento en que quien mentía esperaba ser creído por compasión.

—Una puerta no tiene cinco dedos.

Inés dejó de fingir. La fatiga le venció los hombros y, durante un segundo, pareció a punto de contarle la verdad. Luego miró hacia el pasillo, hacia la habitación cerrada, y el miedo volvió a ocupar su sitio.

—No le has visto la cara —dijo.

Nora entendió que no estaba preguntando.

—No.

—Si alguna vez coincidís, no intentes averiguar quién es. No le hagas fotografías, no preguntes por él y no pronuncies mi nombre delante de nadie que pueda conocerlo.

—¿Él te ha hecho eso?

Inés apretó la tela sobre el hematoma.

—Prométeme que no vas a buscar su cara.

Nora pensó en Elena bajándose las mangas en pleno verano, en las puertas contra las que supuestamente tropezaba y en todas las veces que el silencio había servido para mantener a Tomás dentro de la casa. Había huido para no convertirse en la siguiente, pero al mirar el brazo de Inés comprendió que aquel miedo podía cambiar de ciudad, de voz y de persona sin dejar de resultarle reconocible.

—No —dijo—. No voy a prometerte eso.

Inés la observó. La negativa de Nora acababa de empujar una puerta que llevaba mucho tiempo intentando mantener cerrada.

7. La marca en el brazo

El miércoles siguiente, Inés dejó caer una cuchara, derramó el café y pasó varios minutos buscando unas llaves que llevaba en el bolsillo de la chaqueta. Por separado, ninguno de aquellos descuidos tenía importancia; juntos bastaban para desordenar el ritmo de una cocina donde incluso sus despistes solían tener una lógica reconocible. Nora la observó secar la mesa con un paño ya empapado, empujando sin darse cuenta el café hacia el borde.

—Vas a llegar tarde —dijo Inés.

—Entro a las siete. Me sobran diez minutos.

Inés miró el reloj del horno, que adelantaba casi un cuarto de hora desde que Nora vivía allí. Después comprobó el de su muñeca y dejó otra vez la taza sobre la mancha que acababa de limpiar.

—Entonces soy yo la que ha perdido la noción del tiempo.

Llevaba el pelo recogido y una camisa blanca abotonada hasta el cuello. El maquillaje cubría casi por completo la sombra que aún conservaba en el brazo, aunque el borde amarillento del hematoma aparecía bajo la manga cada vez que levantaba la mano. Desde la visita del hombre, no había vuelto a mencionar el golpe ni la petición de que Nora evitara fotografiarlo. Se comportaba como si aquella conversación hubiera terminado por cansancio, sin que ninguna de las dos hubiese aceptado realmente la respuesta de la otra.

—¿Tienes que ir a algún sitio? —preguntó Nora.

—Esta noche he quedado para cenar.

Inés lo dijo con una naturalidad ensayada.. A Nora le volvió la voz que había oído al otro lado de la puerta: el miércoles estarás allí. Miró el calendario pequeño sujeto a la nevera con un imán. Inés siguió la dirección de sus ojos y se entretuvo doblando el paño.

—¿Con él?

—Con gente que conozco.

—Eso tampoco responde.

—No pretendía que respondiera.

El tono salió más brusco de lo habitual. Inés apoyó las dos manos en la encimera y cerró los ojos un momento. Cuando volvió a hablar, la irritación había cedido y solo quedaba un cansancio que la hacía parecer mayor.

—Perdona. No tienes por qué pagar el precio de mi mal humor. Llegaré tarde, eso es todo. No me esperes despierta.

Nora se colgó la bolsa. Podía recordarle que había sido Inés quien le había enseñado a desconfiar de las rutas únicas, de las personas que sabían demasiado y de las habitaciones sin cerradura. También podía preguntarle por qué esas reglas dejaban de servir cuando se trataba de su propia vida. Pero reconoció la tensión de quien ya ha tenido que defender una decisión que no siente como propia, y supo que insistir solo añadiría otra presión.

—Llévate las llaves —dijo, señalando el bolsillo de la chaqueta.

Inés palpó la tela y soltó una risa breve.

—Eso pensaba hacer.

La risa había desaparecido cuando Nora cerró la puerta.

En la cafetería, el miércoles se llenó de repartidores que llegaban tarde, clientes impacientes y una avería intermitente en la máquina de café. Aurora tuvo que enseñarle dos veces la misma factura porque Nora seguía confundiendo las cifras. A la tercera, le quitó el papel de las manos y señaló el reloj con el bolígrafo.

—Si esperas que las agujas se muevan más deprisa, te aviso de que nunca funciona.

—No espero nada.

—Mucho peor. La gente que no espera nada mira la puerta, no la hora.

Nora dijo que había dormido poco y volvió a las mesas. No quería explicar una preocupación que ni siquiera sabía cómo describir. Inés era una mujer adulta y no le debía un itinerario ni la lista de las personas con las que cenaba. En otras circunstancias, habría bastado con eso. Pero estaban el hematoma, las visitas calculadas según los turnos de Nora y aquella orden pronunciada detrás de una puerta cerrada.

Cuando regresó al piso, poco después de las cuatro, encontró la camisa blanca extendida sobre la cama de Inés y la puerta del armario abierta. La oyó moverse en el baño. Sobre la mesa del salón había tres pendientes distintos, un pintalabios sin tapa y una copa vacía con dos marcas de color diferentes en el borde. Nora dejó la compra en la cocina y no tocó nada.

Inés salió con un pantalón oscuro, una blusa de seda verde y unos zapatos de tacón bajo que Nora no le había visto nunca. Se había soltado el pelo y había cubierto otra vez el moratón. El conjunto no la hacía parecer más elegante, sino menos reconocible.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

Nora entendió que no esperaba un elogio. Quería saber si el miedo se veía.

—Como si no quisieras ir.

Inés recogió el pintalabios y lo guardó en el bolso.

—No era la respuesta prevista.

—Tampoco era una pregunta de verdad.

Durante unos segundos pareció a punto de sentarse y desabrocharse los zapatos. Entonces el teléfono se iluminó sobre la mesa. Inés lo miró y el cuerpo se le tensó con aquella rigidez cuidadosa que Nora ya asociaba al hombre cuya cara todavía no conocía.

—Hay comida en la nevera —dijo—. Y no abras si llaman al portero automático.

—¿Esperas que llame alguien?

—No. Por eso no tienes que abrir.

Se puso el abrigo y comprobó dos veces lo que llevaba en el bolso. Ya con la mano sobre el picaporte, se volvió hacia Nora.

—Si mañana estoy insoportable, recuérdame que ya no tengo edad para cenar fuera entre semana.

A Nora le dejó mal cuerpo. Inés parecía llevar la explicación preparada de antemano.

Nora escuchó sus pasos bajar por la escalera hasta que oyó cerrarse el portal. Se acercó a la ventana, pero desde el cuarto piso sólo alcanzó a ver el techo de un coche oscuro detenido en doble

fila. Cuando se inclinó para intentar distinguir al conductor, el vehículo arrancó y desapareció de su campo de visión.

Calentó la cena, repasó las cuentas de la semana y preparó la ropa para el trabajo. A las once se llevó un libro a la cama; a medianoche continuaba en la misma página. Llegó a escribir «¿Todo bien?», pero borró el mensaje antes de enviarlo. Se negó a convertirse en otra persona que exigía saber dónde estaba Inés a cada momento.

A la una y veinte oyó un coche detenerse frente al edificio. Se incorporó, apartó la cortina y vio bajar a una pareja con bolsas de viaje. A las dos menos cuarto, una sirena recorrió la avenida sin detenerse. Después, la ciudad quedó reducida al rumor de la lluvia en el patio y al ruido ocasional de las tuberías. Nora dejó la lámpara encendida y terminó dormida sobre la colcha.

La despertó un roce de metal.

Al principio creyó que venía de la habitación cerrada. Permaneció inmóvil, con el corazón golpeándole en la garganta, hasta que el sonido volvió a repetirse al otro lado de la puerta principal: una llave raspaba la placa de la cerradura, se retiraba y fallaba otra vez. Nora miró el teléfono. Eran las cuatro y veintiséis.

Se acercó sin encender la luz del recibidor.

—¿Inés?

El metal cayó al suelo. Oyó un murmullo y luego la voz de Inés, mucho más baja de lo habitual.

—Se ha movido la puerta.

Nora descorrió el pestillo y abrió.

Inés estaba apoyada contra la pared del rellano. El bolso le colgaba abierto del hombro y las llaves yacían junto a un escalón, a menos de medio metro de sus zapatos. No llevaba el abrigo. A la blusa verde le faltaba un botón a la altura del vientre y una de las mangas se había descosido desde el puño; en la rodilla derecha, la tela del pantalón estaba húmeda y manchada de polvo. Uno de los zapatos había perdido la tira trasera y solo seguía en su pie porque Inés encogía los dedos para sostenerlo.

Alzó la cabeza. Miró a Nora durante un instante con una extrañeza que le borró cualquier expresión. Luego parpadeó y

sonrió.

—Has cambiado la cerradura.

—No.

—Entonces la llave está mal.

Nora recogió el llavero. Inés había intentado abrir con la llave pequeña de la habitación del fondo.

—Esta no es la de la entrada.

—Ya lo sé.

Un segundo antes era evidente que no lo sabía. Intentó separarse de la pared y el cuerpo se le venció hacia el hueco de la escalera. El zapato de Inés se le salió del pie y cayó junto a las llaves. Nora la sujetó por la cintura; notó el frío de la ropa, la falta de equilibrio y un temblor fino que le recorría los brazos. Inés olía a humo, a perfume ajeno y a lluvia. Había también alcohol en su aliento, un rastro leve y dulzón que no se parecía al olor espeso que Nora recordaba en Tomás cuando bebía hasta perder la medida.

—¿Dónde está tu abrigo?

Inés se miró los hombros desnudos y tardó un instante en responder.

—En el guardarropa.

—¿De qué sitio?

—Del restaurante.

—¿Cómo se llama?

Inés se quedó mirando el tramo de escaleras, buscando allí una respuesta que no aparecía.

—No empieces, Nora. He bebido demasiado.

—¿Has venido sola?

—Claro.

—¿En taxi? ¿Andando? ¿Te ha traído alguien?

Se llevó una mano a la frente. La sonrisa desapareció.

—No me acuerdo del trayecto.

Decirlo pareció asustarla más que el estado de su ropa. Bajó la mirada hacia los pisos que acababa de subir y apretó el bolso contra el cuerpo. Nora recogió el zapato y la hizo entrar. Antes de cerrar, comprobó el rellano y el hueco de la escalera. No había nadie. En la

calle, sin embargo, oyó alejarse un motor justo cuando se asomó a la ventana del descansillo.

Inés llegó hasta la cocina apoyando una mano en la pared. No quiso sentarse y se sirvió agua, aunque parte cayó fuera del vaso. Nora cerró el grifo que ella había dejado abierto.

—Voy a llamar a urgencias.

—No.

La respuesta fue tan rápida que durante un segundo Inés pareció completamente lúcida. Cogió el teléfono de Nora antes de que pudiera desbloquearlo y lo dejó boca abajo sobre la mesa.

—No llames a nadie.

—No sabes dónde has estado ni cómo has vuelto.

—He salido a cenar, he bebido y he hecho el ridículo. No hace falta convertirlo en una catástrofe.

—Te falta el abrigo, tienes la ropa rota y casi te caes por las escaleras.

—Me habré caído antes.

—¿Dónde?

Inés abrió la boca, pero no contestó. Le temblaban tanto las manos que casi derrama el agua del vaso.

—No lo sé.

Nora recuperó el teléfono.

—Entonces necesito que te vea alguien.

—Y yo necesito que no quede mi nombre en ningún sitio esta noche.

Lo dijo en voz baja, sin intentar imponerse. El miedo de aquella frase resultaba más difícil de ignorar que todas las excusas anteriores. Nora podía pedir ayuda contra su voluntad o quedarse allí sin saber si Inés corría peligro; pero no quería hacer ninguna de las dos cosas.

—Si pierdes el conocimiento o empeoras, llamaré —dijo—. Aunque te enfades.

Inés asintió. No tenía aspecto de estar cediendo, sino de haberse quedado sin fuerzas para seguir discutiendo.

En el baño se dejó caer sobre la tapa cerrada del inodoro mientras Nora humedecía una toalla. Bajo la luz blanca se veían

mejor los desperfectos de la ropa y una pequeña herida en la barbilla que Inés no parecía haber advertido. Nora le entregó la toalla para que se limpiara sola. Estar desorientada no significaba que hubiese perdido el derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

—¿Con quién estabas? —preguntó.

—Con unas amigas.

—Dime una.

Inés apretó la tela húmeda contra la cara.

—No las conoces.

—No te he preguntado si las conozco.

El silencio se alargó. Inés retiró la toalla y se quedó mirando la mancha de maquillaje en el tejido, como si pudiera pertenecer a otra mujer.

—Recuerdo una mesa —dijo por fin—. Había vasos azules. O luces azules. Alguien hablaba muy cerca de mí y yo no entendía lo que decía. Después estaba en la calle.

—¿Estaba él?

—No.

Si hubiera estado en mejores condiciones, seguro que no habría respondido así de rápido, sin pensarlo. Inés quiso levantarse y tuvo que sentarse de nuevo. Cuando apoyó una mano en el lavabo, la manga descosida retrocedió hasta el pliegue del brazo.

Nora vio entonces el punto oscuro cerca de la cara interior del codo. Era diminuto, rodeado por un halo rojizo, pero la piel limpia de alrededor impedía confundirlo con cualquier arañazo o el roce de una costura. Inés siguió la dirección de su mirada.

Apenas reaccionó: dejó de respirar, bajó los ojos y pasó el pulgar junto a la marca sin llegar a tocarla. El desconcierto apareció antes de que tuviera tiempo de ocultarlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Nora.

Inés se cubrió el brazo.

—Nada.

—Parece una marca de aguja.

—Tú no sabes nada de eso.

—Tú tampoco sabías que estaba ahí.

Inés levantó la cara. Tenía los ojos húmedos por el esfuerzo de mantenerse consciente. Nora pensó que esta vez iba a contarle algo. Pero Inés se puso en pie agarrándose al lavabo y volvió a la misma explicación, con una obstinación que ya no conseguía hacerla creíble.

—He bebido demasiado. Eso es todo.

Nora la acompañó hasta su habitación y dejó la puerta entreabierta. Inés se tumbó vestida, con el otro zapato todavía puesto, y se volvió hacia la pared. Al cabo de unos minutos su respiración adquirió un ritmo más regular, aunque de vez en cuando la mano recorría la colcha con un movimiento inquieto.

En la cocina, Nora recogió el vaso, las llaves equivocadas y el teléfono de Inés, que había quedado en el fondo del bolso. No intentó abrirlo. Dejó las tres cosas sobre la mesa, a la vista, y sacó la libreta donde había anotado las amenazas de Tomás durante el viaje.

Escribió la hora, el estado de la ropa, el abrigo ausente y las pocas frases que Inés recordaba. Cuando llegó a la explicación que ella había repetido, detuvo el bolígrafo. Si escribía que Inés había vuelto borracha, convertiría su versión en un hecho. Prefirió quedarse con lo que había visto.

Anotó: «Miércoles, 4:26. No recuerda dónde estuvo ni cómo regresó. Marca junto al codo».

Cerró la libreta. Hasta entonces, el miedo de Inés estaba en los silencios, en las llamadas que no contestaba y en las puertas que cerraba. Aquella madrugada había algo más concreto: varias horas que ella no podía reconstruir y una señal en el cuerpo que ni siquiera sabía que tenía. Aun así, había preferido quedarse en casa en aquel estado antes que acudir a urgencias y dejar constancia de que algo le había ocurrido.

SEGUNDA PARTE · LA MUJER QUE TENÍA MIEDO

8. Los miércoles

Al día siguiente, Inés no recordaba haber confundido la llave de la habitación cerrada con la del piso. Tampoco recordaba el coche que se había alejado mientras Nora miraba por la ventana del descansillo ni la frase sobre el nombre que no quería dejar escrito en ningún hospital. Escuchó el relato sentada en la mesa de la cocina, con una taza de manzanilla entre las manos y el rostro limpio de maquillaje. A la luz de la mañana, la pequeña herida de la barbilla parecía más profunda y la piel alrededor de la marca del codo había adquirido un tono amarillento.

Nora se limitó a contar aquello que podía afirmar: la hora de llegada, el abrigo perdido, el estado de la ropa y la dificultad para mantenerse en pie. Cada dato endurecía un poco más la expresión de Inés, aunque no parecía sorprenderla tanto como debería. Cuando Nora terminó, ella miró hacia la libreta que había quedado junto al frutero.

—¿Lo has apuntado todo?

—Lo que vi.

—¿También lo de la aguja?

—No sé si fue una aguja. Escribí que había una marca.

Inés asintió despacio. Nora esperaba que le pidiera arrancar la página, pero solo acercó la taza a los labios y dejó que el vapor le humedeciera la cara.

—No se lo enseñes a nadie.

—Si vuelve a pasar, no voy a quedarme mirando.

—No te he pedido eso.

—Me pediste que no llamara a urgencias.

—Y me hiciste caso.

Inés no estaba agradecida ni molesta. Se quedó un momento con sus propias palabras, indecisa entre llamar prudencia o miedo a lo que había hecho la noche anterior. Al levantarse para llevar la taza al fregadero, tuvo que apoyarse en el respaldo de la silla cuando el suelo pareció moverse bajo sus pies.

—Hoy no vas a trabajar —dijo Nora.

—Trabajo en casa.

—Hoy tampoco.

Inés la miró con ese resto de humor que todavía utilizaba cuando quería impedir que la preocupación de los demás terminara pareciéndose a la lástima.

—Unas semanas en la ciudad y ya repartes órdenes.

—He tenido un buen profesor.

La sonrisa desapareció. Nora lamentó la respuesta al ver cómo Inés se cerraba, aunque no la retiró. Durante años, Tomás había usado el cuidado como excusa para decidir dónde podían ir Elena y ella, con quién hablar y qué riesgos tenían derecho a asumir. Nora no quería repetir aquella forma de control, ni siquiera frente a alguien que esa mañana parecía incapaz de cuidarse.

Dejó sobre la mesa un vaso de agua, pan tostado y el número de un servicio de atención sanitaria que había encontrado en el teléfono. Después se puso la chaqueta.

—No voy a obligarte a llamar —dijo—. Pero tampoco voy a fingir que esto es una resaca.

Inés mantuvo los ojos en el papel hasta que Nora salió de la cocina.

Durante los seis días siguientes no hubo otra madrugada perdida, pero la rutina de casa había dejado de ser la misma. Inés dormía a horas extrañas y se despertaba con cualquier ruido del portal. Si oía un motor detenerse en la avenida, abandonaba el ordenador, se acercaba a la ventana sin apartar del todo la cortina y esperaba hasta que el vehículo arrancaba. A veces regresaba al sofá con una explicación preparada —un taxi, el repartidor del supermercado, alguien buscando aparcamiento—. Otras veces volvía a sentarse como si nunca se hubiera levantado.

El deterioro apareció en cosas pequeñas: unas negras ojeras bajo los ojos, el temblor de los dedos al encender la cafetera, dos cenas intactas que acabaron en la basura, el pestillo comprobado incluso después de haberlo echado ella misma. Seguía trabajando con la puerta del salón cerrada y atendía algunas llamadas en la habitación del fondo, pero había dejado de bromear sobre sus plantas y ya no corregía la manera en que Nora doblaba el plano. Cuando Nora le preguntaba si ocurría algo, Inés tardaba cada vez más en responder.

El domingo, la puerta de un coche se cerró de golpe bajo las ventanas mientras las dos preparaban la cena. Inés dejó caer el plato que estaba secando. Nora consiguió sujetarlo contra la encimera antes de que llegara al suelo, pero el ruido de la porcelana al chocar con el mármol las mantuvo inmóviles unos segundos. Inés se quedó inmóvil, aferrada a la encimera y con la respiración entrecortada.

—Ha sido en la calle —dijo Nora.

—Ya lo sé.

La respuesta salió áspera. Inés recuperó el plato y comprobó que no se hubiera agrietado; luego respiró varias veces, despacio, sin molestarse en disimularlo.

—No me digas que no pasa nada —añadió—. Lo odio.

Nora recordó todas las veces que aquella frase había servido para tapar un golpe, una amenaza o una noche de la que nadie debía hablar al día siguiente.

—No iba a decírtelo.

Inés la miró todavía pálida. Algo parecido a la gratitud le atravesó el rostro y desapareció enseguida. Terminaron de preparar la cena con la radio un poco más alta de lo habitual. No volvieron a mencionar el coche. Antes de sentarse, Inés cerró las cortinas.

El miércoles siguiente, no fingió que iba a cenar con amigas. A las siete de la tarde se duchó, se vistió de negro y dejó sobre la cama tres blusas antes de elegir la más discreta. Nora la observó desde el pasillo. Había decidido no preguntarle adónde iba; la decisión le duró hasta que vio que Inés comprobaba por tercera vez la hora y cerraba el bolso con manos inseguras.

—Puedes quedarte —dijo Nora.

—Ya lo sé.

—Entonces quédate.

Inés se sentó para abrocharse los zapatos. Había adelgazado lo suficiente para que el pantalón formara un pliegue nuevo en la cintura.

—Que pueda quedarme no significa que vayan a desaparecer las consecuencias.

—¿Qué consecuencias?

—Las que intento mantener fuera de esta casa.

—¿Por qué los miércoles?

Inés pasó el pulgar por la cremallera del bolso. Dudó. Esta vez, en lugar de recurrir a otra mentira, pareció decidir cuánto podía decir sin abrir del todo aquello que llevaba semanas protegiendo.

—Porque conseguí que fuera un día —dijo—. Antes podía ser cualquiera.

Nora entendió entonces que los miércoles no eran una costumbre aceptada dócilmente. Haber logrado reducirlo a un solo día era, dentro de aquella obediencia forzada, el poco terreno que Inés todavía había conseguido conservar.

Nora recordó cómo había vuelto Inés el miércoles anterior: desorientada, sin abrigo, con el hematoma en el brazo y aquella pequeña marca junto al codo. Se apoyó en el marco sin bloquear la salida.

—Voy contigo.

—No.

—Puedo esperar cerca. No tienes que presentarme a nadie.

—Precisamente por eso no puedes venir.

Inés respondió con firmeza. Pero al levantarse, recoger las llaves y consultar otra vez la hora, Nora comprendió que aquella seguridad era solo apariencia. Inés quería marcharse sola y mantenerla al margen.

—Escríbeme cuando vuelvas —dijo Nora.

—Estarás durmiendo.

—Escríbeme de todos modos.

Inés prometió hacerlo. El mensaje llegó a las dos y diecisiete: «Ya estoy abajo». Nora abrió antes de que pudiera utilizar la llave.

Aquella vez Inés caminaba sin ayuda, llevaba el abrigo y decía recordar dónde había estado, aunque se negó a contarlo. Tenía el pelo húmedo por la niebla, los labios sin color y una línea rojiza alrededor de la muñeca izquierda, la marca de algo que había permanecido demasiado ajustado durante horas.

—No me mires así —murmuró al entrar.

—¿Así cómo?

—Como si estuvieras contando lo que falta.

Nora cerró la puerta y echó el pestillo.

—Hoy no falta nada.

—Siempre falta algo.

Inés se quitó los zapatos en el recibidor y fue directamente al baño. Poco después, Nora oyó correr la ducha y, por debajo del agua, una arcada ahogada. No llamó a la puerta. Dejó una botella de agua y una toalla limpia en el suelo del pasillo, al alcance de Inés cuando saliera, y regresó a su habitación.

A la mañana siguiente encontró la toalla doblada y una nota sobre la botella: «No conviertas los miércoles en tu problema».

Nora guardó el papel dentro de la libreta, junto a la primera anotación.

Los coches comenzaron a inquietar a Inés antes del tercer miércoles. El lunes por la tarde, un turismo gris permaneció cerca del portal durante casi una hora. No estaba en doble fila ni ocupaba un vado; había espacio suficiente para apagar el motor y esperar sin llamar la atención. Inés lo descubrió al cerrar las cortinas y dejó la mano suspendida sobre la tela.

—¿Conoces ese coche? —preguntó Nora.

—No.

Respondió sin dejar de mirar hacia abajo.

—Ni siquiera te he dicho cuál.

Inés soltó la cortina. La tela se cerró de golpe y dejó el salón a oscuras pese a que aún no había anochecido.

—Hay tres coches ahí abajo.

—Tú estabas mirando uno.

—Estaba mirando la calle.

Encendió una lámpara y cogió una taza que no tenía ningún motivo para mover. Al pasar junto a Nora derramó unas gotas sobre la alfombra. Doce minutos después, el turismo arrancó. Nora oyó el motor, separó apenas la cortina y alcanzó a ver las tres letras finales de la matrícula: LKM.

El martes volvió a verlo en la avenida, veinte metros más abajo y orientado en sentido contrario. Podía ser otro vehículo del mismo modelo, pero la matrícula terminaba en las mismas letras. En el asiento del conductor había un hombre de pelo corto inclinado sobre el teléfono. No levantó la cabeza cuando Nora entró en el portal. Al llegar al primer tramo de escaleras, ella oyó arrancar el motor.

No se lo contó a Inés. Anotó las letras y la hora y, al día siguiente, cambió el trayecto de regreso tal como Inés le había enseñado. Salió de la cafetería por la puerta de proveedores, tomó una línea de autobús distinta y bajó dos paradas después de la suya. Se acercó al edificio por la acera contraria, sin mirar directamente hacia el portal.

El turismo gris estaba allí.

Nora continuó hasta la tienda de pan de la esquina. Compró una barra que no necesitaba y permaneció junto al escaparate fingiendo buscar monedas mientras observaba el reflejo de la calle en el cristal. El conductor no miraba el teléfono. Tenía la cabeza ligeramente girada hacia la entrada del edificio y una mano apoyada en la parte superior del volante.

Pasaron casi veinte minutos sin nada que confirmara sus sospechas. Entró una mujer con un carrito, salió el vecino del perro y un repartidor dejó dos cajas junto a los buzones. El hombre no reaccionó. Nora empezó a preguntarse si estaba convirtiendo coincidencias en un patrón porque necesitaba darle una forma comprensible al miedo de Inés.

Entonces el portal se abrió.

Inés apareció con una bolsa de basura en una mano y las llaves en la otra. Apenas había dado dos pasos hacia los contenedores cuando vio el coche y se detuvo de golpe; la bolsa le chocó contra la pierna. El hombre alzó el teléfono, dijo unas palabras y no apartó la vista de ella. Inés dejó la basura en el contenedor más próximo y

volvió al portal sin comprobar siquiera si la tapa había quedado cerrada.

El coche permaneció allí.

Nora esperó cinco minutos más. El conductor hizo una llamada breve, miró dos veces las ventanas del cuarto piso y escribió algo en un papel apoyado contra el volante. A esas alturas, reunir todos aquellos movimientos bajo una explicación inocente empezaba a exigir más esfuerzo que admitir lo evidente.

Nora salió de la tienda y siguió caminando en dirección contraria a su casa. Al pasar por detrás del turismo bajó la vista lo justo para leer la matrícula completa. No sacó el teléfono. Si el hombre estaba vigilando el portal, no quería que la viera fotografiando el coche. Repitió los números hasta alcanzar la esquina siguiente y allí los escribió en la palma con el bolígrafo que llevaba en el bolsillo del abrigo.

Cuando regresó por una calle lateral, el coche se había marchado.

Inés la esperaba detrás de la puerta del piso. La abrió antes de que Nora introdujera la llave y la hizo entrar con una mano en el antebrazo.

—¿Dónde estabas?

—Comprobando quién mira el portal.

Inés soltó su brazo. En su cara no hubo sorpresa. El miedo se asentó con la familiaridad de algo que llevaba tiempo esperando.

—Dime que no te has acercado.

Nora abrió la mano. La tinta se había extendido con el sudor, pero la matrícula aún podía leerse.

—Lleva tres días aquí. Ayer arrancó cuando entré. Hoy ha llamado a alguien en cuanto te ha visto.

—Borra eso.

—No.

—Nora, no sabes quién es.

—Tú sí.

Inés se quedó mirando los números escritos en la piel de Nora, atrapada entre pedirle toda la verdad y seguir protegiendo lo que aún ocultaba. Al final cerró la puerta con dos vueltas de llave, echó el pestillo y comprobó el cierre.

—No vuelvas a cambiar de ruta sin decírmelo —dijo.

—Me enseñaste tú.

—Te enseñé a que no pudieran seguirte.

—Pues alguien lleva tres días vigilando esta casa.

El teléfono de Inés vibró dentro del bolsillo. Ella no lo sacó. La llamada se apagó y volvió a empezar mientras, detrás de las cortinas, un coche se detenía frente al edificio.

Esta vez Inés no se acercó a mirar.

—No es a mí a quien vigilan —dijo Nora.

Inés bajó la vista hacia la matrícula escrita en su mano.

—Ahora ya no estoy segura.

9. Un nombre en televisión

El coche que acababa de detenerse frente al edificio mantuvo el motor encendido. La vibración subía por la fachada y llegaba al salón convertida en un rumor grave, distinto del tráfico que recorría la avenida. Inés seguía junto a la puerta, mirando la matrícula escrita en la palma de Nora, mientras el teléfono insistía dentro de su bolsillo.

La segunda llamada terminó sin respuesta. Inés sacó el aparato, leyó la pantalla y lo dejó boca abajo sobre la consola. Después apagó la lámpara del recibidor y atravesó el salón para cerrar las cortinas. No se acercó al cristal; tiró de la tela desde un lateral, procurando mantenerse fuera del ángulo de las ventanas.

—Lávate la mano. La tinta acabará borrándose y solo conseguirás mancharlo todo.

Nora abrió la libreta antes de obedecer. Copió la matrícula, añadió la hora, los tres días en que había visto el turismo y una descripción del conductor tan precisa como permitía la distancia. Inés la vio escribir y, esta vez, no repitió que no debía enseñárselo a nadie.

—¿Sabes quién ha mandado ese coche?

—No.

—Pero tienes una idea.

Inés miró hacia las ventanas. El motor continuaba abajo, inmóvil.

—Sé que acercarte a un coche que vigila la casa es una estupidez.

—Me acerqué para leer una matrícula, no para abrirle la puerta.

—Eso no te vuelve invisible.

Nora cerró la libreta. La dureza de Inés ya no bastaba para ocultar lo que había detrás; Nora llevaba demasiados días viéndola medir ventanas, calles y llamadas, demasiado tiempo aprendiendo a distinguir cuándo una orden nacía del enfado y cuándo intentaba cubrir el miedo. Aquella pertenecía a lo segundo.

—Tampoco sirve quedarme aquí arriba fingiendo que no existe.

Inés iba a responder cuando el coche arrancó. Las dos siguieron el sonido mientras se alejaba avenida abajo hasta confundirse con los demás motores. Solo entonces Inés volvió a encender la lámpara. El salón recuperó su aspecto de siempre, pero entre ambas quedó la misma tensión.

—Mañana no vuelvas sola del trabajo.

—Pues mañana me tendrás que decir de quién tengo que protegerme.

Inés recogió el teléfono de la consola. No prometió nada.

A la mañana siguiente, Aurora encendió el televisor de la cafetería porque uno de los clientes se quejó del silencio. Estaba sujeto a la pared, encima de la nevera de bebidas, y casi siempre mostraba imágenes sin sonido mientras la máquina de café, las cucharillas y las conversaciones imponían su propio ruido. Aurora encontró el mando debajo de una caja de infusiones y subió el volumen justo cuando empezaba el informativo del mediodía.

Nora llevaba una bandeja con dos cafés y un vaso de agua hacia la mesa de la ventana. No prestó atención a la primera noticia ni a las imágenes de coches policiales entrando en un aparcamiento. Fue la voz la que la hizo detenerse.

—Ninguna organización es invulnerable —decía un hombre—. Quienes se creen por encima de la ley suelen confiar en el miedo y en el silencio de los demás. Nuestra obligación es demostrarles que se equivocan.

El tono era sereno, bajo, sin apenas cambios de volumen. Nora lo reconoció antes de mirar la pantalla. Era la misma voz que había oído al otro lado de la puerta del piso, la tarde en que encontró a Inés con aquel hombre. La misma calma, las mismas pausas, aquella forma de hablar que apenas dejaba espacio para una respuesta.

Nora se giró para ver el televisor. El vaso de agua se inclinó sobre la bandeja y Aurora lo sujetó antes de que cayera.

—¿Qué haces? Déjala en la barra si pesa.

Nora no contestó. En la pantalla, un hombre hablaba detrás de un atril rodeado de micrófonos. Llevaba traje oscuro, corbata lisa y el cabello corto, peinado hacia atrás con una precisión discreta. Detrás

se veían varias banderas y una pared clara. El rótulo inferior apareció cuando la cámara cerró el plano.

GABRIEL LEZA. FISCAL.

Leza se volvió para escuchar una pregunta. Durante un segundo, el perfil mostró la línea de la mandíbula y la parte alta del cuello: el mismo ángulo que Nora había alcanzado a ver en la escalera mientras él bajaba con el rostro orientado hacia la pared. Eso bastaba para relacionarlo con el piso.

Lo siguiente era distinto.

Cuando volvió a mirar al frente, Nora tuvo la certeza de haber visto antes aquellos ojos, aunque no apareció ningún lugar al que unirlos. Solo una sensación física: ella estaba mucho más abajo, con el cuello dolorido por mantener la cabeza levantada. El olor a café molido y detergente desapareció bajo otro, húmedo, de madera mojada. En la superficie brillante de la nevera creyó ver por un instante la sombra de algo que se movía detrás de una puerta.

Parpadeó. El local recuperó su profundidad. La bandeja seguía en sus manos y las cucharillas golpeaban contra los platos porque le temblaban los dedos.

Aurora se la quitó y la dejó sobre la barra.

—Siéntate.

—Estoy bien.

—Eso dicen siempre justo antes de caerse y romperme todas las tazas.

Nora obedeció. Necesitaba seguir mirando la pantalla sin sostener nada. La noticia explicaba que Leza había comparecido después de una operación contra una red dedicada al tráfico de drogas y a la explotación de mujeres. Hablaba de coordinación institucional, protección de las víctimas y confianza en la justicia. Bajo aquellas luces no se parecía al hombre que había oído hablar con Inés detrás de una puerta cerrada y al que después había visto abandonar el edificio.

Allí parecía justo lo contrario: un hombre al que las cámaras buscaban y que hablaba de proteger a los demás, mientras que en casa de Inés su sola presencia bastaba para llenarlo todo de miedo y tensión.

—¿Quién es? —preguntó Nora.

Aurora siguió la dirección de sus ojos.

—Un fiscal. Gabriel Leza. Sale bastante cuando detienen a alguien importante.

—¿Lo conoces?

—De cambiar de canal cuando habla. —Le acercó un vaso de agua—. ¿Tú sí?

—Creo que lo he visto antes.

—Con lo que sale en la tele, no sería raro.

Podía ser eso. Con la frecuencia con que Leza aparecía en televisión, habría sido sencillo cruzarse con su rostro años atrás y olvidarlo después. Nora intentó quedarse con aquella explicación, pero alguna cosa en su interior se le había despertado. Se quedó rígida. Había algo en aquella voz que reconocía, pero no podía recordar de dónde.

El reportaje terminó. Un anuncio de seguros ocupó la pantalla y la cafetería volvió a llenarse con el ruido habitual. Nora bebió agua, esperó a que las piernas dejaran de temblarle y regresó al trabajo. Durante el resto del turno consiguió concentrarse en el trabajo, pero la voz de Leza seguía volviéndole a la cabeza entre el ruido de la cafetera, la caja registradora y Aurora cantando las comandas.

En el descanso buscó el nombre desde el teléfono. Aparecieron decenas de fotografías, entrevistas y actos públicos. Gabriel Leza sonreía junto a policías, juristas y cargos cuyos nombres Nora no conocía; estrechaba manos, inauguraba jornadas y respondía preguntas con la misma atención medida. No encontró ninguna imagen de Inés. Incluso en las fotografías menos formales miraba a la cámara como alguien que sabía de antemano para qué iba a utilizarse su rostro.

Encontró el fragmento del informativo y se puso los auriculares. Cerró los ojos para quitar la imagen de en medio, escuchó la frase completa, retrocedió y volvió a reproducirla. La segunda vez reconoció la voz sin vacilar: era la que había atravesado la puerta del piso, la que había decidido un miércoles por Inés y había preguntado después, con aquella cortesía controlada, si existía algún problema.

Guardó una captura del rótulo y copió el nombre debajo de la matrícula. No escribió que Gabriel Leza fuera el dueño del coche ni que hubiera causado los hematomas o las lagunas de Inés. Anotó únicamente lo que podía defender si alguien le pedía que lo explicara: el hombre había entrado en el piso; ella no había llegado a verle la cara completa, pero su voz coincidía con la que acababa de escuchar en televisión.

Al terminar el turno cambió dos veces de trayecto antes de regresar. No vio el turismo gris. En el portal comprobó el reflejo de la calle en el cristal antes de abrir y subió sin auriculares. Desde el tercer piso oyó a Inés hablando por teléfono dentro de la vivienda.

—No puedo darte algo que ya no tengo —decía—. Puedes repetirlo todas las veces que quieras.

Nora introdujo la llave. La conversación se cortó de inmediato.

Inés estaba en el salón, delante del ordenador cerrado. Llevaba la misma ropa de la mañana y tenía una mancha de tinta azul en el lateral de la mano. El teléfono descansaba junto a ella. Al ver a Nora, miró primero hacia la ventana y después al reloj.

—Has tardado.

—He cambiado de ruta.

—¿Te ha seguido alguien?

—No lo sé. He hecho lo que me dijiste.

Inés asintió, pero continuaba tensa. Nora dejó la chaqueta sobre una silla, sacó el teléfono y abrió el vídeo. Ni siquiera tuvo que enseñarle la pantalla. Bastaron las primeras palabras de Leza para que Inés se quedara quieta.

Nora detuvo la reproducción.

—Se llama Gabriel Leza.

Ninguna de las dos dijo nada. El silencio se hizo incómodo.

—¿Dónde has encontrado eso? —preguntó Inés.

—En las noticias. Habla de luchar contra el crimen organizado.

Inés cogió su teléfono, comprobó la pantalla y volvió a dejarlo.

—No busques su nombre desde tu teléfono.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que quede ningún rastro que puedan relacionar contigo.

—Sé que es el hombre que viene a esta casa.

—¿Te vio?

—No.

—¿Llegó a mirarte?

—No. Me quedé sentada. Pasó de espaldas.

—¿Pudo verte desde el rellano?

—No.

—Es Gabriel Leza.

—Lo sé.

—Me dijiste que no intentara verle la cara. Ya no hace falta. Sale en televisión.

—Verlo en televisión no significa que sepas nada de él.

—No. Pero ahora sé quién estuvo aquí aquel día y por qué no querías que yo entrara.

Inés se pasó una mano por la frente y volvió a mirar hacia la puerta.

—Hay cosas que no entiendes, Nora.

—Entonces explícamelas.

Inés no respondió. Se levantó. Dio dos pasos hacia las cortinas, que ya estaban cerradas, y regresó al ordenador sin abrirlo. Parecía buscar algo que hacer con las manos antes de responder.

—¿Es él quien te obliga a salir los miércoles? —preguntó Nora—. ¿El coche trabaja para él? ¿Te hizo el hematoma?

—No juntes cosas que no comprendes.

—Entonces ayúdame a comprenderlas.

—No puedo.

—No quieres.

—No puedo —repitió Inés.

Esta vez Nora no oyó una excusa. Inés habló más bajo cuando añadió:

—Porque cuanto más preguntes, más fácil es que acabes metida en esto.

Nora pensó en el coche frente al portal, en las llamadas que Inés recibía a todas horas y en el miedo que había mostrado cuando había pronunciado el nombre de Leza.

—¿Por eso no querías a urgencias? ¿Porque él podría enterarse?

Inés apartó la mirada. No contestó.

—Hay algo más —dijo Nora—. Cuando le he visto la cara, no ha sido solo por el hombre de la escalera. Me ha resultado conocido.

Inés levantó la vista de inmediato.

—¿Dónde lo viste?

—No lo recuerdo.

—¿Antes de venir a la ciudad?

Lo preguntó demasiado rápido. En su voz había miedo y una expectativa demasiado concreta. Nora retrocedió medio paso.

—¿Por qué tendría que ser antes?

Inés se quedó quieta. La expresión que apareció en su cara llevó a Nora de vuelta al café frío de la terminal, al autobús que Inés sabía que había tomado y a todos aquellos datos que había deducido sin que nadie se los proporcionara.

—Porque Leza lleva años apareciendo en televisión —dijo al fin—. Puedes haberlo visto en cualquier parte.

Era posible. Nora podía haberlo visto en cualquier informativo sin conservar el momento. Pero Inés había preguntado primero si había sido antes de llegar a la ciudad y solo después había escogido aquella explicación.

—No creo que fuera de la televisión.

—¿Por qué?

—Porque no me pareció una cara que hubiera visto alguna vez de pasada.

Nora guardó silencio. No iba a contarle la madera húmeda ni aquella certeza absurda de haber mirado el rostro desde abajo. Pero la pregunta de Inés la puso en guardia: no le había preguntado simplemente si Leza le resultaba familiar, sino si lo había visto antes de llegar a la ciudad. ¿Por qué necesitaba saber eso?

—Primero dime qué sabes tú.

Inés bajó la cabeza. Durante unos segundos pareció cansada de sostener dos historias que empezaban a tocarse. Después cogió la llave pequeña de un cuenco junto al escritorio y caminó hacia la habitación cerrada.

—Esta noche no abras a nadie.

—Eso no es una respuesta.

—Es lo único que puedo darte hoy.

Abrió la puerta y encendió la luz. Desde el pasillo, Nora vio una mesa cubierta de papeles, varias cajas y el lomo de una carpeta azul debajo de un periódico. Inés entró, apartó la carpeta fuera de su vista y abrió un cajón. Durante casi un minuto se oyeron hojas moviéndose y cierres metálicos.

Su teléfono empezó a sonar en el salón.

Inés salió deprisa, cerró la puerta y giró la llave. La llamada se interrumpió y volvió a comenzar. Ella cruzó el pasillo sin sacar la llave de la cerradura. Al leer el nombre de la pantalla, se encerró en su dormitorio y respondió tan bajo que Nora no distinguió ninguna palabra.

Hasta aquella tarde, Nora había respetado la habitación cerrada porque aceptar refugio no le daba derecho a entrar en los secretos de Inés. Ahora sabía que detrás de esa puerta había algo relacionado con Gabriel Leza, un hombre con nombre y rostro público, alguien con suficiente poder para que Inés vigilara incluso dónde quedaba escrito el suyo. Y empezaba a comprender otra cosa: Inés no temía únicamente lo que ella pudiera descubrir sobre Leza. También estaba esperando algo que Nora pudiera recordar.

Nora miró la puerta cerrada. Desde el dormitorio llegaba la voz apagada de Inés, imposible de entender.

10. La carpeta azul

Seis pasos separaban a Nora de la llave. Los contó mientras la voz de Inés seguía llegando desde el dormitorio, tan baja que la puerta solo dejaba pasar algunas palabras: «no», «todavía», «te he dicho». Entre una respuesta y la siguiente se abrían silencios largos. Quien estuviera al otro lado no parecía tener prisa.

La llave continuaba en la cerradura de la habitación del fondo. Inés la había dejado allí al salir para atender el teléfono, como podía dejar una taza a medias o un cajón abierto. A Nora le costaba creer que aquello fuese un simple descuido. La llamada podía haberla obligado a marcharse antes de sacar la llave. También podía haber confiado en que la puerta siguiera protegida por el límite que Nora había respetado desde la primera noche.

Durante semanas ese límite había sido fácil de entender. Inés le había dado una cama, tiempo y una llave de la casa sin exigirle su historia a cambio; registrar un cuarto cerrado era cruzar una línea que no le correspondía. Pero estaban también el coche frente al portal, la marca junto al codo, los miércoles de los que Inés regresaba sin poder dar una explicación y el nombre de un fiscal que despertaba en Nora recuerdos sin forma. Se había dado cuenta de que Inés sabía por qué Gabriel Leza le resultaba familiar y se negaba a decírselo. A esas alturas, el secreto ya no podía quedarse encerrado únicamente en la vida de Inés: rozaba cosas que también pertenecían a Nora y que nadie había querido explicarle.

Dio el primer paso.

Al llegar a la puerta, esperó. Durante un instante la voz de Inés se oyó con más claridad.

—No puedo darte algo que no tengo.

Era la misma frase que Nora había escuchado al entrar en el piso. Llegó una respuesta amortiguada y, después, el tono de Inés cambió.

—No la metas en esto.

Nora cerró los dedos alrededor de la parte de la llave que sobresalía de la cerradura. La giró despacio, sujetando el mecanismo para evitar el chasquido, y empujó lo justo para poder pasar. Antes de entrar volvió la cabeza hacia el dormitorio. La puerta seguía cerrada.

El supuesto trastero estaba demasiado ordenado para serlo. Las cajas que Nora había visto desde el pasillo ocupaban una pared entera, alineadas y rotuladas con fechas. Bajo la ventana había una mesa estrecha con dos archivadores, una impresora pequeña y varias pilas de documentos sujetas con pinzas. Un tablero de corcho reunía fotografías y, sobre una silla, descansaba un plano de la ciudad doblado varias veces. La persiana estaba casi bajada; la lámpara concentraba la luz sobre la mesa y dejaba los rincones en sombra.

No olía a polvo ni a cosas olvidadas. Olía a tinta, cartón y café. Olía a muchas horas de trabajo. Algunos papeles conservaban círculos oscuros donde habían reposado tazas. Inés trabajaba allí, desde hacía tiempo y con una disciplina difícil de encajar con la mujer que extraviaba las llaves o dejaba morir las plantas porque no recordaba cuándo las había regado.

Nora cerró la puerta hasta dejar una rendija y puso la llave junto a la lámpara. La carpeta azul estaba debajo de un periódico, donde Inés la había apartado unos minutos antes. Varias hojas sobresalían de los bordes y el elástico parecía a punto de ceder. Nora no la tocó. Se acercó primero al tablero de corcho.

Las fotografías no mostraban escenas íntimas ni explicaban por sí solas el miedo de Inés. Eran imágenes tomadas desde lejos: entradas de hoteles, aparcamientos, puertas laterales de locales sin rótulo, hombres junto a coches oscuros. Gabriel Leza aparecía en tres. En una salía de un edificio acompañado por otro hombre cuyo rostro quedaba oculto; en otra estrechaba la mano de una mujer junto a un vehículo oficial. La tercera recogía apenas su perfil entrando por una puerta de servicio. Debajo de cada imagen, Inés había escrito una fecha y una hora; cuando aparecía algún vehículo,

añadía también la matrícula. Algunas llevaban un signo de interrogación o dos palabras en mayúsculas: NO PROBADO.

Aquella cautela inquietó a Nora más que una pared llena de acusaciones. Inés no parecía reunir fotografías para confirmar una historia ya decidida; distinguía lo que sabía de lo que sospechaba. Nora reconoció el método porque había hecho algo parecido al anotar el estado en que Inés regresó aquella primera madrugada: había intentado no convertir el miedo en un hecho solo porque lo sintiera.

En la parte baja del tablero encontró una hoja con matrículas distribuidas en columnas. Recorrió las líneas hasta reconocer la terminada en LKM. Coincidía con la que había copiado en la libreta. A su lado figuraban el modelo del turismo gris y varias fechas. Las tres últimas eran los días en que Nora había visto el coche. Había otras anteriores: Inés ya lo había observado frente al edificio antes de que Nora empezara a vigilarlo.

En la columna del conductor no constaba ningún nombre, solo una descripción breve y el mismo aviso: NO IDENTIFICADO. Una flecha unía la matrícula con dos direcciones. Una correspondía a un aparcamiento cercano a un hotel; la otra aparecía repetida en varias fotografías de mujeres entrando por una puerta sin señalización.

Un ruido al otro lado del pasillo la hizo volver la cabeza. La voz de Inés había cesado.

Nora se apresuró en salir y cerró la puerta del trastero, colocó la llave otra vez en la cerradura y cruzó el pasillo con el corazón acelerado. Llegó a la cocina justo cuando se abría la puerta del dormitorio. Cogió el vaso que había dejado junto al fregadero y abrió el grifo, aunque no tenía sed.

Inés apareció con el teléfono en la mano. Miró a Nora, después hacia el fondo del pasillo. La pausa fue tan breve que Nora no supo si había reparado en algo o si era ella quien buscaba una acusación en cualquier gesto.

—Tengo que salir un momento —dijo Inés.

—¿Ahora?

—Sí.

No explicó adónde iba. Fue al recibidor, se puso el abrigo y guardó el teléfono en el bolso. Nora la observó recoger las llaves de la calle del cuenco de cerámica. La llave pequeña siguió en la cerradura de la habitación del fondo.

—No tardaré.

La puerta del piso se cerró detrás de ella.

Nora mantuvo el grifo abierto unos segundos más. Después lo cerró y esperó. Escuchó los pasos de Inés bajar por la escalera y el golpe lejano de la puerta del portal. No sabía si aquella salida tenía relación con la llamada ni cuánto tiempo estaría fuera. Tampoco sabía si Inés había visto la puerta mal encajada, la posición de la llave o cualquier otro detalle que la delatara.

Podía dejarlo ahí.

Ya sabía que Inés seguía a Leza y que conocía el coche del portal desde antes que ella. Era más de lo que había sabido una hora atrás. Pero la carpeta azul seguía detrás de aquella puerta, y la frase que había oído durante la llamada no dejaba de repetirse: «No puedo darte algo que no tengo».

Volvió al pasillo y giró la llave por segunda vez.

Esta vez no se entretuvo con las fotografías. Fue directamente a la carpeta azul, retiró el elástico y empezó a pasar las hojas con la atención puesta tanto en los documentos como en cualquier ruido de la escalera.

El primer bloque contenía copias de transferencias bancarias y facturas. Buena parte de los códigos no significaba nada para Nora, y no intentó descifrarlos. Sí reconoció cantidades repetidas, nombres de empresas que aparecían una y otra vez y las flechas con las que Inés había relacionado unas páginas con otras. En los márgenes había palabras sueltas: «Policía», «Empresario», «Funcionario». En una hoja aparte, Inés había escrito: «Coincidencia no es prueba. Buscar origen». Debajo, subrayada dos veces, otra pregunta: «¿Quién autoriza?».

Nora pasó varias páginas sin detenerse. Aquello requería tiempo y conocimientos que no tenía. Lo único evidente era que Inés estaba siguiendo movimientos de dinero y conexiones entre personas que, al menos sobre el papel, no parecían tener relación entre sí.

Más adelante encontró una hoja encabezada con una sola palabra: MUJERES. Debajo había diecisiete nombres, la mayoría sin apellido. Cuatro estaban encerrados en recuadros rojos. En otra página aparecían teléfonos incompletos, direcciones, fechas y anotaciones breves que no permitían saber con claridad a qué nombre correspondía cada dato. Parecía que la separación de las listas era deliberada, pero Nora no conseguía entender por qué.

«Sin contacto».

«Denuncia retirada».

«Familia no sabe».

En uno de los recuadros rojos leyó: Eva. En la hoja de datos había un teléfono tachado varias veces y una referencia a un local. Nora se preguntó si ambas referencias se relacionaban con esa mujer y si, quizás, era donde iba Inés todos los miércoles.

Estuvo a punto de sacar el teléfono. La advertencia de Inés le volvió a la cabeza antes de desbloquear la pantalla: no dejar ningún rastro que pudieran relacionar con ella. Guardó el móvil otra vez.

Siguió revisando la carpeta. Encontró copias de denuncias sin firma, tarjetas de locales, matrículas, recibos y notas que remitían a documentos que no veía por allí. Faltaban piezas en casi todas las secuencias. Algunas hojas empezaban con un número que no aparecía en ningún índice; otras terminaban en mitad de una relación de pagos. Nora creía que la carpeta contendría una explicación cerrada o una historia que pudiera leerse de principio a fin. En cambio, contenía partes de algo que Inés todavía intentaba demostrar, con huecos visibles entre unas piezas y otras.

Una pestaña llevaba escrita una sola palabra: ANTIGUO.

Nora dudó antes de abrirla. Inés podía regresar en cualquier momento y verla con la carpeta abierta sobre la mesa. Debería haberla cerrado, pero aquella palabra le provocó la misma sensación que el rostro de Leza en televisión, el presentimiento de que algo conocido estaba cerca sin llegar a mostrarle qué era.

Dentro había documentos de muchos años antes, amarillentos en los bordes o impresos a partir de copias defectuosas. Una fotografía mostraba una nave rodeada de terreno sin asfaltar. Otra, el lateral de una furgoneta junto a una puerta de madera. La imagen estaba

desenfocada y no permitía distinguir a nadie, pero el veteado oscuro de aquella puerta le devolvió durante un instante el olor de la lluvia sobre la tierra y una respiración al otro lado de un espacio cerrado.

Nora apartó la fotografía. No quería convertir una reacción en un recuerdo solo porque aquella imagen le resultara familiar.

Debajo había una relación de pagos antiguos. Las cantidades eran menores y muchas notas estaban manuscritas. Dos iniciales se repetían en el margen: G. L. y T. V. Nora las leyó sin concederles todavía un significado. Dos letras podían esconder demasiados nombres. Siguió pasando hojas hasta encontrar una orden bancaria doblada en cuatro.

El nombre del ordenante aparecía impreso en la parte superior.

Tomás Varela.

Durante unos segundos Nora solo vio aquellas dos palabras y, debajo, la firma angulosa que conocía de las autorizaciones del colegio, los contratos de teléfono y tantos papeles que su padre extendía sobre la mesa. El destinatario era una de las empresas que aparecían también en las transferencias recientes. La fecha correspondía a cuando Nora era una niña.

Al dorso, Inés había escrito con tinta azul: «Varela era más que un transporte. Relación directa con G. L. desde el origen?»

Nora leyó la nota otra vez. Tomás y Gabriel Leza. Su padre y el hombre cuya voz había oído detrás de una puerta estaban unidos en una página escondida en aquella habitación. Por primera vez no se trataba de una sensación, de una voz familiar o de una sospecha que no podía demostrar: tenía delante un documento con el nombre y la firma de Tomás dentro de una investigación sobre Leza.

Hasta entonces había imaginado la violencia de su padre limitada por la casa y el pueblo: las llaves que controlaba, los vecinos que bajaban la voz, una familia pendiente de cada cambio en su humor. Fuera de allí, había querido creer que su poder se reduciría a llamadas bloqueadas y amenazas guardadas en una captura. Aquella firma atravesaba esa frontera. No decía qué había hecho Tomás ni convertía la nota de Inés en una prueba, pero demostraba que Nora conocía sólo una parte de la vida de su padre.

La hoja le tembló entre los dedos. Conocía aquella firma demasiado bien para refugiarse en una coincidencia. Aun así, nada allí explicaba qué había pagado, qué quería decir «desde el origen» ni por qué Inés investigaba hechos de cuando Nora todavía era una niña.

En la esquina inferior había una referencia escrita a lápiz: A-4/7. Nora revisó el resto del apartado. Encontró las páginas uno y dos, una funda vacía donde debería estar la tres y ningún documento posterior a la orden bancaria. No sabía si aquella numeración correspondía a siete hojas, siete operaciones o cualquier otra clasificación. Solo podía ver que parte de la secuencia faltaba. En el plástico de la funda había quedado la marca rectangular de un papel y dos pequeñas incisiones donde antes lo había sujetado un clip.

«No puedo darte algo que no tengo», había dicho Inés por teléfono.

Nora miró hacia la puerta. La frase podía referirse a aquellos documentos o a cualquier otra cosa. No había oído la voz de la llamada y no podía llenar ese hueco con Gabriel Leza solo porque fuera el nombre que más miedo empezaba a producirle.

La puerta principal se abrió.

Nora levantó la cabeza.

Oyó las llaves caer en el cuenco de cerámica y después los pasos de Inés en el recibidor. Tenía tiempo de cerrar la carpeta, devolver la orden bancaria a su sitio y salir de la habitación antes de que llegara al pasillo.

No lo hizo.

Volvió a mirar el nombre de su padre. Después buscó la página siguiente de la secuencia A-4/7. A esas alturas ya no le importaba que Inés supiera que había entrado. Había pasado semanas aceptando respuestas incompletas; aquello era distinto. Tomás estaba dentro de una investigación que Inés le había ocultado mientras le preguntaba por su pasado y por recuerdos que Nora ni siquiera sabía ordenar.

Los pasos se acercaron.

Nora siguió buscando.

—No la vas a encontrar ahí.

La voz sonó detrás de ella.

Nora se volvió. Inés estaba en el umbral con el abrigo todavía puesto. No miró la puerta abierta ni la llave junto a la lámpara. Miró primero la orden bancaria que Nora sostenía y después la carpeta desplegada sobre la mesa. Su expresión apenas cambió, pero Nora vio cómo se le tensaba la mandíbula.

Dejó el documento sobre la mesa, sin retirar los dedos.

—¿Por qué tienes el nombre de mi padre?

11. Lo que no debes preguntar

Inés no respondió enseguida. Seguía en el umbral con el abrigo puesto. Miró la orden bancaria que Nora sostenía, después la carpeta abierta y, por último, la llave del trastero junto a la lámpara.

—Deja el documento sobre la mesa —dijo.

—Primero contéstame.

Inés entró en la habitación y cerró la puerta sin echar la llave. Se quitó el abrigo, lo dejó sobre el respaldo de la silla y se acercó a la ventana para comprobar el borde de la persiana. Unas semanas atrás Nora habría considerado aquel gesto desproporcionado. Después del coche gris, de los miércoles y de Gabriel Leza hablando en televisión, ya no podía verlo del mismo modo.

—¿Estás segura de que es su firma? —preguntó Inés.

Nora volvió a mirar la orden bancaria. El trazo descendente de la uve invadía el apellido y la última letra terminaba en una línea recta, inclinada hacia arriba. Tomás firmaba así hasta los avisos del colegio que no se molestaba en leer. Nora no necesitaba ninguna comparación.

—La he visto toda mi vida.

Inés asintió, seria, sin sorpresa.

—Entonces es él.

Oírlo de su boca fue peor que encontrar la firma. Mientras hubiera una mínima posibilidad de coincidencia, Nora podía seguir tratando aquella hoja como otra pieza incompleta de la investigación. Ahora Tomás ocupaba un lugar concreto entre las matrículas, las transferencias y los nombres de mujeres que nadie conseguía localizar.

—¿Qué pagó?

—No lo sé.

—Has escrito que no era solo transporte.

—Porque su nombre aparece junto a rutas, vehículos y direcciones que se repiten en otros documentos. Eso demuestra una relación. No puedo demostrar qué llevaba ni para quién lo hacía cada vez.

—También has escrito «relación directa con G. L.».

Inés no preguntó quién se escondía detrás de aquellas iniciales.

—Puedo demostrar que Tomás y Gabriel Leza se conocían cuando tú eras una niña. Hay pagos cruzados, matrículas y varias fechas en las que sus nombres terminan en el mismo lugar. Lo demás siguen siendo hipótesis que no he conseguido cerrar.

Nora dejó la orden sobre la mesa, pero mantuvo la mano encima del papel. No quería que desapareciera otra vez dentro de una funda o de un cajón antes de comprender qué estaba viendo.

—Mi padre nunca hablaba de él.

—Hay relaciones que duran precisamente porque nadie las nombra.

—¿Qué clase de relación?

—No puedo asegurarlo.

—¿No puedes o no quieres?

Inés sostuvo su mirada. Otras veces había encontrado una salida: una broma, una pregunta distinta, cualquier cosa doméstica que le permitiera cambiar de dirección. Allí no tenía dónde esconderse. Solo estaban los documentos, la puerta que Nora había cruzado sin permiso y la firma de Tomás entre las dos.

—Las dos cosas —admitió.

Nora apartó la mano y abrió la carpeta por la pestaña de los nombres. Buscó las páginas donde había visto policías, funcionarios y empresas, pero Inés apoyó dos dedos en el borde del cartón. No intentó quitársela.

Nora señaló las dos hojas que había visto separadas.

—¿Por qué tienes los nombres en una página y los teléfonos y las direcciones en otra?

Inés miró la lista.

—Para que, si alguien encuentra una de las hojas, no pueda localizar a ninguna de ellas.

—¿Tan grave es?

—Puede serlo.

Nora volvió la mirada hacia la carpeta.

—Entonces dime qué estoy viendo.

—No puedes entender esos papeles solo con leerlos por encima.

—Pues ayúdame a entenderlos. Porque llevo semanas viendo cosas que no encajan y tú no me explicas ninguna.

—Lo sé.

—No, Inés. Tú sabes quién es el hombre que viene aquí, sabes qué hace ese coche frente al portal y guardas documentos de mi padre de cuando yo era una niña. Yo no sabía que nada de esto tenía que ver conmigo.

Inés retiró los dedos. Bajo la luz de la lámpara aún se distinguía la herida de la barbilla pese al maquillaje, y la marca alrededor de la muñeca había adquirido un tono amarillento. Eran señales pequeñas al lado de todo lo extendido sobre la mesa, pero bastaban para recordar que Inés tampoco observaba aquella historia desde fuera.

—Gabriel Leza es peligroso —dijo al cabo de unos segundos—. No porque sea fiscal ni porque salga en televisión. Sabe qué parte de una persona tiene que tocar para conseguir que empiece a dudar de sí misma. Y lleva muchos años acumulando favores de gente que prefiere deberle algo antes que enfrentarse a él.

—¿Policías?

Inés miró una de las listas.

—También.

—Entonces vamos a otra comisaría.

—No funciona así.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque algunas de esas mujeres lo intentaron. —Señaló los nombres sin tocar ninguno—. Una denuncia terminó reducida a una discusión. Otra quedó archivada después de que ella cambiara su declaración. A una tercera le llegó a casa una copia de algo que solo había contado a un agente. No hace falta comprar a toda la policía, Nora. Basta una persona en el lugar correcto y con tiempo para avisar.

—Eso no significa que no haya nadie limpio.

—No. Significa que no sabemos quién lo está.

—¿Y se supone que debemos escondernos para siempre?

—Se supone que no debemos avisar a Leza antes de tener algo que no pueda hacer desaparecer. Ahora mismo una denuncia puede pasar por las manos de alguien que le deba un favor. En esas condiciones, no puedo confiar en que la policía nos proteja.

Nora pensó en Elena limpiando la cocina después de cada golpe, convencida de que pedir ayuda podía empeorar las cosas. Había oído demasiadas veces razones sensatas para callar, esperar o no provocar. Entendía el miedo de Inés; precisamente por eso le resultaba tan difícil aceptarlo. Un miedo podía tener sentido y aun así facilitarle el trabajo a quien lo había provocado.

—Si nadie denuncia, él gana sin tener que hacer nada.

—Ya lo sé.

Inés lo dijo sin levantar la voz. Nora se quedó callada.

—¿Es Leza quien te obliga a salir los miércoles?

Inés volvió la cara hacia el tablero. Había entendido la pregunta al instante; lo que necesitaba decidir era cuánto estaba dispuesta a contar.

—Gabriel entró en mi vida porque al principio creí que abrirle la puerta era una decisión mía —dijo—. Después consiguió que cerrarla no cambiara nada.

—Eso tampoco responde.

—Es la única respuesta que vas a tener sobre los miércoles.

—¿Te droga?

La respiración de Inés se cortó apenas un momento.

—No sé qué ocurrió aquella noche.

—Pero sabes lo que temes que ocurriera.

—Sí.

Hasta entonces siempre había encontrado una explicación menos directa: una cena, una caída, una copa de más. Había desplazado cada pregunta hasta convertirla en otra cosa. Esta vez dejó el miedo donde estaba y no intentó rebajarlo con una historia más fácil de soportar. Nora quiso acercarse, pero no lo hizo. Que le importara Inés no borraba la orden bancaria ni las semanas en que había vigilado sus horarios. Las dos cosas podían seguir existiendo a la vez.

—¿Sabe Leza que estoy aquí?

—No creo que sepa quién eres.

—El conductor del coche me ha visto entrar.

—Te ha visto entrar en este edificio. No es lo mismo.

—¿Y si pregunta?

Inés miró la puerta cerrada antes de contestar.

—Por eso necesito que no vuelvas a acercarte, que no busques su nombre desde tu teléfono y que no le enseñes esa libreta a nadie.

—Sigues diciéndome qué no debo hacer, pero no por qué estoy en medio de esto.

—Estás en medio porque tu padre lleva años relacionado con él.

—Eso explica la carpeta. No explica por qué sabías de qué autobús había bajado ni por qué conocías mi horario antes de que yo te lo contara.

Inés bajó la vista. Nora reconoció la culpa que ya había visto cuando le preguntó si Leza le resultaba familiar desde antes de llegar a la ciudad. Esta vez no apareció ninguna explicación que pudiera desviar la conversación.

—¿Ya sabías quién era yo en la terminal? —insistió.

—No voy a responderte eso hoy.

Nora volvió a ver la terminal bajo la lluvia: el paraguas mojado, el café frío, la matrícula de Vicente en el teléfono de Inés. Durante semanas había guardado esos detalles como señales de una ayuda quizá demasiado oportuna, sin decidir qué hacer con la incomodidad que le producían. La negativa acababa de darles otro peso y alteraba un recuerdo que hasta entonces había querido conservar como el principio de su salida.

—Me dijiste que no me conocías.

—Te dije que no necesitaba conocerte para intervenir cuando él tenía tu bolsa.

—No es lo mismo.

—No.

Inés no trató de convertir aquella verdad parcial en una defensa. Apoyó las manos en la mesa y sostuvo la mirada de Nora sin buscar otra salida.

—Hay cosas que no debes preguntarme todavía —dijo—. Sé que tienes derecho a saberlas, pero si te doy una parte sin poder darte el resto voy a ponerte en más peligro.

—Y eso lo decides tú sola, sin tenerme para nada en cuenta.

—Sí.

—Igual que decides cuándo puedo entrar en mi casa, qué calles debo tomar y qué parte de mi propia familia puedo conocer.

Inés no se defendió.

—He intentado protegerte.

—Mi padre también llamaba protección a decidir por nosotras.

Inés retrocedió un paso. No se enfadó. Miró la puerta, la carpeta abierta y la llave abandonada junto a la lámpara; cuando volvió a hablar, ya no había dureza en su voz.

—Tienes razón en una cosa: protegerte no me da derecho a elegir por ti. Pero tampoco voy a entregarte nombres si hacerlo puede provocar que otra mujer desaparezca. No voy a permitirlo.

—¿Qué mujer?

Inés cerró los ojos.

—Esa es una de las preguntas.

Nora pensó en la pestaña ANTIGUO, en la fotografía de la nave y en aquella puerta de madera que su cuerpo había reconocido antes que ella. La imagen seguía allí, incompleta: una mano a la altura de sus ojos, tierra mojada y alguien respirando al otro lado de una puerta. No se la contó. Aquel fragmento seguía siendo suyo mientras no supiera qué era. Ya no sabía si Inés escucharía un recuerdo o una pieza que llevaba meses esperando encontrar, ni qué haría con ella después.

—¿Por qué investigabas a mi padre?

Inés recogió la orden bancaria y la introdujo de nuevo en la funda transparente. Alineó las hojas, recolocó la pestaña y cerró la carpeta.

—Porque su nombre aparece al principio de una historia que no me pertenece solo a mí.

—¿A quién más?

—No puedo decírtelo.

—¿Tiene que ver conmigo?

Inés rodeó la carpeta con el elástico.

—No voy a responderte eso.

El olor a madera húmeda regresó antes de que Nora pudiera impedirlo. La fecha de la orden colocaba a Tomás y a Leza en una época de su infancia que apenas podía ordenar, y la fotografía de la nave seguía allí. Apretó los dedos contra el borde de la mesa hasta que volvió a distinguir con claridad la lámpara, las cajas y las paredes. Inés avanzó hacia ella, pero se detuvo antes de tocarla.

—¿Qué has recordado?

—Nada que vaya a contarte mientras tú decides qué puedo saber.

Inés aceptó el límite con un movimiento casi imperceptible de la cabeza. Guardó la carpeta en el archivador inferior y cerró el cajón. La llave volvió a su bolsillo, aunque el gesto ya no podía devolver a la habitación el secreto de antes.

—Puedes marcharte —dijo—. No voy a impedírtelo ni a recordarte lo que te he dado. Si te quedas, no puedo prometerte que esta casa sea segura.

—Nunca lo ha sido.

Inés miró las cajas fechadas y las fotografías.

—No. Supongo que no.

Nora salió al pasillo sin recoger la bolsa ni devolver la llave de cinta roja. Irse aquella noche significaba exponerse sin saber a quién pertenecía el coche gris y dejar a Inés sola con un hombre al que ni siquiera se atrevía a denunciar. Quedarse tampoco significaba perdonarla ni volver a confiar como antes. Podía aplazar la decisión hasta saber más; al menos esta vez era consciente de estar eligiendo y de que esa elección no necesitaba convertirse en definitiva aquella misma noche.

En su habitación abrió el armario. Durante las primeras semanas toda su vida había cabido en la bolsa de deporte. Ahora tenía un uniforme de trabajo colgado junto a la pared, una toalla propia detrás de la puerta, unas zapatillas bajo la cama y recibos en el cajón de la mesilla. La habitación ya no estaba vacía, aunque tampoco era suya como había empezado a creer. Cada objeto demostraba que había empezado a instalar una vida allí sin darse cuenta de cuánto dependía todavía de lo que Inés callaba. Inés le

había dado un espacio mientras conservaba cerrada la parte de su historia que más importaba.

Sacó la bolsa y metió dentro los documentos, el dinero reservado para otra huida y una muda. No continuó. Marcharse de madrugada, cansada y sin destino, habría sido repetir la salida del pueblo, salvo que ahora no había una madre al otro lado de la puerta comprándole unas horas. Decidiría al día siguiente, después del trabajo, cuando el miedo no pudiera confundirse con la urgencia.

Abrió la libreta y anotó lo que sabía sin elevar las conclusiones de Inés a la categoría de hechos: la firma de Tomás en una orden antigua; pagos, vehículos y lugares compartidos con Gabriel Leza; la afirmación de que podía haber filtraciones dentro de la policía; la posibilidad de que Leza aún no conociera su identidad. Después trazó una línea y escribió las preguntas que Inés había dejado abiertas: por qué investigaba a Tomás y si ya sabía quién era Nora en la terminal.

Guardó la libreta en el bolsillo interior de la bolsa. No tenía una copia de la carpeta ni podía comprobar por sí sola todo lo que acababa de oír, pero sí conservaba sus propias notas. Eso bastaba para impedir que el siguiente silencio de Inés la devolviera por completo al punto de partida.

Cuando iba a cerrar la puerta, Inés la llamó desde el pasillo.

—Nora. ¿Tu madre te habló alguna vez de Gabriel Leza?

—Nunca.

—No le preguntes por teléfono.

Nora pensó en la tarjeta antigua guardada dentro de un sobre, en las llamadas de Tomás y en las semanas sin una sola señal de Elena. Cerró la puerta de su cuarto y encajó otra vez la silla bajo el picaporte. Después sacó la cartera, abrió el sobre y sostuvo la tarjeta entre los dedos.

Inés acababa de decirle que no preguntara. Aquello bastó para que Nora necesitara escuchar la voz de su madre.

Por primera vez desde el viaje en autobús, volvió a activar el número que Tomás conocía.

12. La voz de Elena

El teléfono tardó casi un minuto en encontrar red. Nora estaba sentada en el borde de la cama, con la tarjeta nueva guardada en el sobre y la antigua otra vez dentro del aparato, mirando cómo las barras de cobertura aparecían una a una. Había encajado de nuevo la silla bajo el picaporte. No porque esperara que Inés entrase, sino porque necesitaba que, al menos aquella noche, una puerta de la casa dependiera solo de ella.

Las notificaciones llegaron todas a la vez. Primero los avisos de llamadas no atendidas; después, una sucesión de mensajes que hizo vibrar el teléfono entre sus manos. Durante los primeros días tras la huida, Tomás había escrito órdenes y amenazas. «VUELVE». «TU MADRE NO PUEDE PROTEGERTE». «NO ME OBLIGUES A IR A BUSCARTE». Más tarde había cambiado de tono: decía estar preocupado, prometía que podían hablar y aseguraba que Elena no dormía desde que Nora se había marchado. Aquella calma fingida le costaba más de leer que la rabia. Nora conocía bien ese cambio: cuando las amenazas no funcionaban, Tomás empezaba a hablar como si no hubiera pasado nada.

Los mensajes se habían interrumpido dos semanas antes. Desde entonces solo quedaban llamadas de número oculto y varios avisos del buzón de voz. Nora no reprodujo ninguno. Bajó por la lista hasta encontrar el nombre de su madre junto a un mensaje pendiente de entrega.

«SI ENCIENDES ESTE NÚMERO, DÉJALO CONECTADO A LAS TRES Y VEINTE. INTENTARÉ LLAMAR CADA DÍA. NO ME LLAMES TÚ.»

Elena lo había enviado dos días antes.

Nora volvió a mirar la hora. Casi las once de la noche. Tendría que mantener la línea activa hasta la tarde siguiente y confiar en que Tomás no aprovechara ese mismo intervalo para volver a entrar en

su vida. Recordó la advertencia de Inés —no le preguntes por teléfono— y todas las respuestas que ella misma había evitado darle unas horas antes. Quitó el sonido, desactivó la vista previa de los mensajes y dejó el aparato boca abajo sobre la mesilla.

Las tablas del pasillo crujieron al otro lado de la puerta. Los pasos de Inés se detuvieron unos segundos frente a la habitación. Nora esperó una pregunta, pero no llegó. Poco después oyó cerrarse la puerta del fondo y girar la llave. Aquella noche las dos se refugiaron en la misma solución: una pared entre lo que sabían y lo que todavía no estaban dispuestas a contar.

Al día siguiente llevó el sobre con la tarjeta nueva en el bolsillo interior de la chaqueta. El teléfono, conectado otra vez a la línea antigua, permaneció encendido junto a la caja registradora de la cafetería, con la pantalla escondida bajo una libreta. Cada vibración le tensaba la espalda: promociones atrasadas, avisos del operador, una llamada sin identificar que dejó agotarse mientras servía dos cafés. Aurora la corrigió tres veces por mirar el reloj y, a las tres y diez, acabó quitándole el paño de las manos.

—Vete al almacén antes de que limpies la misma mesa hasta borrarla.

—Todavía no hemos cerrado.

—Ya lo sé. Descansa un momento. Yo me encargo de esto.

Nora no supo si Aurora había adivinado que esperaba una llamada o si simplemente estaba cansada de verla trabajar con la cabeza en otra parte. Se refugió entre cajas de bebidas, sacos de café y paquetes de servilletas. El almacén tenía una puerta estrecha hacia el patio de proveedores; la dejó abierta para no sentirse encerrada y apoyó el teléfono sobre una caja, donde podía verlo sin tenerlo entre las manos.

A las tres y veinte no pasó nada. Tampoco a las tres y veintiuno. Nora imaginó a Elena vigilando el pasillo de la casa, esperando que Tomás se durmiera o saliera al bar. Haber fijado una hora no significaba poder disponer de ella. A las tres y veintitrés, la pantalla se iluminó con un número desconocido.

Contestó antes del segundo tono.

—¿Mamá?

Al otro lado hubo una respiración breve, contenida. Después Elena pronunció su nombre. La voz era la misma que Nora recordaba, pero la distancia había borrado los ruidos de la casa: el televisor de Tomás, el grifo de la cocina, una puerta abriéndose en el piso de arriba. Oírla así, sola, le produjo un alivio tan brusco que tuvo que apoyar una mano en la estantería.

—¿Dónde estás? —preguntó—. ¿Estás bien?

—He salido. El teléfono no es mío y no puedo hablar mucho. ¿Tú estás sola?

Nora miró hacia la puerta del almacén. Aurora cruzó al otro lado del patio con una caja vacía y no se volvió.

—Sí. ¿Te ha hecho algo?

—Ahora no importa.

—Claro que importa.

—Nora, escúchame. Tu padre sabe en qué ciudad estás.

Durante un segundo Nora dejó de oír el resto y apretó el teléfono contra la oreja, incapaz de aceptar lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo?

—No lo sé. Le oí decir el nombre hace unos días. Hablaba por teléfono y creía que yo estaba arriba. Desde entonces ha salido dos veces y ha revisado tus cosas. No sabe la dirección. Al menos, no la sabía ayer.

Nora pensó en el turismo gris frente al portal. Hasta entonces podía estar vigilando a Inés, como habían supuesto, pero también podía llevar días esperando a que una joven de veintiún años confirmara que vivía allí. De pronto ya no había tanta distancia entre una posibilidad y la otra.

—¿Con quién hablaba?

Elena guardó silencio.

—Mamá, ¿era Gabriel Leza?

La respiración se interrumpió al otro lado.

—No digas ese nombre por teléfono.

Nora no necesitó una respuesta más clara. Cerró la puerta del patio hasta dejar sólo una rendija. El almacén olía a cartón húmedo y café molido; por debajo, durante un instante, creyó reconocer otra vez la madera mojada que aparecía en sus recuerdos incompletos.

—Inés tiene documentos —dijo—. Aparece la firma de papá en una orden bancaria antigua. Los dos se conocían cuando yo era pequeña.

—¿Quién es Inés?

—La mujer con la que vivo. La conocí en la terminal. Está investigando a Leza y a papá.

Elena tardó un instante en responder.

—Tienes que marcharte de esa casa.

—No voy a volver al pueblo.

—No te estoy pidiendo que vuelvas. Busca otro sitio, pero no te quedes con alguien que haga preguntas sobre ellos.

—¿Por qué? ¿Qué sabes tú?

Elena respiró varias veces antes de contestar. Nora se la imaginó sujetando el teléfono con una mano y la correa del bolso con la otra, mirando por encima del hombro aunque estuviera fuera de casa.

—Sé lo suficiente para haber tenido que contártelo hace años.

—Entonces cuéntamelo ahora.

—No por aquí.

—No sé cuándo volveré a oírte.

—Pueden estar escuchando esta llamada, Nora.

El miedo de Elena tenía sentido y Nora no podía descartarlo. Pero se parecía demasiado al argumento que durante años había mantenido cerradas todas las puertas de su infancia. Bajó la voz. La pregunta, no.

—¿Qué ocurrió entre papá y Leza?

—No empezó contigo.

—¿Qué significa eso?

—Que ya se conocían. Que cuando tú eras pequeña... —Elena se detuvo. Al fondo se oyó una voz femenina anunciando algo que Nora no entendió—. Si los papeles de esa mujer son sobre aquellos años, quizá esté buscando a la mujer de aquella noche.

Nora no respondió. Las palabras no le devolvieron una escena, pero su cuerpo recordó antes que su cabeza: frío en las rodillas, una presión dolorosa alrededor de la muñeca y, durante un instante, el sonido seco de un cerrojo que se resistía. No vio ninguna cara. Solo

oscuridad al otro lado de una puerta y la sensación de que alguien esperaba allí.

—¿Qué mujer? —preguntó.

Elena exhaló despacio.

—Pensé que no recordabas esa noche.

—No la recuerdo. ¿Por qué dices que había una mujer?

—Porque la había.

—¿Quién era?

—No lo sé todo, Nora. Nunca lo supe. Y lo que sé no puedo decírtelo en una llamada.

—¿Le hicieron daño?

La pregunta se le escapó antes de decidir si quería hacerla. Elena tardó tanto en contestar que Nora sintió el silencio como una respuesta por sí solo.

—Tu padre hizo daño a mucha gente —dijo al fin—. Lo importante ahora es que no sepa dónde duermes.

—El coche que vigila el portal quizá ya lo sabe.

—¿Qué coche?

Nora oyó cambiar la respiración de Elena al otro lado de la línea.

—Uno que lleva varios días frente al edificio. Inés cree que tiene que ver con Leza.

—Vete hoy.

—¿Y tú? Puedo ir a buscarte. Podemos denunciarlo fuera del pueblo y...

—No vengas. —La firmeza de Elena no se parecía a la obediencia con que hablaba delante de Tomás—. Marcharte fue lo único que conseguimos hacer bien. No lo estropeemos por mí.

—No te he abandonado, mamá. No quiero que pienses que te abandono.

—Ya lo sé, Nora.

Aquellas cuatro palabras arrastraban la despedida que no habían tenido en la cocina. Nora cerró los ojos. Quiso pedirle una dirección, saber quién le había prestado el teléfono, encontrar un lugar donde pudieran verse. Elena habló antes.

—Apaga esta línea cuando cuelgue. Intentaré volver a llamar cuando pueda. Si recibes un mensaje mío, no des por hecho que lo

he escrito yo.

—Mamá...

—Y no preguntes a Tomás por la mujer. Prométemelo.

—No voy a hablar con él.

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

La llamada terminó sin un adiós. Nora mantuvo el teléfono pegado a la oreja hasta que el aviso de desconexión se convirtió en un tono continuo. Después apagó el aparato, retiró la tarjeta y la guardó en el sobre. Antes de que el miedo empezara a desordenarle la conversación, abrió la libreta y escribió las frases exactas: Tomás sabe la ciudad. Gabriel Leza. Se conocían cuando yo era pequeña. La mujer de aquella noche.

Debajo anotó dos cosas que Elena no había dicho de forma explícita y que Nora no quería confundir con sus palabras: aquella mujer había sufrido daño y ella había estado allí.

Cuando Nora regresó al piso, Inés estaba en la habitación del fondo. Había extendido varias hojas de la carpeta azul sobre la mesa y fotografiaba cada página antes de guardarla en fundas separadas. Al oír la puerta, salió al pasillo con el teléfono en la mano.

—Has tardado.

—He hablado con mi madre.

Inés dejó de moverse.

—Te pedí que no la llamaras.

—No la llamé. Ella llevaba días intentando localizarme.

—¿Desde el número antiguo?

—Ya está apagado.

La respuesta no relajó a Inés. Comprobó el pestillo y miró por la mirilla antes de volver a la habitación. Nora la siguió, pero se quedó fuera. Ya había registrado aquella habitación a escondidas y no quería volver a hacerlo ni entrar otra vez sin que Inés se lo permitiera.

—Tomás sabe la ciudad —dijo.

Inés bajó el teléfono.

—¿Sabe dónde vives?

—Mi madre cree que no. Yo creo que el coche puede significar otra cosa.

Inés miró las fotografías, las transferencias y las listas extendidas sobre la mesa. Por primera vez desde que Nora la conocía, pareció calcular el peso de aquellos papeles antes que la posibilidad de que ella se marchara.

—Tenemos que sacar esto de aquí.

—Primero dime quién es la mujer de aquella noche.

Una de las fundas transparentes se le deslizó entre los dedos. Inés alcanzó a sujetarla contra el borde de la mesa antes de que cayera. Nora abrió la libreta y le mostró solo aquella frase, dejando el resto de las anotaciones fuera de su alcance.

—Esas fueron sus palabras.

Inés leyó en silencio.

—¿Dijo «una mujer» o «la mujer»?

—La mujer.

—¿Te dio un nombre?

—No. ¿Tú lo conoces?

Inés dejó la funda sobre la mesa con un cuidado excesivo. Evitó mirar la fotografía antigua de la nave, que seguía separada de las demás, y Nora no necesitó más para saber que la pregunta había llegado a algún sitio.

—Sé que esa noche aparece en algunos documentos —dijo—. No sé qué recuerdas tú ni qué te contó Elena después.

—No me contó nada. Igual que tú.

—Nora...

—No vuelvas a decirme que no debo preguntar. Puedes negarte a responder, pero seguiré preguntándote hasta que me respondas.

Inés levantó la vista y guardó silencio.

—¿Quién era? —insistió Nora.

—No puedo decírtelo todavía.

Nora cerró la libreta.

—Entonces yo decidiré qué parte de la llamada te cuento.

Entre las dos quedó un límite nuevo. No era tan sencillo como cerrar una puerta, pero tampoco podía atravesarse sin permiso. Inés

lo aceptó y se apartó del umbral para dejarla entrar. Nora no se movió del pasillo.

—No quiero que vuelvas al pueblo —dijo Inés—. Tampoco quiero decidir por ti dónde vas a dormir. Si quieres marcharte de aquí, buscaré un lugar y tú elegirás si te sirve. Si decides quedarte esta noche, no te quedarás sola.

—No voy a huir cada vez que alguien descubra en qué ciudad estoy.

—Podemos buscar otro sitio. No tienes por qué decidirlo ahora.

—No. Esta noche me quedo aquí. Mañana ya veré.

Inés asintió. Después recogió la carpeta azul y empezó a separar los documentos antiguos de los recientes. Esa fue la primera consecuencia concreta de la llamada: incluso para ella, la casa acababa de dejar de ser un escondite.

Nora volvió a su habitación y sacó la bolsa que había preparado la noche anterior. No añadió ropa. Guardó la tarjeta antigua, la libreta y la llave de cinta roja, y dejó la cremallera abierta sobre la cama. Estaba preparada, aunque todavía no había decidido utilizarla. Hasta entonces había pensado que Tomás podía buscarla porque no soportaba haber perdido el control sobre una hija que había escapado. Ahora esa explicación ya no bastaba.

Quizá también buscaba a alguien que había estado presente aquella noche y que ya no recordaba lo suficiente para entender por qué debía tener miedo.

13. Cuando despertó

Inés no volvió a pedirle que se marchara. Durante la hora siguiente trabajaron juntas en la habitación del fondo, con la puerta abierta y la bolsa de Nora todavía preparada sobre la cama. La carpeta azul quedó en medio de la mesa. A un lado fueron dejando los documentos que Inés consideraba imprescindibles; al otro, las fotografías y anotaciones cuya falta podía llamar la atención enseguida. Ahora, cuando Nora se acercaba, Inés no apartaba las hojas.

—Necesito saber qué estamos sacando y qué estamos dejando —dijo Nora—. Si mañana falta algo, no quiero depender de que tú lo recuerdes.

Inés cogió la libreta que le ofrecía y empezó a dictar: tres relaciones de transferencias recientes, la hoja de matrículas vinculada a la empresa de seguridad, dos copias de denuncias retiradas y cuatro fotografías de accesos laterales a hoteles. Nora numeró cada pieza, añadió la fecha y dejó señalado qué documentos eran originales. Al revisar una de las hojas, Nora vio que Inés había escrito «copia fuera» junto a dos de las referencias.

—¿Qué significa esto?

Inés miró dónde señalaba.

—Que hay cosas que no guardo en esta casa.

—¿Copias de qué?

—De parte de la investigación.

Nora esperó, pero Inés no añadió nada más. Al llegar al apartado antiguo, Inés se detuvo delante de la orden bancaria firmada por Tomás.

—Esta sale primero.

—Quiero una copia.

—Ya la he fotografiado.

—Una copia para mí.

Inés alzó la vista. Pocas horas antes habría convertido aquella petición en otro límite. Ahora encendió la impresora, colocó el documento sobre el cristal y, cuando salió la hoja, se la entregó sin preguntarle dónde pensaba guardarla.

—No demuestra qué pagó —advirtió.

—Pero tú ya habías relacionado a mi padre con Leza.

—Sí. Aunque todavía no sé hasta dónde llegaba esa relación.

Nora dobló la copia y la guardó dentro de la libreta. Inés metió el original en un sobre marrón junto con las dos copias de denuncias y las transferencias más antiguas. No dijo adónde iba a llevarlo.

—¿A quién se lo vas a dar?

—A nadie que necesites conocer.

Nora cerró el bolígrafo.

—Acabas de empezar otra vez.

Inés apoyó las manos en la mesa. Miró el sobre antes de contestar.

—Puedo decirte lo que sé: saldrá de esta casa, quedará en un lugar al que Gabriel no puede llegar utilizando mi nombre y volveré antes de las diez. La identidad de la persona que lo guardará no me pertenece, así que no puedo dártela. Si con eso no te basta, no me lo llevo.

Por primera vez, la decisión podía cambiar también los planes de Inés. Nora pensó en el coche gris, en Tomás pronunciando el nombre de la ciudad y en lo poco que había tardado una llamada en devolver el peligro a aquella casa. Tener todos los papeles juntos no era una decisión prudente ni inteligente.

—Llévatelo. Yo me quedo con el resto y termino el inventario.

Inés asintió. Cerró el sobre con cinta, lo escondió bajo el forro de un bolso grande y comprobó dos veces que la carpeta volvía al archivador inferior. Antes de salir, dejó el teléfono cargando unos minutos y llamó al de Nora para que su número quedara el primero en el registro.

—Si no he vuelto a las diez, llama una vez. Si no respondo, sal del piso y ve a un lugar con gente. No intentes buscarme.

—Y tú no cambies el plan sin avisar.

—De acuerdo.

Aquello sí sonó a una promesa entre las dos. Inés se puso el abrigo y salió poco después de las ocho y media. Nora escuchó las dos vueltas de la llave desde el rellano y luego sus pasos bajando por la escalera. No echó el pestillo interior, porque Inés tendría que abrir al volver, aunque comprobó la cerradura tirando dos veces del picaporte.

Terminó el inventario en la mesa del salón. Con los números delante, la carpeta dejaba de parecer una acumulación confusa de indicios y empezaba a mostrar una estructura, aunque estuviera incompleta. Había páginas que faltaban desde antes de que Nora la abriera: la funda vacía de la sección antigua, varios anexos mencionados en las notas y parte de una relación de pagos. Lo anotó así, sin atribuir la ausencia a nadie. Después escondió la copia de la orden de Tomás en el bolsillo cosido de la bolsa de deporte y dejó la libreta debajo de la almohada.

Pasados poco más de veinte minutos, llevó un vaso de agua a la cocina, recogió dos hojas que habían caído al suelo y cerró el archivador con la llave pequeña que Inés había dejado junto a la carpeta. A las ocho y cincuenta y siete oyó un primer giro en la cerradura. Pensó que Inés habría olvidado algo, o que el lugar elegido para esconder el sobre no estaba disponible.

—¿Qué has olvidado? —preguntó, alzando la voz lo suficiente para que la oyera desde la entrada.

La segunda vuelta sonó más despacio. La puerta se abrió y alguien entró sin encender la luz del recibidor.

Nora supo antes de verle la cara que no era Inés. Inés siempre dejaba las llaves en el cuenco de cerámica; aquella persona cerró la puerta y se las quedó en la mano. Llevaba una chaqueta oscura con capucha, una mascarilla sobre la mitad del rostro y guantes finos. Tampoco dudó al orientarse dentro del piso; se movía como alguien que sabía dónde estaba cada cosa, sin detenerse a comprobar puertas ni habitaciones.

Nora retrocedió hacia la cocina. El teléfono estaba sobre la mesa, a pocos pasos, pero el intruso quedaba entre ella y la salida.

—¿Quién eres?

La figura guardó las llaves en un bolsillo y avanzó.

—Quieta, Nora.

Oír su nombre eliminó cualquier posibilidad de error. Nora cogió el vaso que había dejado en la encimera y se lo lanzó. El intruso levantó un brazo para protegerse y Nora corrió hacia la mesa. Una mano la alcanzó por el hombro y tiró de ella. Nora se revolvió y lanzó el codo hacia atrás. Notó el golpe contra el cuerpo del intruso y, durante un instante, la presión sobre su hombro aflojó. Aprovechó para estirar el brazo hacia el teléfono.

Entonces le torcieron el brazo contra la espalda. El intruso no necesitó golpearla: apoyó el peso del cuerpo para inmovilizarla contra el borde de la mesa y le cubrió la boca con la otra mano. Nora mordió el guante. Sintió un tirón seco en el pelo y casi al mismo tiempo un pinchazo en la parte alta del brazo.

El dolor fue breve, y el pinchazo muy preciso.

Intentó girarse y alcanzó a ver una jeringa pequeña desapareciendo en el bolsillo de la chaqueta antes de que la empujaran al suelo. El intruso se arrodilló a su lado y mantuvo una mano cerrada alrededor de su muñeca. Nora siguió forcejeando: arañó la tela de la manga, golpeó con el talón una pata de la mesa y consiguió desplazar el teléfono hasta hacerlo caer sobre la alfombra. La pantalla se iluminó con el impacto, fuera de su alcance.

—Inés sabe que estoy aquí —dijo cuando le apartaron la mano de la boca.

No hubo respuesta. La presión sobre la muñeca continuó y, entretanto, un calor pesado empezó a extenderse por su brazo. Nora intentó ordenar la respiración y fijó la vista en el reloj de pared. Nueve y tres. Si lograba mantenerse consciente hasta que Inés regresara, podría recordar la ropa, la estatura, la forma de moverse. Empezó a contar segundos.

No supo cuántas veces llegó a sesenta. A mitad de la cuarta cuenta, las agujas del reloj se duplicaron, el suelo dejó de parecer horizontal y los sonidos de la casa empezaron a parecerle más lejanos. Nora sabía que continuaba tumbada, que el intruso seguía a su lado y que aquello no era uno de sus recuerdos ni una puerta abriéndose en la infancia. La cocina seguía delante de ella, aunque

empezaba a costarle fijar la vista. El cuerpo también empezaba a no responderle.

—El teléfono —murmuró.

Intentó arrastrarse hacia la luz de la pantalla. La mano avanzó unos centímetros y se quedó allí. El intruso se puso en pie y cruzó el pasillo. Nora oyó cómo entraba en la habitación del fondo, el clic de la cerradura del archivador y el chasquido del elástico de la carpeta. No buscaba a ciegas. Fue directamente al archivador y abrió exactamente el lugar donde Inés había dejado los papeles, sin perder tiempo en ningún otro cajón.

Quiso gritar que el sobre ya no estaba allí. La frase no llegó a salir. Durante un tiempo que no pudo medir escuchó hojas pasando, fundas de plástico rozándose y, al final, una cremallera. Después los pasos volvieron al salón. Un zapato se detuvo junto al teléfono caído. Nora apenas alcanzó a distinguirlo antes de que la vista volviera a fallarle.

Lo último que conservó fue el sonido de la puerta cerrándose con llave desde fuera.

Cuando abrió los ojos, Inés estaba arrodillada junto a ella y le sostenía la cara entre las manos.

—Nora. Mírame. No vuelvas a cerrar los ojos.

La lámpara del salón estaba encendida. La luz le dolía y las palabras parecían llegar desde detrás de una capa espesa. Nora intentó incorporarse, pero el estómago se le contrajo y tuvo que volver la cabeza. Inés la puso de costado, apartó los fragmentos del vaso y le pidió que respirara despacio.

—¿Qué hora es?

—Las diez y veinticuatro.

Casi hora y media. Nora buscó el reloj; las agujas seguían borrosas. Inés sostenía el teléfono entre el hombro y la mejilla mientras una voz le hacía preguntas. Contestaba con frases cortas: está consciente, respira, no sé qué sustancia. Había llamado a emergencias.

Esta vez no había imágenes ni voces mezclándose con el presente. Simplemente no sabía qué había ocurrido después de cierto punto. Alguien había entrado en la casa, la había dejado sin

poder moverse y ahora había una parte de la noche que no recordaba. Nora pensó en Inés después del primer miércoles, escuchando cómo otra persona le contaba qué ropa llevaba o qué marcas tenía en el cuerpo. Ahora entendía mejor lo que significaba perder unas horas y tener que depender de otros para saber qué había pasado durante ese tiempo.

—¿Cuándo has vuelto?

—A las diez menos cinco. La puerta estaba cerrada con llave. Te he encontrado en el suelo y he llamado en cuanto he visto el pinchazo.

—¿El sobre?

—Está fuera. No lo han cogido.

—Ha entrado alguien —consiguió decir Nora.

—Lo sé.

—Tenía una llave.

Inés miró hacia la puerta principal. El marco estaba intacto y la cerradura no tenía daños. Las dos vueltas estaban echadas desde fuera, igual que cuando ella se había marchado.

—Me ha llamado por mi nombre —añadió Nora.

Inés apartó la vista de Nora y miró hacia el pasillo, hacia la habitación del fondo. Volvió a atender al teléfono. Cuando la voz al otro lado le indicó que comprobara dónde la habían pinchado, le subió la manga con cuidado. Cerca del hombro había un punto rojo y la piel alrededor empezaba a inflamarse.

Inés lo fotografió antes de taparla de nuevo con la manta.

—A mí también me dejaron una marca —dijo Nora.

Inés cerró los ojos un instante. La culpa no necesitó palabras.

—No fue culpa tuya, Inés.

—Te dejé sola.

—Tenías que sacar pruebas de aquí. Lo has hecho bien.

Nora tuvo que repetirlo porque la primera vez apenas se entendió. No iba a permitir que el ataque convirtiera una decisión compartida en otra deuda entre ellas.

Una sirena empezó a acercarse por la calle. Inés se levantó para abrir a los sanitarios y, al pasar junto a la habitación del fondo, vio el archivador. El cajón inferior estaba abierto. La carpeta azul había

quedado en el suelo, abierta, con varias hojas fuera de sitio y algunas fundas vacías. Inés se agachó junto a ella. No intentó ordenar nada; recorrió las páginas con la vista y levantó una de las fundas por una esquina.

—Han registrado la carpeta.

Nora consiguió girar un poco la cabeza.

—¿Se han llevado algo?

Inés pasó dos o tres hojas con cuidado. Había fundas abiertas entre otras que seguían intactas y documentos que alguien había apartado para llegar a los que estaban debajo.

—Sí.

—¿Qué?

—Ahora no puedo saberlo.

Nora cerró los ojos un instante. Le costaba mantener la vista fija.

—Sabía qué buscaba.

Inés no respondió enseguida. Miró la carpeta, después el pasillo por el que había desaparecido el intruso.

La sirena se detuvo delante del edificio. Poco después sonaron pasos rápidos en la escalera y alguien llamó a la puerta.

—Ha dicho mi nombre —murmuró Nora.

Aquello pareció bastarle para tomar una decisión.

—Gabriel sabe que estoy reuniendo pruebas. Y ahora sabe quién eres tú.

Fue a abrir a los sanitarios. Mientras entraban con el equipo y empezaban a hacerle a Nora preguntas que le costaba seguir, Inés recogió la carpeta del suelo y se quedó cerca, sin perderla de vista.

Antes de que se la llevaran, Inés se inclinó hacia ella.

—Cuando estés en condiciones de escucharme, voy a contarte la parte que te he escondido desde la terminal.

Nora quiso preguntarle qué sabía de ella antes de aquella mañana bajo la lluvia. El sedante volvió pesada la frase y solo consiguió asentir mientras los sanitarios la sacaban del piso. Detrás quedaban la puerta abierta y la carpeta azul, incompleta, en el suelo.

14. No te encontré por casualidad

Nora despertó cuando la cinta adhesiva de la vía le tiró de la piel. En realidad, llevaba horas sin dormir del todo, entrando y saliendo de una somnolencia que interrumpían las ruedas de las camillas, las voces amortiguadas del pasillo y el roce de la cortina cada vez que alguien venía a comprobar la bolsa de suero. La claridad del amanecer empezaba a desteñir el cristal de la sala de observación. Inés seguía en la silla junto a la pared, despierta, con el abrigo doblado sobre las rodillas y la espalda tan recta que resultaba evidente que tampoco había descansado.

La enfermera retiró la vía y le pidió que flexionara los dedos. Comprobó después la inflamación del brazo, anotó algo en una hoja y explicó que las muestras ya habían sido enviadas al laboratorio. No habló de ninguna sustancia concreta. Tampoco ofreció una certeza que aún no tenía: los valores que habían vigilado durante la noche eran estables y sería el médico quien decidiera si podía marcharse.

—Quiero que conste el pinchazo —dijo Nora.

La enfermera levantó la vista.

—Consta. También que refieres que una persona desconocida te administró algo contra tu voluntad.

—Necesito una copia.

Inés se removió en la silla, aunque no dijo nada. La enfermera asintió, aclaró que el informe de urgencias recogería la lesión y salió con la bandeja. Cuando la cortina volvió a cerrarse, Inés se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Si presentas una denuncia, la información puede llegar a Gabriel antes que a quien deba investigarla.

—Y si no queda escrito, dentro de una semana alguien podrá decir que me lo inventé.

—No te estoy pidiendo que ocultes lo que ha pasado.

—No. Me estás pidiendo que deje cosas fuera.

La réplica había salido más dura de lo que Nora pretendía, pero la rabia no era lo único que había detrás. Desde que llegó a la ciudad, Inés había decidido qué preguntas eran demasiado peligrosas, qué nombres podían pronunciarse y cuánto de la vida de Nora necesitaba conocer. La marca roja del brazo había convertido esas decisiones en algo físico. Si el miedo acababa borrando también el único registro de lo ocurrido, después ya no habría nada que discutir.

El médico apareció poco después. Le hizo repetir lo último que recordaba, comprobó que podía caminar sin marearse y le indicó que volviera si sufría desorientación, vómitos persistentes o una somnolencia anormal. Durante las horas siguientes debía evitar quedarse sola. Los resultados completos tardarían, pero el informe recogía la pérdida de conciencia, la punción y la atención recibida. Nora leyó cada página antes de firmar el alta. Inés esperó sin meterle prisa.

En el teléfono había tres mensajes de Aurora. El primero preguntaba por qué no había acudido al turno de las siete; el segundo, enviado después de que Inés llamara a la cafetería, le ordenaba que descansara. En el tercero explicaba que una camarera del turno de tarde se había puesto enferma, aunque añadía que no era problema de Nora. Ella la llamó desde el pasillo.

Aurora escuchó una versión reducida a una indisposición y una noche en observación.

—No vengas —dijo—. Lo de cubrir la tarde no iba por ti.

—Prefiero estar en un sitio con gente. Puedo entrar a las cuatro.

—Y yo prefiero no recoger a nadie del suelo entre dos mesas.

—Me han dado el alta. Si me mareo, me voy.

—De cuatro a diez. No cargas cajas y no me discutes si te mando a casa.

Nora aceptó. Sabía que trabajar ese día no era lo más prudente, pero la idea de quedarse en el piso donde alguien la había inmovilizado le resultaba peor. En la cafetería habría una cristalera abierta a la calle, cámaras, clientes y Aurora, que no solía perder detalle de lo que pasaba a su alrededor.

Nora pasó las primeras horas de la mañana en la cafetería, antes del turno, para no quedarse sola en el piso. Inés regresó mientras

tanto para esperar al cerrajero, al que había llamado desde el hospital y que había acordado pasar aquella mañana. Cuando Nora volvió a media mañana, el bombín ya estaba cambiado.

Inés le enseñó las tres llaves nuevas y le entregó una. Nora desató la cinta roja de la antigua y la anudó a la nueva antes de guardar la otra en un cajón.

—Esta ya no abre —dijo Inés, señalando la llave vieja.

Nora miró la puerta. Al menos, quien había entrado aquella noche no podría volver a hacerlo utilizando la misma llave. Pero eso no bastaba para que el piso volviera a parecerle seguro.

Los restos del vaso ya no estaban en el suelo. Inés los había barrido mientras esperaba al cerrajero. Sobre la consola del recibidor seguía el cuenco de cerámica de siempre, ahora con las llaves nuevas dentro. Nora lo miró un instante. Todo volvía a estar en su sitio, pero ahora sabía que alguien había conseguido entrar en aquella casa.

En la habitación del fondo todavía se notaba que alguien había estado registrándolo todo. Las fundas vacías seguían sobre la mesa y el cajón inferior del archivador continuaba abierto. Nora dejó allí una copia del informe médico, fotografió todas las páginas y guardó el original en el bolsillo cosido de la bolsa, junto a la copia de la orden bancaria firmada por Tomás. Inés vio lo que hacía y no preguntó dónde lo ocultaba.

—Dijiste que me contarías lo que sabías desde la terminal —le recordó Nora.

—Lo haré.

Inés se duchó y cambió la ropa arrugada de la noche por unos pantalones negros y una blusa blanca. Mientras estaba en el dormitorio, Nora preparó dos tostadas que ninguna terminó. Lavó los platos y los dejó en el escurridor. Inés bebió medio vaso de agua, lo dejó junto al fregadero y se sentó frente a ella en la cocina. Esta vez no llevó la carpeta azul ni buscó un documento que pudiera responder por ella.

—No te encontré por casualidad —dijo.

Nora llevaba esperando esas palabras desde que vio el círculo trazado sobre la terminal en el plano. Aun así, oírlas en voz alta hizo

que la traición adquiriera una forma más concreta.

—Eso ya lo sabía.

—Lo sospechabas. No es lo mismo. —Inés dejó las manos abiertas sobre la mesa—. Yo conocía tu nombre antes de que llegaras a la ciudad. Nora Varela. Sabía tu edad, el pueblo del que venías y tenía una fotografía antigua. Llevaba meses intentando encontrarte.

Nora volvió a ver a Inés bajo la lluvia, interponiéndose entre ella y el hombre de la terminal, inventando una relación que no existía para conseguir que la dejara en paz. Entonces su aparición había parecido la primera cosa afortunada que le ocurría desde que salió de casa. El peligro de aquella escena seguía siendo el mismo. Lo que desaparecía ahora era el azar.

—¿También conocías al hombre que se acercó a mí?

—No. No preparé eso.

—¿Esperabas que apareciera alguien para poder rescatarme?

Inés sostuvo la mirada.

—Esperaba verte bajar del autobús. Cuando ese hombre empezó a llevarte hacia la salida, intervine. Podría haberte dicho quién era yo en ese momento, pero pensé que no vendrías conmigo si sabías que te estaba buscando.

—Y decidiste que engañarme era más fácil.

—Sí.

Nora había esperado una explicación defensiva, algo sobre el peligro o sobre Gabriel que permitiera a Inés justificar lo que había hecho. Pero Inés se limitó a admitirlo.

—¿Sabías qué autobús iba a tomar?

—Sabía lo suficiente para estar allí esa mañana.

—Eso no es una respuesta.

—No. Es el límite de lo que puedo explicarte sin contarte antes por qué te buscaba.

—Entonces empieza por ahí.

Inés bajó la vista hacia las marcas de agua de la mesa.

—Al principio quería comprobar una cosa. Creí que podía acercarme, hacerte unas preguntas y desaparecer de tu vida si me había equivocado. Después llegaste sin dinero, sin un lugar donde

dormir y mirando cada puerta como si alguien pudiera cruzarla detrás de ti. Te traje a casa porque dejarte allí habría sido peligroso, pero también porque ya tenía un motivo para querer mantenerte cerca. Las dos cosas son verdad.

—Si hubiera encontrado una habitación al día siguiente, ¿me habrías dejado ir?

Inés no respondió enseguida. Nora prefirió aquella demora a una promesa rápida.

—Quiero decirte que sí. Pero llevaba meses buscándote y aún no sabía lo que necesitaba saber. Puede que hubiera encontrado otra excusa para pedirte que te quedaras.

—Eso es utilizarme.

—Sí. —Inés juntó las manos, sin acercarlas a las de Nora—. Y que después me importaras no borra cómo empezó. Solo hace que me avergüence más haber seguido callando.

Habría sido más fácil que mintiera. Nora podía rechazar una mentira, apartarla y decidir que todo lo demás quedaba contaminado por ella. Nora tardó unos segundos en asimilar lo que acababa de decirle. Inés había aprovechado su llegada y, unas horas antes, también había pasado la noche sentada junto a una cama de hospital comprobando que seguía respirando. Nora seguía enfadada por todo lo que Inés le había ocultado. Aun así, no podía fingir que las semanas que habían pasado juntas no habían significado nada.

Nora pensó en el empleo marcado en el periódico, en aquella hora de entrada a la cafetería que Inés había conocido sin que Nora se la hubiera dicho y en los recorridos dibujados sobre el plano. Ahora cada ayuda podía esconder una segunda intención. Algunas habían sido útiles, incluso necesarias. Eso no las hacía inocentes. Pero tampoco borraba las comidas compartidas, las bromas ni las noches en que Inés había respetado una puerta cerrada.

—¿Qué querías comprobar?

Inés dejó pasar unos segundos.

—Déjame enseñarte primero cómo llegué hasta tu nombre. No quiero darte otra respuesta que tengas que creer solo porque la diga yo.

Hizo ademán de levantarse hacia la habitación del fondo. Nora cerró la mano alrededor del borde de la silla.

—¿Tiene que ver con la mujer de aquella noche?

El cambio en el rostro de Inés fue suficiente. Elena había pronunciado una frase que ambas reconocían desde lugares distintos. Nora sintió otra vez, antes de poder pensarlo, aquella presión circular en la muñeca y el ruido de un cerrojo que se resistía en la oscuridad.

—¿Quién era? —insistió—. ¿Qué le hicieron mi padre y Gabriel?

Inés abrió la boca, pero el teléfono vibró sobre la mesa.

En la pantalla apareció un número desconocido y una imagen recibida. Inés la amplió con dos dedos. Nora alcanzó a ver un sobre marrón cruzado por una tira de cinta, idéntico al que habían sacado del piso la noche anterior. Debajo había una frase: «Recógelo tú. Sola. Antes de las doce».

Inés llamó de inmediato a un número de su agenda. Nadie respondió. Lo intentó otra vez y una locución informó de que el teléfono estaba apagado. La vacilación que había tenido durante la conversación desapareció. Se levantó, fue al dormitorio y volvió con el abrigo oscuro.

—El sobre está a salvo —dijo Nora—. Tú misma lo comprobaste.

—Lo estaba. La fotografía se ha tomado donde lo dejé.

—Entonces es una trampa.

—También es una amenaza contra la persona que lo guarda.

Nora se interpuso entre ella y la puerta.

—No vas a salir sola porque un mensaje te lo ordene.

—No voy a llevarte conmigo después de que alguien te haya inyectado una sustancia para registrar esta casa.

—No vuelvas a decidir por mí.

Inés se detuvo. El reproche cayó justo sobre lo que acababa de admitir. Miró primero el reloj de la cocina, luego el teléfono y por último a Nora.

—Tienes razón. Te propongo un plan y tú decides si lo aceptas. Vas a la cafetería, donde hay gente y cámaras. Yo comprobaré qué ha ocurrido con el sobre. Te escribiré antes de las cinco y volveré antes de que termines el turno. Si no lo hago, no salgas a buscarme.

Entró en la habitación del fondo y regresó con una llave estrecha de latón. No era la llave oscura de aquella puerta ni una copia de la vivienda. La dejó sobre la palma de Nora y le cerró los dedos alrededor.

—Si cuando vuelves yo no estoy, mira debajo del archivador de la derecha. Hay una caja fijada al zócalo. Esta llave la abre. Dentro encontrarás una dirección y un código.

—¿Para qué?

—Para encontrar otro teléfono.

Nora recordó la anotación que había visto el día anterior mientras hacían el inventario.

—¿Es ahí donde guardas las copias?

—Parte de ellas. Gabriel no sabe dónde está. No lo enciendas en esta casa. Si yo no regreso, lo que contiene será más importante que la carpeta.

Nora miró la llave. Inés no le estaba dando todavía la explicación que había prometido. Le estaba dejando la forma de conservarla si alguien conseguía impedir que regresara. La llave, tan pequeña en su mano, decía más sobre el peligro de aquella salida que cualquier advertencia.

—Quiero la verdad cuando vuelvas —dijo—. Toda. No solo la parte que creas que puedo soportar.

—Cuando vuelva.

Inés recogió del cuenco blanco las llaves nuevas y salió. Nora se quedó junto a la puerta hasta oír cerrarse el portal. Después guardó la llave de latón en el bolsillo interior del abrigo, junto al informe médico, y se dirigió a la cafetería.

El mensaje llegó a las cuatro y diecisiete, mientras Aurora le enseñaba a cerrar la caja del turno de tarde. Solo decía: «Compra pan si vuelves antes que yo».

Nora lo leyó varias veces. No explicaba dónde estaba Inés ni qué había ocurrido con el sobre. Sonaba, sin embargo, exactamente a ella, a su costumbre de esconder una promesa dentro de algo doméstico. Nora llamó. El teléfono sonó hasta desviarse al buzón de voz.

Durante la tarde, Aurora la mantuvo detrás de la barra, cerca de la caja y de la cámara que vigilaba el mostrador. El teléfono permaneció a la vista junto a una libreta, como el día en que esperó la llamada de Elena. Nora atendió pedidos, cobró mesas y anotó las horas de cada intento de comunicarse con Inés. A las seis y media volvió a llamar. A las ocho y cuarto lo hizo por tercera vez. En ambas ocasiones respondió el buzón de voz.

—Si estás esperando noticias malas, mirarlo no hará que lleguen antes —dijo Aurora al encontrarla otra vez con la pantalla encendida.

—No sé qué noticias espero.

Aurora no pidió explicaciones. Le dejó un vaso de agua y durante unos minutos se ocupó ella de las mesas de la cristalera. Nora se quedó junto a la barra, agradecida por no tener que atender a nadie. Inés le había pedido que permaneciera en un lugar con gente y, por una vez, no necesitaba que se lo recordaran: ella tampoco quería estar sola.

Empezó a llover poco antes de las nueve. Las gotas golpeaban la cristalera y deformaban las luces del mercado al otro lado. Nora siguió trabajando con la llave de latón guardada en el bolsillo. A las diez en punto, cuando Aurora bajó la persiana, el mensaje sobre el pan seguía siendo la última señal de Inés.

15. El cuerpo

Aurora bajó la persiana a las diez y tres, cuando el último cliente llevaba ya unos minutos fuera y la lluvia seguía golpeando la cristalera con la misma constancia de toda la tarde. Con media sala a oscuras y las sillas de la terraza recogidas junto a la puerta, la cafetería parecía más pequeña. Nora había pasado allí casi seis horas pendiente del teléfono mientras intentaba trabajar con normalidad y, al terminar el turno, seguía sin tener más noticias de Inés que el mensaje de las cuatro y diecisiete en el que le pedía que comprara pan si volvía antes que ella.

—Puedo acercarte —dijo Aurora mientras guardaba las llaves de la caja y buscaba las del coche en el bolso—. Con este tiempo no vas a llegar seca ni a la esquina.

Nora miró otra vez la pantalla. Había llamado a Inés a las seis y media, de nuevo a las ocho y cuarto y una última vez a las nueve y cuarenta, dejando sonar hasta que entró el buzón. No había recibido ninguna llamada después.

—No hace falta. Tengo que pasar por un sitio antes de volver a casa.

Aurora levantó la vista.

—¿Ahora?

—No tardaré.

Nora sabía que aceptar que la llevara complicaría las cosas. Aurora seguía creyendo que vivía con una prima al otro lado del río y, si le daba la dirección del piso, tendría que inventar otra explicación. Prefería no añadir más detalles a una historia que ya llevaba semanas sosteniendo.

Aurora la observó unos segundos, pero no insistió.

—Como quieras. Escríbeme cuando hayas terminado.

—Lo haré.

Nora se puso el abrigo y guardó el teléfono. La pequeña llave de latón seguía en su bolsillo. Si Inés no había vuelto, sabía qué tenía que hacer.

Aurora se quedó junto a la puerta mientras Nora salía a la calle.

—Ten cuidado.

Nora asintió y echó a andar bajo la lluvia.

La panadería junto al mercado ya había cerrado. Nora redujo el paso al pasar frente al escaparate y recordó el mensaje de Inés: «Compra pan si vuelves antes que yo». Podía haber sido una petición cualquiera, escrita deprisa antes de quedarse sin batería o de entrar en un lugar donde no pudiera responder. También podía ser una manera de hacerle saber que pensaba volver. Nora se quedó con esa posibilidad y continuó caminando.

Las mangas se le empaparon enseguida. Estaba cansada después de la noche anterior, pero caminaba atenta a lo que ocurría a su alrededor; miró más de una vez hacia atrás y aprovechó los escaparates oscuros para comprobar si alguien seguía su mismo recorrido. No vio el coche gris ni vio nada sospechoso entre una calle y la siguiente. Cuando llegó a la avenida del edificio, volvió a llamar a Inés. El teléfono sonó hasta desviarse al buzón.

Al oír la señal, dejó un mensaje breve: «Estoy entrando».

Alzó la vista hacia el cuarto piso. No había ninguna luz encendida.

Entró en el portal y subió por las escaleras. Desde la intrusión de la noche anterior había evitado el ascensor, aunque sabía que esa precaución no servía de mucho si alguien podía abrir la puerta de su casa con una llave. El bombín nuevo debía impedir que volviera a ocurrir de la misma manera.

Al llegar al rellano comprobó la puerta antes de acercar la llave nueva a la cerradura. La introdujo en el bombín y tuvo que intentarlo una segunda vez porque la lluvia le había mojado y enfriado los dedos. Cuando consiguió girarla, empujó la puerta y notó una resistencia leve desde dentro.

Algo rozó las baldosas.

Nora abrió un poco más y vio una zapatilla roja tumbada junto a la entrada. Reconoció enseguida que era de Inés. La otra no estaba allí.

—¿Inés?

Esperó, todavía con una mano en la puerta. Nadie contestó.

Al entrar notó el cambio de temperatura y un olor dulzón que no supo identificar. Cerró y dejó las llaves de la vivienda en el cuenco de la consola; la cinta roja seguía anudada a la copia nueva, mientras que la pequeña llave de latón permanecía en su bolsillo.

Entonces oyó la música.

Llegaba desde el fondo del pasillo. La puerta de la habitación donde Inés guardaba el archivador estaba entreabierta y, desde allí, una mujer cantaba con una voz antigua y algo áspera sobre un acompañamiento de cuerda. El fragmento se repetía y, al volver al principio, se oía una pequeña imperfección en la grabación.

Nora conocía aquella canción.

No recordaba el título ni una sola frase, pero reconoció el estribillo con una seguridad que no sabía explicar. Se quedó inmóvil unos segundos, escuchando, hasta que la incomodidad se convirtió en una necesidad casi física de apagarla.

Sacó el teléfono. La pantalla marcaba las 22:18.

Seguía sin haber noticias de Inés. Nora abrió la conversación y empezó a escribir «¿Dónde estás?», pero dejó el mensaje a medias cuando volvió a mirar hacia el pasillo.

—Ya estoy aquí —dijo, elevando la voz.

Fue primero a la cocina. El pan del día anterior seguía sobre la encimera, dentro de la bolsa abierta, y había dos platos en el escurridor y un vaso a medio beber junto al fregadero. Ningún cajón parecía forzado ni había objetos tirados por el suelo. Después de la intrusión de la noche anterior, Nora habría esperado reconocer enseguida cualquier señal de que alguien hubiera vuelto a registrar la casa; no encontró ninguna.

Pensó en la llave de latón. Si Inés no estaba, podía seguir las instrucciones, buscar la caja bajo el archivador y marcharse con la dirección antes de que ocurriera nada más. Dio un paso hacia el pasillo, pero al respirar de nuevo percibió algo distinto bajo aquel olor dulzón.

Era un olor húmedo y metálico.

Se le cerró el estómago.

Avanzó hacia el salón y vio los cristales en el suelo. La base de una copa había quedado junto a la mesa y varios fragmentos se extendían alrededor de un líquido oscuro. Durante un instante intentó convencerse de que era vino, aunque ya había visto que la mancha continuaba más allá de la alfombra.

Inés estaba al otro lado de la mesa.

Nora reconoció primero la ropa: los pantalones negros, la blusa blanca arrugada en la cintura. Después vio el brazo extendido hacia el pasillo, el pelo cubriéndole parte de la cara y un pie desnudo. La zapatilla roja que había encontrado en la entrada dejó de ser solo algo fuera de sitio.

—Inés.

El nombre apenas le salió.

Se acercó sin apartar la vista del cuerpo. Un cristal crujió bajo la bota y, justo entonces, la canción volvió al estribillo. Tres notas descendentes bastaron para que detrás de los ojos apareciera un destello de madera oscura, una bombilla moviéndose y alguien respirando con dificultad al otro lado de una puerta. Nora apretó los dientes y esperó a que la imagen desapareciera.

No podía quedarse allí mirando. Inés podía seguir viva.

Se arrodilló con cuidado de no apoyar las rodillas sobre los cristales, le apartó el pelo de la cara y acercó la mejilla a su boca. No notó aire. Buscó el pulso en el cuello, cambió los dedos de posición y lo intentó otra vez, cada vez con más presión porque necesitaba que el error fuera suyo. La sangre le alcanzó la palma. Aún estaba tibia.

—No, por favor.

Volvió a buscar el pulso y no encontró nada.

Unas horas antes Inés le había entregado una llave y le había prometido que hablarían cuando volviera. Nora seguía enfadada por las mentiras, por haber descubierto que el encuentro en la terminal no había sido casual y por todo lo que Inés todavía se reservaba, pero nada de eso encajaba con la quietud de aquel cuerpo. Había imaginado muchas versiones de la conversación que les quedaba pendiente. Ninguna terminaba allí.

Necesitaba llamar al 112.

Buscó el teléfono y lo vio sobre la alfombra, a menos de un metro. No recordaba haberlo soltado. Apoyó una mano para incorporarse y, en ese momento, la puerta del fondo se movió unos centímetros. La canción empezó otra vez desde el principio.

Nora giró la cabeza.

Durante unos segundos, la puerta barnizada del piso dejó de ser la que tenía delante. Vio otra madera, hinchada por la humedad y marcada a la altura de los ojos de una niña. Le llegó olor a tierra mojada, aunque sabía que no podía venir de aquella habitación, y el crujido que acababa de oír bajo la bota pareció repetirse en otro lugar.

Después oyó una voz masculina.

No abras esa puerta.

Nora intentó sujetarse a lo que sabía. El bombín era nuevo. Inés lo había cambiado aquella mañana. La llave de latón seguía en su bolsillo. Bajo el archivador estaba el lugar que ella le había indicado. Habían hablado de otro teléfono, de copias guardadas fuera de casa y de una explicación que Inés todavía le debía.

Todo eso pertenecía a ese mismo día.

Aun así, la habitación empezó a parecer más lejana. La mesa, los cristales y el cuerpo de Inés seguían delante de ella, pero le costaba calcular la distancia. Quiso levantarse y las piernas no respondieron como esperaba. En algún lugar oyó a una mujer sollozar; después llegó el ruido de un cerrojo que se resistía y una respiración demasiado cerca.

Nora trató de llamar a Inés, aunque sabía que estaba junto a ella.

Le pareció que algo se movía en el pasillo, pero no llegó a distinguir qué era. Quiso incorporarse y entonces sintió algo frío en la mano. Después, una presión brusca alrededor de la muñeca.

Cuando volvió a saber dónde estaba seguía arrodillada junto a Inés, aunque no recordaba haber cambiado de postura. Tenía la espalda encorvada y tardó unos segundos en comprender que los golpes que oía no pertenecían al recuerdo. Alguien estaba llamando a la puerta principal y las voces del rellano se filtraban ya dentro del piso.

Nora levantó las manos.

La sangre le cubría las palmas, había entrado bajo las uñas y manchado el borde de la manga. En la mano derecha sostenía un cuchillo de mango negro.

Se quedó mirándolo.

No recordaba haberlo visto al entrar. Tampoco recordaba haberlo cogido.

La puerta principal se abrió de golpe y chocó contra la pared. Varias voces llenaron el recibidor al mismo tiempo, acompañadas de pasos rápidos y del sonido de una radio. Dos agentes aparecieron en la entrada del salón. El primero se detuvo al verla; el segundo señaló el cuchillo y le ordenó que lo soltara.

Nora abrió los dedos. El arma cayó al suelo entre sus rodillas.

Uno de los agentes avanzó, apartó el cuchillo con el pie y le indicó que mantuviera las manos visibles. Nora obedeció mientras el otro se acercaba a Inés y hablaba por la radio.

—Llamen a una ambulancia —dijo Nora—. No respira.

El agente se agachó sin tocar a Inés y miró a su compañero. Nora vio aquel intercambio y comprendió qué significaba antes de estar preparada para aceptarlo.

El otro policía la sujetó por un brazo.

—Levántese.

Nora lo intentó, pero las piernas le temblaron y tuvo que apoyarse en el borde de la mesa. Dejó una marca de sangre sobre la superficie y retiró la mano al verla.

—¿Hay alguien más en la vivienda?

Miró hacia el pasillo. La puerta de la habitación del fondo continuaba entreabierta y la música seguía sonando.

—No lo sé.

Uno de los agentes avanzó para comprobar las habitaciones mientras el otro permanecía junto a Nora.

—¿Ha llamado usted a la policía?

La pregunta tardó un instante en tener sentido.

—No.

El agente le llevó las manos a la espalda y cerró las esposas alrededor de sus muñecas. Nora no se resistió. Había encontrado a Inés en el suelo, había intentado buscarle el pulso y, después, había

un tramo que no podía reconstruir. Ahora tenía sangre en las manos, un cuchillo que no recordaba haber tocado y dos policías dentro de una casa a la que ella no los había llamado.

Su teléfono seguía sobre la alfombra. Cuando el agente la hizo avanzar hacia el recibidor, una notificación encendió la pantalla y Nora alcanzó a leer la hora.

22:29.

Se detuvo.

Había visto las 22:18 al entrar. Recordaba la zapatilla roja, la cocina, la copa rota, el cuerpo de Inés y sus propios dedos buscando un pulso. Después quedaban la canción, la madera húmeda, una voz masculina, algo frío contra la mano y aquella presión alrededor de la muñeca, pero no podía ordenar esos fragmentos ni saber cuántos de ellos pertenecían al piso.

Entre una hora y la otra había una franja de once minutos que no podía reconstruir de principio a fin.

La sangre ya le había alcanzado una palma cuando buscó el pulso; lo que no podía reconstruir era cuándo se había extendido a ambas manos ni cómo había acabado sosteniendo el cuchillo. Además, alguien había avisado a la policía antes de que ella pudiera hacerlo.

El agente que había recorrido el piso regresó mientras la conducían hacia el rellano y dijo que no había nadie. Nora volvió la cabeza hacia la habitación del fondo. Desde el pasillo alcanzaba a ver el archivador, pero no la parte inferior donde Inés le había indicado que buscara la caja si no regresaba.

La llave de latón seguía en su bolsillo.

Estuvo a punto de hablar. Podía explicar que Inés había dejado instrucciones para localizar otro teléfono y que quizá allí hubiera información relacionada con lo ocurrido. Sin embargo, recordaba con demasiada claridad una de las últimas advertencias de Inés: no encenderlo en aquella casa. También recordaba que no confiaba en que cualquier policía que recibiera esa información fuera a protegerla.

Nora miró a los agentes y guardó silencio.

Los sanitarios subían por la escalera con una camilla cuando empezaron a bajarla. Uno de ellos preguntó dónde estaba el cuerpo. Nora volvió la cabeza hacia la puerta abierta del piso. Quiso corregir aquella palabra, decir que se llamaba Inés, que unas horas antes estaba viva y que todavía tenían una conversación pendiente.

Pero había otra pregunta que no conseguía apartar.

—¿Quién ha llamado?

TERCERA PARTE · LA ACUSADA

16. Ya lo sabían

La primera vez que Nora vio sus manos sin sangre fue bajo la luz blanca de una sala de exploración. Una enfermera le había limpiado las palmas con gasas húmedas después de que un agente fotografiara cada dedo, las uñas y la línea oscura que alcanzaba la manga. El agua terminó rosada dentro de la bandeja de acero. Nora las miró y tuvo la sensación absurda de que el cuchillo continuaba encajado entre los dedos, como si haberlo soltado hubiera sido una orden obedecida por el cuerpo y no algo que recordara haber decidido.

Le habían retirado el abrigo, las botas y la ropa del trabajo. Cada prenda desapareció dentro de una bolsa con una etiqueta que no alcanzó a leer. En el inventario de sus efectos personales figuraban el documento de identidad, algo de dinero, una cinta roja atada a una llave y otra llave estrecha de latón. Cuando el agente nombró esta última, Nora sintió en el pecho el borde que ya no llevaba consigo y pensó en la caja fijada bajo el archivador, en la dirección que Inés había dejado dentro y en el segundo teléfono. Bastaba con preguntar para ponerlo al alcance de la policía. También bastaba con preguntar para entregárselo a la misma persona de la que Inés había intentado ocultarlo.

—¿Quiere que avisemos a alguien de su detención? —preguntó una funcionaria.

Nora pensó en Elena. Vio a Tomás contestando el teléfono, escuchando el nombre de la comisaría y recibiendo la confirmación de que su hija ya no podía huir. Dio en su lugar el nombre de Aurora y el de la cafetería. No sabía el número de memoria, pero estaba guardado en su teléfono, retenido junto con el resto de sus pertenencias.

—Es mi encargada —aclaró—. Cerramos juntas anoche. Puede confirmar a qué hora salí.

La funcionaria levantó la vista del formulario.

—Se le comunicará que está detenida y dónde se encuentra. Nada más.

—Entonces anote que puede confirmarlo.

—Ya tendrá ocasión de declarar.

Sintió que una puerta se cerraba delante de ella.

La examinaron en un hospital custodiado por dos agentes. Le tomaron muestras, comprobaron el dolor de las muñecas y cubrieron con un apósito un corte superficial en la palma que no había visto hasta entonces. No sabía si se lo había hecho con la copa rota, con el cuchillo o durante los minutos ausentes. Una médica le preguntó qué había consumido en las últimas horas. Nora explicó la inyección de la noche anterior, el ingreso en observación y el informe que guardaba en el bolsillo cosido de la bolsa de deporte. La bolsa seguía en el piso. La copia del informe, dentro de la habitación cerrada. El original que llevaba en el abrigo ya formaba parte del inventario policial.

—¿Tomó el sedante voluntariamente? —preguntó uno de los agentes antes de que la médica pudiera continuar.

—He dicho que me lo inyectaron.

—Eso constará en su declaración.

—También consta en urgencias desde ayer.

La médica pidió al agente que esperara fuera. El hombre salió despacio. Cuando la puerta se cerró, Nora comprendió que acababa de defender un hecho ya registrado y que, aun así, un policía ya lo estaba tratando como si sólo fuera su versión.

Pasó el resto de la noche en una celda de la comisaría. No durmió. El banco de obra era demasiado estrecho para estirarse y, en una esquina del techo, una cámara de vigilancia apuntaba hacia el interior de la celda. Cada vez que cerraba los ojos regresaba el estribillo, aunque la canción se detenía antes de alcanzar las tres notas descendentes. Cuando la canción se interrumpía, recordaba al agente del hospital preguntándole si había tomado el sedante voluntariamente y diciéndole que aquello constaría en su

declaración. Nora todavía no había declarado y ya empezaba a temer que cada cosa que dijera pudiera volverse en su contra.

A media mañana le permitieron comunicarse con Aurora. Un agente permaneció a menos de dos pasos mientras el teléfono fijo daba tono. Nora había preparado varias frases durante la noche, pero al escuchar la voz de su encargada solo consiguió decir su nombre.

—Ya me han avisado —dijo Aurora—. ¿Te han hecho daño?

—No. Necesito que recuerdes a qué hora salí ayer.

El agente intervino.

—No puede hablar de las diligencias.

Nora apartó el auricular unos centímetros y esperó a que terminara.

—A las diez y tres —respondió Aurora—. Bajé la persiana contigo dentro y te vi cruzar la esquina. Las cámaras también.

—No borres nada. Por favor.

—Aquí no se va a borrar nada.

Aurora no le prometía una solución, sólo conservar lo que había visto. Antes de que el agente diera por terminada la llamada, Nora le pidió que no contactara con su madre. No podía explicarle por qué sin pronunciar el nombre de Tomás, y quizá ya fuera demasiado tarde para proteger a su madre de la noticia, pero necesitaba conservar al menos esa decisión.

La abogada de guardia llegó por la mañana. Era una mujer de unos cuarenta años, con el cabello todavía húmedo por la lluvia y una carpeta casi vacía bajo el brazo. Se entrevistó con Nora a solas en una sala pequeña y le pidió que separara tres cosas: lo que había visto, lo que deducía y lo que no recordaba.

—Si no lo sabe, diga que no lo sabe. Si no lo recuerda, no permita que le cambien esa frase por otra —le indicó—. Puede guardar silencio o declarar sólo ante el juez. La policía tiene que informarle de los hechos que le atribuye y yo estaré presente si decide responder.

—Si callo, su historia será la única.

—Callar no equivale a admitirla.

—Inés ha muerto. No quiero que lo único que conste de mí sea que estaba junto a su cuerpo con un cuchillo.

La letrada la observó durante unos segundos. No insistió.

—Entonces no rellene los huecos para resultar más creíble. Los huecos también tienen que constar.

El interrogatorio no comenzó hasta la tarde siguiente a la detención. Para entonces Nora había perdido la noción del día, aunque no de las horas: las diez y dieciocho, poco después de entrar en el piso; las diez y veintinueve, cuando volvió a reconocerse dentro de su cuerpo. Dos agentes se sentaron frente a ella. El de mayor edad dirigía las preguntas. El otro permanecía junto al ordenador, escribiendo sin apenas levantar la vista.

Le leyeron de nuevo sus derechos y le comunicaron que estaba siendo investigada por la muerte violenta de Inés Robles. La expresión era precisa y, aun así, insuficiente. Nora la corrigió en silencio: no la muerte, sino el asesinato. No una mujer, sino Inés.

Empezaron por cuestiones sencillas. Cuánto tiempo llevaba viviendo en el piso. Cómo había conocido a Inés. De quién era la vivienda. Si pagaba alquiler. Cuándo había empezado a deteriorarse la convivencia.

—No se había deteriorado —respondió Nora.

El inspector dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Se sintió engañada cuando descubrió que la señora Robles la había buscado deliberadamente.

Nora tardó en contestar. Aquella conversación había ocurrido en la cocina, sin testigos, horas antes de que Inés saliera. Ella no la había mencionado en el hospital ni durante el traslado.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Niega que discutieran?

—Le he preguntado cómo lo sabe.

El agente que escribía dejó quietas las manos. La abogada se inclinó hacia la mesa.

—La detenida tiene derecho a conocer los elementos esenciales que sustentan su privación de libertad.

El inspector abrió una carpeta y sacó varias hojas. No se las entregó; las colocó de modo que Nora pudiera leer una sucesión de

mensajes impresos. Junto a cada uno aparecían su número y el de Inés.

20:43. «No puedes cambiar de idea ahora».

20:51. «No vuelvas al piso. Hablaremos mañana».

21:06. «No voy a dejar que me dejes sin nada».

21:12. «Si vuelves, llamaré a la policía».

Nora no reconoció aquella conversación. Las frases podían pertenecer a una pelea entre dos mujeres que convivían, pero no eran lo que ella había dicho a Inés aquella mañana. A las ocho y cuarenta y tres estaba detrás de la barra. Recordaba a una pareja que había pedido la cuenta por separado, el vaso que Aurora dejó a su lado y la lluvia empezando a cubrir la cristalera. Su teléfono permanecía junto a la libreta, a la vista de las cámaras.

—Yo no escribí esto.

—Los mensajes constan como enviados desde la cuenta asociada a su número.

—¿Desde mi teléfono?

El inspector sostuvo su mirada.

—Eso es lo que se está analizando.

—A esa hora estaba trabajando. Comprueben las cámaras de la cafetería. Y hablen con Aurora. Ella me vio toda la tarde.

El inspector retiró las hojas sin anotar la petición. Nora miró al agente del ordenador.

—Escríbalo.

La abogada repitió la solicitud con una calma más afilada. Solo entonces volvió a oírse el teclado.

El inspector cambió de carpeta. Dijo que el análisis preliminar había identificado ADN de Nora en el mango del cuchillo y sangre de Inés en la hoja. También había restos biológicos de Nora cerca de la unión entre la hoja y el mango. Habló despacio, atento a qué parte de la información alteraba su respiración.

—Desperté con el cuchillo en la mano —dijo Nora—. Ya se lo expliqué a los agentes que entraron.

—No despertó. Estaba consciente cuando llegamos.

—Volví a ser consciente.

—¿Admite que sostuvo el arma?

—Admito que la tenía cuando pude volver a recordar lo que estaba ocurriendo.

—¿Y antes?

—Recuerdo haberle buscado el pulso. Después quedan fragmentos, no una secuencia.

—Once minutos no son tanto tiempo, Nora.

La inquietó menos su nombre que la cifra. Nora todavía no les había contado cuándo había entrado en el piso ni cómo había calculado el vacío.

—¿Cómo sabe que fueron once?

El inspector unió las manos.

—Su teléfono registra actividad a las diez y dieciocho. A las diez y veintinueve nuestros compañeros ya estaban dentro de la vivienda.

—Yo no hice ninguna llamada.

—Llamó al teléfono de la víctima.

Nora recordó el tono mientras abría el portal y el mensaje que dejó después de la señal: «Estoy entrando». Eso explicaba una parte de la cronología, no quién había avisado a la policía.

—¿Quién avisó a la policía?

—Ya llegaremos a eso.

No llegaron.

El siguiente dato fue la sustancia hallada en su sangre. El inspector evitó darle un nombre definitivo: habló de un compuesto sedante pendiente de confirmación y de una concentración compatible con una alteración de conciencia. La abogada preguntó por la hora de extracción, el resultado cuantitativo y el análisis de la muestra tomada en urgencias la noche anterior. El hombre respondió que el informe era preliminar.

—Me inyectaron esa sustancia el día anterior —dijo Nora—. Hay una lesión, un parte médico y muestras anteriores a la muerte de Inés.

—También hay un cuchillo en su mano y mensajes de amenaza que constan en su cuenta.

—Y una llamada que ustedes no quieren decirme quién hizo.

El inspector se reclinó en la silla. Hasta entonces había fingido examinar posibilidades. Esta vez habló de otro modo.

—La señora Robles la acogió. Le consiguió trabajo. Usted descubrió que la había engañado y que podía quedarse sin aquel lugar donde vivir. Regresó bajo los efectos de una sustancia, discutieron y perdió el control. Después, debido a su estado, no recuerda con claridad lo ocurrido. Es una explicación posible.

Nora lo escuchó hasta el final. La historia estaba construida con piezas verdaderas y por eso resultaba difícil no creerla. Inés la había acogido. La había buscado y utilizado. Nora se había sentido traicionada. La sustancia existía y el cuchillo había estado en su mano. Lo falso estaba en el orden que convertía esos hechos en ese resultado.

—¿Dónde está la parte en la que Inés tenía miedo de Gabriel Leza? —preguntó.

El agente del ordenador levantó la cabeza. El inspector no se movió.

—¿Qué relación tenía la víctima con el señor Leza?

La pregunta sonó limpia, casi indiferente. Pronunciar aquel nombre no había abierto una línea de investigación; sólo les había entregado otra frase para la versión que escribían sobre ella. Pensó en la llave de latón, guardada en una bolsa de efectos, y en la advertencia de Inés: la policía no puede protegernos si no sabemos quién está limpio.

—Quiero hablar de eso con mi abogado antes de responder.

—Su abogada está aquí.

—He dicho antes de responder.

La letrada pidió que constara la interrupción. El inspector preguntó después por la carpeta azul y por Tomás. Nora guardó silencio. Esta vez elegía qué verdad no iba a entregar en aquella sala.

Al finalizar, el agente imprimió la declaración. En una de las últimas páginas aparecía una frase que Nora no había pronunciado: «La detenida manifiesta no poder descartar haber agredido a la víctima durante el periodo que afirma no recordar».

—Eso no lo he dicho.

—Es la consecuencia de su respuesta —replicó el inspector.

—No. Mi respuesta es que no lo recuerdo.

La abogada tachó la frase, escribió al margen la formulación exacta y exigió una nueva copia. Nora no firmó hasta comprobar que constaban la petición sobre las cámaras, el ingreso anterior y su pregunta sin respuesta acerca de la llamada.

Antes de que se la llevaran, el inspector recogió los papeles y le dijo que a la mañana siguiente pasaría a disposición judicial. Allí decidirían si quedaba en libertad o ingresaba en prisión provisional.

—Todavía puede ayudarse —añadió—. Una franja de once minutos sin una secuencia completa deja mucho espacio para equivocarse.

Nora miró la carpeta cerrada. Desde el cadáver hasta aquella sala, otros habían decidido qué significaba su silencio: trauma, confusión, culpa. Solo faltaba que ella aceptara el papel asignado.

—No voy a confesar algo solo para llenar once minutos —dijo.

La puerta se cerró detrás de ella. Al otro lado quedaban los papeles, las preguntas y una historia cuyo final parecía escrito antes de que pudiera contar el suyo.

17. Prisión provisional

El furgón salió de la comisaría bajo un cielo gris de lluvia. Nora viajó en un compartimento sin ventanas, con una rejilla alta por la que entraba una luz apagada y el ruido amortiguado del tráfico. Llevaba dos noches bajo luces que nunca se apagaban del todo, aunque el cansancio no era lo que más le pesaba. Desde que los agentes habían entrado en el piso, las horas habían dejado de pertenecerle: cada puerta se abría o se cerraba porque otro lo decidía y cada traslado empezaba con una orden que nadie parecía considerar necesario explicarle.

Cuando llegaron a los juzgados, la condujeron directamente a la zona de calabozos. La abogada de guardia la esperaba allí con la misma carpeta del interrogatorio, ahora abultada por las copias. Se sentaron a ambos lados de una mesa fijada al suelo. Nora reconoció los mensajes impresos, las fotografías del cuchillo y un informe breve que llevaba la palabra preliminar en la cabecera. Había además varios folios que no había visto hasta entonces.

—La Fiscalía va a pedir prisión provisional —dijo la letrada—. Comunicada y sin fianza.

Nora miró la puerta a su espalda. No hacía falta conocer todos los términos para entender lo esencial.

—¿Ya lo han decidido?

—Lo ha pedido la fiscal. Decide el juez después de oírnos. Esta comparecencia no sirve para determinar si eres culpable, sino qué ocurre mientras se investiga.

La distinción era correcta y, aun así, en aquel cuarto parecía más frágil de lo que debería. La abogada le enseñó los elementos con los que la Fiscalía justificaría la medida: la gravedad del delito, los indicios que la situaban junto al cadáver, la expectativa de una pena elevada y lo que el atestado llamaba ausencia de arraigo y el consiguiente riesgo de fuga. Nora llevaba pocas semanas en la

ciudad, no figuraba en el contrato del piso, había cambiado de número y no tenía allí familia ni otro domicilio. Su empleo en la cafetería ocupaba una sola línea: relación laboral reciente, pendiente de comprobación.

—Aurora puede demostrarlo.

—He solicitado que la citen y que conserven las grabaciones. También he aportado el nombre del hospital y la referencia del informe de urgencias. No está incorporado todo todavía.

—Pero los mensajes sí.

—Los mensajes les llegaron hechos.

La abogada no habló de manipulación. Apartó varias hojas y señaló un párrafo del atestado. Allí se decía que Nora había abandonado de forma repentina el domicilio familiar después de años de episodios violentos, que había cortado el contacto con su entorno y que presentaba lagunas de memoria asociadas a situaciones de estrés. Los tres datos estaban enlazados por comas y, leídos así, parecían partes de una misma explicación.

—Esto no son antecedentes —dijo Nora.

—No tienes antecedentes penales. Consta expresamente.

—Han escrito lo que hizo mi padre como si lo hubiera hecho yo.

—Y voy a decirlo. Pero la fiscal no necesita presentarlo como un delito tuyo. Le basta con utilizar la huida y la falta de domicilio para sostener que podrías marcharte otra vez.

Nora apoyó las manos en el borde de la mesa. Durante años, Tomás había convertido quedarse en una prueba de obediencia; ahora, haberse marchado podía servir para justificar que la encerraran. Todo dependía de cómo se mirara.

—¿Qué alternativa hay?

—Comparecencias periódicas, prohibición de salir del país y retirada del pasaporte, si lo tienes. Podemos proponer que fijes un domicilio, pero el piso es el lugar del crimen y tu casa familiar no es una opción segura. La cafetería acredita trabajo, no residencia.

—No tengo pasaporte.

La letrada lo anotó sin presentarlo como una ventaja mayor de la que realmente era. Después le recordó que podía guardar silencio y que no estaba obligada a completar ante el juez la declaración

policial. Nora preguntó por la llamada de aviso que el inspector se había negado a identificar. La mujer asintió, pero le recomendó que no desplegara toda la historia de Inés y Leza en una comparecencia centrada en decidir sobre su libertad. Había nombres que todavía no podían sostener con documentos delante.

—Lo importante hoy es impedir que confundan una laguna con una confesión y tu pasado con un pronóstico de fuga —dijo—. Si el juez te pregunta, responde lo que sepas. Nada más.

La sala era más pequeña de lo que Nora había imaginado y no se parecía a los tribunales de la televisión. No había jurado, público ni testigos esperando tras una puerta. El juez ocupaba el centro de una mesa elevada apenas unos centímetros; a un lado se sentó la fiscal de guardia y al otro la letrada. Un funcionario comprobó la grabación, pronunció el nombre completo de Nora y le pidió que se identificara. Escuchar Varela allí le dio la sensación de haber arrastrado a Tomás hasta la ciudad después de todo lo que había hecho por dejarlo atrás.

La fiscal habló sin levantar la voz. Expuso que Inés Robles había muerto por una herida de arma blanca, que Nora había sido encontrada junto al cuerpo con el arma en la mano y que el análisis inicial situaba material genético de ambas en el cuchillo. Citó los mensajes de amenaza, la sustancia detectada en la sangre de la investigada y los once minutos para los que no había explicación. Cada elemento aparecía acompañado por alguna reserva —preliminar, pendiente de confirmación, según el volcado inicial—, aunque al oírlos uno detrás de otro esas cautelas parecían pesar menos.

Después pasó al riesgo de fuga. Nora carecía de domicilio estable, de recursos conocidos y de vínculos familiares en la ciudad; había abandonado su lugar de origen sin comunicar el destino, cambiado de tarjeta telefónica y organizado una vida separada de su entorno anterior. La fiscal mencionó los episodios violentos en la casa familiar y las alteraciones de memoria, aclarando que no los presentaba como delitos cometidos por Nora, sino como factores de inestabilidad personal. La palabra, dicha en aquel tono técnico, parecía más difícil de discutir que los hechos que pretendía resumir.

La abogada esperó a que terminara.

—Mi representada carece de antecedentes penales, policiales y judiciales —empezó la abogada—. Lo que la Fiscalía denomina entorno familiar violento es la violencia que ella ha sufrido. No puede transformarse a una víctima en un riesgo procesal por haber abandonado el lugar donde la agredían.

Recordó que Nora se había identificado con su documentación verdadera, había buscado empleo y no había intentado ocultarse después de la muerte de Inés. La detuvieron en el propio lugar de los hechos; desde el primer momento pidió que se preservaran las cámaras de la cafetería y señaló una muestra hospitalaria anterior que podía explicar la sustancia hallada en su sangre. Los mensajes se habían enviado durante su turno, algo que todavía no se había comprobado. Tampoco constaba quién avisó a la policía ni por qué los agentes llegaron con aquella rapidez.

—La gravedad abstracta de la pena no basta —continuó—. No se ha señalado una sola fuente de prueba a la que Nora pueda acceder ni una persona sobre la que tenga capacidad de influencia. Sus dispositivos están intervenidos, el domicilio está precintado y su falta de colaboración no puede deducirse del ejercicio del derecho a no rellenar un periodo que no recuerda. Si se considera necesario asegurar su presencia, existen medidas menos gravosas.

La fiscal respondió que la investigación se encontraba en sus primeras horas y que, precisamente por la fragilidad de los vínculos de Nora, las medidas alternativas resultaban insuficientes. No afirmó que fuese culpable. Habló de asegurar el procedimiento, del peso conjunto de los indicios y de una facilidad material para desaparecer que, según sostuvo, Nora ya había demostrado.

El juez consultó unos folios y después miró a Nora.

—¿Tiene algún domicilio distinto del de la fallecida donde pueda residir si queda en libertad?

Nora pensó en la cafetería cerrada, en el piso precintado y en la casa de la que había salido con la bolsa de deporte apretada contra las piernas. Pensó también en Elena recogiendo los pedazos del marco roto y fingiendo durante años que bastaba con cerrar una puerta para contener a Tomás.

—No puedo volver con mi padre.

—No le he preguntado si desea volver. Le pregunto si dispone de otro domicilio.

—No.

El juez le ofreció la posibilidad de añadir algo más. La abogada giró apenas la cabeza hacia ella, sin asentir ni negarse.

—Yo no huí de la policía —dijo Nora—. Me fui de una casa donde no estaba segura. Vine con mi nombre, trabajé con mi nombre y seguí en el piso cuando podía haberme marchado. No puedo reconstruir de principio a fin una franja de once minutos, pero eso no significa que deba llenarla con lo que otros dicen que hice. Y lo que hizo mi padre no es un antecedente mío.

El juez dio por terminada la audiencia. No anunció la decisión en la sala.

La espera duró casi dos horas. Nora permaneció en una celda donde alguien había grabado tres iniciales en la pintura de la pared. Intentó ordenar los argumentos como había ordenado las ausencias de Inés: hechos, inferencias, vacíos. El cuchillo era un hecho; haberlo utilizado, una inferencia. Los mensajes existían, pero seguía sin demostrarse que ella los hubiera escrito. Había abandonado su casa; de ahí no se desprendía necesariamente que fuese a fugarse de la justicia. Sin embargo, comprendió que en aquel momento el procedimiento no tenía que resolver esas diferencias. Bastaba con que el juez considerara mayor el riesgo de equivocarse dejándola libre que el de encerrarla.

La abogada regresó con una copia del auto y la mandíbula tensa.

—Prisión provisional comunicada y sin fianza —dijo—. Lo fundamenta en los indicios, la gravedad de la pena y el riesgo de fuga por falta de arraigo estable. Rechaza que exista, por ahora, un peligro concreto de destrucción de pruebas.

Nora cogió las hojas. El auto repetía que la medida no anticipaba culpabilidad y que debía ser necesaria y proporcionada. Luego enumeraba su juventud, la reciente llegada a la ciudad, la falta de vivienda propia, la brevedad del empleo y la ruptura con el núcleo familiar. No la describía como violenta. La violencia de la que había

huido aparecía varias páginas después, dentro de un resumen que no cambiaba la conclusión.

—¿Cuánto tiempo?

—No fija cuánto vas a estar dentro. Recurriremos. El auto puede revisarse durante la instrucción y el recurso tiene tramitación preferente, pero no voy a engañarte: hoy ingresas.

La llave estrecha de latón figuraba en el inventario de efectos intervenidos. Nora pasó el dedo por la línea hasta encontrarla. La abogada siguió el gesto.

—Quiero que quede protegida.

—Pediré que se conserve y que cualquier examen conste en las actuaciones. Pero necesito que me expliques qué abre.

Nora levantó la vista. Pensó en la caja bajo el archivador, en el segundo teléfono que quizá continuaba esperando en una consigna y en la advertencia de Inés sobre quién podía estar limpio. La abogada que tenía delante había protegido sus palabras cuando el inspector intentó modificarlas. Eso no bastaba para que Nora supiera hasta dónde llegaba la guardia y dónde podía empezar el alcance de Leza.

—Antes quiero ver el inventario completo —respondió.

La letrada sostuvo su mirada y guardó la copia sin presionarla.

El traslado al centro penitenciario se hizo por la tarde. Esta vez Nora alcanzó a ver la ciudad durante unos segundos, entre la salida lateral del juzgado y la puerta del vehículo. Ya no llovía. En una acera, una mujer esperaba el cambio del semáforo sujetando de la mano a una niña. Ninguna miró hacia el furgón. Fuera, la vida siguió sin registrar el momento en que Nora dejó de formar parte de ella.

El centro apareció detrás de varios cinturones de alambrada. Tras el primer portón había otro y, después, un espacio cerrado donde el vehículo esperó hasta que la puerta de atrás volvió a quedar asegurada. Cada mecanismo producía un sonido diferente: el motor eléctrico, el golpe metálico, el zumbido del interfono, el arrastre de una llave. Nora trató de memorizarlos. No porque creyera que aquello pudiera ayudarla a salir de allí, sino porque necesitaba tener claro qué sabía y qué seguía sin entender.

El mandamiento de ingreso pasó de unas manos a otras. Le tomaron las huellas, la fotografiaron y registraron las pertenencias que la policía había remitido con ella. Una funcionaria le entregó ropa básica, una bolsa de aseo y un folleto sobre derechos, obligaciones y horarios que Nora apenas consiguió sostener. Después la llevaron al departamento de ingresos. Allí una médica examinó el corte de la palma, las muñecas y la marca amarillenta que todavía quedaba de la inyección.

—¿Ha pensado en hacerse daño? —preguntó la médica.

Nora miró el apósito recién puesto. Hasta entonces todo el mundo había querido saber qué había ocurrido en la parte de aquellos once minutos que no podía explicar. Era la primera pregunta que miraba hacia lo que podía suceder después.

—No —dijo—. Quiero salir de aquí.

—No es lo mismo.

—Quiero salir viva y sabiendo qué pasó.

La médica anotó la respuesta y pidió que le facilitaran seguimiento mientras terminaban la valoración de ingreso. Más tarde, una trabajadora social le preguntó a quién quería comunicar su entrada en prisión, quién podría visitarla y si alguien iba a llevarle ropa. Nora dio los nombres de Aurora y de la abogada y pidió expresamente que no llamaran a casa de sus padres.

—¿No quiere que avisemos a su madre? —preguntó la mujer.

Nora tardó en contestar. Desear hablar con Elena no era lo mismo que permitir que el teléfono sonara en una casa donde Tomás podía oírlo.

—No sé si puede contestar sin que él la oiga.

La mujer anotó que Nora carecía de red de apoyo inmediata y preguntó si temía a alguna persona dentro del centro.

—No conozco a nadie aquí.

—¿Y fuera?

Nora pensó en Tomás y en Leza, pero también en el mensaje que alguien había recibido antes de que la policía cruzara la puerta del piso. No sabía qué distancia bastaba para estar fuera de su alcance.

—Sí —respondió—. El problema es que no sé hasta dónde pueden llegar.

La mujer escribió una observación y le indicó que comunicara cualquier amenaza al personal del módulo. Nora asintió. Todavía no sabía que dentro de aquellos muros pedir ayuda implicaba aprender primero a quién podía pedírsela.

Fue conducida a una celda provisional. La puerta se cerró con un golpe más grave que los anteriores, seguido por el giro de la cerradura.

Muy lejos de allí, Gabriel Leza ocupaba la segunda fila de un acto público al que había llegado antes de la comparecencia. Su nombre no aparecía en la petición de la Fiscalía, el auto ni las diligencias que Nora había leído. Antes de que terminara el primer ponente, su teléfono mostró: «Ingreso acordado». Leza borró el mensaje, dejó el dispositivo boca abajo sobre la rodilla y volvió a mirar al estrado.

18. La celda 214

Durante toda la noche quedó encendida una luz tenue en el departamento de ingresos. Desde el pasillo llegaban pasos, puertas que se abrían y cerraban y voces que a veces se acercaban y luego volvían a alejarse. Una mujer lloró durante mucho tiempo en una celda cercana. Nadie le pidió que callara ni fue a consolarla. El llanto terminó agotándose solo, y el hueco que dejó resultó más difícil de soportar que escuchar su desconsuelo.

Nora durmió a fragmentos. Cada vez que el cuerpo empezaba a ceder, una puerta metálica se cerraba en algún punto del edificio y la devolvía al piso de Inés: la canción, la copa rota, el cuchillo entre los dedos. Cuando no conseguía dormir, bajaba la vista hacia sus manos. La venda limpia sobre la palma. La marca amarillenta cerca del codo. Las uñas cortas. Ninguna sangre. Hechos, no imágenes. La parte de aquellos once minutos que no podía reconstruir seguía en otro sitio.

Por la mañana, una funcionaria abrió primero la mirilla y después pronunció su apellido.

—Varela. Prepárese.

No había mucho que preparar. Nora guardó el folleto de derechos y obligaciones en la bolsa de plástico que le habían entregado con dos mudas, una toalla áspera y productos de aseo. Lo había leído dos veces durante la noche. Allí estaban los horarios, las comunicaciones, las peticiones y las sanciones. Nora entendía mejor qué podía hacer y qué no, pero eso no hacía que se sintiera más tranquila. También dejaba claro quién podía darle una orden y ante quién podía reclamar. No decían quién decidía dónde sentarse, qué preguntas convenía no responder o cuánto podía costar un paquete de café soluble cuando todavía no se disponía de saldo en el peculio.

La llevaron a un despacho donde una trabajadora social repasó los datos del expediente de ingreso. Hablaba deprisa, sin hostilidad,

con el automatismo de quien repetía el mismo cuestionario muchas veces al día. Preguntó por sus estudios, el trabajo, el consumo de drogas, las enfermedades, los contactos en el exterior y cualquier circunstancia que aconsejara extremar su protección. Nora respondió casi siempre con frases cortas. Había trabajado en una cafetería. No consumía. No conocía a nadie en el centro. No sabía si Aurora podría enviarle ropa. No quería que llamaran al domicilio de sus padres.

—Consta que teme a personas del exterior —dijo la trabajadora—. ¿Ha recibido alguna amenaza concreta desde que ingresó?

—No he podido recibir nada.

—¿Y antes?

Nora pensó en el turismo gris frente al portal, en el hombre que había entrado con llave y en la voz mesurada de Gabriel Leza al otro lado de una puerta. También recordó lo rápido que una frase podía abandonar un despacho y reaparecer después convertida en otra cosa dentro de un atestado.

—Ya lo he comunicado —respondió.

El hombre levantó la vista. No insistió. Añadió una nota a mano y le explicó que pasaría al módulo de mujeres destinado a internas preventivas. Nora preguntó si allí podría comunicarse con su abogado. Tendría que solicitarlo y ajustarse a las normas del centro. Preguntó también quién tendría acceso a lo que acababa de contar. El educador tardó un segundo más en contestar.

—Los profesionales que intervienen en su ingreso y seguimiento.

La respuesta era correcta, pero no contenía nombres.

El trayecto hasta el módulo estuvo marcado por puertas que solo se abrían cuando la anterior ya había quedado cerrada. Nora caminó detrás de una funcionaria y delante de otra interna recién llegada, sin llegar a ver nunca más de quince metros por delante. El edificio olía a detergente industrial, comida recalentada y humedad acumulada. A través de una ventana alta distinguió un rectángulo de cielo y una esquina de hormigón bañada por el sol. La perdió de vista en cuanto atravesaron el siguiente control.

El módulo de preventivas era más ruidoso que el departamento de ingresos. Desde la galería llegaban una televisión encendida, conversaciones superpuestas y el golpe seco de unas fichas de

dominó contra una mesa. Algunas mujeres se volvieron al verla; otras siguieron con lo suyo después de dedicarle unos segundos. Con la ropa del centro y la bolsa transparente en la mano, no hacía falta preguntar si acababa de llegar. En la cafetería había aprendido a distinguir quién miraba para pedir y quién miraba para medir. Allí muchas parecían hacer ambas cosas.

La funcionaria consultó una hoja.

—Doscientos catorce.

Subieron por una escalera metálica hasta la segunda galería. Los números estaban colocados a la altura de los ojos, sobre puertas iguales. Nora contó sin proponérselo: doscientos ocho, doscientos diez, doscientos doce. Los pares quedaban a un lado; los impares, al otro. Saberlo no cambiaba nada, pero le ayudaba a orientarse.

La celda 214 estaba abierta. Tenía dos camas estrechas fijadas a paredes opuestas, dos armarios, una mesa pequeña y una ventana protegida por barrotes y una malla exterior. La cama del fondo conservaba el colchón desnudo y el armario correspondiente estaba vacío. Nadie le explicó si seguirían así una noche o una semana. La funcionaria señaló la cama más próxima a la puerta.

—De momento, esa es la suya. La puerta permanece abierta durante el horario de vida común. Si necesita hablar con el personal, lo solicita.

Nora dejó la bolsa sobre el colchón. Dormir tan cerca de la puerta no le gustaba. Comprobó la distancia hasta el pulsador, la ventana y el ángulo desde el que podía verse el pasillo. La funcionaria esperó a que guardara sus cosas, volvió a indicarle dónde estaban el comedor y las duchas y repasó el horario de recuentos. Luego se marchó.

Nora se quedó unos segundos en mitad de la celda. A través de las paredes llegaban amortiguados las voces del módulo, algunos pasos y el golpe de las puertas al cerrarse. Abrió el armario, colocó la ropa en el estante superior y dejó el folleto debajo. Antes de cerrarlo contó los objetos. No porque fueran valiosos, sino porque necesitaba saber qué había en un lugar antes de que alguien pudiera convencerla de que siempre había estado allí.

Una señal anunció el recuento. Las internas dejaron lo que estaban haciendo y fueron ocupando sus sitios junto a las puertas.

Nora hizo lo mismo, siguiendo a las demás. Dos funcionarias recorrieron la galería comprobando el recuento y, cuando terminaron, la actividad del módulo se reanudó. En la planta baja, las mesas formaban grupos irregulares alrededor de la televisión. Algunas mujeres jugaban a las cartas, otras conversaban y varias esperaban su turno delante de los teléfonos. Nora se quedó unos segundos cerca de la escalera, sin saber muy bien adónde dirigirse. Miró a su alrededor antes de decidir qué hacer.

Una mujer de rostro ancho y cejas dibujadas se acercó antes de que Nora alcanzara el comedor.

—¿Nueva?

La pregunta no necesitaba respuesta. Sus ojos bajaron hasta la venda.

—¿De dónde vienes?

—De ingresos.

La mujer sonrió al comprobar que Nora se limitaba a contestar de manera literal.

—Eso ya lo veo. ¿Cómo te llamas?

—Nora.

—Yo soy Lidia. Si necesitas cualquier cosa, me buscas. Al principio nadie te explica nada.

La oferta se parecía demasiado a una ayuda. Nora dio las gracias sin comprometerse. Lidia le rozó el antebrazo al pasar.

—Aquí las gracias no sirven de mucho.

Durante el almuerzo, una mujer de la mesa contigua quiso saber por qué estaba allí. Nora fingió no haberla oído, pero la mujer repitió la pregunta, esta vez más alto.

—Homicidio —respondió.

La palabra le produjo rechazo. Sonaba completa, demasiado cerrada para una historia que todavía no lo estaba.

—¿A quién? —preguntó la otra.

Nora hundió el tenedor en una patata que se deshizo sin resistencia.

—No voy a hablar de eso.

La mujer hizo un gesto exagerado de rendición. Dos internas intercambiaron una mirada, y Nora comprendió que había tardado

más de la cuenta en poner el límite.

A primera hora de la tarde, una funcionaria reunió a cuatro internas del módulo para explicar los turnos de biblioteca, educación y algunas actividades. Incluyeron a Nora en el grupo que bajaría a la biblioteca para consultar normas del centro y solicitar material de lectura. El recorrido volvió a obligarla a atravesar puertas sucesivas. La biblioteca ocupaba una zona común del centro: una sala rectangular con estanterías bajas, mesas atornilladas al suelo y dos ventanas altas cubiertas por malla.

Una interna colocaba libros devueltos en un carro. Tendría unos cincuenta años. Llevaba el cabello oscuro, cortado por debajo de las orejas, con hebras blancas en las sienes. Cuando la funcionaria pasó lista y dijo «Nora Varela», los dedos de aquella mujer se quedaron quietos sobre el lomo de un libro.

Al oír el apellido, la mujer levantó la vista. Miró a Nora durante un segundo, quizá dos, y después volvió al libro que tenía entre las manos. La funcionaria siguió explicando cómo solicitar los ejemplares sin reparar en ella.

Nora sí se dio cuenta.

La mujer dejó el libro en el carro y continuó ordenando. Más tarde, cuando Nora se acercó a la estantería donde estaban las normas de régimen interior, la encontró al otro lado.

—Puedes llamarme Tesa —dijo sin preámbulos—. Si buscas el reglamento, está en el estante de arriba.

Nora cogió uno de los ejemplares.

—Gracias.

—No me las des todavía.

—¿Eres de este módulo? —preguntó Nora.

—No.

Bastó aquella respuesta. No volverían juntas cuando terminara el turno. Tesa estaba allí porque tenía un destino en la biblioteca; Nora, porque le habían autorizado esa actividad. Las puertas que separaban sus espacios de vida seguían existiendo aunque durante una hora coincidieran en la misma sala.

Una funcionaria cerró la puerta de la biblioteca mientras otro grupo de internas pasaba por el pasillo. El sonido del cerrojo hizo

que Nora se tensara. Durante un instante volvió a percibir aquel olor a tierra mojada que aparecía en algunos de sus recuerdos, aunque allí solo olía a papel y desinfectante.

Clavó la vista en el canto de una mesa hasta que las vetas empezaron a deformarse.

—Mira la ventana —dijo Tesa.

Nora no obedeció.

—Estoy bien.

—No te he preguntado cómo estás. Te he dicho que mires algo que no sea la puerta.

La dureza de la frase evitó cualquier tono de consuelo. Nora alzó la vista hacia el rectángulo de cielo cubierto por la malla. Contó cuatro respiraciones. Después seis. El olor a tierra desapareció.

—No necesito que me vigiles —dijo.

—Eso espero.

Tesa empujó el carro unos centímetros. Nora volvió a mirarla. Le sorprendía que hubiera entendido lo que le pasaba sin hacer preguntas y que se hubiera quedado allí, esperando, sin acercarse más de la cuenta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Nora.

—Ordeno libros que otras dejan donde no corresponden.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé.

Tesa siguió con el carro. Nora comprendió que podía perseguirla con preguntas y obtener únicamente respuestas diseñadas para no mentir. Decidió esperar. Cuando faltaban pocos minutos para terminar el turno, Tesa dejó un libro sobre su mesa sin pedir permiso. Era una novela gastada, con el lomo reparado varias veces.

—Hay tres reglas —dijo.

Nora miró el libro.

—Las del folleto ocupan veintiséis páginas.

—Esas son para que sepas lo que puede hacerte la institución. Las mías son para que no dejes que las demás decidan qué hacer contigo.

Tesa levantó un dedo.

—Primera: no contar todo lo que sabes. La verdad cambia de dueña en cuanto la dices y nunca puedes saber dónde terminará.

Levantó un segundo.

—Segunda: no aceptar favores. Aquí nadie regala nada. Puede que no te pidan el precio hoy, pero se acordarán de que debes pagarlo.

El tercer dedo quedó frente a su pecho.

—Tercera: no mostrar a quién temes. Si alguien descubre qué nombre consigue que mires hacia una puerta, lo repetirá hasta que hagas lo que quiera.

Nora cerró el libro sin haberlo abierto.

—¿A todas las nuevas les dices lo mismo?

—No.

—¿Entonces por qué a mí?

—Porque llevas toda la tarde mirando la puerta.

—Eso no significa que tenga miedo.

—No he dicho eso.

Desde la puerta, la funcionaria anunció que el grupo de preventivas regresaba a su módulo. Tesa no se movió con ellas. Otra funcionaria apareció en el extremo opuesto de la biblioteca y le indicó que terminara con el carro antes de volver a su módulo.

Nora se levantó, aunque no siguió al grupo de inmediato.

—¿Esto qué es? —preguntó, señalando el libro—. ¿Un favor?

Una sombra de sonrisa tensó la boca de Tesa y desapareció antes de completarse.

—Todavía no.

Nora regresó al módulo con el libro bajo el brazo. Lidia estaba junto a los teléfonos y levantó la barbilla al verla, como si la conversación pendiente hubiera sobrevivido a su ausencia. Nora no respondió al gesto. Subió a la segunda galería y entró en la celda 214 antes del recuento.

La otra cama seguía vacía. Poco después cerraron la puerta y la claridad del pasillo atravesó la mirilla, dejando una franja pálida sobre el suelo. Nora se tumbó sin desvestirse del todo y colocó el libro de Tesa sobre la mesa. No sabía en qué módulo dormía aquella mujer ni por qué había levantado la vista al oír el apellido Varela.

Tampoco entendía cómo había detectado su bloqueo con tanta precisión.

De todo lo que Tesa podía haber preguntado —por qué estaba allí, quién había muerto, qué decían las noticias— no había preguntado nada. Nora volvió a recordar, sin embargo, el instante en que había levantado la vista durante la lista.

Varela.

Nora cerró los ojos, pero tardó mucho en dormir. La otra mitad de la celda 214 seguía vacía. Aun así, desde que había entrado en prisión, la soledad ya no le parecía el único peligro posible.

19. La deuda

La primera noche completa en la celda 214 terminó sin que Nora supiera precisar en qué momento había empezado el día. Había dormido a intervalos, pendiente de los cerrojos y de la franja de luz que se filtraba bajo la puerta, y cuando las voces comenzaron a extenderse por las galerías ya estaba sentada en el borde de la cama, repasando con la mirada el pequeño territorio que le habían asignado. La otra cama seguía vacía. Sobre la mesa permanecía el libro que Tesa le había prestado en la biblioteca, con una esquina de la cubierta doblada por el uso.

Se mojó la cara en el lavabo y comprobó que la herida de la palma continuaba cerrada bajo el apósito. Luego revisó el armario: dos mudas, la toalla, el folleto, el cepillo de dientes, la bolsa transparente con los productos de aseo y el vaso de plástico. No había dejado nada importante allí, pero comprobó que todo seguía como lo había dejado la noche anterior.

En el comedor del módulo de preventivas, Lidia ocupaba la misma mesa del día anterior. Había dejado libre la silla de al lado y golpeó el respaldo con dos dedos cuando vio entrar a Nora. Nora siguió de largo y se sentó junto a dos mujeres que desayunaban sin hablar. Desde la otra mesa, Lidia la observó unos segundos y después volvió a lo suyo.

El desayuno consistía en una bebida tibia, dos galletas envueltas y pan. Nora guardó una de las galletas por costumbre y solo después se dio cuenta de lo que había hecho. Durante años había guardado algo del desayuno para más tarde siempre que podía. Aquel gesto, tan normal fuera de allí, le resultó extraño en ese momento. Durante unos segundos había pensado en una galleta y no en Inés, en su padre ni en los once minutos.

Después del recuento repartieron las tareas de limpieza. A Nora le dieron una bayeta y le indicaron que ayudara en la zona de duchas.

El vapor se acumulaba sobre los azulejos y el desagüe devolvía un olor agrio. Trabajó con la manga subida para no mojarse el apósito. Dos internas fregaban los bancos y otra iba recogiendo envases vacíos en una bolsa cuando Lidia entró con un cubo. Lo dejó junto a la pared y se acercó a Nora sin interrumpir la conversación que mantenía con las demás.

—A las nuevas siempre les toca lo bonito.

Nora aclaró la bayeta.

—Parece que llevas tiempo esperando para decírmelo.

—Ayer estabas asustada. Hoy ya puedes escuchar.

—Te escucho.

Lidia recogió un tapón de plástico del suelo y lo tiró a la bolsa.

—Luego subes a tu celda. Debajo del colchón, en la esquina de la pared, hay una cosa. La bajas cuando salgamos al patio y se la das a Nerea. Ella sabrá qué hacer.

Nora mantuvo las manos bajo el agua unos segundos. Nadie había bajado la voz, pero la orden de Lidia era lo único que seguía oyendo entre el ruido del grifo y el roce de los cepillos contra el suelo.

—No.

Lidia ladeó la cabeza.

—Ni siquiera sabes qué es.

—Por eso.

—No te he dicho que puedas elegir.

Cogió el cubo y salió de las duchas. No hizo falta que la amenazara delante de las demás. Nora cerró el grifo y, por el rabillo del ojo, vio que una de las internas había dejado de fregar durante un instante. Cuando sus miradas se cruzaron, la mujer volvió a bajar la cabeza.

Esperó a que terminara la limpieza. Podía avisar a una funcionaria, pedir que registraran la celda antes de entrar o explicar lo que Lidia acababa de decir. El folleto reconocía su derecho a formular peticiones y quejas y a solicitar protección. Eso era lo que estaba escrito. Lo demás tendría que averiguarlo ella. Si aparecía un objeto bajo su colchón, su explicación competiría con una sustancia real encontrada en el espacio que tenía asignado. Si no aparecía

nada, Lidia negaría la conversación y Nora quedaría señalada igualmente.

Subió con el resto de las internas. La puerta de la 214 estaba abierta. Se arrodilló junto a la cama sin tocar el colchón y miró la esquina de la pared. Desde allí no se veía nada. Levantó apenas la sábana y encontró un bulto estrecho encajado bajo la espuma, envuelto en varias capas de plástico transparente. Era más pequeño que su pulgar. Dentro distinguió dos piezas oscuras y compactas.

No necesitaba saber qué contenían. Bastaba con saber que no eran suyas y que alguien las había escondido allí.

Dejó la sábana exactamente como estaba. Su primer impulso fue llamar a la funcionaria del control, pero se quedó unos segundos junto a la cama. No pensaba tocar el envoltorio ni llevarlo al patio, eso lo tenía claro. Lo que todavía no sabía era si debía comunicarlo en ese mismo momento. Recordó las tres reglas de Tesa, aunque ninguna le decía qué hacer en una situación como aquella. Esa decisión tendría que tomarla ella. Por el momento, dejó el paquete donde estaba y salió de la celda.

A media mañana llamaron por apellidos al grupo reducido que tenía autorizada la franja de biblioteca. Nora llevaba bajo el brazo el libro de Tesa. Dudó si renunciar a la salida y quedarse vigilando la celda, pero eso significaba elegir entre custodiar un paquete ajeno o admitir, ante cualquiera que la observara, que había algo allí. Antes de abandonar el módulo buscó a la funcionaria del control. La posibilidad de hablar seguía abierta. Decidió que, si el envoltorio continuaba bajo el colchón después del patio, pediría una entrevista con la jefa de servicios antes del siguiente recuento y dejaría por escrito la amenaza, el nombre de Lidia y el momento en que había encontrado el paquete.

Llegaron a la biblioteca. Tesa estaba al fondo colocando devoluciones en un carro. No levantó la mano ni hizo gesto alguno que pudiera parecer una llamada. Esperó a que Nora dejara el libro sobre la mesa y entonces miró primero el vendaje de su palma y luego su cara.

—Te ha pasado algo.

—Han puesto algo debajo de mi colchón.

Tesa dejó el libro que tenía entre las manos. No pareció sorprendida, aunque la boca se le endureció.

—¿Lo has tocado?

—No. Lidia quiere que lo lleve al patio y se lo dé a una mujer llamada Nerea.

—¿Vas a comunicarlo?

—Si sigue allí cuando vuelva, sí. Antes del recuento. Quiero que quede escrito que lo entrego yo y por qué estaba en mi cama.

Tesa la observó de otra manera, sin lástima. En aquel cansancio reconocía algo propio.

—Bien.

—No necesito permiso.

—No te lo he dado.

Nora apoyó las manos en el borde de la mesa.

—¿Qué ocurrirá si lo comunico?

—Registrarán tu celda. Preguntarán quién ha entrado. Puede que adopten medidas para protegerte o que cambien rutinas mientras lo aclaran. Lidia dirá que no sabe nada. Si encuentran el paquete antes de que lo entregues voluntariamente, empezarán preguntándote por qué estaba bajo tu colchón. Eso no significa que vayan a culparte, pero tendrás que sostener tu versión.

Nora dejó escapar el aire por la nariz.

—Ya estoy sosteniendo una versión contra cosas que alguien ha puesto donde no debían estar.

Tesa bajó la mirada un momento.

—Por eso te ha elegido.

Nora entendió enseguida a qué se refería. Lidia no había escogido sólo a una recién llegada. Había escogido a una mujer acusada de tocar un arma, enviar mensajes y matar durante un vacío que no podía explicar. Si aparecía droga en su cama, volvería a haber un objeto material frente a una negación suya.

—No voy a llevarlo.

—Eso ya lo sabe.

—Entonces tendrá que venir a buscarlo.

Tesa agarró el carro de devoluciones y empezó a empujarlo hacia el pasillo interior de la biblioteca.

—Vuelve a tu módulo cuando te llamen, Varela.

—¿Eso es todo?

Tesa se detuvo.

—No muevas el paquete. Y no renuncies a hablar con una funcionaria solo porque alguien te diga que aquí las únicas reglas que importan son las que no están escritas.

Luego siguió caminando. En la puerta del depósito intercambió dos palabras con una interna mayor destinada allí y desapareció entre los estantes. Nora no pudo oír qué había dicho ni saber si aquella conversación tenía algo que ver con ella. Esa falta de certeza fue precisamente lo que la inquietó.

La salida al patio se anunció poco antes del mediodía. Nora permaneció en la galería mientras las internas formaban un grupo ante la puerta. Miró hacia el control. Todavía podía hablar. Saber que esa posibilidad seguía abierta le permitió bajar la escalera porque había decidido hacerlo, no porque alguien la empujara. No estaba renunciando a comunicar lo ocurrido; se daba hasta el final del patio. Si el envoltorio seguía bajo el colchón, dejaría constancia antes de que nadie iniciara un registro. Tesa podía conocer las reglas invisibles de una prisión. Nora necesitaba aprender a utilizar también las que dejaban rastro.

No todas las internas salieron. Varias se quedaron en la sala común y una siguió con la limpieza de la galería mientras las puertas de las celdas permanecían abiertas. Nora se fijó en ello antes de cruzar el último control. Durante su ausencia, alguien podía entrar en la 214. Era un peligro, pero también la única posibilidad de que quien había colocado el paquete decidiera retirarlo.

En el patio, el sol daba de lleno en los muros y Nora tuvo que entrecerrar los ojos. Algunas mujeres caminaban en círculos y otras se repartían los bancos. Nora reconoció a Lidia cerca de la puerta. Supo quién era Nerea cuando otra mujer levantó la mano esperando algo. Lidia se acercó en cuanto no quedó ningún funcionario a pocos pasos.

—¿Dónde está?

—Bajo el colchón.

—Te dije que lo trajeras.

—No voy a moverlo.

La sonrisa de Lidia desapareció. Se colocó lo bastante cerca para que, desde lejos, parecieran dos mujeres hablando.

—Ya lo has movido. Está en tu cama y duerme en tu celda. Si yo digo que me pediste algo para aguantar el encierro, habrá gente que lo confirme.

—No he pedido nada.

—Aquí eso importa menos de lo que crees. Si se pierde, mañana aparecerá otro. Quizá dentro de tu armario. Quizá en un bolsillo cuando te llamen para una comunicación. Y si mencionas mi nombre, no te quedará una sola persona en el módulo que no sepa que hablas con las funcionarias.

Nora sostuvo la mirada. Tenía miedo, pero no solo de una agresión o de una sanción. Lo que más le dolía era reconocer el mecanismo: otra vez alguien podía construir una historia con objetos colocados a su alrededor. Esta vez, sin embargo, recordaba cada minuto y podía decidir qué hacer con él.

—Entonces tendrás que seguir gastando mercancía en mí.

Lidia le agarró la muñeca izquierda. No apretó mucho; no necesitaba hacerlo. Nora miró primero la mano y luego su cara.

—Suéltame.

Un golpe seco sonó contra el borde de un banco. Una mujer de pelo muy corto, a la que Nora apenas había visto en el módulo, acababa de dejar caer una ficha de dominó sobre la madera. No miró a Nora. Miró a Lidia durante un segundo.

Los dedos se aflojaron.

—Tienes hasta el recuento —dijo Lidia antes de apartarse.

Nadie acudió a defender a Nora. Aun así, algo se había movido. Nerea dejó de esperar junto a la puerta y se metió en un grupo. Lidia intentó acercarse a ella, pero la mujer negó con la cabeza. La discusión duró menos de un minuto y terminó sin voces elevadas. Para entonces, la interna de la ficha de dominó ya caminaba en dirección contraria.

Al regresar al módulo, Nora subió directamente a la celda. El envoltorio había desaparecido. Revisó la sábana, el armario y la bolsa de aseo. No faltaba nada y tampoco encontró nada nuevo.

Cuando salió a la galería, Lidia estaba junto a los teléfonos. No volvió a mirarla durante el resto de la tarde.

Nora no abandonó del todo la decisión de informar. En una hoja del folleto anotó la hora aproximada de la conversación en las duchas, el nombre de Lidia, el de Nerea y el lugar donde había encontrado el paquete. Ya no podía entregar una sustancia que había desaparecido, pero sí conservar su propia cronología. Dudó antes de solicitar una entrevista formal. Si la amenaza volvía, lo haría.

A la mañana siguiente regresó a la biblioteca con el mismo libro, esta vez para devolverlo de verdad. Tesa revisaba un listado junto al mostrador. No preguntó cómo había acabado el día. Nora dejó el volumen delante de ella.

—El paquete ha desaparecido. Nerea dejó de esperarlo y Lidia me soltó después de que una mujer golpeara una ficha contra un banco.

Tesa pasó el dedo por una línea del listado.

—Entonces alguien le ha hecho entender que usar la celda equivocada podía costarle más de lo que iba a ganar.

Nora la miró.

—¿Alguien?

Tesa siguió con la vista en el papel.

—Aquí las cosas se saben.

—Tú no estabas en mi módulo.

—Eso ya lo sabes.

Nora tardó un momento en entenderlo.

—¿Has hecho llegar algún mensaje a Lidia?

Tesa levantó por fin la mirada.

—A ella, no.

—¿Entonces a quién?

—Había alguien que me debía un favor y alguien que necesitaba saber que, si encontraban droga en la cama de una preventiva recién llegada, podían empezar a mirar donde no le convenía. He unido las dos cosas.

Nora pensó en la mujer de la ficha, en Nerea apartándose y en la conversación que Tesa había mantenido junto al depósito de la biblioteca.

—Eso es un favor.

—No. Los favores se hacen para que te quieran. Esto ha sido una deuda.

Nora recordó la segunda regla y sintió una irritación limpia, casi tranquilizadora.

—Me dijiste que no aceptara favores.

—Y no has aceptado ninguno.

—Entonces ¿por qué has hecho esto?

—Porque podía hacerlo.

—No te lo he pedido.

—Ya lo sé.

—No te estoy pidiendo nada a cambio. Solo me he asegurado de que Lidia no vuelva a intentarlo contigo.

Nora no supo qué pensar. Tesa había conseguido mover algunos hilos por ella sin siquiera poder entrar en su módulo. Lejos de tranquilizarla, aquello hizo que se preguntara hasta dónde llegaban realmente sus contactos.

—¿Cuál es el precio?

Tesa cerró el listado y apoyó las dos manos encima.

—Una respuesta.

—¿A qué pregunta?

—Si te la dijera ahora, sería un trato. Y no quiero que lo sea, al menos no todavía.

Desde el pasillo, una funcionaria anunció el regreso del grupo de preventivas. Nora cogió el libro, aunque ya no tenía sentido llevárselo, y Tesa se lo retiró con un gesto seco antes de colocarlo en el carro.

—No me debes obediencia —dijo—. Si vuelve a ocurrir, haz lo que te mantenga viva y deje constancia. No confundas una deuda conmigo con una orden.

Nora regresó al módulo pensando en Lidia, en el golpe de la ficha contra la madera y en una cadena de favores que había atravesado puertas que Tesa no podía cruzar físicamente. Cuando entró en la celda 214, la otra cama seguía vacía. Miró el colchón, el armario y el rectángulo de cielo detrás de la malla.

La amenaza había desaparecido demasiado deprisa para no haber costado nada. Tesa había utilizado algo que Nora no podía ver —un nombre, una lealtad, una deuda anterior— y, de alguna forma, había puesto ese valor sobre ella.

Nora comprendió entonces algo que hasta ese momento había preferido mantener separado: que proteger a alguien y controlarlo podían servirse de herramientas muy parecidas. Lo difícil era saber en qué momento una cosa empezaba a convertirse en la otra.

20. El abogado de oficio

Daniel Oria recibió la designación a las ocho y diecisiete de la mañana, mientras seguía peleándose con el segundo archivador del despacho. La cerradura llevaba semanas avisando de que cualquier día dejaría de abrirse y eligió precisamente aquel para hacerlo. En la pantalla, el correo del Colegio de Abogados le comunicaba que debía asumir la defensa de Nora Varela, en prisión provisional por la muerte de la mujer que la había acogido. La letrada que la asistió durante la detención y la comparecencia judicial había causado baja de manera sobrevenida. El cambio estaba autorizado, el plazo para recurrir el auto seguía corriendo y el expediente podía consultarse ya en la plataforma del juzgado.

Daniel dejó la llave puesta en la cerradura. Tenía veintinueve años, había acreditado más de tres años de ejercicio efectivo y superado la formación exigida para incorporarse al turno, y llevaba siete meses atendiendo asuntos penales. Hasta entonces, sus casos más graves habían sido una pelea a la salida de un bar y varios quebrantamientos de condena en los que la discusión consistía en demostrar si el acusado conocía la prohibición que había incumplido. Un homicidio con la investigada en prisión era otra cosa. También sabía que no podía rechazar una designación solo porque el caso le pareciera demasiado grande para él.

Descargó los primeros documentos y empezó por el auto. Veintiún años, sin arraigo estable, hallada junto al cadáver con el arma en la mano. Material genético en el mango, sangre de la víctima en la hoja, mensajes amenazantes, un sedante en el organismo y una franja de once minutos que la detenida afirmaba no poder reconstruir de principio a fin. Leyó después la oposición formulada por la abogada de guardia y encontró un trabajo bastante más sólido de lo que dejaba entrever el resumen policial: había pedido preservar las cámaras de la cafetería, incorporar la asistencia

hospitalaria de la noche anterior e identificar a la persona que había dado el aviso. En la declaración, además, una frase aparecía tachada y sustituida a mano por otra.

La versión inicial decía que Nora no podía descartar haber agredido a Inés Robles. La corrección decía que no recordaba lo ocurrido durante aquel intervalo.

Daniel se quedó mirando ambas frases. No necesitaba convertir la diferencia en una teoría para entender lo que implicaba: una admisión que no existía podía acabar pesando durante todo el procedimiento.

Siguió leyendo hasta que el expediente dejó de parecerle una suma de hechos y empezó a ordenarse por problemas concretos. El ADN demostraba contacto con el cuchillo, no cuándo ni en qué circunstancias. El sedante podía explicar parte de la laguna, aunque la acusación también podía utilizarlo para sostener que la pérdida de memoria había llegado después de una pelea. Los mensajes ofrecían un motivo sencillo de contar. La ausencia de domicilio y la huida del pueblo ya habían servido para justificar el encierro. El expediente todavía tenía lagunas, algo normal en aquella fase. Lo que preocupaba a Daniel era que, con lo que había hasta entonces, todo parecía apuntar a Nora.

Por inercia profesional, pensó primero en contener daños: comprobar el parte médico, asegurar los vídeos, discutir el riesgo de fuga, solicitar una valoración psicológica y evitar que Nora volviera a declarar antes de conocer todas las pruebas. La instrucción aún estaba llena de datos preliminares y, hasta que llegaran los informes definitivos, su trabajo consistiría también en impedir que una versión provisional se volviera irreversible.

A las once pidió una comunicación en el centro penitenciario. Antes de salir imprimió una cronología policial incluida entre los anexos y la guardó con el resto de las copias sin leerla todavía. El expediente digital superaba los trescientos folios y estaba lleno de duplicados, incorporaciones tardías y documentos sin un orden reconocible. Si esperaba a entenderlo todo antes de conocer a Nora, corría el riesgo de presentarse cuando otros ya hubieran decidido qué partes de su historia merecían atención.

Nora entró en la sala de comunicaciones con la ropa del centro y un apósito pequeño en la palma. Daniel se levantó. Había empezado a ofrecerle la mano cuando vio que ella ni siquiera miraba ese gesto: sus ojos pasaron de la cartera al cuaderno y después a la puerta por la que acababa de entrar. Daniel dejó caer la mano y volvió a sentarse.

—Soy Daniel Oria. El Colegio me ha designado para continuar su defensa.

—Ya tenía abogada.

—La letrada que la asistió durante la guardia está de baja. Me han designado para sustituirla. He leído su declaración y el auto de prisión. También sus peticiones sobre las cámaras, el hospital y la llamada.

Nora siguió mirando el cuaderno cerrado.

—¿Quién puede leer lo que escriba ahí?

Daniel apartó el bolígrafo. Aquello no sonaba a una duda genérica sobre confidencialidad; quería saber dónde terminaba exactamente el control que él podía prometerle.

—Mis notas de esta entrevista no forman parte del expediente. No se las enseñaré a la policía ni a la Fiscalía. Si utilizamos algún dato para pedir una diligencia o preparar el recurso, entonces sí aparecerá en las actuaciones. Antes le explicaré qué vamos a presentar y para qué.

—¿Y si alguien quiere saberlo antes?

—Tendrá que preguntármelo a mí. Y no voy a contestar.

Nora lo observó durante unos segundos. Daniel tuvo la impresión de que no estaba decidiendo si creerle, sino calculando hasta dónde alcanzaba realmente aquella promesa. Había visto desconfianza en otros clientes, pero en ella era más precisa: parecía examinar cada frase por separado, localizar sus límites y guardarse el derecho a no concederle todavía ningún valor.

—Necesito escuchar su versión —dijo Daniel—. No para que complete lo que no recuerda. Justamente para separar una cosa de la otra.

—En comisaría también dijeron que querían mi versión.

—Y trataron de escribir que usted no descartaba haberla matado.

El cambio en Nora fue mínimo. Los hombros, hasta entonces inclinados hacia delante, cedieron apenas unos centímetros.

—¿Lo ha visto?

—He visto también que la abogada lo corrigió. Yo no voy a convertir un vacío en una admisión. Pero necesito saber qué ocurrió antes y qué encontró después.

Nora empezó por la cafetería. Aurora había bajado la persiana a las diez y tres, la había visto marcharse y podía confirmarlo. Durante el trayecto intentó llamar a Inés. Al llegar al edificio dejó en el buzón un mensaje breve: «Estoy entrando». Ya dentro del piso miró el teléfono: las diez y dieciocho. Encontró la zapatilla roja, oyó una canción y vio el cuerpo en el salón. Le buscó el pulso y la sangre le alcanzó una palma. Después, a partir de una puerta entreabierta, el olor de la sangre y aquella música, la continuidad desaparecía.

Daniel no la interrumpió. Solo anotó las horas y fue marcando lo que podía comprobarse por otros medios: cierre de la cafetería, llamada, buzón de voz, entrada, intervención policial. Cuando ella llegó al cuchillo, mantuvo la mirada en él.

—Lo tenía cuando volví a saber dónde estaba —dijo—. No recuerdo haberlo cogido.

—¿Recuerda haber herido a Inés?

—No.

—¿Recuerda no haberla herido?

Nora apretó los labios. Daniel entendió el error antes de que ella contestara.

—Me estás preguntando lo mismo.

Tachó la última línea del cuaderno.

—Tiene razón. No volveré a formularla así.

Dejó pasar unos segundos antes de preguntarle por la relación con Inés. Nora habló de la habitación que le había ofrecido, del trabajo, de una ciudad en la que al principio no conocía a nadie. Después contó la otra parte: Inés la había esperado en la terminal porque llevaba meses buscándola y había reconocido que la mantuvo cerca para averiguar algo sobre su pasado. No llegó a decirle qué. La última conversación terminó con una explicación aplazada que ya no podía producirse.

—¿Estaba enfadada con ella? —preguntó Daniel.

—Sí.

La respuesta llegó sin rodeos.

—¿Discutieron?

—Le dije que me había utilizado. Ella dijo que era verdad. Después salió para recuperar unos documentos y yo me fui a trabajar. Estaba enfadada cuando murió y sigo estándolo ahora. Eso no significa que quisiera hacerle daño.

Daniel anotó la frase tal como la había dicho. Los mensajes atribuibles a Nora resultaban creíbles precisamente porque partían de un conflicto que sí había existido. Negarlo no ayudaría a la defensa. Nora había confiado en Inés y se había sentido utilizada cuando descubrió por qué la había mantenido cerca. Estaba enfadada con ella, pero eso no significaba que quisiera matarla.

La admisión de su error no consiguió que Nora confiara en él, pero evitó que la entrevista se cerrara. Habló entonces de Gabriel Leza: la voz detrás de una puerta, los miércoles de Inés, el hematoma, el coche que vigilaba el portal y la carpeta azul donde aparecía el nombre de Tomás Varela. Daniel conocía a Leza del mismo modo que muchos abogados jóvenes de la ciudad: jornadas jurídicas, entrevistas y fotografías junto a operaciones policiales importantes. Nunca había hablado con él. Escribir su nombre en aquel cuaderno, unido a lo que Nora estaba contando, resultaba desproporcionado solo si confundía prestigio con imposibilidad. Se obligó a no hacerlo.

Recordó haberlo escuchado el año anterior en una mesa sobre protección de testigos. Leza había hablado sin consultar notas y había conseguido que cada respuesta pareciera más razonable que la pregunta que la precedía. Al terminar, varios abogados se acercaron a saludarlo. Daniel no lo hizo porque entonces todavía se sentía invitado en cualquier lugar donde los demás parecían conocerse. Ahora aquel recuerdo le servía únicamente para una cosa: no convertir una impresión personal en prueba ni en absolución.

—¿Le contó todo esto a la policía? —preguntó.

—Les di su nombre. Pero en cuanto lo mencioné, empezaron a preguntarme qué relación tenía Inés con él y por qué me molestaba. Al final parecía que estaban más interesados en mis celos que en lo que yo intentaba explicarles.

—En el atestado no aparece nada sobre el coche ni sobre la carpeta.

—Porque no llegué a contárselo.

Daniel levantó la vista.

—¿Y ahora sí quiere contármelo a mí?

Nora sostuvo su mirada.

—Le he dado lo suficiente para saber si va a comprobarlo.

Daniel no insistió. Antes de terminar, sacó una copia del inventario de efectos y señaló las dos llaves intervenidas: la del piso, marcada con cinta roja, y otra estrecha de latón cuya procedencia no constaba.

—¿Qué abre esta?

Nora lo miró fijamente. La mano vendada se cerró sobre la otra.

—Primero dígame quién ha tenido acceso a mis cosas.

—Policía Judicial, personal encargado del depósito y quien haya autorizado o practicado el examen. Pediré la trazabilidad completa. Hasta que la tengamos, puedo solicitar que no se haga ninguna manipulación sin dejar constancia.

—Solicítelo.

—Lo haré. Pero necesito saber si esa llave puede proteger algo que esté en peligro.

—Está más seguro donde está que si cuento lo que sé.

Daniel estuvo a punto de insistir. Una llave sin identificar podía conducir a algo que perdiera valor, desapareciera o fuera examinado antes de que la defensa entendiera para qué servía. También podía ser lo único que Nora sentía todavía bajo su control. Forzarla sin poder ofrecerle una garantía real habría repetido el mismo tipo de presión que acababa de reprochar a la policía.

—Volveré cuando tenga el registro de custodia y haya leído cada anexo. Entonces me lo pregunta otra vez y decide si mi respuesta le basta.

Nora asintió una sola vez. Cuando la funcionaria abrió la puerta, se levantó sin despedirse. Daniel esperó a que desapareciera por el pasillo antes de volver al cuaderno. Había llegado dispuesto a explicarle un expediente que consideraba casi perdido y salía con una llave que ella no quería identificar, el nombre de un fiscal prestigioso dentro de la historia y la certeza incómoda de haber formulado al menos una pregunta del mismo modo que la policía.

Regresó al despacho después de las cinco. El archivador seguía cerrado y la luz de la tarde había convertido la ventana en un espejo. Encendió la lámpara, abrió el expediente desde el primer folio y creó una tabla con cuatro columnas: hora, hecho, fuente y grado de certeza. A las diez y tres, cierre de la cafetería según Nora, pendiente de vídeo y testimonio. Poco después, llamada saliente a Inés, registrada en el volcado inicial. A las diez y dieciocho, Nora sitúa su presencia ya dentro del piso; pendiente de corroboración técnica. A las diez y veintinueve, acceso de los agentes, documentado en el parte de intervención.

Al llegar al anexo que había impreso por la mañana, se detuvo.

El parte de la sala operativa registraba la primera comunicación a las diez y catorce. Una persona había informado de una posible agresión en la vivienda de Inés Robles e indicado la planta exacta. La patrulla fue movilizada un minuto después.

Daniel comprobó la página, el número de diligencias y la hora. Después abrió el resumen del atestado. Allí la intervención policial aparecía colocada detrás del hallazgo del cadáver y de la llamada de Nora a Inés, como si el aviso fuera una consecuencia natural de ambas cosas. El documento original no permitía ese orden. A las diez y catorce, según el relato de Nora, ella todavía no había entrado. La comunicación con la que anunciaba su llegada constaba varios minutos después.

Eso no bastaba para aceptar su versión. Nora podía equivocarse o mentir sobre la hora; el reloj del teléfono requería comprobación; un vecino podía haber oído algo y avisado antes. Daniel escribió esas tres posibilidades debajo de la tabla. Solo después añadió una cuarta, sin destacarla sobre las demás: quien llamó sabía lo que había ocurrido dentro del piso.

Buscó en las actuaciones la grabación y la identificación del comunicante. No encontró ninguna de las dos. Tampoco figuraba una transcripción completa, solo el resumen realizado por el operador y la indicación de que la llamada había terminado antes de poder pedir más datos.

Abrió un escrito nuevo. Solicitó la conservación y remisión íntegra de la llamada, los datos originales asociados al aviso y la secuencia completa de movilización de la patrulla. Añadió la preservación del buzón de voz de Inés y de los registros de la cafetería. Antes de enviarlo, volvió a leerlo desde el principio. Aquella mañana había pensado que su trabajo sería contener los daños de una historia ya escrita.

La comunicación de las diez y catorce no decía quién había matado a Inés. Pero obligaba a comprobar algo que el relato inicial había dejado fuera: cuando se suponía que Nora todavía no había llegado, alguien ya había puesto a la policía en camino.

21. Diecisiete minutos

Daniel recibió la primera respuesta del juzgado dos días después de haber detectado la llamada anticipada. Todavía no tenía la grabación que había pedido y seguía sin saber quién había llamado a la policía a las diez y catorce. La oficina judicial se limitaba a informar de que se habían ordenado conservar los registros de la sala operativa, el buzón de voz de Inés y las imágenes de la cafetería que todavía siguieran disponibles. Sobre el resto de las diligencias decidirían cuando la causa incorporase los informes definitivos.

Leyó la notificación dos veces. En un procedimiento que parecía avanzar a impulsos ajenos, impedir que una prueba desapareciera antes de poder examinarla era, al menos, una forma de progreso. Seguían sin explicar, sin embargo, por qué una llamada capaz de movilizar una patrulla cabía en tres líneas ni por qué nadie había identificado todavía su origen.

Abrió la tabla de la cronología y añadió una columna: comprobación pendiente. Debajo de la llamada anotó grabación original, metadatos del aviso, identificación del comunicante. Después volvió al expediente. Durante la noche, la plataforma había incorporado un bloque de anexos policiales sin índice: el informe preliminar de huellas, el acta de extracción del teléfono de Nora y una copia de las grabaciones del edificio, entre otros documentos. Todos aparecían citados en el atestado desde el principio, aunque la defensa solo había conocido hasta entonces sus conclusiones.

Empezó por el cuchillo.

El informe describía un cuchillo de cocina de mango negro, intervenido en el salón después de que uno de los agentes lo apartara de Nora. En la hoja del cuchillo se había confirmado sangre de Inés. En el mango había material biológico de Nora y dos impresiones parciales compatibles con dos dedos de su mano derecha. No se habían obtenido huellas útiles atribuibles a la víctima.

Daniel volvió a las fotografías de la escena. En una imagen tomada desde la entrada de la cocina se veía un bloque de madera con cuatro cuchillos y un hueco vacío. El arma parecía pertenecer al juego de cocina de la casa de Inés. Que no conservara una sola huella identificable de la mujer que vivía allí admitía varias explicaciones: podía haber pasado por el lavavajillas, haberse usado con las manos húmedas o llevar días sin que Inés lo tocara. También cabía que alguien lo hubiera limpiado antes de colocar los dedos de Nora sobre el mango.

Anotó las cuatro posibilidades. La última encajaba demasiado bien con lo que empezaba a sospechar, y eso le molestó. Daniel sabía que una explicación que parecía encajar podía hacerles pasar por alto otras posibilidades. No importaba cuál prefiriera él, sino qué examen permitiría distinguir unas posibilidades de otras.

Pidió las fotografías de detalle, el resultado completo de los revelados y la trazabilidad del arma desde la recogida hasta el laboratorio. Añadió una ampliación pericial sobre la ausencia de otros rastros en el mango. Al redactar el escrito, Daniel se ciñó a los resultados del laboratorio. No había pruebas de que el cuchillo hubiera sido limpiado y el laboratorio no podía saber en qué momento se habían dejado aquellas huellas. Preguntó si la superficie conservaba indicios compatibles con una limpieza y qué límites tendría esa conclusión. Si la respuesta era que no podía saberse, también necesitaba que quedara por escrito.

El segundo anexo contenía las cámaras del edificio. Había tres archivos: portal, rellano de la planta y ascensor. Daniel abrió el primero. Vecinos entrando con paraguas, bolsas de compra, un perro que se detenía a olfatear la puerta. A las 22:09:59, una mujer cerró el portal desde dentro. La grabación siguiente comenzaba a las 22:27:00. El vestíbulo estaba vacío y, desde ese punto, el reloj del sistema avanzaba con normalidad aparente. Dos minutos después entraban los agentes.

Comprobó los otros dos archivos. El salto era el mismo: diecisiete minutos exactos sin imagen en las tres cámaras. El informe policial hablaba de una interrupción del sistema de grabación, sin parte de avería, registro de mantenimiento ni copia del disco original.

Tampoco explicaba por qué el equipo había vuelto a funcionar antes de la llegada de la patrulla.

Llamó al administrador de la comunidad. El hombre empezó invocando la protección de datos y acabó aceptando que respondería únicamente sobre el funcionamiento del equipo. No recordaba ningún corte de suministro aquella noche. El ascensor había seguido operativo y ninguna vecina había avisado de que se hubieran apagado las luces comunes. A la mañana siguiente, por indicación policial, la empresa de mantenimiento retiró el grabador y dejó otro de sustitución.

—¿Le entregaron algún parte? —preguntó Daniel.

—Un justificante de que había entregado la documentación, con el número del caso. A mí me dijeron que había fallado.

—¿Quién se lo dijo?

Al otro lado hubo una pausa breve.

—Uno de los agentes. Supuse que lo habrían visto en el aparato.

Daniel tomó nota. El administrador podía recordar mal, igual que un grabador podía fallar sin que se interrumpiera la electricidad del edificio. Pero la palabra fallo no podía sustituir a un análisis técnico. Presentó otro escrito solicitando el dispositivo original, el registro de eventos, el parte de retirada y una copia forense que permitiera averiguar si el vacío correspondía a una avería, una supresión o una exportación incompleta.

Antes de enviarlo, volvió a mirar las horas de la tabla. La interrupción empezaba cuatro minutos antes del aviso y terminaba nueve minutos después de la entrada de Nora. Si alguien había estado en el piso, las cámaras no mostraban su posible salida; tampoco mostraban la llegada de Nora, pero sí la de la policía. Podía ser una coincidencia. Además, la coincidencia era demasiado exacta para pasarla por alto.

Dejó el teléfono para el final. El informe de extracción confirmaba que los cuatro mensajes discutidos en comisaría figuraban en la base de datos del terminal y constaban como enviados desde la cuenta asociada al número de Nora a las 20:43, 20:51, 21:06 y 21:12. El aparato los había sincronizado. Eso no permitía establecer, por sí solo, desde qué sesión de la cuenta se había generado cada

envío. Pero los mensajes tampoco eran simples capturas impresas ni una transcripción aportada por un tercero: estaban en el dispositivo intervenido.

Entendía por qué el atestado había tratado ese dato como si resolviera la autoría. Buscó entre los anexos el vídeo de la cafetería y no lo encontró. Tampoco constaba que la policía hubiera ido al local, aunque Nora y la primera abogada habían pedido que se conservaran las imágenes desde la detención.

Llamó a Aurora. Ella no quiso entrar en detalles por teléfono, pero confirmó que las grabaciones seguían allí y que el sistema empezaría a sobrescribirlas antes de que terminara el mes. Daniel cerró el despacho y se presentó en la cafetería con una copia de su designación.

Aurora lo recibió detrás de la barra. Había pocos clientes y olía a café recién tostado. Antes de enseñarle nada leyó el nombre del documento y le preguntó por qué la policía todavía no había ido.

—No puedo responder por ellos —dijo Daniel—. He pedido que el juzgado obtenga el original. Lo que vea hoy me servirá para precisar la solicitud, pero necesitaremos conservar el archivo con todas las garantías y comprobar el reloj del sistema.

—Nora me dijo que no borrara nada. Eso es lo que he hecho.

Lo condujo a un cuarto estrecho junto al almacén. En el monitor aparecían cuatro imágenes de la cafetería. La cámara situada sobre la caja mostraba el extremo de la barra, la libreta donde Nora apuntaba los pedidos y su teléfono conectado a un cargador. Aurora retrocedió hasta las ocho y media y dejó correr la grabación.

Daniel no buscó solo los cuatro minutos que le interesaban. Si el reloj de la cámara y el del teléfono no coincidían, una imagen aislada podía ofrecer una precisión falsa. Vio cuarenta y cinco minutos completos. Nora se movía entre las mesas y la barra y, cuando salía del encuadre camino de la cocina, el teléfono permanecía junto a la libreta. A las 20:43 recogía una mesa junto a la cristalera. A las 20:51 cobraba a una pareja en el otro extremo de la barra, con las dos manos ocupadas entre billetes y monedas. A las 21:06 salió del almacén cargando una caja de botellas. A las 21:12 se agachó para secar algo derramado cerca de la puerta.

El teléfono seguía donde estaba.

—¿Alguien más conocía el código? —preguntó.

—No que yo sepa. Últimamente Nora solía dejar el teléfono ahí, donde lo alcanzaba la cámara.

Daniel anotó el dato sin decir nada. Nora dejaba el teléfono a la vista para sentirse más segura. Ahora las imágenes podían demostrar que no lo había tocado cuando se enviaron aquellos mensajes.

Pidió a Aurora que no manipulara el grabador y anotó la marca, el modelo y quién tenía acceso. Daniel se limitó a revisar allí las imágenes y tomó nota de las horas que le interesaban. El archivo lo obtendría el juzgado directamente del sistema. También le pidió los cierres de caja y los recibos de aquel tramo para comprobar si la hora de la grabación era correcta. La grabación podía ayudar mucho a la defensa, pero, si no podían demostrar de dónde salía y que no había sido manipulada, la acusación podía restarle valor.

De vuelta al despacho extendió sobre la mesa las tres anomalías.

El cuchillo vinculaba a Nora con el arma, aunque no conservaba ningún rastro útil de Inés en el mango. Las cámaras omitían precisamente el intervalo crítico y recuperaban la imagen antes de la entrada de los agentes. Los mensajes constaban como enviados desde la cuenta de Nora mientras ella estaba separada del teléfono y el aparato permanecía inmóvil a la vista de una cámara. Ninguna de esas circunstancias la exculpaba por sí sola, y cada una podía tener una explicación. Daniel empezaba a ver demasiadas coincidencias que encajaban con la misma versión de los hechos.

Hasta entonces había evitado poner por escrito la hipótesis porque temía convertir una reacción defensiva en una conclusión. Ahora podía formularla como algo que debía comprobarse: quizá alguien no se hubiera limitado a utilizar lo ocurrido para incriminar a Nora, sino que hubiera preparado de antemano la versión que debía imponerse después. La anotó al final de la tabla como una posibilidad, no como un hecho. Las diligencias tendrían que confirmarla o descartarla.

Redactó el recurso contra la prisión provisional con la misma cautela. No escribió que las pruebas fueran falsas. Escribió que aún

requerían comprobaciones y que no podían tratarse como un bloque cerrado; que la autoría de los mensajes no se desprendía automáticamente de su sincronización en el terminal; que la interrupción de las cámaras coincidía con el periodo crítico, y que el significado de las huellas debía separarse del hecho indiscutido de que Nora recuperó la conciencia sosteniendo el cuchillo. La llamada de las diez y catorce abrió el recurso. Era la única anomalía que empezaba antes de que Nora llegara. Las demás mostraban hasta qué punto resultaba fácil construir después una secuencia sin huecos.

Al día siguiente consiguió una nueva comunicación con ella. Nora entró con la cautela de la primera entrevista, aunque esta vez miró el cuaderno antes que la puerta.

—¿Han encontrado quién llamó?

—Aún no. Han ordenado conservar la grabación. También he pedido los datos originales.

Daniel le explicó lo demás y dejó la palabra montaje para el final. Nora escuchó con los antebrazos apoyados en la mesa. Sólo cambió de postura cuando él mencionó que no había huellas útiles de Inés en el mango.

—¿Eso demuestra que yo no la maté?

—No. Demuestra que la historia del cuchillo no puede contarse tan deprisa como la contó la policía. Con las cámaras y los mensajes pasa lo mismo: por separado tampoco bastan.

—La noche que entraron a por la carpeta, mi teléfono cayó al suelo —dijo Nora—. Estaba junto a mí cuando empezó a hacerme efecto la inyección. La última persona que vi se detuvo a su lado.

Daniel abrió el cuaderno.

—¿Vio que lo cogiera?

—No. Vi sus zapatos junto al teléfono. Después perdí el conocimiento. Cuando desperté, Inés lo tenía porque había llamado a emergencias.

Aquello no demostraba que el intruso hubiese manipulado el aparato, pero situaba un momento anterior en el que pudo hacerlo sin que Nora pudiera impedirlo ni recordarlo. Daniel amplió la solicitud pericial. Pidió que se examinaran, si todavía podían

recuperarse, los datos de vinculación de la cuenta de mensajería: sesiones o dispositivos asociados, el momento de su alta y la actividad registrada alrededor de aquella primera agresión y de los cuatro envíos. La pregunta debía ser concreta: si los mensajes habían sido generados desde el terminal físico intervenido o desde otra sesión vinculada a la misma cuenta. Añadió al examen las aplicaciones instaladas y los cambios de configuración de aquella franja. No sabía qué conservaría el sistema ni si sería posible identificar el dispositivo remoto o a quien lo hubiese manejado; no necesitaba suponerlo. Por ahora bastaba con pedir una comprobación que separara el origen técnico de los mensajes de la simple presencia de una copia sincronizada en el teléfono de Nora.

—Entonces sigo aquí.

—Sí. He recurrido el auto y he pedido una pericial sobre el teléfono y el grabador. No puedo asegurarle que la dejen en libertad ahora.

Nora bajó los ojos. Daniel esperó que la respuesta terminara con el poco crédito que ella empezaba a concederle. En cambio, la vio respirar despacio, sin la rigidez defensiva de las primeras entrevistas.

—Al menos usted distingue lo que sabe de lo que quiere que signifique.

Daniel sacó una copia del registro de efectos. La bolsa que contenía la llave estrecha de latón seguía precintada; constaban la recogida, el depósito y las dos personas que habían firmado cada traslado. Desde el inventario inicial no figuraba ninguna apertura.

—Esto es lo que puedo acreditar sobre la llave —dijo—. Si me cuenta qué abre, pediré que cualquier acceso se practique como diligencia, con inventario y constancia de quién está presente. No mandaré a nadie a buscarlo por su cuenta.

Nora fue siguiendo con el dedo las anotaciones del registro, una tras otra. Al llegar a la última firma, se detuvo.

—Abre una caja fijada debajo del archivador de la habitación cerrada. Dentro hay una dirección y un código.

Daniel no escribió.

—¿Qué permiten encontrar?

Nora levantó la mirada.

—El segundo teléfono de Inés.

La llave seguía precintada y la habitación permanecía bajo control judicial. Por primera vez desde que había recibido el expediente, Daniel tenía delante algo que todavía no había sido absorbido por la versión oficial. Quizá pudiera protegerlo antes de que nadie lo tocara. El problema era que, desde ese momento, ya no podían contar con ser los únicos interesados en llegar hasta allí.

22. El segundo teléfono

Daniel presentó la solicitud antes de salir del centro penitenciario. No pidió que le entregaran la llave ni que le permitieran abrir la caja por su cuenta: solicitó una diligencia urgente en el piso precintado, la intervención de cuanto hubiera dentro y, si la dirección mencionada por Nora conducía a otro lugar, autorización para preservar ese contenido antes de examinarlo. Añadió por separado la petición de registrar cualquier dispositivo que apareciera y la información a la que pudiera dar acceso. Encontrar un teléfono no daba derecho a leerlo sin más, y convertir la primera prueba ajena al relato policial en otra prueba vulnerable por culpa de la prisa sería un error difícil de reparar.

Esa misma tarde, el juzgado pidió una aclaración. La fiscal quería saber por qué Nora había callado durante días una información que podía resultar relevante para el asesinato. Daniel respondió sin concederle una confianza que todavía no existía: la llave constaba en el inventario desde la detención, la habitación había permanecido bajo control judicial y Nora había explicado desde el principio que temía que cualquier dato sobre Gabriel Leza acabara en manos equivocadas. Podían discutir su silencio; lo que no cambiaba era que la llave estaba bajo custodia desde antes de que Daniel asumiera la defensa.

La resolución llegó a las nueve y doce de la mañana siguiente. Autorizaba abrir la caja, incautar su contenido y, si aparecía un dispositivo, aislarlo y conservarlo. El acceso a los datos quedaba condicionado a que el hallazgo se documentara y a que se realizara una copia forense cuya integridad pudiera comprobarse. Daniel leyó dos veces el último párrafo. La autorización no demostraba que Nora dijera la verdad, pero permitía comprobarlo de forma legal.

Poco después del mediodía entró en el piso acompañado por dos agentes de la Policía Judicial y la funcionaria encargada de levantar

acta. El precinto cruzaba la puerta principal y conservaba la fecha de la última inspección. Uno de los agentes fotografió el sello antes de cortarlo; Daniel esperó en el rellano hasta que le indicaron que podía pasar.

El piso se veía distinto a como aparecía en las fotografías. El cuerpo y el cuchillo ya no estaban, y la copa había sido recogida, pero seguían allí las marcas numeradas, el contorno oscuro sobre la alfombra y una zapatilla roja dentro de una bolsa transparente. En la cocina, los platos continuaban en el escurridor y la bolsa de pan seguía abierta sobre la encimera. Daniel entendió por qué Nora se resistía a hablar de Inés como de alguien que simplemente la había acogido. Viendo el piso, resultaba evidente que entre ellas había habido una convivencia que el atestado apenas reflejaba.

No se quedó en el salón. La funcionaria leyó en voz alta la localización descrita por Nora y los condujo a la habitación del fondo. El archivador de la derecha estaba separado unos centímetros de la pared; debajo, una pieza del zócalo mostraba dos tornillos ocultos con tapones del mismo color que la madera. La caja estaba detrás de aquella pieza, fijada a la base del mueble.

—No figura en el primer registro —dijo uno de los agentes.

Daniel no respondió. Podían no haberla visto, no haberla buscado o haber considerado irrelevante una tabla atornillada. Las tres explicaciones seguían abiertas y ninguna autorizaba todavía a acusar a nadie.

La bolsa de efectos llegó cerrada con el mismo número de sello que constaba en el registro de custodia. La funcionaria comprobó las firmas, abrió el embalaje y dejó la llave estrecha de latón sobre una bandeja. Fotografió la cerradura antes de usarla y pidió que constara expresamente que no presentaba daños.

La llave giró sin resistencia.

Dentro no había ningún teléfono. Encontraron una funda de plástico, un recibo de pago y una tarjeta doblada en cuatro. El recibo pertenecía a una empresa de consignas privadas cerca de la antigua estación de mercancías: Inés había alquilado una taquilla pequeña durante tres meses y la había pagado en efectivo. En la tarjeta aparecían un número de compartimento, seis cifras de acceso y,

debajo, otra secuencia precedida por una sola palabra: dispositivo. Al final había dos instrucciones escritas con letra apretada: «Sin tarjeta. No conectar».

Uno de los agentes empezó a copiar los números. Daniel se fijó en la tinta azul, en la presión desigual de las últimas letras y en el doble subrayado bajo no conectar. Aquello no parecía una carta para quien encontrara la caja ni una explicación preparada para salvar a Nora. Era un protocolo de emergencia, una sucesión de pasos en la que Inés había confiado más que en la posibilidad de estar viva para explicarlos.

La tarjeta y el recibo se guardaron en sobres separados. La caja quedó abierta y la habitación volvió a cerrarse. Desde el pasillo se oían los pasos de los agentes que se movían por el piso. Daniel miró una última vez la puerta entreabierta. En las fotografías de la escena había sido un elemento más; para Nora marcaba el punto exacto en que su memoria dejaba de obedecerla. Todavía no sabía por qué, pero empezaba a pensar que quien había preparado la escena esperaba que Nora entrara en el piso.

La empresa de consignas ocupaba un local estrecho entre un taller de recambios y un almacén de paquetería, sin mostrador abierto al público. Una empleada acudió después de que los agentes llamaran al número de asistencia y leyó la resolución antes de desbloquear el panel general. Confirmó que la taquilla se había contratado con un nombre abreviado y que el sistema conservaba los accesos de los últimos noventa días.

—Esta es la última apertura —dijo la empleada, señalando el registro—. Después no aparece ninguna más.

Daniel comprobó la fecha. La taquilla se había abierto por última vez cuatro días antes de la muerte de Inés. Anotó también la hora. El registro indicaba cuándo se había abierto, pero no quién lo había hecho. Inés podía haber ido allí para guardar el teléfono, actualizar una copia o comprobar que seguía en su sitio. De momento, Daniel no podía saberlo.

El código abrió el compartimento cuarenta y siete. Dentro había una bolsa metalizada cerrada con cinta, un cargador barato y un sobre de papel. La agente especializada que los acompañaba pidió

que nadie metiera la mano hasta que terminara de fotografiarlo todo. Después sacó la bolsa con guantes y la dejó sobre una superficie limpia que habían preparado junto a la taquilla.

El teléfono era pequeño, negro y de un modelo que ya no se vendía nuevo. Estaba apagado. La bandeja lateral no contenía tarjeta alguna, y en el sobre aparecía la misma secuencia de seis cifras que Inés había escrito bajo la palabra dispositivo. La agente no intentó encenderlo.

—Si tiene alguna orden pendiente de borrado, conectarlo a una red podría ejecutarla —explicó mientras lo introducía en un contenedor de aislamiento—. Se abrirá en laboratorio y con la autorización incorporada al acta.

Daniel preguntó si podía conservarse una copia intacta antes de analizar los archivos. La agente señaló el apartado correspondiente de la resolución: el dispositivo original permanecería intervenido, trabajarían sobre una extracción y registrarían la huella de integridad de cada copia. Tampoco podía asegurar que el código permitiera desbloquear el teléfono ni que la información siguiera allí.

—¿Cuánto tardarán?

—Lo que tarde el teléfono en decirnos qué es y lo que tarde el juzgado en autorizar cualquier acceso fuera de él.

La respuesta le desagradó precisamente porque era correcta. Daniel quería saber qué contenía el teléfono cuanto antes, pero sabía que tenían que hacerlo bien. Presionarlos ahora solo porque aquella prueba podía favorecer a Nora no tenía sentido.

El primer informe llegó tres días después. Daniel lo abrió de pie, antes incluso de quitarse el abrigo. El código había funcionado. El aparato se utilizaba sin tarjeta telefónica y apenas conservaba llamadas o mensajes convencionales; servía sobre todo para acceder a una aplicación cifrada y mantener una copia local de determinadas carpetas. Había grabaciones de voz, fotografías, hojas de pagos, nombres de locales y un directorio de mujeres identificadas casi siempre solo por el nombre de pila o por una inicial.

El índice enumeraba doscientos ochenta y seis archivos, pero menos de un tercio seguía disponible de forma completa.

El informe explicaba también qué había ocurrido con parte de los archivos que faltaban. No se habían perdido por un fallo del teléfono: alguien había empezado a borrarlos desde otra sesión abierta con las mismas credenciales. El juzgado pidió al proveedor del servicio que conservara los registros de acceso, y la primera respuesta situó el inicio del borrado masivo a las 23:07 de la noche del asesinato.

A esa hora, el segundo teléfono seguía apagado dentro de la consigna y Nora llevaba ya más de media hora bajo custodia policial.

Aquella sesión no identificaba a una persona. Había utilizado una conexión intermedia y credenciales válidas, de modo que las conclusiones debían detenerse ahí: alguien con acceso a la copia de Inés había seguido borrando archivos después de su muerte.

Daniel añadió la hora a la tabla sin rodearla ni escribir el nombre de Leza a un lado. Las credenciales podían haberse compartido, robado u obtenido bajo amenaza. Lo importante era que aquellos archivos no se habían perdido por accidente. Alguien los había borrado: parecía el resultado de una acción con una cronología propia, independiente de Nora.

Pidió la conservación íntegra de los accesos, de los dispositivos vinculados y de cualquier versión todavía recuperable. Solicitó también que la copia forense quedara depositada y que la defensa pudiera designar a una perita para examinarla sin alterar el original. Después imprimió el inventario preliminar y empezó a leer desde la primera línea.

Los archivos supervivientes no formaban una historia ordenada. Había fotografías de matrículas tomadas desde lejos, recibos de hoteles, fachadas sin personas y capturas de transferencias cuyos conceptos hablaban de catering, seguridad o asesoría. Varias hojas relacionaban cantidades, fechas y destinatarios; algunos eran empresarios y otros aparecían acompañados por cargos en la policía o en distintas administraciones. El documento registraba pagos, pero no explicaba por sí solo qué compraban.

Tres carpetas llevaban nombres de clubes privados: Nácar, Velaria y Casa Norte. Ninguno figuraba como propietario de los locales fotografiados. Una misma sociedad de eventos aparecía pagando

alquileres, vehículos y comidas en los tres, y Daniel la añadió a su lista de comprobaciones. Aquello no demostraba ningún delito. Inés había reunido esos datos y, después de su muerte, alguien había intentado borrarlos.

Las grabaciones resultaron más difíciles de escuchar. Contenían notas tomadas al salir de reuniones, fragmentos de conversaciones en lugares ruidosos y recordatorios pronunciados mientras caminaba. En una se oía tráfico y la respiración acelerada de Inés antes de que su voz dijera: «Nácar, miércoles catorce. Entrada por el garaje. Dos coches oficiales sin distintivo. Comprobar matrículas». En otra, una mujer hablaba tan bajo que apenas se distinguía una frase: «Nos quitaban los bolsos antes de subir».

El audio terminaba con un golpe y varios segundos de ruido. No había nombre, fecha completa ni imagen que permitiera identificar a la mujer. Daniel lo marcó para análisis y siguió adelante.

El directorio de mujeres ocupaba diecinueve páginas. Algunas entradas incluían un teléfono incompleto, un local y una fecha; otras, solo un nombre y una palabra: miedo, hospital, no localizada, volvió con él. Varios nombres coincidían con los que Nora recordaba de la carpeta azul, pero tampoco allí aparecían apellidos. Inés había repartido la información entre soportes distintos para que ninguno bastara por sí solo. Esa precaución protegía a las mujeres y, al mismo tiempo, hacía más difícil encontrarlas antes que quien estaba tratando de borrar sus rastros.

Daniel llevó una copia del inventario a la siguiente comunicación con Nora. No incluyó los audios ni las fotografías, únicamente los encabezados autorizados y el informe sobre la eliminación. Ella buscó primero la hora.

—Las once y siete —dijo.

—Sí.

—Yo ya estaba detenida.

—Y el teléfono no se encendió. La orden llegó a la cuenta desde otra sesión. Tenemos que identificarla y demostrar quién la utilizó. De momento, esto no acredita quién borró los archivos.

Nora pasó el dedo por la lista. Se detuvo en Nácar y después en una sucesión de mujeres sin apellido.

—Inés sabía quiénes eran. Lo extraño era que hubiera decidido escribirlo de esa manera.

—¿Cómo lo sabe?

—En la carpeta había páginas separadas. Una lista con nombres y otra con datos que parecían no tener relación. Cuando le pregunté, dijo que un nombre completo podía hacer desaparecer a otra mujer.

Daniel recordó cómo estaban distribuidos los archivos. No parecían incompletos por descuido: Inés había dividido las identidades de forma deliberada. Para recuperar un apellido habría que cruzar la copia del teléfono con la carpeta, las fotografías y los documentos que habían sobrevivido al registro del piso.

—Hay una grabación —dijo—. No es el vídeo del que habló ni explica por qué la buscó. Es una nota de trabajo y un fragmento de otra mujer. No tiene que escucharla ahora.

Nora levantó la vista.

—¿Se oye a Inés?

—Sí.

Solo necesitó un instante.

—Quiero oírla.

Daniel dejó el reproductor sobre la mesa y bajó el volumen. La voz de Inés surgió entre motores y pasos, cansada, alerta, viva de una manera que ningún informe podía reproducir. Dictó el club, la fecha y las matrículas pendientes. Al final murmuró algo sobre comprar café antes de volver a casa.

Nora escuchó hasta el final con una mano cerrada sobre la otra. Le costó no llorar y, cuando terminó, pidió que no la repitiera.

—Ella guardaba cosas pequeñas para que juntas dijeran la verdad —dijo—. No busque una frase donde lo explique todo.

Daniel apagó el reproductor. La advertencia encajaba con lo que el expediente empezaba a enseñarle: ninguna anomalía bastaba, ninguna voz sustituía una prueba y ninguna memoria podía cargar con toda la historia.

Antes de marcharse, Nora señaló una entrada: «Eva», Velaria, una fecha de hacía siete meses y cuatro cifras finales de teléfono.

—Ese nombre estaba dentro de uno de los recuadros rojos de la carpeta azul —dijo—. Solo ponía Eva, pero al lado había un teléfono

tachado.

Daniel copió la línea sin prometer que pudiera localizarla. Cuatro cifras y un nombre frecuente no formaban una identidad. Entre los archivos parcialmente eliminados, sin embargo, aparecían un recibo de hotel de la misma fecha y una llamada breve asociada a Velaria. Cruzar ambos datos quizá permitiera encontrar a la persona que Inés había intentado proteger.

El segundo teléfono no resolvía el asesinato ni convertía a Gabriel Leza en autor de nada. Lo que dejaba era una copia incompleta, una limpieza ejecutada después de la muerte y diecinueve páginas de mujeres reducidas a un nombre sin apellido.

Una de ellas podía seguir viva, y Daniel sabía que no eran los únicos capaces de buscarla.

23. Mujeres sin apellido

Daniel tardó cuatro días en devolverle un apellido a Eva. Mientras tanto, el nombre siguió en la primera columna de su tabla, unido a Velaria, a una fecha de siete meses atrás y a cuatro cifras que podían corresponder a cientos de teléfonos. Se negó a rellenar el hueco buscando mujeres al azar o llamando a cualquiera que encajara a medias. Inés había separado las identidades para que robar una carpeta no bastara para encontrarlas; convertir aquella precaución en una cadena de llamadas habría reproducido precisamente el riesgo que ella intentaba evitar.

Pidió al juzgado un cruce limitado. El recibo de hotel recuperado del segundo teléfono correspondía a la misma noche que la anotación de Eva y lo había abonado la sociedad de eventos vinculada a Velaria. Daniel solicitó solo los registros de huéspedes que reunieran los datos disponibles y los metadatos de la llamada breve conservada en la extracción. Añadió que, si aparecía alguna coincidencia, el domicilio y los datos de contacto debían quedar ocultos en las copias ordinarias hasta que pudiera valorarse la situación de la posible testigo.

La respuesta llegó un lunes por la mañana. Una sola huésped llamada Eva había sido registrada aquella noche con un teléfono terminado en las cuatro cifras del directorio. Tenía veintisiete años cuando se alojó en el hotel y había facilitado como contacto un número a nombre de su hermana. Los registros conservados en la extracción confirmaban además que, dos días después, aquel número había recibido una comunicación de sesenta y ocho segundos desde el dispositivo de Inés.

Eva Soria.

Daniel leyó el nombre completo sin sentir la satisfacción que había esperado. La petición había funcionado, sí, pero ahora el apellido existía dentro de un procedimiento al que accedían más

personas que él. El juzgado aún no había resuelto la reserva solicitada. Hasta entonces, Eva seguía siendo una mujer protegida por una inicial en el teléfono de una muerta y, al mismo tiempo, expuesta por la diligencia necesaria para encontrarla.

Llamó al número de la hermana desde el fijo del despacho. Una mujer respondió después de varios tonos y negó conocer a Inés Robles, Velaria o cualquier asunto relacionado con el homicidio. Daniel no pronunció el apellido de Eva. Se identificó como abogado de Nora, dejó su número colegial y pidió que trasladara un mensaje sencillo: Inés había conservado una grabación sin apellidos y él quería saber si la mujer que hablaba en ella deseaba escucharla. La llamada terminó sin que esa mujer le hiciera ninguna promesa.

A las siete y cuarto de esa tarde, recibió una comunicación desde un número oculto.

—No diga mi nombre —ordenó una voz femenina.

Daniel apartó la mano del teclado.

—No voy a decirlo.

—Ya lo sabe.

—Conozco una coincidencia documental. No sé si usted es la persona que busco ni qué relación tuvo con Inés.

La mujer guardó silencio tanto rato que Daniel alcanzó a oír un anuncio de trenes al fondo. Cuando volvió a hablar, dejó sin responder las dos preguntas.

—Mañana, a las once. En la cafetería de la estación interurbana. Si viene con policías, me voy.

Daniel explicó que era abogado de Nora y que no podía prometer confidencialidad sobre unos hechos si ella aceptaba convertirse en testigo. La voz lo interrumpió.

—No he dicho que vaya a serlo.

La cafetería estaba en una esquina del vestíbulo. Eva esperaba en una mesa apartada, cerca de una de las salidas. Cada pocos segundos levantaba la vista para comprobar quién entraba. Llevaba el pelo recogido bajo una gorra y una chaqueta demasiado gruesa para el calor que hacía dentro. No había pedido nada. Cuando Daniel se acercó, miró primero sus manos y después el maletín.

—Déjelo en el suelo.

Él obedeció y se sentó sin sacar el cuaderno.

Eva tenía el rostro más delgado que en la fotografía del registro del hotel. Una línea pálida le cruzaba la ceja izquierda, aunque no era aquella marca lo que la hacía parecer distinta, sino la forma de mantener el cuerpo en alerta, preparado para levantarse. Daniel le mostró la credencial apenas unos segundos y volvió a guardarla.

—¿Dónde está la grabación?

Sacó el reproductor del bolsillo, lo dejó sobre la mesa y explicó de dónde procedía: una copia forense autorizada del segundo teléfono de Inés. No mencionó que su nombre aparecía en un recuadro rojo ni le enseñó las otras entradas del directorio. Reprodujo únicamente el fragmento en el que una mujer afirmaba que les quitaban los bolsos antes de subir. Eva cerró los ojos al oír el golpe final y le pidió que lo detuviera.

—Soy yo —dijo—. Inés preguntó antes de grabar. Prometió que no guardaría mi apellido.

Daniel ya sabía de quién era la voz, pero eso no bastaba. Si Eva se marchaba sin declarar, seguirían necesitando algo más para poder utilizar aquel audio. Apagó el aparato y esperó.

—¿Qué quiere saber?

—Qué era Velaria y por qué Inés la buscó.

Eva miró hacia el panel de salidas. Un grupo de estudiantes pasó junto a la mesa arrastrando maletas, y ella no reanudó la conversación hasta que dejaron de rodearlos.

La habían contratado a través de una empresa de personal para servir copas en una celebración privada. El anuncio prometía cuatro horas, uniforme negro y una remuneración que duplicaba la de cualquier turno de hostelería. Un minibús recogió a seis mujeres frente a un hotel. Al llegar, un empleado guardó sus teléfonos y bolsos en compartimentos numerados con la excusa de proteger la intimidad de los invitados. Los hombres subieron por otra entrada y conservaron los suyos.

—Nos dijeron que no aceptáramos dinero directamente, que todo se pagaba a la empresa —contó—. Luego empezaron a repartir sobres cuando alguna se sentaba con un invitado. Si no querías, te

recordaban lo que habías firmado y lo que debías por el vestido, el transporte o la habitación. Siempre aparecía una deuda nueva.

Eva fue hablando de habitaciones distintas, de coches con conductor y de nombres que casi nunca estaban completos. A algunos invitados los llamaban por el cargo; a otros, por una inicial. Había empresarios que aparecían en fotografías de prensa, policías que dejaban la placa dentro del coche y funcionarios que sabían qué cámaras no grababan. Ella no conocía el puesto exacto de todos, pero con el tiempo había aprendido a distinguir quién daba las órdenes y quién las obedecía.

Las drogas tampoco aparecían siempre de una forma visible. A veces circulaban por las mesas; otras, una copa regresaba con un sabor distinto o una mujer perdía varias horas después de haber bebido mucho menos que las demás. A quien protestaba le esperaba una explicación preparada: había mezclado sustancias, había aceptado dinero, había provocado al cliente. Y si insistía en marcharse, aparecía alguien capaz de enseñarle una fotografía de su portal, el nombre de su madre o la matrícula del coche de una hermana.

—No tenían que encerrarnos —dijo Eva—. Conseguían que salir pareciera más peligroso que quedarse.

Inés había empezado a acudir los miércoles. Eva la vio por primera vez en Velaria, vestida como las demás aunque sin trabajar para la misma empresa. Un hombre decidía dónde debía sentarse y cuándo podía marcharse. Aun así, encontraba momentos para advertir a las nuevas, copiar una matrícula o preguntar qué nombre querían que usara si algún día conseguía sacar aquella historia de allí. A Eva la localizó después del segundo encuentro. Hablaron en una plaza ruidosa y grabaron aquella frase porque era lo único que ella se atrevía a dejar registrado.

—¿Reconocería a las personas que daban las órdenes? —preguntó Daniel.

—A algunas.

—¿Las identificaría ante el juzgado?

Eva soltó una risa sin humor.

—Inés también hablaba del juzgado al principio.

Daniel le explicó qué medidas podía solicitar si el juzgado apreciaba un peligro grave: preservar su identidad durante la instrucción, impedir que el domicilio y el lugar de trabajo aparecieran en las copias, realizar la declaración con protección y valorar su seguridad antes de una citación pública. No prometió anonimato absoluto ni aseguró que nadie relacionado con la causa llegaría a conocer su identidad. Eva escuchó sin interrumpirlo, pero cada vez que él mencionaba un escrito o una resolución, sus ojos se desplazaban hacia el maletín.

—¿El fiscal está en este procedimiento? —preguntó.

—Gabriel Leza no figura como fiscal del caso de Nora.

El cambio fue inmediato. Eva retiró las manos de la mesa y golpeó con la rodilla la silla al ponerse en pie.

—No escriba ese nombre conmigo.

—No he dicho que usted lo conozca.

—No necesito que lo diga.

Daniel permaneció sentado. Si le preguntaba si había visto a Leza, si era el hombre que decidía dónde se sentaba Inés o si había pronunciado alguna amenaza, solo conseguiría asustarla más y condicionar lo que dijera.

—Si quiere terminar aquí, terminamos —dijo—. Pero necesito saber si está en peligro ahora.

Eva miró alrededor antes de volver a sentarse. La estación continuaba funcionando con una normalidad que hacía todavía más visible su alarma: una máquina de café expulsó vapor, alguien discutió por un billete y una niña corrió hacia las puertas automáticas. Nada indicaba una amenaza en el vestíbulo. Ella, sin embargo, hablaba ya en voz casi inaudible.

—Una mujer fue a la policía. Había contado una parte, ni siquiera todo. Antes de que volviera a casa, su declaración ya la conocía alguien del club. Dos días después encontraron droga en un coche que utilizaba su familia. Retiró lo que había dicho y el asunto desapareció. —Se ajustó la gorra—. Inés entendió entonces por qué yo no quería apellido.

—Puedo pedir que la declaración sea urgente y que las medidas se acuerden antes de incorporarla de forma ordinaria.

—Y para pedirlo tendrá que escribir quién soy.

Daniel no intentó disfrazar la respuesta.

—Sí. El juzgado tendrá que saberlo.

—Entonces no voy a declarar.

La negativa no era una renuncia irracional ni demostraba que hubiera mentido. Era una decisión tomada dentro del mundo que acababa de describir. Daniel podía explicarle que, sin testimonios, sería más difícil deshacer aquella red; lo que no podía hacer era exigirle una valentía que las instituciones no habían sabido proteger.

Eva se levantó otra vez. Antes de marcharse, apoyó dos dedos sobre el reproductor.

—Inés no me pidió que salvara a nadie. Me preguntó qué podía guardar sin hacerme más daño. Si de verdad es el abogado de esa chica, empiece por entender que Inés sabía distinguir entre proteger a alguien y ponerse ella misma en peligro.

Daniel la vio cruzar el vestíbulo y salir por la puerta más concurrida. No la siguió. Esperó diez minutos antes de abandonar la mesa y, de vuelta en el despacho, redactó una solicitud para que los datos de identificación obtenidos en el cruce quedaran temporalmente restringidos mientras se evaluaba el riesgo. No relató la conversación ni atribuyó a Eva afirmaciones que ella se había negado a formalizar. Fundamentó la urgencia en la conexión entre su registro hotelero, Velaria y un audio cuya interlocutora aún no constaba identificada en las actuaciones.

A las cuatro y treinta y ocho lo llamó la hermana de Eva.

—¿Sigue con usted?

Daniel miró la hora. Habían transcurrido más de tres horas desde que Eva salió de la estación.

—No. Se marchó poco antes de la una.

La mujer respiró al otro lado antes de contestar. Eva le había dicho dónde estaría y había quedado en pasar por su casa después, pero no había llegado. El teléfono que utilizaba para emergencias estaba apagado. Tampoco se había presentado al turno de tarde y, en la habitación que alquilaba, seguían la ropa de trabajo, el cargador y el dinero que guardaba para el resto de la semana.

—¿Le dijo que pensaba irse? —preguntó Daniel.

—Eva llevaba años diciendo que quería irse. Cuando de verdad pensaba marcharse, yo me daba cuenta. Esta vez no preparó nada.

La hermana ya había comunicado la desaparición. Daniel le pidió que facilitara a los agentes su nombre, el lugar y la hora de la reunión, y que no borrara llamadas ni mensajes. Después informó al juzgado y solicitó la conservación inmediata de las cámaras de la estación y de los datos del teléfono. No escribió secuestro, pero tampoco huida. A las cinco y doce, lo único comprobable era que Eva había salido sola del vestíbulo y no había llegado a ninguno de los lugares donde la esperaban.

La resolución que restringía provisionalmente sus datos se notificó a las seis y tres.

Había llegado cinco horas tarde.

Daniel volvió a abrir las diecinueve páginas del directorio. Junto a Eva figuraban Velaria, la fecha, las cuatro cifras y una palabra que hasta aquella mañana había leído como una descripción del pasado: miedo. Añadió a su tabla la hora de la reunión, la salida de la estación y la llamada de la hermana. En la columna de conclusiones no escribió el nombre de Leza. La reacción de Eva, su relato y su desaparición formaban una secuencia alarmante, pero seguían sin acreditar quién la había intimidado ni qué había ocurrido después de la una.

Lo que sí sabía era mucho más grave: para encontrarla había tenido que introducir su apellido en el mismo sistema del que ella desconfiaba. Horas después de salir de la estación, nadie sabía dónde estaba Eva Soria ni qué le había ocurrido.

Si quería relacionar a Gabriel Leza con Inés, ya no podía pedirle a otra mujer asustada que sostuviera sola aquella verdad. Tendría que conseguir que los documentos hablaran por ella.

24. Era una informante

Después de salir de la cafetería, Eva apareció en las cámaras de la estación durante cuarenta y seis segundos más. En la primera grabación cruzaba el vestíbulo con la gorra baja y las manos en los bolsillos; en la segunda, atravesaba la puerta principal, se detenía junto a la acera y miraba hacia la parada de taxis. La tercera apenas recogía un ángulo del paso de peatones. Eva entraba en cuadro, desaparecía detrás de un autobús y, cuando el vehículo arrancaba, ya no estaba.

La policía había pedido imágenes de dos calles próximas y los datos del teléfono apagado. Daniel pudo incorporar al juzgado la hora exacta de la salida, pero no intervenir en una búsqueda que seguía abierta y que, de momento, no tenía naturaleza criminal. No había un coche reconocible ni una persona siguiéndola, tampoco un gesto que permitiera hablar de coacción. Solo una mujer que había pronunciado el nombre de Gabriel Leza y que, pocas horas después, había dejado de ser localizable.

A la mañana siguiente, Daniel volvió una y otra vez a la frase con la que Eva se había despedido: si de verdad era el abogado de Nora, debía entender que Inés sabía distinguir entre proteger a alguien y ponerse ella misma en peligro. No podía pedir a otra mujer que ocupara el hueco que Eva acababa de dejar. Mucho menos afirmar que Leza hubiera provocado su desaparición. Así que regresó a lo único que todavía podía sostener: los documentos.

Empezó por el teléfono principal de Inés. El primer volcado había destacado sobre todo los mensajes con Nora y las comunicaciones de la noche del crimen, de modo que Daniel pidió el tráfico completo de los meses anteriores y la identificación de varios números que reaparecían los miércoles. La resolución autorizó un cruce limitado a abonado, fechas, duración y celdas de conexión, sin acceso al contenido de conversaciones ajenas a la causa.

La compañía telefónica confirmó el resultado por escrito. Uno de aquellos números correspondía a un terminal corporativo adscrito a la Fiscalía Provincial y asignado a Gabriel Leza.

Daniel extendió las hojas junto al calendario que Nora había reconstruido. Veintisiete contactos en cuatro meses; diecinueve caían en miércoles y casi todos precedían en menos de dos horas a las ausencias de Inés. Varias llamadas se conectaban desde zonas próximas a Nácar, Velaria o Casa Norte, y otras desde el entorno del edificio donde ella vivía. El registro no permitía saber quién había hablado, qué se había dicho ni siquiera si Leza sostenía el teléfono en cada ocasión. Aquello demostraba que Inés y Leza ya tenían contacto antes de que Nora identificara su voz en televisión. No había sido algo puntual: habían hablado más de una vez, y esa relación no aparecía en el atestado.

Después cruzó esas fechas con el segundo teléfono. Inés había anotado matrículas y accesos con una prudencia que rozaba la desconfianza hacia sus propias conclusiones. Junto a cinco de los miércoles aparecía la misma referencia: «G. L. confirmado». En dos fotografías se veía el vehículo oficial utilizado por Leza entrando en aparcamientos vinculados a los clubes. Ninguna mostraba a Inés con él ni demostraba que las llamadas formasen parte de la red que ella investigaba. Aun así, la coincidencia entre terminal, lugares y notas hacía cada vez más difícil seguir tratando a Leza como un nombre introducido por Nora para apartar la atención de sí misma.

Daniel presentó un escrito y pidió tres diligencias: que la Fiscalía Provincial certificara si Inés Robles había sido informante, denunciante o fuente en alguna actuación; que se preservaran la agenda de servicio y los datos del terminal asignado a Leza; y que éste declarara como testigo sobre la naturaleza de los contactos. No pidió que se lo investigara por homicidio. Se limitó a exponer una relación documentada con la víctima y la necesidad de saber si existía para ella una explicación oficial.

La fiscal del procedimiento se opuso a la amplitud de la solicitud, aunque aceptó que el tráfico de llamadas debía aclararse. Sostuvo que relacionar las coincidencias geográficas con actividades ilícitas podía desviar la investigación principal: la muerte de Inés y los

indicios contra Nora. Daniel se quedó mirando esa expresión. Leza aparecía veintisiete veces en el teléfono de la víctima y, aun así, pedir que explicara por qué seguía considerándose un desvío.

El juez acordó la certificación y la declaración de Leza, pero limitó la preservación a la agenda profesional y al tráfico del terminal corporativo. Era menos de lo solicitado. También era la primera vez que Leza tendría que responder dentro de las actuaciones, no desde la distancia cómoda de una figura pública situada por encima de ellas.

Leza compareció tres días después.

Daniel lo reconoció antes de oír su nombre. Llevaba un traje azul oscuro, una carpeta fina y la misma expresión atenta que mostraba en las entrevistas, como si cada pregunta mereciera ser escuchada aunque ya supiera la respuesta. Saludó al juez, a la fiscal y a la letrada de la Administración de Justicia; a Daniel le dedicó una inclinación breve. No había cámaras, pero su manera de ocupar la sala era exactamente la misma.

Antes de iniciar la declaración, el juez dejó constancia de que Leza no intervenía en la causa y le recordó su obligación de decir verdad como testigo. La certificación de la Fiscalía Provincial ya figuraba incorporada: no constaban diligencias de investigación, expediente de protección ni actuación formal en la que Inés Robles apareciera como denunciante o informante.

—La ausencia de expediente no significa que no existiera contacto —dijo Leza—. La señora Robles se acercó a mí de manera reservada. Afirmaba disponer de información sobre establecimientos utilizados para distribuir drogas y captar mujeres. Durante unos meses valoré si sus datos podían sostener una actuación formal.

Al escuchar a Leza, Daniel recordó lo que Nora le había contado. Ella había oído aquella misma voz dando órdenes a Inés desde el otro lado de una puerta. En la grabación, sin embargo, Leza hablaba con calma. No necesitaba levantar la voz para que los demás lo escucharan.

La fiscal preguntó por qué no había dejado constancia de los contactos.

—Inés exigía discreción y se negaba a formalizar una denuncia. Proteger la identidad de una fuente mientras se comprueba su fiabilidad no es excepcional. Informé verbalmente a mi superior de que estaba evaluando una posible línea, pero los datos nunca alcanzaron la consistencia necesaria para abrir diligencias.

—¿Por qué no eran consistentes?

Leza hizo una pausa breve.

—Mezclaba información verificable con interpretaciones personales. Conocía esos ambientes, pero su relación con ellos no era solo la de una observadora. Había consumo de sustancias, necesidades económicas y vínculos afectivos que alteraban a veces su relato. Intenté orientarla hacia recursos de protección. Los rechazó.

Daniel vio completarse la maniobra mientras todavía conservaba la apariencia de una respuesta. Los clubes dejaban de ser lugares donde podían drogar y controlar a mujeres para convertirse en ambientes que Inés frecuentaba. Las sustancias pasaban de posible herramienta contra ella a consumo propio. El miedo a denunciar se transformaba en falta de fiabilidad. Leza no negaba las heridas: les cambiaba el significado hasta desacreditar a quien ya no podía discutirlo.

Cuando le concedieron la palabra, Daniel colocó delante la tabla de llamadas.

—Ha dicho que valoraba información. ¿Era necesario citarla diecinueve miércoles en cuatro meses?

—No todas esas comunicaciones terminaron en una reunión.

—¿Cuántas?

—No podría precisarlo sin consultar mi agenda.

—La agenda requerida recoge cinco encuentros. Los registros sitúan su terminal cerca de los locales en once ocasiones.

—Un teléfono corporativo no acredita por sí solo dónde estaba yo ni con quién me reuní. Imagino que usted mismo ha sostenido ese argumento respecto al teléfono de su defendida.

La observación era jurídicamente correcta y, además, estaba calculada para obligarlo a admitirlo. Daniel no la esquivó.

—Exactamente. Por eso no le pregunto qué demuestra el teléfono, sino por qué su versión explica solo cinco coincidencias.

Leza lo miró por primera vez sin la cortesía dirigida al conjunto de la sala.

—Porque han pasado meses y yo no construyo recuerdos para completar documentos.

Daniel dejó que la frase quedara registrada antes de preguntar si había visitado el domicilio de Inés.

—En dos ocasiones —respondió Leza—. Ella consideraba más seguro hablar allí.

—¿Le pidió alguna vez que una joven que vivía en el piso se marchara para recibirlo?

La fiscal se opuso porque la pregunta introducía el testimonio de Nora sin relación directa con la naturaleza de los contactos. El juez permitió reformularla.

—¿Sabía que Nora Varela vivía con Inés?

—Inés me habló de una joven a la que había acogido. La convivencia empezaba a resultarle difícil.

—¿En qué sentido?

—Dependencia, discusiones, una reacción desproporcionada cuando Inés se negaba a contarle aspectos de su vida privada. Le preocupaba que la muchacha confundiera gratitud con algún tipo de derecho sobre ella.

Daniel miró a la fiscal. Las notas ya no eran sobre Leza, sino sobre Nora.

—¿Inés utilizó el nombre de Nora?

—No al principio. Lo hizo más adelante, cuando comprendí que se trataba de la hija de Tomás Varela.

Daniel no dejó pasar el nombre de Tomás y preguntó cuándo lo había conocido. La fiscal se opuso porque aquella relación antigua excedía el objeto de la declaración, y el juez dejó la cuestión pendiente de una petición fundada en documentos. Leza no necesitó mentir. La decisión ajena le permitía guardar silencio.

Antes de terminar, Daniel regresó a Inés.

—Si consideraba que podía estar consumiendo sustancias, sometida a vínculos que afectaban su libertad y expuesta en locales

relacionados con explotación, ¿por qué no promovió ninguna actuación para comprobar si era una víctima?

—Porque una persona adulta puede rechazar ayuda y porque un fiscal no debe convertir una sospecha en tutela forzosa —respondió Leza—. Respeté sus decisiones, incluso cuando no las compartía.

La frase podía haber salido de un protocolo sobre autonomía de las víctimas. Aplicada a una mujer a la que, según Nora, él ordenaba presentarse los miércoles, quedaba demasiado claro.

Al concluir, Leza recordó que no formulaba acusación en aquel procedimiento y que no había intervenido en él desde que conoció la muerte. El juez hizo constar la afirmación. Daniel también. Sin acusar formalmente a nadie, Leza acababa de ofrecer un motivo para Inés, un rasgo de personalidad para Nora y una explicación profesional para cada contacto entre ambos.

La consecuencia apareció en el expediente al día siguiente. La Policía Judicial pidió ampliar las entrevistas sobre la convivencia: si Nora controlaba los horarios de Inés, si se molestaba por sus ausencias y si existía entre ellas una dependencia afectiva no reconocida. El conflicto real de la última tarde —Nora se había sentido utilizada— pasaba a sostener una hipótesis nueva. Ya no era solo una joven inestable que había discutido con la mujer que la acogía, sino una joven posesiva que habría descubierto la vida secreta de Inés y reaccionado por celos.

A mediodía, una web local publicó que la víctima colaboraba de forma irregular con las autoridades y «frecuentaba entornos vinculados al consumo y a servicios de acompañamiento». Otra hablaba de convivencia deteriorada y de un posible móvil afectivo. Ninguna citaba a Leza. Todas recurrían a fuentes próximas a la investigación.

Daniel llevó las impresiones a la comunicación, aunque Nora ya había visto la noticia en el módulo. Alguien había repetido la palabra celos tantas veces que empezaba a seguirla por la galería convertida en broma.

—No estaba celosa —dijo Nora después de leer la primera página —. Estaba enfadada porque me buscó, me vigiló durante meses y

decidió qué podía saber yo sobre mi propia vida. Quería alejarme de ella, nada más.

—Lo sé. La Fiscalía está intentando encajar el conflicto en una explicación del crimen. Necesito que distingamos otra vez lo que Inés te dijo de lo que dedujiste.

Nora cerró los ojos un instante, no para buscar nada dentro de los once minutos, sino para volver a una conversación que sí recordaba completa.

—Me dijo: «Gabriel entró en mi vida porque al principio creí que abrirle la puerta era una decisión mía. Después consiguió que cerrarla no cambiara nada».

Daniel copió la frase sin cambiar una palabra.

—También le oí decirle que esa semana no iría y él respondió ordenándole que el miércoles estaría allí. Puede llamarla informante todas las veces que quiera. Una informante puede negarse a una reunión sin volver drogada, con marcas en la muñeca o sin recordar dónde ha estado.

—Tu testimonio importa, pero tenemos que corroborar cada parte que podamos.

—Entonces empiece por no dejar que él declare por Inés.

Daniel levantó la vista del cuaderno y esperó.

—Eso es lo que ha hecho —continuó Nora—. Ha esperado a que estuviera muerta para convertir todo lo que le hizo en una historia sobre la clase de mujer que era.

Cuando regresó al módulo de preventivas, la televisión mostraba una fotografía de Inés tomada de una red social, ampliada hasta perder nitidez y recortada para dejarla sola. El rótulo hablaba de una informante y de un crimen pasional. A Nora le bastaron unos segundos para entender hasta dónde había llegado la versión de Leza. Desde el otro extremo de la sala, una interna repitió la palabra celos y alguien se rio. Nora apartó la vista antes de que el presentador terminara la frase.

Al día siguiente, durante la franja de biblioteca, Tesa estaba sentada al fondo con un libro cerrado sobre las rodillas. Nora llevaba desde la víspera pensando si debía contarle aquello. Su reacción al

apellido Varela y aquella deuda que nadie le explicaba seguían formando una línea incompleta, pero Nora ya no necesitaba fingir que no la veía.

Tesa esperó a que Nora se sentara al otro lado de la mesa.

—Ayer hablaron de Inés en televisión —dijo Nora.

Tesa dejó el libro sobre la mesa.

—¿Qué dijeron?

—Que era informante de Leza. Que consumía, exageraba y confundía lo personal con la verdad.

Tesa bajó los ojos hacia las manos. Por un instante, la autoridad silenciosa que Nora había aprendido a reconocer en ella no alcanzó a ocultar algo parecido al dolor; los dedos se le hundieron en el borde del libro.

—A las muertas no les permiten contradecir a nadie —dijo.

Nora pensó en la pantalla del módulo y en el rostro de Inés recortado hasta caber en una historia sencilla. Leza no había firmado el informe ni formulaba acusación contra ella, pero su versión ya estaba en el juzgado, en las noticias y dentro de la prisión. Podía mantenerse fuera de la causa y, aun así, decidir qué significaba cada silencio. Esta vez Nora no pensaba entregarle también el de Inés.

CUARTA PARTE · AQUELLA NOCHE

25. La cicatriz

Tesa no abrió el libro. Se quedó con las manos apoyadas sobre la cubierta mientras, al otro lado de la sala, una interna devolvía dos novelas al mostrador y otra discutía en voz baja con la funcionaria porque el ordenador de consulta volvía a estar bloqueado. Poco a poco, la biblioteca recuperó sus ruidos habituales, pero Nora seguía oyendo la frase que Tesa acababa de pronunciar: a las muertas no les permiten contradecir a nadie. En aquellas palabras había dolor. No la indignación abstracta de quien reconoce una injusticia ajena, sino algo más personal, algo que Tesa había dejado asomar demasiado tarde.

—¿La conocías? —preguntó Nora.

Tesa levantó los ojos. La expresión se había cerrado de nuevo.

—¿A quién?

—A Inés.

Una de las funcionarias pasó cerca de la mesa empujando un carro de libros. Tesa esperó a que se alejara antes de contestar.

—Han dicho su nombre veinte veces desde ayer. No hace falta conocer a una muerta para saber cuándo están utilizando su vida contra ella.

—No te he preguntado por qué te ha molestado.

—Y yo no te he contestado que la conociera.

Semanas atrás, una evasiva como aquella habría sido otra pared. Ahora Nora empezaba a distinguir mejor la forma de lo que Tesa protegía. No sabía si era a Inés, a sí misma o a algo que las unía, pero el libro cerrado, los dedos tensos sobre la cubierta y aquella forma de contener el rostro no pertenecían a una simple opinión sobre las noticias.

—Leza ha hablado por ella —dijo Nora—. También intenta hablar por mí. Convierte todo lo que no podemos explicar en lo que más le

conviene.

—Eso hacen los hombres como él.

—Esta vez no voy a dejarlo.

Tesa inclinó apenas la cabeza. Parecía menos interesada en valorar la promesa que en calcular el precio que Nora podía pagar por cumplirla.

—Entonces aprende a distinguir entre hablar y entregarles la frase que necesitan.

Nora pensó en los once minutos y en lo fácil que resultaba llenar desde fuera una ausencia. Pensó también en la mujer sentada frente a ella, que desde su llegada dosificaba cada palabra como si supiera que una respuesta podía ser más peligrosa que una pregunta. No insistió. Ya había aprendido que Tesa cerraba mejor las puertas cuando se sentía acorralada.

La mañana siguiente empezó con una noticia distinta. Durante el recuento, una funcionaria se detuvo frente a la celda 214 y consultó la hoja sujeta a una carpeta.

—Varela, tiene solicitada una comunicación para mañana.

Nora se acercó al umbral.

—¿Con quién?

—Tomás Varela. Figura como su padre. Puede rechazarla. Si quiere anularla, comuníquelo antes de esta tarde.

El nombre le encogió el estómago antes de que pudiera pensarlo. Su primera reacción fue la misma que había sostenido desde el ingreso: no quería llamadas al domicilio, no quería que Tomás supiera nada de ella y no pensaba volver a sentarse delante de una orden pronunciada con aquella calma que siempre precedía a algo peor. La funcionaria siguió por la galería mientras Nora todavía intentaba decidir.

Durante el desayuno apenas probó el café. Aceptar la visita no le devolvería lo que faltaba de su infancia ni convertiría un recuerdo en una prueba. Rechazarla tampoco impediría que Tomás siguiera existiendo en el expediente, en la orden bancaria, en las notas de Inés y en cada reacción de su cuerpo que todavía llegaba antes que las imágenes. Por primera vez, sin embargo, podía decidir si quería mirarlo en un lugar que él no hubiera elegido.

Decidió esperar hasta que pudiera hablar con Tesa en la biblioteca. Allí la encontró de pie detrás del mostrador, clasificando una caja de devoluciones. La sala estaba menos concurrida que el día anterior. Dos internas trabajaban en los ordenadores de consulta y otra copiaba a mano un formulario en una mesa próxima a la ventana. Nora dejó un libro en el carro y esperó a que la funcionaria responsable autorizara su paso hacia las estanterías del fondo.

Tesa no preguntó por qué había ido. Señaló con la barbilla un volumen mal colocado en la balda superior.

—Si vas a quedarte mirando, al menos sirve para algo.

La frase habría parecido seca en boca de cualquiera. En Tesa era casi una forma de fabricar normalidad. Nora tomó el libro que tenía más cerca y lo colocó donde correspondía. Luego la vio subirse al pequeño escalón de plástico que utilizaban para alcanzar los estantes altos.

Tesa levantó el brazo izquierdo para sacar un tomo grueso encajado contra el lateral. La camiseta gris se tensó y se desplazó unos centímetros por la espalda. Fue un instante, apenas lo suficiente para dejar al descubierto un tramo de piel bajo el omóplato y una marca antigua que descendía en diagonal hacia las costillas.

La cicatriz era ancha, irregular. No tenía la línea limpia de una intervención quirúrgica: la piel se hundía en un punto y se elevaba en otro, como si la herida hubiera cerrado sin el cuidado que necesitaba. Nora ni siquiera llegó a preguntarse por qué la miraba.

De pronto volvió aquel olor a tierra mojada, madera húmeda y algo metálico. Nora se quedó quieta. Durante unos segundos dejó de notar la biblioteca y sintió frío en las rodillas, como si estuviera otra vez sobre una superficie húmeda y blanda que cedía bajo su peso.

Una mujer se arrastraba a pocos metros.

Nora no le vio la cara. Vio un hombro descubierto por la tela rota, el cabello pegado al cuello y una mano que se hundía en el barro para avanzar. La espalda se doblaba con un esfuerzo que parecía no llevarla a ninguna parte. Allí donde acababa de ver piel cicatrizada

apareció, dentro del fragmento, una franja oscura que la niña no sabía nombrar.

Delante de la mujer había una puerta de madera cerrada, hinchada por la humedad, con cuatro marcas a la altura de los ojos de Nora. Una bombilla oscilaba encima, haciendo aparecer y desaparecer el suelo a intervalos. La mujer alargó un brazo hacia la puerta, pero no llegó a tocarla.

Entonces oyó la voz.

—No abras esa puerta.

Aquella voz ya había aparecido otras veces en los fragmentos, baja y cercana, sin un rostro al que unirla. Esta vez Nora reconoció la calma que precedía a los golpes, la pausa con que cada orden se volvía amenaza, el peso puesto en la última palabra.

Era Tomás.

El fragmento se detuvo ahí. No mostró si la mujer llegaba hasta la puerta, si alguien la levantaba del suelo ni qué hacía la niña después de oír la orden. Aun así, la culpa apareció enseguida: la puerta estaba cerrada, su padre había prohibido abrirla y la mujer seguía al otro lado. Durante años Nora había temido haber hecho algo terrible sin recordarlo. Ahora asomaba el miedo contrario, quizá más antiguo: no haber hecho nada cuando todavía podía.

Intentó retener el rostro de la mujer y solo encontró cabello, tela rasgada y una mano cubierta de tierra. Cuanto más trataba de obligarla a volverse, más inestable se hacía la imagen. Se dio cuenta de que estaba intentando completar un recuerdo que todavía no tenía. Paró. Lo último que podía ver con claridad era aquella puerta cerrada.

—Mira la ventana —dijo Tesa.

La biblioteca volvió de golpe. Nora tenía una mano cerrada sobre el borde de una estantería y la otra contra la boca. Tesa ya había bajado del escalón y se mantenía a dos pasos, inmóvil, sin intentar tocarla.

La primera tarde que coincidieron en aquella misma biblioteca había hecho algo parecido. Cuando el sonido de la puerta al cerrarse dejó a Nora bloqueada, Tesa se quedó a distancia y le dijo que mirara la ventana. Entonces Nora pensó que simplemente estaba

acostumbrada a ver reacciones como aquella. Ahora, después de ver la cicatriz y de recordar a la mujer junto a aquella puerta, empezó a preguntarse si había otra razón.

Nora alzó la vista hacia el ventanal alto y fue fijándose en lo que tenía delante: la malla exterior, el lomo azul de un diccionario, el carro metálico, el fluorescente sobre el mostrador. Recordaba lo que había ocurrido justo antes y sabía dónde estaba. Esperó hasta que pudo respirar con normalidad.

Tesa no tuvo que repetírselo.

—¿Qué has visto?

Nora la miró.

—¿Por qué das por hecho que he visto algo?

—Porque hace un momento estabas aquí y después no estabas mirando ninguna estantería.

No había compasión en el tono de Tesa. Había una urgencia contenida y algo que a Nora le costó más admitir: miedo.

—Una mujer en el suelo —dijo Nora.

Los dedos de Tesa se cerraron alrededor del libro que todavía sostenía.

—¿Dónde?

—No lo sé.

—¿Había una puerta?

La pregunta quedó suspendida entre las dos. Nora no había mencionado ninguna puerta. Tesa debió de darse cuenta del error porque dejó el libro sobre el carro y retrocedió medio paso, pero ya era tarde para recoger lo dicho.

—Esa era la respuesta que querías —dijo Nora—. El precio de la deuda.

Tesa tardó en contestar.

—Quería saber cuánto recordabas.

La admisión no explicaba por qué había reconocido su apellido, por qué la protegía ni cómo había podido anticipar una puerta de un recuerdo que Nora nunca le había contado. Solo cambiaba la naturaleza de la deuda: no era una deuda, sino una espera.

—¿Desde cuándo?

—Desde que entraste aquí.

—Me dijiste que no contara todo lo que sé.

—Te lo dije para que sobrevivieras aquí dentro.

La respuesta esquivaba con cuidado cualquier explicación adicional. Nora pensó en Inés preparando una habitación, un empleo y una supuesta casualidad antes de pedirle confianza. Pensó también en Leza decidiendo qué significaban sus silencios. No iba a permitir que la necesidad de respuestas volviera a convertirla en un objeto que otros se pasaban de mano en mano, aunque alguno creyera estar salvándola.

—Recuerdo a una mujer arrastrándose —dijo—. La puerta estaba cerrada. He oído a mi padre.

Tesa apoyó una mano en el borde del carro. El metal emitió un sonido leve.

—¿Qué decía?

—Eso no forma parte de la deuda.

Esta vez, la dureza de Tesa no alcanzó a ocultar la rabia. No iba dirigida contra Nora. Le cruzó el rostro y desapareció enseguida, como algo que llevaba años entrenándose para no mostrar.

—No rellenes lo que falta —dijo—. Una imagen no te obliga a construir la escena entera.

—Eso mismo hace Leza con mis once minutos.

Tesa miró hacia el mostrador. La funcionaria ayudaba a una interna con el ordenador y no parecía prestarles atención. Sacó de un cajón una hoja y un lápiz corto y los dejó en una mesa lateral.

—Escribe lo que ha aparecido antes de que cambie. Mañana recordarás el recuerdo de hoy y no siempre será lo mismo.

—¿Otro favor?

—Una hoja. Puedes dejarla donde está.

Tesa regresó al carro y empezó a ordenar libros de espaldas a ella. Nora esperó unos segundos. Después tomó el lápiz. No escribió una narración. Trazó dos líneas y puso tres encabezados: «Ahora», «Fragmento», «No sé».

En la primera columna anotó la cicatriz de Tesa: únicamente el tramo que había visto y el lugar aproximado de la espalda. En la segunda escribió la tierra bajo las rodillas, la mujer arrastrándose, la puerta hinchada, las cuatro marcas, la bombilla y la voz de Tomás.

Dudó antes de añadir las palabras. Finalmente las copió entre comillas: «No abras esa puerta».

La tercera columna terminó ocupando más espacio. La identidad de la mujer, el lugar, su propia edad: no podía afirmar nada de aquello. Tampoco podía saber si la cicatriz que acababa de ver y aquella franja oscura en la espalda de la mujer que recordaba pertenecían a la misma persona, si era la noche mencionada por Elena, si Gabriel Leza había estado allí o qué había ocurrido antes y después.

Ni siquiera escribió que hubiera obedecido a Tomás. La puerta cerrada era el último punto del fragmento, no una prueba de que hubiese permanecido así. Parecía una diferencia pequeña, pero separaba lo que recordaba de la culpa que su padre había conseguido dejar dentro de ella durante años.

Leyó la lista. Esta vez, aquello que ignoraba no borraba lo que sí conservaba; simplemente le ponía límites.

—Se lo contaré a Daniel —dijo.

Tesa colocó otro volumen en el carro.

—A él, sí. Tal como lo has escrito. Y aquí dentro no pronuncies el nombre de tu padre ni el de Leza junto a esa puerta donde cualquiera pueda oírlo.

—¿Porque alguien puede venderlo?

—Porque la gente que lleva años enterrando algo no espera a averiguar cuánto has desenterrado. Se mueve en cuanto entiende que has empezado.

Nora dobló la hoja cuatro veces. No sabía si Tesa la advertía o si acababa de admitir que conocía a quienes podían temer aquel recuerdo. No preguntó. Sabía que presionarla en ese momento podía hacer que Tesa se cerrara.

Antes de que terminara la hora de biblioteca, Nora le contó lo de la comunicación solicitada por Tomás. Tesa no reaccionó al nombre; quizá porque ya lo esperaba, quizá porque había aprendido a no regalar ninguna reacción que pudiera convertirse en información.

—Todavía no he decidido si aceptarla —dijo Nora.

—No te diré que vayas.

—¿Y que no vaya?

—Tampoco.

Nora esperó.

Tesa apoyó ambas manos sobre el carro.

—Ha conseguido llegar hasta aquí convertido en una solicitud. Eso no significa que tengas que abrirle nada.

La frase rozó demasiado de cerca el recuerdo, pero esta vez Nora no se fue con él. Miró la hoja doblada que sostenía en la mano. Ver a Tomás no convertiría el fragmento en una prueba ni le devolvería lo que faltaba. Tal vez, sin embargo, le permitiera hacer una pregunta, observar una reacción y llevarle a Daniel algo que no naciera únicamente de una imagen.

Cuando regresó al módulo de preventivas, buscó a la funcionaria antes de que terminara el plazo.

—La comunicación de mañana —dijo—. No la anule.

La mujer comprobó su nombre y marcó una casilla.

Nora guardó la hoja de las tres columnas dentro del folleto de normas, junto a la noticia sobre Inés. A ambos lados de aquella portada quedaban dos versiones que podían volverse contra ella: la que Leza había construido sobre una muerta y la que su padre llevaba años construyendo sobre su memoria. Ninguna decidiría qué debía recordar.

No pensaba decirle a Tomás lo que había visto. Quería averiguar qué temía.

26. La visita de Tomás

El día de la comunicación, Nora se despertó antes del primer recuento con la voz de Tomás todavía pegada al recuerdo. «No abras esa puerta». Todo seguía detenido donde se había quedado la tarde anterior: una mujer arrastrándose sobre tierra mojada, una hoja de madera hinchada por la humedad y cuatro marcas a la altura de los ojos de una niña. No conseguía recordar nada más.

Se encendieron las luces de la galería, sonaron los cerrojos y la celda volvió a tener sus límites habituales. Nora sacó del folleto la hoja dividida en tres columnas y repasó lo que había escrito. Bajo «Ahora» añadió la solicitud de visita y su decisión de aceptarla. En «No sé» anotó dos preguntas: quién había dicho a Tomás dónde estaba y quién le había pedido que fuera.

En la hoja, dejó sin identificar a la mujer. Había prometido a Elena que no preguntaría a Tomás por ella y pensaba cumplirlo. Sí podía mencionar a Leza, porque su relación con Tomás ya aparecía en los documentos, y observar cómo reaccionaba. Pero no pensaba hablarle de la cicatriz, de la puerta ni de lo que acababa de recordar. Elena seguía viviendo con Tomás, y Nora no quería hacer nada que pudiera ponerla en peligro.

La tarde anterior, en la biblioteca, Tesa le había dicho que aceptar la comunicación con Tomás no significaba tener que contárselo todo. Nora había pensado mucho en eso durante la noche. No necesitaba conseguir todas las respuestas de una vez. Le bastaba con saber qué quería preguntarle, qué cosas prefería guardarse y observar cómo reaccionaba cuando mencionara ciertos nombres.

Quería saber quién creía Tomás que podía sacarla de allí, medir cuánto conocía de la investigación y comprobar qué le ocurría al oír el nombre de Leza. Nada más. La puerta, la cicatriz y la mujer sobre la tierra mojada se quedarían fuera de aquella conversación.

Nora dobló el papel y volvió a guardarlo. Había pasado años fijándose en cómo su padre dejaba las llaves, cuánto tardaba en responder o hacia dónde miraba justo antes de golpear. Tomás la había obligado a aprender a leerlo para sobrevivir. Esta vez utilizaría ese aprendizaje sin intentar adelantarse a sus deseos para obedecerlos.

La llamaron después del desayuno. Una funcionaria comprobó su identidad, le indicó que dejara cualquier objeto en el módulo y la condujo por dos pasillos hasta la zona de comunicaciones. En el lado de las internas había una fila de locutorios estrechos separados por paneles grises. Cada puesto tenía un taburete fijado al suelo, un teléfono negro y un cristal grueso que devolvía el reflejo de Nora mientras la zona de visitas permanecía vacía.

Ocupó el número cuatro. Al otro lado fueron entrando personas en los puestos contiguos: una mujer mayor que apoyó las dos manos en el vidrio, un hombre con un niño en brazos, dos hermanas que empezaron a hablar antes incluso de descolgar. Las voces, deformadas por los teléfonos y las separaciones, llegaban convertidas en un murmullo sin palabras. Nora miró el reloj sobre la puerta. La comunicación duraría al menos veinte minutos. A Tomás le bastaba mucho menos para imponer lo que quería en casa durante toda una tarde.

Entró el último.

Llevaba una camisa clara, una chaqueta oscura y el cabello peinado con la raya exacta que reservaba para el banco, el médico o cualquier sitio donde alguien pudiera recordarlo después. Antes de sentarse, miró al funcionario del pasillo y lo saludó con una inclinación de cabeza. Nora recordó la fotografía que aparecía junto al nombre de su padre cuando la llamaba. Tomás tenía ahora la misma expresión tranquila que mostraba en aquella imagen.

Al verla, frunció el ceño con una preocupación medida al milímetro. Levantó el auricular y señaló el de Nora. Ella dejó pasar unos segundos, hasta que él repitió el gesto. Entonces descolgó.

—Mírate —dijo él, sin saludar—. Estás en los huesos.

La voz cruzó el cristal con una proximidad que el grosor de la mampara no conseguía reducir. A Nora se le encogió otra vez el

estómago, con la misma mezcla de miedo y tensión que sentía cuando vivía en casa. Apoyó bien los dos pies en el suelo. El taburete, el panel gris, el teléfono y el reloj pertenecían al presente. Tomás estaba a menos de un metro, pero no respiraban el mismo aire.

—¿Te dan de comer? ¿Duermes sola? —continuó—. Te he traído ropa, pero me han dicho que hoy no podían cogerla. No sé qué clase de sitio permite que una chica llegue a este estado.

Encadenó las preguntas sin dejar hueco para responder. Nora conocía aquella forma de cuidado repentino. Tomás enumeraba necesidades hasta encontrar una que pudiera cubrir y, en cuanto alguien aceptaba algo, convertía aquel gesto en el derecho a decidir también por ella. Incluso allí necesitaba presentarse como el hombre que llevaba una bolsa de ropa a una hija a la que nadie protegía.

—¿Mamá sabe que has venido?

—Tu madre apenas duerme desde que te detuvieron. Lo primero que preguntas es si me ha dado permiso.

—He preguntado si lo sabe.

Tomás se echó hacia atrás. Llevaba todo el viaje preparando aquella acusación de ingratitud, y la insistencia de Nora acababa de darle la excusa.

—Sabe que estoy intentando arreglar lo que tú has destrozado.

—¿Está en casa?

—¿Dónde quieres que esté?

La respuesta le dio más miedo que alivio. Nora respondió intentando que no se le notara el miedo en la voz.

—Ella no te pidió que vinieras.

—Ella no está en condiciones de pedir nada. Lleva semanas soportando llamadas, preguntas y miradas en el pueblo por tu culpa. Aun así, lo único que le preocupa es que salgas de aquí.

Tomás siempre había utilizado el dolor de Elena como una deuda que Nora debía pagarle a él. En el autobús la amenaza había sido directa: «TU MADRE VA A PAGAR ESTO». Allí seguía intentando decidir por ella, solo que esta vez lo hacía parecer preocupación.

—¿Cómo piensas sacarme?

La pregunta lo hizo inclinarse hacia el cristal. Debió de interpretarla como la primera rendición.

—He hablado con gente que conoce los juzgados. Gente seria, no ese crío del turno de oficio que quiere hacerse un nombre contigo. Todavía puede evitarse lo peor, pero tienes que dejar de complicarlo.

—Daniel no me ha pedido que me declare culpable.

—Por eso vas a pasar media vida aquí mientras él aprende a ser abogado.

Tomás bajó la voz. La preocupación se volvió confidencia, ese tono suyo que precedía a las órdenes cuando quería hacerlas pasar por una elección.

—Admites que discutiste con esa mujer. Dices que descubriste que te había engañado, que perdiste el control y que no querías matarla. Con lo de tu cabeza y la sustancia que encontraron, pueden aceptar que no estabas bien. Se negocia una condena menor. Cumples una parte, haces lo que tengas que hacer dentro y sales todavía joven.

Nora lo dejó terminar. No había llamado a Inés por su nombre. La había reducido a «esa mujer», igual que los titulares la reducían a consumo y secretos. Tampoco hablaba de una oferta concreta de la Fiscalía. Hablaba de algo que, según él, podía conseguir si Nora aceptaba repetir la historia adecuada.

—No la maté.

—No sabes qué hiciste durante once minutos.

La precisión le recorrió la espalda. El vacío de memoria ya había salido en los medios, pero al oír a Tomás hablar de ello, Nora tuvo la sensación de que lo estaba utilizando contra ella.

—Sé que esa confesión sería mentira.

—Lo que sabes te ha traído hasta aquí.

—Huir de ti me trajo a la ciudad. Alguien preparó lo demás.

La boca de Tomás se endureció apenas un instante. Después volvió a su sitio.

—Sigues creyendo a gente que te utiliza. Primero esa mujer y ahora el abogado. Yo soy el único que ha venido a ofrecerte una salida.

—¿Quién te la ha ofrecido a ti?

—Ya te he dicho que he hablado con personas que entienden cómo funciona esto.

—¿Con quién?

—No necesitas saberlo.

—Necesito saber quién quiere que confiese.

Tomás apretó los labios. Detrás de él, el funcionario recorrió el pasillo y se detuvo un momento junto a otro locutorio. Tomás esperó hasta que volvió a alejarse.

—No te estoy preguntando si quieres —dijo—. Te estoy diciendo lo que vas a hacer.

Nora reconoció la estructura antes incluso de asimilar las palabras. Leza había hecho lo mismo con Inés: había convertido una negativa en una orden. Durante años, Tomás había dado órdenes como si fueran lo más normal del mundo y, cuando alguien se resistía, conseguía hacerle sentir que el problema era suyo.

—¿Te ha enviado Gabriel Leza?

La máscara no se le cayó de golpe. Primero quedó inmóvil. Luego los dedos se cerraron alrededor del auricular y el cable se tensó sobre la repisa. La mirada de Tomás dejó de buscar a la hija encerrada y adquirió otra atención, más fría: ahora calculaba cuánto podía saber una testigo.

—No vuelvas a pronunciar ese nombre.

—¿Por qué?

—Porque no sabes con quién estás jugando.

—No estoy jugando. Inés guardaba una orden bancaria con tu firma y documentos que os situaban juntos cuando yo era niña.

—Esos papeles no prueban nada. Aquello quedó cerrado hace muchos años.

Tomás contestó sin pensárselo. En cuanto terminó la frase, se dio cuenta de lo que acababa de decir. Se separó del respaldo y miró hacia el pasillo, pero ya era tarde.

La reacción de Tomás le confirmó que el problema no era solo Leza. También había algo en aquel pasado que seguía poniéndolo en guardia. Había llegado cuando Nora unió ese nombre, la firma de Tomás y los años de su infancia. No demostraba qué había ocurrido ni quién había intervenido para enterrarlo. Permitía sostener algo

mucho más limitado: Tomás había contestado como si reconociera un antecedente que Nora solo había mencionado como algo ocurrido muchos años atrás.

—Yo solo he hablado de algo que pasó hace años —dijo Nora—. Tú has sido quien ha dicho que quedó cerrado.

—Siempre has hecho lo mismo. Oyes la mitad, inventas el resto y obligas a los demás a pagar las consecuencias.

—¿Qué quedó cerrado?

—Cállate.

La orden se impuso por encima del murmullo de los otros locutorios. La mujer del puesto contiguo volvió la cabeza. Tomás bajó la voz de inmediato, intentó recuperar la calma, pero todavía se le notaba tenso.

—Escúchame bien. Dejas de hablar de Leza, de papeles antiguos y de todo lo que esa mujer te metió en la cabeza. Dices que discutiste, aceptas lo que te ofrezcan y se acaba.

—¿Para quién?

—Para ti. Para tu madre. Para todos.

—Si me callo, será como admitir un crimen que no he cometido. Yo tengo las manos limpias, papá. No sé si tú puedes decir lo mismo.

Tomás acercó tanto la cara al cristal que el aliento llegó a empañar el cristal.

—Hay gente a la que no puedes señalar sin poner también a otros en peligro. Tu madre sigue en el pueblo. Recuérdalo antes de decidir cuánto quieres remover.

La frase estremeció a Nora, pero fue el tono de Tomás lo que de verdad le dio miedo. Era una amenaza presente y perfectamente comprensible. Nora vio a Elena en la cocina, oyendo el coche de Tomás detenerse frente a la casa, y se contuvo para no preguntarle si estaba amenazando a alguien. No quería que Tomás viera hasta qué punto había conseguido asustarla.

—Has venido a utilizarla para obligarme a confesar un asesinato —dijo—. No vuelvas a llamarlo protección.

—He venido porque soy tu padre.

—Por eso sé lo que significa.

Tomás abrió la boca. Nora colgó antes de escuchar la siguiente orden.

Durante unos segundos él siguió hablando al otro lado del cristal. Sin el teléfono, la voz quedó reducida al movimiento de los labios y a una vibración apagada. Golpeó una vez la repisa con la palma, miró al funcionario y recompuso la expresión del padre preocupado con la que había entrado. Nora permaneció sentada hasta que se abrió la puerta interior. No quería escapar del locutorio. Quería salir porque había dado por terminada la conversación.

En el pasillo de regreso le temblaban las piernas. Había pasado miedo y fingir lo contrario habría sido absurdo. Fue fijándose en las puertas del pasillo mientras caminaba, intentando concentrarse en algo concreto, y repitió en silencio las frases que necesitaba conservar: «Todavía puede evitarse lo peor». «No te estoy preguntando si quieres». «Aquello quedó cerrado hace muchos años». «Tu madre sigue en el pueblo».

Cuando volvió a la celda, se sentó en el borde de la cama. Sacó la hoja del folleto y escribió las cuatro frases en la columna «Ahora». En «Fragmento» no añadió nada. Tomás no le había devuelto ninguna imagen de aquella noche antigua y ella no iba a fabricar una para dar sentido a su reacción. Bajo «No sé» anotó: qué se cerró, quién se lo pidió, qué sabe de la defensa y si Elena está en peligro inmediato.

Debajo trazó una línea y separó también lo que podía sostener de lo que solo sospechaba. Tomás conocía los once minutos, la sustancia y la estrategia que pretendía imponerle; parte de esa información podía haber salido de las noticias o de un expediente filtrado. Había defendido a Leza y le había ordenado que dejara de nombrarlo; eso no demostraba que el fiscal lo hubiera enviado. Había dicho «aquello quedó cerrado»; la frase tampoco probaba por sí sola la existencia de un caso. Por eso Daniel tendría que apoyarse en las pruebas, los registros y todo lo que pudiera comprobarse al margen de los recuerdos de Nora.

Pidió una instancia y escribió únicamente que necesitaba una comunicación urgente con su abogado. No incluyó nombres ni

explicó el motivo. Esa parte prefería hacerla llegar por otra vía, sin poner por escrito los nombres de Leza y Tomás.

El resto de la tarde pasó despacio. Nora intentó seguir la rutina del módulo, pero la conversación con Tomás volvía una y otra vez a su cabeza. Repasó algunas de sus respuestas, sobre todo las que le dio impulsivamente, sin pensarlas y decidió que se las contaría a Tesa cuando pudiera verla.

A última hora de la tarde, cuando entró en la biblioteca, Tesa dejó sobre el carro el volumen que estaba registrando. Esperó a que Nora se acercara.

—¿Qué quería?

—Que aceptara una condena menor por matar a Inés.

—¿Y qué ofrecía a cambio?

—Dejar a mi madre fuera.

Tesa cerró los ojos un instante.

—Eso no es un trato.

—Ya lo sé.

Tesa apoyó una mano en el carro, sin acercarse.

—¿Le has contado lo de la puerta?

—No.

—¿Le has mostrado que le temes?

Nora miró las marcas que el teléfono había dejado en sus dedos.

—He tenido miedo, pero he intentado que no se me notara. Por fin he tenido una conversación con él de igual a igual.

Tesa asintió una vez. A su alrededor,la biblioteca siguió con su rutina. Algunas internas buscaban libros, otras devolvían ejemplares y las funcionarias iban de un lado a otro. Nora y Tesa podían hablar sin llamar demasiado la atención. Nora le contó a Tesa lo esencial de la visita. Las respuestas de Tomás las había anotado al volver a la celda y pensaba hacérselas llegar a Daniel, así que allí se centró en lo que más la había inquietado.

Cuando hablara con Daniel, le contaría la visita tal como había ocurrido. El recuerdo de la mujer seguía siendo demasiado incompleto para sacar conclusiones, pero Tomás sí había dicho algo que Nora podía repetir palabra por palabra. Ella solo había hablado de hechos ocurridos muchos años atrás y, aun así, él había

respondido que aquello «había quedado cerrado». Nadie había mencionado una denuncia ni una investigación. Esa parte había salido de él.

Daniel podría comprobar si detrás de aquellas palabras había algo real: una denuncia antigua, unas diligencias, cualquier asunto relacionado con Tomás o con Leza que hubiera terminado archivado. Nora no sabía qué iban a encontrar, pero por primera vez tenían un punto concreto por el que empezar.

27. Una mujer desaparecida

Daniel recibió la instancia de Nora al final de la mañana. El impreso sólo decía que necesitaba una comunicación urgente, sin nombres ni motivo, y había sido registrado pocas horas después de la visita de Tomás Varela. Pidió el primer hueco disponible. Al centro llevó una copia de la orden bancaria incorporada a la causa, la confirmación de que el padre había accedido a la zona de comunicaciones y una hoja en blanco. Prefería llegar sin preguntas cerradas: no quería que una frase aún desconocida terminara convertida, por el modo de preguntar, en la respuesta que él esperaba encontrar.

Nora entró con el folleto doblado bajo el brazo. Antes de sentarse, miró la puerta cerrada y dejó el papel entre ambos, aunque mantuvo una mano encima.

—Mi padre quiere que confiese —dijo—. No como una posibilidad. Me explicó la historia que debo contar.

Daniel no abrió aún el cuaderno.

—Empieza por sus palabras. Si no recuerdas una frase exacta, dime solo el sentido.

Nora desplegó la hoja. Antes de hablar de la visita, leyó la columna del fragmento: una mujer arrastrándose sobre tierra mojada, una puerta cerrada y la voz de Tomás ordenándole que no la abriera. No añadió que la mujer hubiese muerto ni que ella hubiera obedecido. Daniel lo anotó en una página aparte y escribió en el margen «recuerdo sin corroborar». Podía servir para orientar una búsqueda; no para completar lo que todavía faltaba.

Después, Nora leyó despacio la propuesta de Tomás: admitir una discusión, atribuir la muerte a una pérdida de control y utilizar la sustancia y los once minutos para negociar una condena menor. Repitió las cuatro frases que había conservado al volver del locutorio. Daniel las anotó entre comillas y le pidió el orden, la pregunta que

precedía a cada una y cuánto tiempo había pasado entre ellas. Se abstuvo de preguntarle qué creía que significaban.

Cuando llegaron a «Aquello quedó cerrado hace muchos años», Nora levantó la vista.

—Yo había mencionado a Leza, la orden con la firma de Tomás y documentos de cuando era niña. No dije denuncia, expediente ni caso. Fue él quien habló de cerrar algo.

—¿Le hablaste de la mujer que recuerdas?

—No. Tampoco de la puerta ni de la frase que recordé.

Daniel subrayó la frase. No demostraba que hubiera existido una investigación y, mucho menos, que Tomás hubiese participado en aquello que Nora recordaba. Pero estrechaba el campo: el pueblo, la infancia de Nora, una relación ya documentada entre Tomás y Leza y un asunto que, al menos para uno de ellos, pertenecía al pasado.

—También dijo que mi madre sigue en el pueblo y que debía recordarlo antes de remover nada.

—Eso sí vamos a dejarlo documentado. Podemos comunicar la amenaza al juzgado y pedir que se valore el riesgo para Elena.

Nora apretó la yema del índice contra una de las dobleces.

—Si alguien va a buscarla a casa, Tomás sabrá que he hablado.

—No puedo prometerte una intervención que él no perciba. Tampoco puedo garantizar medidas si ella no puede explicar su situación. Puedo presentar la frase exacta, identificar la visita y pedir que cualquier actuación se coordine antes de abordarla. Tú decides si lo hacemos ahora.

El miedo siguió en la cara de Nora, aunque esta vez la decisión era suya. Volvió a leer la amenaza y asintió.

—La frase exacta. No escribas que ha prometido hacerle daño. Es lo que quiso que entendiera, no lo que dijo.

Daniel anotó también ese límite. Antes de terminar, extendió la copia de la orden bancaria. En la esquina inferior seguía la referencia escrita a lápiz que Nora había descrito al encontrarla: A-4/7.

—¿Inés te explicó alguna vez qué significaba esto?

—No. En la funda faltaban hojas. Pensé que era una numeración suya.

Daniel volvió a mirar la referencia.

—Puede ser. O puede estar señalando otro documento que ya no estaba en la funda.

—¿Puedes averiguarlo?

—Voy a intentarlo.

Daniel miró las cuatro frases alineadas en su cuaderno. Podía haberle dicho que encontraría una respuesta. Era la clase de promesa que tranquilizaba durante unos minutos y se volvía en contra después; demasiado parecida, además, a la seguridad con que Tomás había ofrecido arreglar una condena a cambio de silencio y obediencia.

—Entonces lo único que tendremos claro es que tu padre reaccionó a algo que todavía tenemos que comprobar. Tu recuerdo puede orientarnos, pero necesitamos encontrar algo que lo respalde.

Nora dobló el folleto y lo guardó. Al levantarse, señaló la copia de la orden.

—Inés escribió que Tomás y Leza estaban juntos desde el origen. Empieza por averiguar qué llamaba origen.

En el despacho, Daniel extendió los documentos antiguos sobre la mesa y los mantuvo separados del expediente del asesinato. La copia de la orden bancaria había aparecido durante el registro dentro del bolsillo cosido de la bolsa de Nora; de la fotografía de la nave, sustraída la noche en que la drogaron, solo quedaba una copia de baja resolución en el segundo teléfono. La relación de pagos procedía de las hojas que Inés había distribuido entre distintos soportes. Faltaban originales, fechas y contexto. Aun así, varias de las fechas que podía comprobar llevaban a la misma época, catorce años atrás.

Empezó por lo que podía comprobar sin pedir acceso a actuaciones reservadas. Buscó la sociedad que había recibido el dinero de Tomás. Estaba extinguida, pero las publicaciones mercantiles conservaban un domicilio industrial en la comarca de Nora y dos administradores que, años después, aparecían vinculados a una empresa de seguridad utilizada por Velaria. Aquello no demostraba una continuidad criminal. Sí le daba una ruta documental que podía seguir.

Las hemerotecas digitales devolvieron accidentes de carretera, anuncios de fiestas y varias detenciones por pequeñas cantidades de droga. Ni Varela ni Leza aparecían. Daniel amplió entonces la búsqueda a ediciones provinciales cuyo contenido todavía no estaba completamente indexado y empezó a revisar ejemplares por fecha. A las nueve de la noche encontró una noticia de apenas siete líneas, encajonada entre la crónica de una feria y el robo de maquinaria agrícola.

«Buscan a una mujer que denunció amenazas».

Teresa Montalbán, de treinta y seis años, no había regresado a su domicilio después de ser citada para ampliar una denuncia presentada semanas antes. El texto mencionaba vehículos, distribución de drogas y el traslado de mujeres a reuniones privadas en distintos puntos de la provincia. La Guardia Civil no descartaba una ausencia voluntaria. No aparecía ninguna fotografía ni se identificaba a las personas denunciadas.

Daniel leyó el nombre varias veces. Teresa no figuraba en el directorio de mujeres del segundo teléfono, al menos no con el nombre completo. Tampoco aparecía entre las páginas de la carpeta azul incorporadas a la causa. Sin embargo, Inés había conservado documentos de aquella época sin dejar junto a ellos ninguna explicación de por qué le importaban.

Dos días después, el mismo periódico publicó que la mujer había proporcionado datos «imprecisos y difíciles de verificar». Tres semanas más tarde informó que las averiguaciones no habían permitido confirmar actividad delictiva y que Teresa Montalbán seguía sin ser localizada. Después, el nombre desaparecía de la hemeroteca.

Daniel añadió las tres fechas a su tabla. La orden bancaria que Tomás había firmado a favor de aquella empresa estaba fechada nueve días antes de la primera denuncia de Teresa. Una de las matrículas anotadas por Inés pertenecía entonces a la sociedad de transporte citada en el recorte. El reverso de la fotografía de la nave conservaba un sello casi borrado con el mismo nombre comercial.

Ya no dependía únicamente de la frase de Tomás. Había una mujer desaparecida, una denuncia anterior, una empresa vinculada

mediante un pago y documentos que Inés había separado bajo la palabra ANTIGUO. Lo que seguía faltando era la pieza que justificara la reacción de Tomás al oír el nombre de Leza.

Empezó a redactar una petición y la borró antes de terminarla. Había escrito «reapertura», como si el juzgado que investigaba la muerte de Inés pudiera recuperar por iniciativa de la defensa cualquier expediente antiguo. No era eso lo que necesitaba ni lo que podía pedir. Antes de reclamar actuaciones que contenían datos de otras víctimas tenía que justificar su relación con la causa actual.

En el segundo escrito pidió únicamente la documentación relacionada con el caso y se refirió a Teresa como una persona cuya situación todavía debía aclararse. Expuso la relación temporal y documental, recordó que Leza había admitido conocer a Tomás sin precisar desde cuándo y pidió que el juzgado recabara de la Fiscalía Provincial la identificación de las diligencias abiertas a raíz de la denuncia, el decreto que las hubiera concluido y el índice de actuaciones practicadas. Las copias completas las pidió solo si podían incorporarse al procedimiento sin exponer datos de terceras personas.

La fiscal se opuso. Una desaparición de catorce años atrás, sin conexión acreditada con Inés, podía ampliar la instrucción sin límite. Daniel respondió con la copia de la orden bancaria, las fotografías y la visita de Tomás. No pidió al juez que creyera a Nora; pidió que comprobara si el asunto al que su padre había aludido había existido.

El juzgado autorizó que se pidiera esa documentación, aunque solo la relacionada directamente con el caso. Pasaron cuatro días sin respuesta. Al quinto, cuando Daniel ya no sabía si estaba ante una demora ordinaria o ante otra clase de silencio, la plataforma notificó la incorporación de un documento. La Fiscalía Provincial remitía un índice, diecisiete folios y una advertencia: las antiguas diligencias de investigación preprocesal estaban incompletas después de varios traslados de archivo; determinados anexos no habían sido localizados y los datos personales de terceros se habían ocultado por no guardar relación comprobada con la causa actual.

Daniel descargó el archivo y guardó una copia con el justificante de incorporación antes de abrirlo. Meses atrás habría empezado a leer directamente, dando por hecho que el documento seguiría disponible donde lo había encontrado. Eva desaparecida, el borrado remoto y las páginas arrancadas le habían impuesto otra disciplina: primero preservar; después, interpretar.

Daniel empezó por el primer folio.

Teresa Montalbán había comparecido por iniciativa propia. Describió una red que utilizaba empresas de transporte y seguridad para mover drogas y llevar mujeres a fiestas privadas. Afirmó que algunas eran captadas mediante deudas, que otras regresaban sin recordar varias horas y que a varias las obligaban a mantener relaciones sexuales para saldar cantidades que nunca disminuían. Al menos dos habían recibido amenazas contra sus familias cuando intentaron marcharse. Identificó un almacén, tres vehículos y a varios hombres cuyos nombres aparecían tachados en la copia recibida.

La declaración de Teresa tenía correcciones, episodios sin fecha y alguna interrupción. En un momento de la entrevista pidió que pararan porque creyó reconocer un coche desde la ventana. Su relato era difícil de reconstruir en algunos puntos, pero el miedo con el que había contado todo aquello quedaba claro.

La Fiscalía había encargado cuatro comprobaciones. Una matrícula no estaba ya en circulación; otra pertenecía a la empresa que había recibido el pago de Tomás. El almacén de la fotografía figuraba arrendado por esa misma sociedad.

La diligencia destinada a identificar a dos de las mujeres constaba como pendiente. Teresa fue citada para ampliar la denuncia y aportar la documentación que decía conservar. No acudió.

Los folios siguientes reducían la búsqueda a dos visitas a su domicilio, una consulta a hospitales y varias llamadas sin respuesta. No constaban una inspección de la nave, una declaración de los administradores ni un análisis de los movimientos bancarios. Siete días después de la incomparecencia, la policía comunicó que no podía localizarla. Once días más tarde, las diligencias fueron

archivadas por falta de corroboración suficiente y porque ya no era posible ampliar el testimonio de la denunciante.

Daniel comprobó el índice. Se enumeraban siete anexos. La copia remitida contenía el primero, el segundo y los tres últimos. Los anexos tercero y cuarto constaban como no localizados. En el margen del inventario, junto a «Anexo 4», alguien había escrito años atrás: documentación aportada, pendiente de cotejo.

Miró la referencia de la copia de la orden bancaria: A-4/7.

Podía significar anexo cuatro de siete. También podía ser una clasificación que Inés hubiera creado después de obtener una copia. La coincidencia no permitía afirmar que aquel documento hubiese formado parte del expediente desaparecido, pero sí explicaba por qué lo había conservado junto a la nave y los pagos. Inés parecía haber reconstruido desde fuera lo que ya no estaba dentro.

La resolución que ordenó archivar la investigación ocupaba dos páginas. Resumía la denuncia como una sucesión de sospechas no confirmadas, señalaba que la ausencia de Teresa impedía aclarar sus contradicciones y concluía que no existían fundamentos suficientes para ejercitar acción penal. La decisión era jurídicamente posible: la Fiscalía podía recibir una denuncia y archivarla si no encontraba base para llevarla ante un juzgado. Lo que Daniel no encontraba era una explicación para la rapidez. Una mujer había denunciado amenazas contra quienes intentaban salir de una red; después desapareció, y esa misma desaparición terminó sirviendo para debilitar lo que había denunciado.

Al pie del decreto aparecían una fecha, un sello y la firma del fiscal que había dirigido las diligencias.

Gabriel Leza.

Gabriel Leza tenía entonces treinta y cinco años y todavía no ocupaba los cargos que después lo convertirían en una figura pública. Pero la lógica de aquella firma le resultó demasiado familiar a Daniel: el miedo de una mujer quedaba aislado de aquello que podía confirmarlo y, una vez aislado, pasaba a convertirse en una razón para dudar de ella.

La desaparición de Teresa seguía sin aclararse: podía haber muerto, haberse escondido o haber empezado otra vida. También

quedaban por identificar los hombres ocultos tras las tachaduras y averiguar por qué Tomás hablaba de aquel asunto como si llevara años definitivamente cerrado. Daniel se limitó a anotar lo que podía sostener: Teresa Montalbán denunció una red de drogas y explotación sexual; aportó datos parcialmente comprobados; desapareció antes de completar la declaración; faltaban dos anexos; Gabriel Leza archivó las diligencias.

Después colocó junto al decreto la fotografía de la nave y la copia de la orden bancaria que Inés había protegido para reconstruir una historia ocurrida catorce años atrás. Tomás se había equivocado en una sola cosa: aquello no estaba cerrado.

28. El mapa de Inés

La ampliación del informe sobre el segundo teléfono llegó con el decreto firmado por Leza todavía abierto sobre la mesa de Daniel. No identificaba la sesión que había borrado los archivos ni recuperaba ninguna grabación decisiva. La perita había trabajado sobre la copia forense y sobre las versiones preservadas tras el requerimiento judicial. Entre los restos de una carpeta eliminada aparecían veintitrés documentos atribuibles a Inés, cada uno con su huella de integridad.

El directorio llevaba dos iniciales: N. V.

Daniel esperó para abrirlo. Guardó los archivos en el soporte cifrado de la causa, comprobó que la remisión constaba en la plataforma y solo entonces empezó a leer. Había fotografías tomadas desde lugares públicos, capturas de horarios, anotaciones breves y un mapa compuesto por tres planos enlazados por una carretera: el pueblo de Nora, el recorrido interurbano y la terminal donde Inés había intervenido cuando Vicente intentó quitarle la bolsa.

El primer archivo se había creado casi cinco meses antes de que Nora llegara a la ciudad.

Inés había marcado la casa de los Varela, la plaza, la parada del autobús y dos lugares que frecuentaba Nora. En una fotografía, Nora cargaba una caja por la puerta lateral del bar; en otra, salía de una tienda con Elena mientras su madre guardaba el cambio. Las fotos parecían tomadas directamente desde la calle, sin que Inés hubiera intentado ocultarse dentro de un coche o detrás de algún sitio. Daniel comprobó que había seguido los movimientos de Nora de bastante cerca, aunque ella nunca se hubiera dado cuenta.

En el plano donde Inés había marcado la casa de los Varela también había anotado los horarios aproximados de Tomás, la matrícula de su coche y una advertencia que se repetía en tres fechas: «No acercarse mientras siga dentro». Inés había anotado

también dos intentos de hablar con Nora que no llegó a realizar. En uno escribió que Tomás la esperaba al salir; en otro, que Elena caminaba con ella. La tercera línea terminaba con una frase sin desarrollar y que Daniel no supo interpretar: «Si pregunta antes de estar fuera, puede llegar a él».

Daniel tuvo en cuenta aquellas anotaciones, pero sabía que por sí solas no demostraban nada sobre las intenciones de Inés. Inés había evitado un riesgo, sí, pero también había vigilado a Nora sin su consentimiento y había calculado cuándo estaría en condiciones de escucharla. En la cocina, Inés había reconocido que se arrepentía de haber vigilado a Nora. Ahora Daniel podía ver en el mapa cuándo y cómo lo había hecho.

Las últimas páginas cambiaban del seguimiento a la espera. Había tres horarios de autobús, dos rutas alternativas y una captura de la terminal con la cafetería rodeada en azul. Inés había señalado las mesas visibles desde el vestíbulo, la presencia de seguridad y la salida que conducía a la parada de taxis. Otra nota decía: «No llevarla a ningún sitio si tiene a alguien esperándola».

Debajo aparecía: «Ofrecer pensión. Casa solo si no hay alternativa».

La frase no coincidía del todo con lo que había ocurrido. Inés no llegó a ofrecerle primero una pensión porque Vicente ya estaba sujetando la bolsa cuando intervino; después sí le propuso acompañarla a una. Llevarla a casa había sido la última opción. El mapa no demostraba que Inés hubiese preparado a Vicente ni aquella situación de peligro. Lo que mostraba era que había pensado distintas formas de acercarse a Nora y había cambiado de plan cuando la encontró en aquella situación.

Otro documento recogía cuatro empleos de mañana y las rutas desde el piso. La cafetería del mercado estaba subrayada en azul. Antes de mostrarle el anuncio, Inés había comprobado el horario, las cámaras, las dos salidas y el nombre de Aurora. Junto al local escribió: «Contrato posible. Mucha gente. No depende de mí». La nota parecía marcar un límite: Nora podría ganar dinero sin quedar obligada con ella. También explicaba por qué Inés conocía la hora de entrada antes de que Nora se la dijera. El empleo formaba parte del

mapa, aunque hubiese sido Nora quien logró que Aurora la contratara.

Entre los archivos recuperados había una captura de un mensaje recibido la noche en que Nora se marchó. El número no aparecía guardado entre los contactos de Inés. El texto era breve: «HA SALIDO. VA EN EL ÚLTIMO». Junto a la captura, Inés había guardado el horario del autobús y la hora prevista de llegada a la terminal.

Daniel comprobó las horas. El mensaje había llegado con tiempo suficiente para que Inés fuera a la terminal antes de la llegada del autobús. Eso explicaba por qué sabía exactamente cuál tenía que esperar.

También encajaba con lo que Nora le había contado de aquella mañana. Cuando llegó, Inés ya estaba en la terminal y parecía llevar allí un rato. Lo ocurrido con Vicente había sido imprevisto; Inés había intervenido al verlo acercarse a Nora. Lo que sí había preparado era estar allí cuando ella llegara.

Solicitó autorización para mostrar a Nora una selección y mantener restringidos los datos de terceras personas. Le bastaban algunas fotografías para preguntarle si reconocía los lugares y las rutinas. No quería que la primera vez que viera su vida convertida en vigilancia fuera entre los párrafos de un escrito de defensa.

Nora reconoció el mapa antes de que Daniel terminara de extenderlo sobre la mesa. No era el plano que Inés utilizaba en la cocina, aunque compartía los mismos círculos azules y aquella costumbre de doblar las esquinas para ocultar parte del recorrido. En la copia, su pueblo ocupaba el extremo izquierdo; la ciudad aparecía al otro lado de una línea larga, atravesada por números de carreteras y paradas.

—¿De dónde ha salido?

—De una recuperación complementaria del teléfono. La perita la ha incorporado con el informe y el juzgado ha autorizado que te enseñe estas páginas. Antes de interpretar nada, necesito que identifiques lo que puedas y que digas cuando no estés segura.

Nora acercó la primera fotografía. Reconoció la puerta lateral del bar y la chaqueta de aquel invierno. En la segunda, Elena llevaba la

bolsa de tela que guardaba junto a la lavadora. Nora recordó esa tarde porque Tomás había contado las monedas del monedero al volver a casa y preguntado dos veces por qué faltaban tres euros.

—Yo no sabía que estaba allí —dijo.

Nora miró las fotografías sin decir nada. Le costaba asumir que Inés hubiera estado allí, observándola mucho antes de que llegaran a conocerse.

Daniel le mostró las fechas y después las notas junto a la casa. Nora leyó los dos acercamientos descartados, el horario de Tomás y la orden de no hablarle mientras siguiera dentro. La prudencia de Inés no la consoló. Tomás la había vigilado durante años para controlar lo que hacía. Ahora descubría que Inés también había seguido sus movimientos durante meses, y eso le incomodaba aunque supiera que sus motivos eran otros.

—Sabía que me había buscado durante meses —dijo—. Me lo confesó.

—Pero no te explicó hasta qué punto había seguido tus movimientos.

—No. Esto no.

Daniel colocó delante de ella las páginas de la terminal. Nora reconoció la cafetería, la mesa desde la que había vigilado las entradas y la salida lateral por la que se marchó Vicente. Una anotación describía la cámara del establecimiento y el lugar habitual del vigilante. Otra contenía tres alternativas para hablar con ella sin obligarla a subir a un coche ni a seguir a una desconocida.

—Hasta pensó dónde debía sentarme.

—Pensó dónde podría verte. No sabemos qué parte habría seguido si aquel hombre no hubiera intervenido.

—Yo tampoco sé qué habría elegido si él no me hubiese quitado la bolsa. Ese es el problema. Cada vez que intento recordar por qué acepté ir con Inés, ahora hay una decisión suya debajo de la mía.

Daniel hizo una breve pausa antes de continuar. El documento podía ayudar a la defensa porque demostraba que Inés llevaba meses buscando a Nora y que había preparado su encuentro. Pero también confirmaba que le había ocultado muchas cosas desde el principio, y Daniel sabía que para Nora eso no era fácil de asumir.

Daniel le mostró después la hoja con los empleos. Nora reconoció el anuncio de la cafetería que Inés le había enseñado aquella mañana en la cocina y la ruta marcada hasta el mercado. Junto al local aparecía anotado el turno de siete a tres.

—El periódico no decía a qué hora empezaba —dijo—. Se lo pregunté cuándo lo supo sin que yo se lo hubiera contado.

—Esta anotación es anterior a tu primera mañana de trabajo.

Nora leyó «No depende de mí». Podía reconocer la intención de Inés de ofrecerle una independencia real y, al mismo tiempo, la mano que había decidido cuál de las tres ofertas acabaría delante de ella. Aurora la había contratado por lo que Nora hizo dentro del local. Eso seguía siendo suyo. La puerta por la que entró, en cambio, ya había sido señalada de antemano.

—Este mapa puede ayudarnos a demostrar por qué estabas en su casa sin convertirte en una intrusa que se aprovechó de ella —dijo al fin—. También demuestra que te ocultó información y dirigió el encuentro. Las dos cosas pueden ser verdad. Tú decides cómo quieres explicarlo cuando llegue el momento.

Por último, Daniel dejó delante de Nora la captura del mensaje.

—¿Quién sabía que ibas a coger el último autobús?

Nora volvió a leerlo.

—Mi madre. Fue ella quien me dijo que saliera por detrás de las huertas y cogiera el último.

Entonces recordó el compartimento de la despensa y el cargador que había visto junto al dinero.

—También había un cargador de teléfono escondido allí. No lo reconocí.

Daniel anotó el dato.

—Habrá que comprobar quién envió el mensaje.

Nora dejó la captura junto al mapa. Inés había preparado su presencia en la terminal. La decisión de marcharse, en cambio, había sido de Nora: había salido de casa, había corrido hasta la parada y había subido al autobús por voluntad propia.

—Si fue mi madre, por eso Inés sabía qué autobús esperar.

—Sí. Pero primero tenemos que demostrar que ese número era suyo.

Nora asintió y apartó la captura.

—¿Por qué empezó a buscarme cinco meses antes?

Daniel retiró el mapa y dejó en su lugar una copia parcial del índice antiguo. Hasta entonces había mantenido separadas ambas líneas porque una procedía del teléfono y la otra de diligencias archivadas catorce años atrás. La fecha de creación de la carpeta N. V. indicaba que Inés ya conocía la historia antigua cuando empezó a seguir a Nora.

—He encontrado a una mujer que denunció la red vinculada a las empresas de Tomás —dijo—. Desapareció antes de ampliar su declaración. Faltan dos anexos y la referencia de la orden bancaria podría corresponder a uno de ellos. Gabriel Leza dirigió las diligencias y las archivó.

Nora no preguntó primero por Leza.

—¿Cómo se llamaba la mujer?

Daniel pronunció el nombre sin saber que iba a alterar algo fuera de los documentos.

—Teresa Montalbán.

Nora vio que las piezas se desplazaban. Teresa tenía treinta y seis años cuando desapareció; catorce años después tendría cincuenta. Tesa había levantado la vista al oír el apellido Varela el primer día, llevaba una cicatriz que abría el recuerdo de una mujer sobre tierra húmeda y había admitido que esperaba saber cuánto conservaba Nora. Hasta ese momento, cada dato podía mantenerse separado. El nombre los acercaba, pero todavía no demostraba que pertenecieran a la misma persona.

—Necesito volver al módulo —dijo.

Daniel observó cómo apartaba la copia del mapa.

—Un nombre parecido no basta para identificar a nadie.

—No. Por eso no voy a decir que la he identificado.

Nora regresó al módulo a última hora de la tarde. Todavía faltaba un rato para la cena. Entró en la 214, se sentó en el borde de la cama y sacó de la funda de plástico el folleto en el que llevaba semanas separando hechos, fragmentos y dudas.

Bajo «Ahora» escribió dos palabras: Teresa Montalbán. Añadió después la edad, la denuncia y la firma de Leza al pie del archivo.

No escribió Tesa. Todavía no. Daniel tenía razón: un nombre, una cicatriz y varias coincidencias no bastaban para identificar a una persona.

Cuando avisaron para la cena, Nora dobló el folleto y lo guardó. Tendría que esperar hasta la próxima vez que coincidiera con Tesa en la biblioteca. No quería llegar allí con una acusación ni con una certeza que todavía no podía demostrar.

La próxima vez que coincidieran en la biblioteca, empezaría por una sola pregunta.

—¿Quién eres?

29. La mujer detrás de la puerta

Nora esperó hasta la siguiente vez que coincidió con Tesa en la biblioteca. Desde que había regresado al módulo, el nombre de Teresa Montalbán no había dejado de darle vueltas en la cabeza. Teresa Montalbán. Treinta y seis años cuando dejó de estar localizable. Cincuenta ahora. Una denuncia relacionada con drogas y explotación sexual, dos anexos desaparecidos y la firma de Gabriel Leza al pie del archivo.

Aun así, no era una identificación. Daniel se lo había advertido y Nora se había obligado a respetar esa frontera. Un apellido, una edad y varias coincidencias podían acercar dos historias sin convertirlas todavía en la misma. Esperó a tener delante a la única mujer que podía confirmarlo.

Finalmente llegó el momento de ir a la biblioteca y poder ver a Tesa. Cerca de la puerta, una funcionaria vigilaba mientras varias internas ocupaban las mesas de lectura. Tesa estaba detrás del carro de devoluciones, registrando ejemplares con un lápiz. Al ver a Nora, miró primero sus manos y luego su cara, como llevaba semanas haciendo cada vez que trataba de averiguar si Nora sabía algo más.

Nora dejó sobre el mostrador el libro que había tomado prestado dos días antes. No lo había abierto.

—Daniel ha encontrado unas diligencias de hace catorce años —dijo en voz baja—. Una mujer denunció una red vinculada con drogas y explotación sexual. Desapareció antes de ampliar la declaración y Gabriel Leza archivó el asunto.

Tesa dejó de escribir. El lápiz permaneció quieto entre sus dedos.

—¿Qué más ha encontrado?

—Primera regla: no contar todo lo que sabes.

La boca de Tesa se movió apenas, en un gesto demasiado amargo para ser una sonrisa. A Nora no le produjo ninguna satisfacción devolverle sus propias palabras, pero las necesitaba.

Aquel nombre había unido demasiadas piezas y, si Tesa intentaba separarlas otra vez, quería conservar al menos las que podía sostener sin su ayuda.

Tesa señaló con la barbilla una mesa lateral. Seguía a la vista de la funcionaria, aunque estaba lo bastante apartada para hablar sin levantar la voz. No era intimidad; en prisión casi nada lo era. Nora se sentó frente a ella y mantuvo las manos sobre el folleto doblado en el que llevaba semanas separando hechos, fragmentos y dudas.

—Teresa tenía treinta y seis años cuando dejó de estar localizable —continuó—. Ahora tendría cincuenta. El día que entré aquí levantaste la cabeza cuando dijeron mi apellido. Sabías que en mi recuerdo había una puerta antes de que yo te lo contara. Y cuando te expliqué lo que estaban diciendo de Inés, te quedaste con el libro cerrado y no pudiste ocultar que te dolía.

Tesa mantuvo la vista en la mesa.

—Eso no demuestra que yo sea la mujer de un expediente.

—No. Demuestra que no necesitas preguntarme quién es. Lo demás te lo estoy preguntando yo a ti.

A Nora le temblaban las manos. Temía la respuesta, pero necesitaba oírla. Aquello estaba sucediendo allí: bajo una luz blanca, entre estanterías numeradas, con el ruido ocasional de un carro de libros al fondo. Podía recordar cada palabra y escoger qué hacer con la siguiente.

—¿Eres Teresa Montalbán?

Tesa alzó la cabeza. La autoridad con la que había impuesto reglas y hecho desaparecer amenazas sin entrar en el módulo de Nora seguía allí, aunque por un instante dejó ver el cansancio que sostenía debajo.

—Sí.

Y ahí tenía la respuesta que tanto temía. Nora había imaginado que una confirmación cerraría la incertidumbre, y lo único que hizo fue poner un nombre completo a la mujer que llevaba semanas observándola desde el otro lado de los límites del centro. Teresa Montalbán no estaba desaparecida ni muerta. Estaba allí, cumpliendo una condena que Nora aún no comprendía del todo, con una cicatriz que había abierto un lugar enterrado dentro de ella.

—¿Conocías a Inés?

Tesa inspiró despacio. Por primera vez, no se refugió detrás de otra pregunta.

—Era mi hija.

Durante un momento, el murmullo de la biblioteca perdió presencia. Nora miró a Tesa sin buscar un parecido físico. Le vinieron, en cambio, gestos que no dependían de los rasgos: alisar una doblez antes de hablar, hablarle con brusquedad para que no se notara que estaba preocupada, ofrecer una salida sin llamarla ayuda. Inés le había puesto una llave en la mano; Tesa, tres reglas. Las dos habían decidido qué podía saber Nora y cuándo.

—Tu hija me vigiló durante meses.

—Lo sé.

—¿Sabías lo del mapa?

—No todo.

—Explícate mejor.

Tesa cerró el libro de registro que había llevado hasta la mesa.

—Sabía que te había encontrado. Sabía que observaba la casa y que esperaba a que salieras de allí. Le dije que no se acercara mientras siguieras bajo el control de Tomás, porque cualquier pregunta que te hiciera podía llegar a él. Pero yo no conocía todos los detalles. No sabía cómo pensaba acercarse a ti en la terminal ni que ya había elegido la cafetería que iba a enseñarte después.

La distinción podía ser cierta. No por eso limpiaba lo que habían hecho ninguna de las dos.

—Entonces también participaste.

—Participé en esperar.

—Desde una prisión es fácil llamar espera a lo que otra persona hace por ti.

Tesa no se alteró. Se quedó con las manos sobre la mesa y esperó a que Nora continuara.

—Inés tenía dieciséis años cuando me arrancaron de su vida —dijo—. Pasó los años siguientes oyendo que su madre había huido, que estaba metida en drogas y que todo lo que denunció era una excusa para librarse de sus propios delitos. Cuando fue lo bastante

mayor para buscar documentos, empezó a reconstruir lo que otros habían dejado roto. Yo intenté detenerla más de una vez.

—No lo conseguiste.

—No. Inés confundía proteger a alguien con adelantarse a decidir por esa persona. Podía reconocer el daño y volver a hacerlo de otra manera si creía que así evitaba uno mayor.

Nora pensó en la pensión prevista, en la habitación ofrecida al final, en el empleo subrayado antes de que ella llegara a la ciudad. También recordó la culpa de Inés en la cocina y aquella promesa de contarle la verdad que la última salida había dejado a medias.

—La querías —dijo—. Eso no convierte en correcto lo que hizo.

—No.

Que Tesa no buscara una excusa dolió más de lo esperado. Nora quería encontrar un punto donde separar el afecto de la manipulación, conservar a la mujer que la había acogido y apartar a la que había dibujado su vida sobre un mapa. Tesa no le ofreció esa salida.

—¿Por qué me protegiste? ¿Por ella o porque necesitabas una testigo?

Una silla raspó el suelo al otro lado de la sala. La funcionaria levantó la vista y volvió enseguida a sus papeles. Tesa tardó unos segundos en responder.

—Cuando dijeron tu nombre en el centro, no sabía si habías llegado por casualidad o si alguien quería que yo supiera que estabas aquí. Reconocí el apellido y, cuando te vi en la biblioteca, acabé reconociéndote a ti. No de inmediato por la cara. Fue algo distinto, por la forma en que mirabas las puertas antes que a las personas.

La madera húmeda apareció primero como una sensación. Nora cerró los dedos contra la palma hasta que el olor retrocedió. No iba a permitir que el recuerdo ocupara el sitio de aquella conversación.

—¿Me habías visto de niña?

—Sí.

—¿Eras la mujer del suelo?

Tesa sostuvo su mirada.

—Sí.

La cicatriz dejó de ser una semejanza posible entre dos imágenes. La espalda que Nora había visto bajo la camiseta en la biblioteca y la mujer que hundía una mano en la tierra pertenecían al mismo cuerpo. No recuperaba con eso el orden de la escena, pero una de las dudas de su tercera columna acababa de desaparecer.

—Creía que habías muerto.

—Eso querían que creyeras.

—¿Quiénes?

—Todavía no.

Esta vez, Nora sabía perfectamente por qué estaba enfadada.

—No puedes decirme que eres la mujer de mi recuerdo y decidir después dónde termina mi pregunta.

—Puedo decidir qué parte de mi historia cuento. Igual que tú.

—Llevas semanas examinándome para saber cuánto recordaba.

—Sí.

—Me protegiste para mantener viva una prueba.

Tesa apretó la mandíbula. La dureza siguió en su voz cuando respondió, aunque ya no bastaba para ocultarse detrás de ella.

—Al principio necesitaba mantenerte viva porque no sabía qué recordabas ni por qué habías aparecido precisamente en este centro. Después supe lo de Lidia, lo de la droga bajo el colchón y que seguías negándote a confesar algo que no habías hecho. Dejaste de ser una posibilidad dentro de la historia de Inés. Pero sí: también necesitaba saber cuánto conservabas. Si quieres una versión que me haga mejor persona, no la tengo.

Nora había intentado obligarla a escoger entre protección e interés, y Tesa se negaba a separarlos. La había protegido y también la había observado. Había movido deudas para impedir que otras internas la utilizaran mientras esperaba saber si Nora podía servir para reconstruir su verdad. Ninguna cosa borraba la otra.

—¿Sabía Inés que estabas aquí?

—Sabía que seguía viva.

—¿Hablábais?

—Lo suficiente para discutir. No lo suficiente para recuperar catorce años.

Ahí apareció un dolor que Tesa había mantenido fuera incluso cuando la televisión mostró el rostro de su hija. Nora pensó en la última noche de Inés, en la llamada de siete segundos que nadie respondió y en todo lo que había quedado sin decir porque otros habían decidido cuánto tiempo les correspondía.

—Ella me buscó por lo que ocurrió detrás de esa puerta.

—Te buscó porque creyó que eras la única persona ajena a ellos que estuvo allí y seguía viva.

—Una testigo.

—Una niña, entonces. Una testigo ahora, si decides serlo.

—No parece que me dejarais decidir mucho.

Tesa bajó la mirada un instante.

—No. En eso Inés se parecía más a mí de lo que le habría gustado admitir.

Nora desplegó el folleto. En «Ahora» añadió dos hechos: Tesa había confirmado llamarse Teresa Montalbán; Inés era su hija. En «Fragmento» no escribió nada. Esta vez no tenía que reconstruir el pasado. Solo escuchar lo que Tesa estaba dispuesta a contarle. Bajo «No sé» anotó quién estaba con Tomás, qué ocurrió antes de que la mujer llegara a la puerta y qué hizo la niña después de oír la orden.

Tesa leyó desde el otro lado sin tocar la hoja.

—No voy a contestarte esas preguntas hoy.

—No quiero que rellenes mi recuerdo.

—Aunque te cuente lo que pasó, después podrías mezclar mis palabras con lo que recuerdes tú. Y el día que declares, alguien dirá que nunca recordaste nada, que repetiste una historia aprendida conmigo.

—Mi memoria no es la única prueba.

—No. Por eso Teresa Montalbán tendrá que existir también fuera de tu memoria.

Aquello cambiaba algo entre las dos. Hasta entonces Tesa había administrado su identidad como una verdad privada. Ahora aceptaba que tendría consecuencias fuera de la biblioteca.

—Daniel lo sabrá —dijo Nora—. No voy a ocultarle algo que cambia mi defensa.

—Lo imaginaba.

—Puedes contárselo tú o se lo contaré yo. Pero no volveré a guardar un secreto porque alguien decida que todavía no estoy preparada.

Tesa cogió el lápiz, lo hizo girar entre los dedos y lo dejó paralelo al borde de la mesa.

—Dile que solicite hablar conmigo. Yo daré mi consentimiento.

Nora aceptó. Si Tesa hablaba con Daniel, tendría que contarle lo que sabía y permitir que él comprobara su historia. Antes de guardar el papel, añadió una última línea bajo «Ahora»: Teresa acepta hablar con Daniel.

La funcionaria anunció el final del turno. Varias internas empezaron a devolver libros y a formar junto a la puerta. Tesa recogió el registro, pero no volvió al carro. Se quedó junto a la mesa, sin saber muy bien qué hacer con las manos.

—Lo siento —dijo Nora.

Tesa no preguntó por qué.

—Yo también.

Había más de una muerte dentro de aquella respuesta y ninguna absolución.

Nora se levantó cuando la llamaron. Antes de apartarse de la mesa, miró a Tesa una última vez.

—No me digas qué hice.

—No pensaba hacerlo.

—Solo dime una cosa. La niña que estaba allí… ¿era yo?

—Sí.

Esa noche, en la celda, Nora siguió despierta mucho después del recuento. Guardó la hoja doblada bajo el colchón, en la funda de plástico de las notas para Daniel. En la galería sonaban pasos, un televisor lejano y puertas metálicas al cerrarse.

Un cerrojo sonó dos celdas más allá.

El golpe le hizo recordar lo que había ocurrido justo antes de aquella imagen. Esta vez no vio a la mujer arrastrándose ni la puerta desde fuera. Sintió una pieza fría bajo los dedos, demasiado alta para alcanzarla bien, y su cuerpo pequeño tirando de algo que aún no se movía.

El recuerdo se interrumpió antes de que el cerrojo llegara a abrirse.

Nora abrió los ojos. La celda seguía cerrada. No sabía si aquella mano había apartado el cerrojo, pero por primera vez recordaba dónde estaba la niña. Esta vez estaba pegada a la puerta, intentando abrirla con las dos manos.

30. La niña que abrió el cerrojo

Nora no quiso forzar el recuerdo. Se quedó tumbada en su cama, con los ojos abiertos, una mano fuera de la manta y la otra sobre el estómago, mientras el sonido de un cerrojo se perdía por la galería. La celda seguía allí: el resplandor de la mirilla, el olor a detergente, la cama vacía frente a la suya. Todavía recordaba el tacto frío del metal bajo los dedos y el esfuerzo de tirar del cerrojo.

Nora ya sabía que no debía fiarse de los recuerdos que parecían llegar demasiado claros. Después de hablar con Tesa en la biblioteca, todavía menos. Se concentró solo en lo que recordaba con seguridad: el metal estaba frío, el cerrojo quedaba demasiado alto y no conseguía moverlo. Después aparecieron otros detalles, desordenados y difíciles de situar.

Primero recordó la manga de un jersey rojo que le cubría media mano. Después, las botas de agua de su madre, demasiado grandes para ella y manchadas de barro. Nora tenía siete años aquella noche. Había llovido durante horas.

Más allá de las huertas, una construcción abandonada conservaba parte del tejado y una bombilla encendida detrás de una ventana sin cristales. Antes se guardaban herramientas allí; para Nora era uno de aquellos lugares a los que Tomás le había prohibido acercarse porque el suelo podía hundirse. Desde el camino llegaba una canción de mujer amortiguada por las paredes: tres notas descendentes, una pausa y la voz que volvía a elevarse.

Elena caminaba unos metros por delante, con un abrigo sobre el camisón y sin linterna. Nora no sabía por qué su madre había salido de casa, ni si seguía a Tomás o acudía porque él se lo había ordenado. De aquella parte conservaba un vago recuerdo: Elena se volvió, la vio detrás y se llevó un dedo a los labios. No la mandó regresar.

Se acercaron por la parte posterior. La puerta exterior estaba entornada y por la abertura salían la música y una mezcla de tabaco, tierra y alcohol. Elena se detuvo antes de entrar. Nora se agachó a su lado y miró por debajo de su brazo. Dentro había dos hombres y una mujer.

Tomás estaba de espaldas, sin chaqueta, con las mangas recogidas. El otro hombre permanecía junto a una mesa improvisada sobre dos caballetes. Era más joven que el rostro que Nora vería años después en televisión, pero la voz no había cambiado. No necesitaba alzarla para que los demás callaran. Nora no conservaba la frase exacta con la que interrogaba a Teresa; recordaba que preguntaba por unas copias y que lo hacía con una paciencia casi cortés, como si la violencia fuese una consecuencia razonable de que ella no colaborara.

La mujer estaba en el suelo. Tenía las muñecas juntas delante del cuerpo y la ropa desgarrada a la altura de la espalda. Intentó incorporarse, pero una rodilla le falló y volvió a caer sobre la tierra húmeda. Tomás se inclinó, la agarró por un brazo y la obligó a quedarse allí. Teresa negó saber dónde estaban aquellas copias, o negó que existieran; Nora ya no podía distinguir qué palabras pertenecían al recuerdo y cuáles había construido después, al comprender la escena.

Leza apagó el cigarrillo en una copa que aún contenía líquido. La radio portátil estaba a su lado, demasiado alta. Volvió a preguntarle algo. Nora no recuperó las palabras, sino el modo: una voz medida que convertía la amenaza en procedimiento. Tomás tiró de Teresa para levantarla. La tela rozó una pieza de metal de la pared y ella soltó el aire, pero no dijo lo que esperaban. Apartó el brazo; la copa cayó y se rompió.

Elena se apresuró a empujar a Nora hacia atrás. Retrocedieron hasta el lateral del edificio, aunque no llegaron al camino. Entonces una mano apareció desde la oscuridad y se cerró alrededor de la muñeca de Nora. Tomás la obligó a ponerse en pie. La presión de aquellos dedos era la misma que había irrumpido en el piso de Inés durante los once minutos: un dolor antiguo que su cuerpo había conservado mucho antes de que la escena tuviera un lugar.

Elena se interpuso. Nora recordaba que intentó explicar que la niña se había despertado y la había seguido, que no había visto nada. No podía jurar aquellas palabras, pero sí el modo en que su madre se colocó entre ambos. Leza salió detrás de Tomás, cerró la puerta exterior sin encajarla y observó a Nora. Ahora reconocía esos ojos: no había sorpresa en ellos, sino una valoración fría de cuánto podía haber entendido.

Desde el interior llegó un golpe contra la madera. Cuatro dedos dejaron marcas incompletas en la parte baja de la puerta cuando Teresa intentó apoyarse para levantarse. Tomás volvió la cabeza hacia el ruido y apretó aún más la muñeca de Nora.

—No abras esa puerta.

La frase sí estaba entera. Había sobrevivido sin contexto, repitiéndose durante años en sueños, sobresaltos y puertas que Nora necesitaba comprobar dos veces. No sabía si Tomás la pronunció exactamente en aquel segundo o unos instantes antes, pero de las palabras no dudaba.

Las luces de un vehículo aparecieron al otro lado de las huertas. Tomás y Leza se apartaron unos metros y discutieron en voz baja. Nora no supo entonces si esperaban a alguien o temían que los hubieran visto. Poco después, los dos se alejaron en dirección al vehículo. Elena cogió a Nora por los hombros e intentó apartarla del edificio.

La mujer golpeó otra vez desde dentro. Esta vez no fue un golpe, sino el peso de un cuerpo que ya no conseguía sostenerse. Nora miró a su madre. Durante años, Nora había recordado sobre todo la voz de Tomás. Ahora apareció un detalle que había quedado fuera: Elena cerró los ojos y dejó de sujetarla. Nora aprovechó ese momento para acercarse a la puerta.

Nora volvió a la puerta exterior, pasó de lado por la abertura y se acercó a la puerta de madera. La bombilla seguía oscilando. Teresa se arrastraba hacia ella, con una mano hundida en la tierra y la otra pegada al costado. Entre ambas había cristales, una silla volcada y aquel olor metálico de sangre que Nora reconocería durante años antes de saber de qué era.

El cerrojo estaba por fuera, sujeto al marco a una altura que obligó a la niña a ponerse de puntillas. Lo agarró con las dos manos. La primera vez apenas consiguió moverlo unos milímetros. Miró hacia atrás. Elena había entrado y vigilaba la puerta exterior, inmóvil bajo la lluvia que caía a través del tejado roto. Nora no recordaba que Elena le hubiera dicho nada. Lo que sí recordaba era que había dejado de sujetarla, y que ella entendió que podía volver a intentarlo.

Apoyó una bota contra la madera y tiró con todo el peso del cuerpo. El metal raspó la guía. Se detuvo. Volvió a tirar hasta que el pasador salió y produjo un chasquido breve, mucho menos importante que el ruido que había conservado durante catorce años.

La puerta se abrió hacia ella.

Teresa cayó de rodillas al otro lado y, durante un momento, quedaron a la misma altura. Tenía tierra en la cara y sangre junto al cabello, pero estaba viva. Sus ojos pasaron del jersey rojo a Elena. Nora recordaba a su madre señalando la parte posterior de la construcción, donde una chapa suelta permitía alcanzar el camino bajo. Recordaba a Teresa incorporándose con la espalda herida bajo la tela rota y volviendo un instante para apartarla de los cristales. Le dijo algo que no recordaba, pero sí recordó que la tocó.

Teresa atravesó el fondo de la construcción y desapareció entre los matorrales. Elena agarró a Nora y se dirigió hacia la salida, pero no llegaron a alcanzarla. Tomás apareció en la puerta exterior. Miró el cerrojo abierto, la puerta interior y las marcas de barro que conducían hacia la parte posterior del almacén. En cuanto comprendió lo que había pasado, apartó a Nora de un tirón y golpeó a Elena. Ella perdió el equilibrio y chocó contra la mesa improvisada.

Nora recordaba a Elena intentando asumir la culpa y a sí misma gritando que había sido ella quien había abierto. Recordaba a Tomás levantando otra vez la mano. Leza entró sin correr, miró el hueco del cerrojo, la salida del fondo y a la niña que todavía llevaba barro en las mangas. Dijo algo que detuvo a Tomás. Nora no recordaba la palabra exacta, solo la obediencia inmediata de su padre.

Después Leza se agachó frente a ella. La música continuaba detrás; el pequeño equipo había vuelto al principio y repetía el

estribillo. De todo lo que dijo entonces, una frase había quedado clavada con la misma nitidez que la orden de Tomás:

—Aquí no había ninguna mujer.

Lo demás no lo recordaba palabra por palabra, solo sabía lo que había pasado. Leza quiso imponer una versión: Elena se había caído, Nora se había asustado y aquello era lo único que debía conservar. Le sujetó la barbilla para obligarla a mirarlo. Nora no recordaba si respondió. Sí recordaba el tabaco, la menta y la sensación de que un adulto podía decidir qué había ocurrido aunque ella acabara de verlo.

La parte que continuaba saltaba a la cocina, al jersey rojo sobre una silla y a las manos de Tomás bajo el grifo. Tomás les hizo entender que Teresa no había escapado, que hablar pondría a Elena en peligro y que cualquier consecuencia sería culpa de Nora por haber abierto la puerta. La obligó a aceptar una versión en la que la mujer terminaba muerta y su ayuda se convertía en la causa de todo lo que pudiera ocurrir después.

Nora comprendió por qué durante años su memoria había terminado siempre antes de la huída. No porque hubiese visto morir a Teresa, sino porque la amenaza posterior no dejaba lugar a que pudiera desobedecer. La mujer había permanecido en el suelo. En cambio, la mujer levantándose, cruzando el umbral y desapareciendo entre los matorrales había quedado expulsada del relato.

El recuerdo se detuvo en la cocina. Nora seguía dentro de la celda, sola, con las uñas clavadas en la palma y el nombre de Leza unido por fin a un rostro que no pertenecía a una imagen en televisión. No había perdido la conciencia. Sabía dónde estaba, oía a una funcionaria hablando al final de la galería y distinguía el frío de la pared colándose por su espalda.

Se incorporó despacio, sacó el folleto del armario y desplegó la hoja de las tres columnas. Antes de escribir esperó a que disminuyera el temblor de las manos. No quería convencerse de que lo recordaba todo cuando todavía podía faltarle algo.

En «Fragmento» anotó la construcción, la lluvia, la radio, la copa rota, la voz de Leza, las manos de Tomás, el cerrojo y la salida de

Teresa. Marcó con comillas únicamente dos frases: «No abras esa puerta» y «Aquí no había ninguna mujer». A su lado escribió: literalidad alta; orden exacto, no seguro. Bajo «No sé» anotó tres cosas: por qué Elena había ido hasta aquella construcción, cómo había acabado Teresa allí y qué ocurrió con ella después de escapar.

En «Ahora» escribió lo único que ya podía separar del miedo que le habían impuesto: había abierto el cerrojo y Teresa había salido viva de aquella construcción.

Durmió poco. A la mañana siguiente presentó una nueva petición para comunicar con Daniel y guardó la hoja dentro del folleto sin comentarla con nadie. Cuando llegó la franja de biblioteca, Tesa estaba como siempre clasificando devoluciones detrás del mostrador. Nora esperó a que la funcionaria les indicara la mesa lateral que ya habían utilizado otros días.

—He recordado más —dijo Nora.

Tesa no preguntó cuánto.

—¿Lo has escrito antes de venir?

—Sí. Sin hablar contigo.

Tesa asintió, y aquella aprobación seca importó más que cualquier consuelo.

—Necesito saber qué puedes confirmar tú —continuó Nora—. Pero no quiero que leas lo que he escrito antes de responderme.

—Mejor.

Nora no relató la escena completa. Hizo preguntas breves y separadas. Tesa confirmó que recordaba a una niña con un jersey rojo abriendo la puerta, que Elena estaba allí y le indicó la salida posterior, y que Tomás y Gabriel Leza se encontraban en la construcción. Cuando Nora preguntó por el orden exacto de algunas frases, Tesa negó con la cabeza.

—Después de catorce años puedo decirte quién estaba, qué hicieron y por dónde salí. Si me pides una conversación palabra por palabra, te estaría dando algo que no tengo.

La respuesta alivió a Nora de una manera inesperada. No necesitaba que las dos memorias encajaran como piezas fabricadas para el juicio. Necesitaba saber dónde coincidían y dónde dejaban de hacerlo.

Tesa cogió una hoja en blanco. Nora escribió en la esquina de la suya la fecha y la hora aproximada en que había empezado a redactarla durante la noche. Tesa hizo lo mismo con la nueva hoja y después se sentó en otra mesa, a varios metros, bajo la mirada distante de la funcionaria. Durante los minutos siguientes ninguna habló.

Nora volvió a su columna y añadió un hecho que no procedía de Tesa: después de la huida, Tomás había golpeado a Elena y obligado a ambas a negar lo ocurrido. Esa parte necesitaría que se pudiera corroborar. Pensó en su madre, todavía en el pueblo. No intentaría arrancarle una confesión por teléfono; pediría a Daniel que encontrara una forma segura de acercarse a ella.

Cuando Tesa terminó, dobló su hoja dos veces, escribió Teresa Montalbán en el exterior y la mantuvo consigo. No se la entregó a Nora.

—Si Daniel quiere hablar conmigo, que lo pida por el conducto que corresponda —dijo—. Y antes de que use una sola palabra, quiero que quede claro que es mi versión, no la tuya.

—Eso quiero yo también.

Tesa apoyó la mano sobre el sobre improvisado, sin empujarlo hacia ella.

—Hay una parte que todavía no me has preguntado.

—¿Cuál?

—A quién viste.

Nora sostuvo el lápiz sobre el papel. Durante años había reconocido una voz sin rostro y un miedo sin escena. Ahora podía situar a los dos hombres bajo la bombilla: Tomás con las mangas recogidas; Gabriel Leza junto a la radio, preguntando por unas copias y tratando después de imponerle qué debía recordar.

—A mi padre y a Leza.

Tesa pareció sentir alivio. Dio un golpecito con un dedo sobre la hoja doblada.

—Eso está en mi versión. Lo demás tendremos que demostrarlo fuera de aquí.

Nora escribió ambos nombres en «Fragmento». No los llamó culpables ni asesinos; anotó que los recordaba presentes y que Tesa

afirmaba recordar también su presencia. Debajo añadió la frase que Tomás llevaba catorce años convirtiendo en culpa: «La niña abrió el cerrojo».

Al leerla, Nora no sintió miedo. Por primera vez, entender lo ocurrido no la hacía sentirse atrapada. Recordó su cuerpo pequeño, el metal cediendo y a una mujer viva cruzando el umbral.

31. La misma canción

Daniel recibió las dos hojas en sobres distintos. Se esperó a abrirlas fuera de la prisión. Nora se lo había pedido nada más sentarse frente a él: quería que hablara con las dos por separado y que ninguna leyera lo que había contado la otra hasta después. Sabía que ya habían hablado en la biblioteca y que eso no podía deshacerse, pero al menos evitaban que una acabara adaptando su versión a la de la otra.

—No quiero acabar convencida de que lo recuerdo todo —dijo Nora.

Daniel dejó el sobre junto al cuaderno, sin tocar la solapa.

—Lo trataré como una fuente de comprobaciones. No como una prueba suficiente.

Nora asintió. Por fuera había escrito su nombre, la fecha y la hora aproximada a la que había empezado a redactar. Dentro, explicó, estaba el recuerdo de la construcción abandonada y, en una columna separada, aquello que Teresa había confirmado después. No le resumió el contenido. Antes de levantarse, volvió a mirar el papel.

—Hay algo que sí necesito que sepas antes de leerlo. Yo abrí el cerrojo. Durante años pensé que había dejado morir a esa mujer, y mi padre consiguió que todo lo que recordaba terminara antes de verla escapar.

Daniel asintió, pero su expresión no cambió. Había aprendido que una verdad capaz de liberar a Nora de una culpa podía seguir siendo frágil dentro de un procedimiento. Le preguntó si distinguía la escena recuperada de lo que Tesa le había contado y si había dejado por escrito los vacíos. Nora respondió que sí a las dos cosas.

—Entonces empezaré por ahí.

La comunicación con Teresa Montalbán se celebró una hora después. Ella había pedido expresamente verlo a través de la

dirección del centro y Daniel acreditó la visita, pero antes de aceptar el sobre dejó claro que no era su abogado, que representaba a Nora y que cualquier dato relevante podía acabar incorporado a la causa. Si necesitaba asesoramiento sobre las consecuencias para su propia condena o sobre un posible conflicto, tendría que contar con una letrada independiente.

—He pasado catorce años aprendiendo las consecuencias —dijo Tesa—. Lo que necesito es que alguien diga de una vez quién fue responsable.

Su hoja estaba doblada dos veces y firmada en cada cara. Daniel comprobó la fecha sin leer el texto y le preguntó si había visto el relato de Nora.

—No.

—¿Le describió ella la escena completa antes de que escribiera?

—Me hizo preguntas. Confirmé quién era yo, que la niña abrió la puerta y que Elena me señaló la salida. Anoche recordaba más. Por eso escribimos por separado.

Haber escrito las dos versiones por separado no implicaba que fueran independientes. A Daniel le dio más confianza que reconocieran ese límite que intentar presentar las dos versiones como completamente independientes. Le explicó que su hoja no equivalía a una declaración judicial y que, si el contenido resultaba pertinente, solicitaría que el juzgado la oyera con las garantías correspondientes.

—Cuando lo hagas, Leza sabrá que estoy hablando.

—Sí.

—Entonces no tardes más de lo necesario.

Daniel guardó los dos sobres en una carpeta de gomas y no le hizo más preguntas sobre la noche anterior. De regreso al despacho, los llevó en el asiento del acompañante, uno junto al otro pero sin mezclarlos. Solo los abrió después de cerrar la puerta, apartar el expediente principal y colocar dos hojas en blanco a cada lado de la mesa.

El relato de Nora empezaba con la lluvia, las botas de Elena y una manga roja cubriéndole media mano. Describía una construcción en las huertas, una bombilla que oscilaba, una radio portátil y una

canción interpretada por una mujer. Después situaba a Tomás junto a Teresa y a Gabriel Leza al otro lado de una mesa. La copa se rompía durante un forcejeo. Teresa caía, se arrastraba hacia una puerta interior y dejaba cuatro marcas rojas incompletas en la madera. Nora había escrito que no recordaba todas las palabras ni el orden exacto, pero sí la voz de Leza preguntando por unas copias y la de Tomás prohibiéndole abrir la puerta.

La segunda parte exigía más atención. Nora había distinguido con mucho cuidado entre lo que recordaba y lo que había reconstruido después. La presión de la mano de Tomás sobre su muñeca la recordaba con claridad; no podía saber qué habría hecho él si Teresa no hubiera conseguido escapar. El ruido del cerrojo también formaba parte del recuerdo, pero había otros detalles que seguía sin poder precisar.

Daniel dejó aquella hoja boca abajo y abrió la de Tesa.

Teresa comenzaba ya dentro de la construcción. No había sabido que Elena y Nora estaban fuera hasta ver a la niña junto a la puerta. Recordaba la radio porque Leza había subido el volumen cuando empezó a interrogarla. Recordaba una copa en la que él apagó un cigarrillo, la caída contra el suelo y el cristal extendido cerca de sus manos. Durante unos segundos había quedado de costado, con las piernas recogidas y un brazo orientado hacia la puerta, antes de conseguir arrastrarse. Describía a Tomás sujetándola del brazo y a Leza haciéndole preguntas con una calma que le había resultado más aterradora que los golpes. Después aparecían una puerta de madera, el metal raspando la guía y una niña de rojo que se ponía de puntillas para tirar del pasador.

Los relatos no encajaban en todo, y Daniel lo anotó antes de buscar semejanzas. Nora situaba primero la caída de Teresa y después el ruido del vehículo; Tesa no podía ordenar esos dos momentos. Nora recordaba a Leza dentro cuando Tomás golpeó a Elena; Tesa ya había salido por la abertura posterior. Tesa creía que la canción sonaba desde antes de que llegaran los hombres; Nora la asociaba con la entrada. Aquellas diferencias impedían fundir las dos versiones en una escena cerrada. Las coincidencias, en cambio, permitían buscar fuera de ellas.

Daniel abrió el expediente del asesinato.

Empezó por las fotografías de la inspección ocular. En una de las imágenes generales, Inés aparecía de costado, con las piernas ligeramente flexionadas y un brazo extendido hacia el pasillo. A pocos metros estaba la copa rota y, al fondo, la puerta de la habitación del archivador permanecía entreabierta.

Daniel colocó las fotografías junto a las hojas de Nora y Tesa. Había coincidencias difíciles de ignorar: la canción, la copa, la puerta, la sangre y una mujer caída cerca de ella. Pero las fotografías mostraban cómo había encontrado la policía el piso, no necesariamente cómo lo había dejado el asesino. Nora había permanecido allí durante once minutos antes de que entrara la patrulla y Daniel no podía saber qué había tocado o movido durante ese tiempo. Tampoco podía asegurar que la posición de Inés fuera exactamente la misma que tenía cuando Nora llegó.

Aun así, había elementos que sí estaban allí antes de que Nora perdiera la noción del tiempo. La canción estaba sonando cuando entró, la copa ya estaba rota y la puerta permanecía entreabierta. Los tres coincidían con partes del episodio que Nora y Tesa acababan de describir. Por separado podían no significar gran cosa. Juntos justificaban que Daniel volviera a revisar la escena con más cuidado.

Daniel volvió a la cronología.

A las 22:09:59 se interrumpían las tres cámaras. A las 22:14 alguien avisaba de una posible agresión y daba la planta exacta. A las 22:18 Nora acababa de entrar en el piso y miraba el teléfono. A las 22:27 regresaban las imágenes. A las 22:29 la patrulla accedía a la vivienda y la encontraba con el cuchillo.

Hasta entonces había entendido la llamada anticipada sobre todo como una forma de garantizar que la policía encontrara a Nora antes de que pudiera comprender la escena o pedir ayuda. Ahora aparecía otra función posible. Quien llamó puso en marcha una cuenta atrás cuyo único resultado seguro era la llegada policial. Si Nora llegaba poco después, la policía podía encontrarla aún dentro del piso, alterada y sin tiempo para explicar qué había ocurrido. La música, la copa y la madera podían desorientarla, hacer que se acercara al

cuerpo, favorecer que tocara objetos o retrasar su reacción. Que perdiera la continuidad de lo que ocurría en algún punto de aquel intervalo no era algo que nadie pudiera prever, como tampoco cuánto duraría la discontinuidad. Pero, una vez ocurrido, sí podían aprovecharlo.

La música, la copa y la madera dejaban así de parecer decorado. Podían formar parte del mecanismo de una trampa.

Durante aquel intervalo, Nora había percibido una sombra en el pasillo, el contacto frío de un objeto contra los dedos y una presión dolorosa alrededor de la muñeca. Aquellos fragmentos no demostraban que otra persona siguiera dentro de la vivienda; la defensa cometería el mismo abuso que la acusación si acababa dándolos por ciertos cuando Nora no podía ordenarlos en una secuencia fiable. Sin embargo, el estado en que la encontraron exigía una transición. El cuchillo no aparecía entre las cosas que Nora recordaba hasta buscar el pulso. Cuando recuperó una percepción continua, lo sostenía. Para entonces, la sangre que ya le había alcanzado una palma al buscar el pulso se había extendido a la otra, bajo las uñas y al borde de una manga. Y las cámaras ocultaban precisamente la salida de cualquiera que abandonara el edificio antes de las 22:27.

Daniel abrió una página nueva y trazó tres columnas: hecho acreditado, recuerdo y diligencia posible. Bajo la primera colocó las horas, la interrupción simultánea de las cámaras, las fotografías y el arma. En la segunda dejó la sombra, la muñeca y el objeto frío. En la tercera anotó lo que todavía podía comprobarse: identificar el dispositivo desde el que se reprodujo la canción, su origen y cualquier acceso registrado; examinar de nuevo las zonas de paso entre la habitación y el salón; precisar el patrón de las manchas en las manos y la ropa de Nora; reconstruir, agente por agente, qué encontraron al entrar y qué se movió antes de las fotografías.

No podía pedir a un perito que afirmara qué pretendía conseguir el asesino. Una huella podía demostrar que alguien había estado allí, pero no por qué había hecho algo. Lo que necesitaba eran datos capaces de sostener o destruir aquella hipótesis. Después escribió

los dos nombres presentes en la construcción antigua: Tomás Varela y Gabriel Leza.

Tomás sabía lo que había pasado aquella noche y había intentado imponer a su hija una confesión. Leza también conocía la escena; además, había mantenido una relación oculta con Inés, había archivado las diligencias de Teresa, aparecía en la historia de las mujeres de Velaria y disponía de una influencia que alcanzaba informes, archivos y policías. Nada de aquello demostraba todavía si alguno de los dos había colocado el cuchillo en la mano de Nora. Sí reducía el círculo de quienes podían comprender que una canción concreta, una copa rota y una puerta reproducida catorce años después podían provocar en ella una reacción corporal intensa antes de que lograra situarla racionalmente.

Había además una diferencia que Daniel no podía ignorar. En la agresión antigua, la radio y la copa no habían sido objetos neutros: Leza había controlado el volumen de una y utilizado la otra antes de que se rompiera. En el piso de Inés, esos dos elementos reaparecían junto al cuerpo de una mujer con la que él mismo admitía haber mantenido contacto. Tomás conocía la escena y seguía siendo una posibilidad que debía investigarse, pero la repetición remitía con mayor precisión a decisiones atribuidas a Leza dentro del episodio antiguo, no solo a la memoria de alguien que había estado presente.

Podían forzar una respuesta corporal antes de que llegara la explicación.

Daniel preparó dos escritos distintos. En el primero solicitó la declaración judicial de Teresa Montalbán y adjuntó sólo lo imprescindible para justificar su relación con los hechos actuales, sin incorporar las hojas originales. En el segundo pidió las comprobaciones sobre la escena y el soporte de reproducción, vinculándolas con la laguna de Nora, la llamada previa y el vacío de las cámaras. No podía escribir que Leza hubiese repetido el crimen como una conclusión demostrada. Planteó que la disposición podía responder a una escenificación dirigida a aumentar deliberadamente la probabilidad de una reacción traumática y a favorecer confusión o contaminación de la escena antes de la llegada policial. Esa

posibilidad, añadió, debía examinarse antes de seguir tratando los once minutos como un espacio en el que solo cabía la culpa.

Antes de enviarlos pidió otra comunicación con Nora. No quería que leyera por primera vez aquella hipótesis en un escrito judicial ni que nadie decidiera por ella qué significaban sus reacciones.

Se vieron al día siguiente. Daniel colocó la cronología entre ambos y le mostró las coincidencias una a una. Nora, sentada con las manos en la rodilla, no apartó los ojos de las fotografías.

—Entonces quien preparó todo esto sabía lo que me había pasado de niña —dijo Nora cuando él terminó.

—Eso parece. Pero todavía tenemos que demostrar quién lo sabía y quién pudo preparar la escena.

—Leza estuvo allí aquella noche.

—Eso lo recordáis Teresa y tú. Hay que corroborarlo. Lo que puedo sostener ahora es que quien preparó el piso el día del crimen conocía con bastante detalle lo que te había ocurrido.

Nora volvió la vista hacia la hora del aviso, anterior a su llegada.

—No necesitaban que yo la matara. Les bastaba con que yo estuviera alterada, tocara cosas y la policía me encontrara allí.

Daniel tardó un momento en responder.

—Eso sí podemos sostenerlo como hipótesis. Lo que no podemos decir es que alguien supiera que fueras a perder la continuidad de lo que ocurría ni cuánto duraría. Podían esperar miedo, confusión, una reacción intensa. Pero no una respuesta exacta.

Nora miró otra vez la franja entre las 22:18 y las 22:29.

—Pero ocurrió.

—Sí.

—Y alguien lo aprovechó.

—Eso es lo que vamos a comprobar.

Nora cerró la carpeta sin volver a mirar el cuerpo de Inés.

—Envíalos.

Daniel presentó los dos escritos al regresar al despacho. Guardó los originales de Nora y Tesa en fundas separadas y dejó constancia de cuándo los había recibido y de quién había tenido acceso a ellos. La comparación completa de ambos escritos se la quedó en su

mesa, ya que no constituía una prueba; era un mapa de preguntas que podía poner en peligro a quienes acababan de hablar.

Cuando actualizó la cronología, se abstuvo de poner quién era el autor. Escribió algo más preciso: la escena del piso podía haber sido construida para repetir elementos de la agresión antigua, desestabilizar a Nora y crear condiciones en las que cualquier reacción traumática pudiera utilizarse contra ella.

Quien preparó la escena no podía predecir la discontinuidad ni cuánto duraría. Solo había fabricado la trampa. Cuando apareció el vacío, lo aprovechó.

32. La filtración

El primer indicio de que los escritos no habían permanecido donde debían llegó antes que la resolución del juez. A las ocho y cuarenta de la mañana, una web local publicó que la defensa de Nora Varela pretendía desacreditar la investigación mediante «los recuerdos tardíos de una interna condenada por drogas». Teresa Montalbán no aparecía nombrada, pero el artículo la identificaba como madre de Inés Robles y mencionaba una canción, una copa y una puerta que, según el texto, Daniel quería convertir en símbolos de una conspiración.

Nada de aquello había figurado en una declaración pública. Daniel había incluido los datos la tarde anterior en dos escritos diferentes y con una cautela deliberada: el parentesco de Teresa solo aparecía para justificar su citación; los elementos de la escena, únicamente para solicitar comprobaciones. La comparación completa seguía guardada en su despacho. Sin embargo, durante la noche alguien había reunido las dos piezas y las había entregado ya interpretadas, con la condena de Tesa en el titular y la palabra recuerdo tratada como sinónimo de invención.

Daniel imprimió la noticia, escribió la hora en el margen y abrió el historial de notificaciones. Los escritos habían quedado disponibles para la Fiscalía y para la Policía Judicial poco después de las siete; la oficina judicial podía acceder desde el momento de la presentación. No existía un único lector al que señalar, ni una casilla capaz de decirle quién había copiado una frase para sacarla del procedimiento. Lo único claro era el intervalo: demasiado corto entre el acceso y la publicación.

Pidió una comunicación urgente con Nora. Cuando ella entró, fue directamente a lo que más le importaba.

—Ya saben que Tesa era su madre.

La noticia había llegado al módulo por la televisión y por varios teléfonos del personal. Antes del recuento, una interna había leído el titular y había llamado a Teresa «la madre de la muerta» sin molestarse en bajar la voz. Nora no respondió. En la primera franja de biblioteca, Tesa tampoco preguntó cómo había ocurrido la filtración: hizo sentar a Nora frente a ella y le prohibió explicar nada a nadie. Una identidad preservada durante años por miedo y rabia se había convertido, antes incluso de que el juez aceptara escucharla, en un recurso para desacreditarla.

—La información salió de las actuaciones —dijo Daniel—. Todavía no puedo demostrar por qué vía.

—Eva desapareció después de que escribieras su nombre. Leza declaró y al día siguiente todos sabían que yo estaba celosa. Ahora presentas lo de Tesa y lo publican antes de que ella pueda hablar.

Daniel había ordenado esa misma secuencia en el despacho, pero al oírsela decir a Nora las explicaciones más sencillas empezaron a parecerle menos convincentes. Cada episodio, aislado, podía atribuirse a la circulación normal de una causa en la que intervenía mucha gente. Puestos uno detrás de otro, el dibujo era distinto: cada vez que la defensa abría una línea, alguien parecía conceder a Leza tiempo para cerrarla, desacreditarla o llegar antes.

—Si hay una filtración, tengo que saber dónde empieza antes de presentar nada más —dijo.

Nora miró la noticia sin tocarla.

—¿Cómo?

—Limitando la próxima información. La misma base, tres copias de trabajo y un detalle distinto señalado en cada una. Ninguna irá al procedimiento. Si una de esas diferencias aparece fuera, podremos seguir el recorrido que hizo.

—¿Vas a inventarte una prueba?

—No. El original no se toca y las tres copias mostrarán datos que ya existen. Solo cambiará la línea que señale como prioritaria.

Nora tardó en responder. Tiempo atrás habría aceptado cualquier promesa que sonara a protección o la habría rechazado de lleno. Ahora hizo otra cosa: impuso límites.

—No uses el nombre de otra mujer. Ni un lugar donde puedan encontrarla.

—Usaré una hoja de sociedades y pagos. Sin nombres personales.

—Y yo no voy a ser una de las tres versiones.

—No.

—Tesa decía que no había que contarlo todo. No que hubiera que mentir.

—Nadie recibirá un dato falso.

Nora dobló la impresión de la noticia hasta hacer desaparecer el titular.

—Entonces haz que se delaten con la verdad.

De vuelta en el despacho, Daniel repasó quién había estado presente de forma constante desde que asumió la defensa. Marta Rius, la perita que él había designado, trabajaba sobre la copia forense del segundo teléfono y conocía cada recuperación antes de su incorporación. La fiscal recibía escritos e informes desde el juzgado y llevaba años de relación profesional con Leza. El inspector Baeza dirigía el grupo encargado de ejecutar las diligencias policiales y, además, había conducido el primer interrogatorio de Nora: era el hombre que intentó desplazar «no recuerdo» hacia «no puedo descartar».

Antes de estrechar el círculo alrededor de los demás, se incluyó a sí mismo. Revisó las sesiones abiertas en el ordenador, cambió las claves y comprobó qué había impreso desde que recibió los relatos de Nora y Tesa. La puerta del despacho no mostraba señales de entrada y los originales seguían en el archivador, que por fin había conseguido reparar, pero que la cerradura estuviera intacta no demostraba gran cosa. Durante semanas había enviado borradores desde aquel equipo, usado la red del edificio y dejado notificaciones descargándose mientras visitaba la prisión. El historial no mostraba accesos ajenos ni reenvíos automáticos. Tampoco eso certificaba invulnerabilidad. La siguiente prueba, decidió, no pasaría ni por el correo ni por la plataforma.

El acceso, además, no terminaba en aquellas tres personas. Funcionarios, agentes, personal del laboratorio y responsables del depósito tocaban partes distintas del expediente. Pero Marta, la

fiscal y Baeza estaban situados en tres cruces por los que habían pasado casi todos los avances: recuperación digital, decisiones procesales e investigación policial. Lo que Daniel necesitaba era una diferencia entre ellos tres que pudiera comprobar, no tenía que apostar por ninguno de ellos a ciegas.

Eligió una página de la relación de pagos recuperada del teléfono de Inés. Había seis movimientos atribuidos a sociedades de servicios y eventos, sin explicación acerca de qué pagaban ni quién había autorizado las cantidades. Ninguno, aislado, probaba un delito. Daniel hizo tres copias en papel. En una subrayó Linde Eventos; en otra, Meridiano Servicios; en la tercera, Arco Seguridad. Cada marca era distinta y quedaba fuera de los datos impresos. Fotografió las tres hojas junto a la hora del ordenador y devolvió al archivo el original sin anotaciones.

No envió archivos. Llevó la primera copia a Marta Rius, en el laboratorio, y le pidió que comprobara si los metadatos recuperados permitían saber cuándo se había añadido la línea de Linde Eventos. La perita le recordó que una fecha de edición no explicaría el pago ni identificaría a su autor.

—Lo sé. Estoy valorando por dónde pedir la documentación bancaria. Necesito que esto no salga de aquí hasta que decidamos si sirve.

Marta guardó la hoja en una carpeta y dejó anotada la recepción en su registro de trabajo.

La segunda copia se la enseñó a la fiscal al terminar una comparecencia. Daniel no le presentó Meridiano Servicios como una sociedad instrumental: dijo que estaba valorando solicitar la conservación de sus movimientos y preguntó si se opondría a una diligencia limitada a las fechas que aparecían en la hoja.

—Me opondré si pretende convertir seis transferencias sin concepto en una investigación general de empresas que no están personadas —respondió ella.

—Por eso le señalo una sola.

La fiscal miró el nombre, la fecha y la cantidad. Doblando la copia, se la guardó para estudiar la cuestión antes de responder. Daniel no pidió confidencialidad sobre una conversación procesal que

podía desembocar en un escrito; solo advirtió que una actuación prematura podía facilitar la desaparición de documentos contables. Esa advertencia era verdadera en las tres versiones.

Con la última esperó a que Baeza regresara a la unidad. El inspector tenía el cabello gris y Daniel reconoció la misma forma de juntar las manos que había observado en la grabación del interrogatorio, justo antes de una pregunta difícil. Baeza lo recibió de pie y no le ofreció asiento. Daniel le preguntó si el grupo había comprobado alguna relación entre Arco Seguridad y los clubes Nácar, Velaria y Casa Norte.

—Esa hoja no demuestra que exista relación alguna —dijo Baeza.

—Demuestra que Inés registró un pago. Quiero saber si lo comprobaron.

—La investigación no puede perseguir cada anotación de la víctima para ver cuál satisface la teoría de la defensa.

Daniel dejó la tercera copia sobre la mesa.

—Esta es la línea que pediré verificar primero. No incorpore ni distribuya esta copia; si ya tienen una respuesta, evitará una diligencia inútil.

Baeza no miró primero el nombre de la empresa, sino el círculo que Daniel había trazado alrededor de la cantidad. Después dejó la hoja boca abajo.

—Le responderemos por el cauce correspondiente.

Daniel salió sin acusarlo de nada. Que sospechara no le daba derecho a tratar a nadie como culpable, y la prueba que acababa de repartir dejaría de servirle en cuanto él decidiera de antemano a quién tenía que atrapar.

Pasaron dieciséis horas sin novedad. Marta remitió una nota técnica sobre las limitaciones de los metadatos y no mencionó ninguna de las otras líneas. La fiscal no respondió. Baeza, tampoco. Daniel acabó durmiendo en el sofá del despacho, despertándose cada vez que crujía el edificio y mirando el teléfono antes de recordar dónde estaba.

A las siete y diecinueve, la misma web que había publicado la identidad de Tesa sacó una segunda noticia. El titular decía que la defensa intentaba presentar como pago corrupto un servicio de

seguridad contratado para un acto institucional. Debajo aparecía una fotografía parcial de la hoja de Inés. La cantidad de Arco Seguridad estaba rodeada por un círculo oscuro, irregular al cerrarse junto al último dígito.

Daniel reconoció la marca antes de ampliar la imagen. Era Baeza.

Guardó la página completa, la dirección y la hora, pidió a un servicio de certificación que dejara constancia de la publicación y comparó la imagen con la fotografía que había tomado antes de entregar las copias. El círculo coincidía, incluso en una pequeña prolongación que rozaba la columna de la fecha. Aquella hoja no había pasado por la plataforma judicial, no se había enviado por correo y no figuraba entre los documentos aportados. Daniel se la había dado en mano al inspector.

Aun así, eso no probaba que Baeza hablara directamente con Leza. La hoja podía haber salido de su mesa a través de otra persona, con su permiso o sin él. Lo que sí podía sostener era más limitado y suficiente para actuar: la copia confiada al responsable de la investigación había abandonado el cauce acordado y terminado en una noticia que ofrecía, antes de cualquier comprobación, una explicación favorable al entorno de Leza.

Daniel presentó un escrito urgente. Adjuntó las tres fotografías, una relación fechada de cada entrega y las dos publicaciones. Solicitó preservar los registros de acceso y comunicación relacionados con la copia, apartar a Baeza y a su grupo de las diligencias todavía pendientes sobre el teléfono y la escena, y encomendar su práctica a otra unidad mientras se investigaba la salida de información. No pidió detener al inspector ni afirmó conocer al destinatario final. Definió únicamente el riesgo: si quien recibía cada solicitud podía anticiparla, ninguna conservación de pruebas llegaría a tiempo.

Baeza lo llamó menos de una hora después. No preguntó por la noticia ni por el origen de la fotografía. Dijo que repartir copias distintas para poner a prueba a los investigadores era una maniobra impropia y que Daniel tendría que explicar ante el juzgado por qué había ocultado la estrategia.

—No he alterado una sola línea de la hoja —respondió Daniel—. Tampoco he presentado tres versiones al procedimiento.

—Ha intentado tender una trampa a quienes están cumpliendo órdenes judiciales.

—Le entregué una copia de trabajo y le pedí que no saliera de su mesa. Esta mañana estaba publicada.

Al otro lado hubo un silencio breve. Daniel recordó la primera declaración de Nora y aquella manera del inspector de esperar a que ella dudara para ofrecerle una frase más conveniente.

—No sabe quién tomó esa fotografía —dijo Baeza.

—Por eso he pedido que lo investiguen.

Baeza terminó la llamada sin necesidad de amenazarlo. Había convertido la advertencia en una descripción bastante clara de las consecuencias profesionales que podían caer sobre Daniel si el juez rechazaba su razonamiento. Meses atrás, aquel riesgo habría bastado para hacerlo revisar el escrito en busca de una retirada digna. Esta vez lo leyó únicamente para comprobar que cada afirmación seguía pudiendo sostenerse.

La resolución provisional llegó al final de la tarde. El juez ordenaba asegurar los registros y requería a la jefatura policial la designación de un equipo diferente para las actuaciones digitales pendientes. La posible revelación de información se investigaría en un procedimiento aparte. Baeza no quedaba declarado culpable de nada; simplemente quedaba apartado de las diligencias que aún estaban pendientes.

A Nora no le sorprendió que hubiera sido Baeza. Se quedó quieta al otro lado de la mesa, como si el nombre del inspector la hubiera devuelto también a la sala de comisaría, la pantalla donde ordenaron sus mensajes y aquella frase que intentaron escribir por ella.

—Él ya sabía lo que tenía que preguntarme —dijo.

—Dirigió el interrogatorio y recibió la copia que se filtró. Aún tenemos que demostrar qué más hizo y con quién habló.

—Pero ya no puede leer lo siguiente antes que nosotros.

Daniel pensó en los funcionarios y agentes que seguían teniendo acceso, en las copias que podían haberse hecho y en una organización que no dependía de un solo hombre.

—Hemos cerrado una vía. No todas.

Nora asintió. Era consciente de que habría más personas implicadas.

Cuando Daniel volvió al despacho, encontró tres llamadas de Marta Rius. La cuarta entró mientras dejaba la cartera en el suelo.

—Han autorizado que repita el examen con la copia de contraste fuera de la unidad de Baeza —dijo la perita—. El índice no mostraba todo lo que había dentro.

Daniel miró la carpeta donde conservaba las tres versiones. Dos no habían dejado de ser hojas de trabajo. La tercera, en cambio, había señalado por dónde estaba escapando la información.

—¿Qué ha encontrado?

Marta tardó apenas un segundo en contestar.

—No quiero explicarlo por teléfono. Ven al laboratorio.

33. La grabación incompleta

Marta Rius lo esperaba en la sala de examen. Sobre la mesa había un ordenador aislado de la red, dos soportes numerados y una hoja con las huellas de integridad de cada copia. Daniel dejó la cartera en el suelo. La perita esperó a que se sentara antes de tocar el reproductor.

—Antes de que lo oigas, hay algo que debes entender —dijo—. Esto no estaba en la memoria del teléfono apagado. No pudo grabarse allí la noche del asesinato.

La aclaración respondía justo a lo primero que Daniel habría preguntado. El dispositivo de la consigna llevaba cuatro días sin abrirse y no se había conectado de nuevo. Conservaba, en cambio, el acceso a la cuenta cifrada de Inés, el catálogo de sincronización y parte de sus copias anteriores. Después del requerimiento judicial, el proveedor había preservado también una versión del repositorio remoto. El índice inicial, generado a partir de los registros que seguían activos, enumeraba doscientos ochenta y seis archivos. Los objetos cuyo registro había sido borrado no aparecían en esa lista, aunque algunos bloques asociados continuaran dentro del paquete preservado.

—El primer programa leyó el índice —continuó Marta—. Con la copia de contraste he repetido la extracción y la he comprobado con otra herramienta. Aparecieron referencias a tres bloques de audio sin una entrada que los nombrara. Dos se pueden reproducir. El tercero falta.

Daniel miró los soportes. No había un archivo secreto intacto, escondido bajo una carpeta mal abierta, sino restos que la supresión de las once y siete no había conseguido eliminar por completo.

—¿Podemos saber de dónde proceden?

—De la cuenta de Inés, sí. El identificador enlaza con la aplicación instalada en su teléfono principal y el proveedor conserva la hora en

que recibió el objeto. Eso no demuestra quién pulsó para grabar ni impide que la parte contraria discuta el reloj, la voz o la integridad del contenido. Por eso todavía no he escrito ningún nombre.

Marta giró la hoja. Antes de las 22:12:46 el archivo ya había terminado de cargarse; la pericial no podía fijar con ese dato el segundo exacto de la conversación. A las 23:07 figuraba entre los elementos alcanzados por la orden de supresión remota. Los dos fragmentos recuperados sumaban treinta y cuatro segundos; entre uno y otro faltaba una cantidad imposible de precisar a partir de los bloques supervivientes.

—¿Hay señales de montaje?

—En lo que conservamos, no veo cortes internos. El salto no es una pausa de la grabación: falta contenido. Pero que yo no vea una manipulación no convierte el fragmento en auténtico por sí solo. Necesitamos que un perito analice el audio original y revise también la información técnica del proveedor.

Daniel asintió y Marta pulsó la reproducción.

Al principio solo se oyó una respiración próxima y el roce de una tela contra el micrófono. Luego apareció la voz de Inés, más baja que en las notas de trabajo y sin aquel cansancio con que hablaba al salir de los clubes.

—No vuelvas a preguntarme por Nora.

Una voz masculina respondió desde algo más lejos.

—La buscaste tú.

Daniel había oído aquella cadencia en la declaración judicial de Gabriel Leza: la pausa que hacía parecer inevitable cada respuesta, el descenso casi amable al final de las frases. Reconocerla no bastaba para atribuírsela. Aun así, tuvo que recordarse que no podía sacar conclusiones antes de tiempo.

—Porque era la única que podía recordar —dijo Inés—. No te da derecho a acercarte a ella.

—La has puesto en medio y ahora finges que puedes sacarla.

Inés tomó aire. Antes de que respondiera sonaron dos tonos agudos, separados por menos de un segundo, y un arrastre metálico que terminó en un golpe apagado. Cuando la voz de Inés volvió a elevarse, lo hizo con más fuerza.

—Nora no sabe nada de las copias.

El primer fragmento terminó en mitad de una inhalación.

Marta dejó el silencio como estaba. En la pantalla, la onda se interrumpía y reaparecía sin una continuidad que pudiera reconstruirse. El segundo bloque comenzaba con un movimiento brusco, parecido a una silla desplazada o a un objeto golpeando la mesa.

—…no pienso dártelas —se oyó decir a Inés.

—Entonces has decidido por las dos.

Llegó otro sonido, más leve que el anterior: un zumbido corto y después el mismo roce de metal. Inés pronunció una palabra que podía ser espera o basta. El audio terminó ahí.

Daniel permaneció inmóvil. Faltaba una parte de la conversación y no sabía qué se había dicho durante ese intervalo. Tampoco podía dar por hecho que las palabras de Leza fueran una amenaza contra Inés.

—¿La segunda voz estaba en la misma habitación? —preguntó.

—Parece captada por el micrófono, no reproducida desde una llamada, pero esa es una impresión de trabajo. Las dos voces comparten el ambiente y no detecto los límites de frecuencia habituales de una comunicación telefónica. Lo afirmará o lo descartará quien haga el análisis acústico. Yo he empezado por el ruido.

Marta reprodujo los dos tonos y el arrastre. Después abrió un vídeo incorporado al expediente durante el primer examen de las cámaras. No mostraba el interior del piso, sino el ascensor del edificio funcionando unos días antes del crimen. Al detenerse emitía el mismo aviso doble; al final de la guía, la puerta rozaba y se cerraba con un golpe sordo.

—El administrador dijo que el ascensor siguió operativo durante el vacío de las cámaras —recordó Daniel.

—Y la empresa de mantenimiento tenía monitorización remota. Todavía no tenemos sus datos. Si el equipo registró una parada o una reapertura en esa planta alrededor de las diez y doce, el ruido podría darnos un punto de contraste independiente. También hará

falta grabarlo desde el lugar donde apareció el teléfono principal. No basta con que a nosotros nos parezca igual.

La llamada policial se había realizado a las 22:14. Nora había visto las 22:18 en el teléfono justo después de entrar. Si el registro situaba aquel sonido en el piso antes de las 22:12:46 y una comparación formal apoyaba que la voz era la de Leza, el teléfono corporativo dejaría de ser el único elemento utilizado para explicar dónde estaba el fiscal. Su agenda recogía un acto institucional en la Fiscalía que se prolongaba hasta las once, y el terminal había permanecido conectado en esa zona. Leza ya había advertido que un teléfono no demostraba quién lo sostenía. Ahora esa misma cautela podía volverse contra la versión documental de su ubicación.

Daniel solicitó una copia de escucha, el informe preliminar y la preservación separada de los bloques, sin convertirlos en un único archivo continuo. Antes de presentar una conclusión necesitaba que el juzgado obtuviera los registros del ascensor, autorizara la toma de muestras acústicas y designara especialistas capaces de examinar la autenticidad y las voces.

—Tendrás que incorporarlo —dijo Marta—. Aunque esté incompleto.

—Precisamente porque lo está.

Lo primero fue pedir que se conservaran de inmediato los datos de mantenimiento, que podían desaparecer por rotación. En el escrito no identificó a Leza como autor del homicidio. Describió dos voces, la fecha de carga, la supresión posterior y un sonido susceptible de comprobación. Después solicitó una comunicación con Nora. No quería que la siguiente versión pública de su historia llegara al módulo antes que los límites de aquella prueba.

* * *

Nora leyó la ficha técnica antes de aceptar escuchar el audio. Daniel le explicó que el teléfono de la consigna no se había encendido, que los fragmentos procedían del repositorio preservado y que faltaba una parte cuya duración exacta desconocían. También le dijo que él

reconocía la segunda voz, aunque ese reconocimiento no equivalía a una identificación pericial.

—¿Se oye a Inés decir mi nombre? —preguntó.

—Dos veces.

—Entonces quiero oírla.

La voz de Inés atravesó el reproductor con una firmeza que Nora no le había conocido durante los últimos días. No era la mujer que regresaba los miércoles con los movimientos lentos ni la que había apartado la mirada al admitir que llevaba meses buscándola. En aquel fragmento Inés estaba asustada, pero seguía plantándole cara. Cuando dijo que Nora era la única que podía recordar, sus palabras mostraban que había discutido con alguien para mantenerlo alejado de ella.

La segunda voz hizo que Nora apretara las manos debajo de la mesa. Llevaba semanas intentando separar el reconocimiento corporal de la certeza: la llamada detrás de una puerta, el rostro en televisión, la voz de la construcción, la declaración ante el juez. Esta vez no tuvo que buscarla en ningún recuerdo.

—Es Leza —dijo.

—Anotaré que la identificas, con todas las circunstancias anteriores. La comparación deberá hacerla un especialista con muestras adecuadas.

—Lo sé.

Nora pidió escuchar el ruido. Daniel aisló el tramo sin subir el volumen más de lo necesario. Los dos tonos y el raspado metálico ocuparon la sala.

—El ascensor —dijo ella—. La puerta rozaba al cerrarse. Inés se quejaba de que nadie la arreglaba.

—La empresa ha conservado los registros. A las 22:12:31 consta una llegada a vuestra planta y dos reaperturas de la puerta por resistencia en la guía. El reloj del equipo aún debe verificarse y el sonido debe compararse desde el piso.

Nora miró la cronología. Entre la llegada del ascensor y su entrada transcurrían menos de seis minutos. Las cámaras ya estaban interrumpidas y la llamada de aviso se había producido poco después del audio.

—Esto lo coloca allí antes de que yo llegara.

—Coloca la grabación en el piso a esa hora, si las periciales confirman el origen y la correspondencia del sonido. Y tenemos una voz compatible con la de Leza captada en el mismo ambiente. No demuestra qué ocurrió en la parte borrada ni quién mató a Inés.

—Tampoco demuestra que se marchara antes de verme.

Daniel sostuvo su mirada.

—No.

Le acercó otra hoja de la cronología.

—Hay otra cosa que no quiero convertir en una conclusión antes de tiempo. Después de la intrusión, Inés hizo cambiar el bombín. La llave que alguien pudo copiar antes de ese cambio ya no servía la noche del asesinato. Y en la inspección de la puerta no consta forzamiento de la cerradura.

Nora tardó un instante en responder.

—Entonces Inés le abrió.

—No podemos afirmar eso. Leza había reconocido visitas anteriores al piso, pero el bombín nuevo invalida la explicación de una llave antigua. Sabemos que esa hipótesis ya no sirve y que la cerradura no presentaba señales de haber sido forzada. No sabemos quién abrió la puerta ni de qué forma obtuvo acceso quien estaba dentro.

Desde lejos podía parecer una diferencia mínima. Durante semanas, sin embargo, una llave copiada había servido como explicación cómoda para cualquier presencia clandestina en el piso. Precisamente en la noche que más importaba, esa vía acababa de quedar cerrada.

Nora volvió al segundo fragmento, a la frase incompleta y al hueco que alguien había intentado dejar en su lugar. Durante meses, la acusación había tratado sus once minutos como un recipiente vacío que solo admitía culpa. Ahora había otro vacío: pertenecía a una grabación, tenía detrás una orden de borrado y estaba rodeado de voces y horarios que podían comprobarse.

—¿Y la parte que falta? —preguntó Nora.

—No podemos presentar algo que no tenemos —dijo Daniel—. Pero haré constar que la grabación está incompleta y dónde se

produce el corte.

Nora asintió.

—Solo quiero que quede claro que falta una parte.

—Quedará claro.

Las comprobaciones ocuparon los días siguientes. La empresa entregó los registros del ascensor junto con la documentación del sistema; su reloj mostraba un desfase de cuatro segundos al compararlo con una intervención de mantenimiento registrada esa misma tarde. La inspección judicial reprodujo desde el salón los dos tonos del ascensor, el roce de la puerta y el golpe al cerrarse. El informe acústico concluyó que la secuencia recuperada era compatible con aquella fuente y con una captación realizada dentro de la vivienda. El análisis de voz no identificó a nadie de manera absoluta, pero apoyaba que el hablante y Gabriel Leza fueran la misma persona al compararlo con su declaración grabada. En los fragmentos conservados no se detectaron cortes añadidos. Entre ellos seguía faltando una sección imposible de reconstruir.

La fiscal pidió que el audio se valorara con cautela y recordó que una discusión no acreditaba un asesinato. Daniel compartía la primera afirmación. La segunda ya no permitía apartar el hallazgo: antes de las 22:12:46, durante el vacío de las cámaras y minutos antes de la llamada anticipada, Inés discutía en su casa con una voz compatible con la de un hombre que había negado cualquier intervención en el caso y cuyo teléfono permanecía en otro lugar.

El magistrado que presidiría el Tribunal del Jurado admitió la reproducción de los fragmentos y los informes periciales. Poco después se fijó la fecha del juicio y se ordenó el traslado de Nora al tribunal. Daniel leyó dos veces la fecha antes de comunicársela.

Nora recibió la noticia de pie, con las manos apoyadas en el respaldo de la silla. No preguntó si la grabación bastaría. Ya sabía que ninguna prueba cargaría sola con la verdad y que la sala sería también un lugar donde otros intentarían completar sus silencios.

—¿Leza tendrá que escucharla? —preguntó.

—No puedo decirte si estará en esa sala ni en qué condición procesal llegará entonces. Si estas diligencias siguen avanzando, su posición puede cambiar. El jurado sí la escuchará.

Nora pensó en la voz de Inés negándose a entregar las copias y en la parte que no había sobrevivido. No podía devolverle las palabras borradas, pero sí impedir que aquel hueco volviera a pertenecer a quien lo había creado.

—Entonces ya hay fecha —dijo Nora.

Por primera vez desde el asesinato, la parte de la cronología que la acusación había presentado como un vacío ya no contenía únicamente la ausencia de Nora. También obligaba a mirar a un hombre cuya agenda y cuyo teléfono lo situaban en otra parte.

QUINTA PARTE · EL JUICIO

34. La sala

Durante el traslado, Nora había llevado las manos juntas sobre las rodillas. Antes de abrir la última puerta, un funcionario le quitó las esposas. Nora separó las manos y vio las dos marcas rojizas que le habían dejado en las muñecas. Daniel la esperaba al otro lado con la toga doblada sobre un brazo y una carpeta tan llena que ya no cerraba. No intentó sonreír.

—La selección empezará en unos minutos —dijo—. Hasta que el Tribunal quede constituido, la sala no se abrirá al público.

Nora miró la puerta de madera, más clara y mejor cuidada que todas las que había atravesado desde la detención.

—¿Dónde me siento?

—A mi lado. Tienen que permitirnos hablar durante la vista. Si necesitas decirme algo, escríbelo o tócame el brazo. No esperes a que llegue un receso.

Era una indicación práctica, no una promesa de protección. Nora agradeció que Daniel se limitara a explicarle qué debía hacer. Unos días antes, él se había encargado de hacer llegar al centro la ropa que llevaría al juicio. La chaqueta le quedaba algo holgada y tuvo que ajustarse el pantalón con el cinturón; había adelgazado desde que entró en prisión. Se alisó la camisa y comprobó que el cuello estuviera bien colocado antes de seguirlo.

La sala del Tribunal del Jurado era más grande que la utilizada durante la instrucción. A Nora le pareció hecha para empequeñecer a quien se sentara allí. El estrado del juez ocupaba el centro de la sala; a un lado aguardaba el espacio reservado a quienes decidirían los hechos y, frente a ellos, las mesas de las partes. En las primeras filas había más de veinte candidatos con carpetas idénticas sobre las rodillas. Nora había imaginado al jurado como una sola presencia, un cuerpo capaz de inclinarse hacia la culpa o hacia la duda. Encontró

personas que evitaban mirarla, ajustaban unas gafas, se frotaban el pulgar o acababan consultando otra vez la misma hoja.

El magistrado abrió la sesión, comprobó las comparecencias y explicó las causas de incapacidad, incompatibilidad y excusa. Las preguntas se formularon bajo su dirección, lejos del duelo teatral que Nora había visto en televisión. Una mujer reconoció que había seguido las noticias y recordaba la fotografía de Nora saliendo de comisaría. Un hombre admitió que conocía al inspector Baeza de una asociación profesional. Otro aseguró que podría valorar únicamente la prueba practicada en sala, aunque al responder a la fiscal añadió que nadie permanecía tantos meses en prisión «porque sí».

Daniel no reaccionó. Anotó la frase, esperó su turno y preguntó al candidato si podría aceptar una absolución aunque nunca llegara a saber quién había matado a Inés. El hombre tardó demasiado. El magistrado resolvió la recusación después de oírlo y su silla quedó vacía.

Nora escribió en el margen de una hoja: No quiero a alguien que tenga que creerme. Quiero a alguien que pueda aceptar que no sabe.

Daniel la leyó y trazó debajo una línea breve. Eso es lo que estamos buscando.

El resto de las preguntas le dejó claro que la imparcialidad no significaba llegar sin historia propia. Una candidata había cuidado a una hermana durante una depresión; otra trabajaba en una compañía de seguros y desconfiaba de las coincidencias; un hombre dijo que siempre concedía más valor a un informe oficial hasta que el magistrado le recordó que todos los documentos serían sometidos a contradicción. Daniel no buscaba compasión. Parecía preocuparle más la gente que confundía un cargo con una prueba o una institución con la imposibilidad de equivocarse. Nora empezó a comprender que elegir un jurado consistía menos en encontrar miradas favorables que en apartar las que ya habían decidido cómo terminaba la historia.

Los nombres fueron saliendo uno a uno. Acusaciones y defensa ejercieron sus recusaciones; después quedaron designados nueve jurados y dos suplentes. Cuando ocuparon sus lugares, el juez les

pidió que se pusieran en pie y recibió de cada uno el juramento o la promesa de actuar con imparcialidad, examinar la acusación, valorar la prueba y mantener en secreto la deliberación. Nora escuchó once respuestas. Ninguna sonó solemne. Y precisamente por eso sintió más miedo: eran voces corrientes, personas reales que al final tendrían que pronunciar otra palabra sobre ella.

Las puertas se abrieron al público. Entraron periodistas y público que Nora no conocía y varios rostros que había visto frente al centro penitenciario. Aurora se sentó en la tercera fila, con el bolso sobre las rodillas. Cuando Nora la miró, no hizo ningún gesto llamativo; sostuvo sus ojos apenas un instante y volvió la atención al estrado. Tesa no estaba allí. Esperaba su traslado para cuando llegara el momento de declarar, separada de Nora y de cualquier relato que pudiera contaminar el suyo. Gabriel Leza tampoco apareció. Aun así, a Leza podía encontrarlo una y otra vez en la documentación que Daniel tenía delante.

La letrada de la Administración de Justicia leyó los escritos de calificación. En su voz, la muerte de Inés se convirtió en una sucesión de proposiciones: convivencia, deterioro de la relación, mensajes de amenaza, regreso al domicilio, arma blanca, pérdida de memoria. Nora reconocía todos los elementos y no reconocía la historia que formaban. Ya había vivido esa sensación, pero escucharla ante nueve personas que no conocían nada anterior le mostró de nuevo su eficacia. Una mentira construida con hechos verdaderos no necesitaba sonar violenta. Bastaba con colocarlos en un orden.

La fiscal se levantó para exponer su acusación y explicar qué pretendía demostrar con las pruebas. Reconoció que la investigación había descubierto pagos opacos, contactos ocultos y una discusión entre Inés y Gabriel Leza poco antes de la muerte. Aun así, centró su intervención en el hecho concreto que el jurado tenía que juzgar.

—Este procedimiento no les pide que decidan si la vida de Inés Robles contenía otros delitos ni si hubo personas que se aprovecharon de ella —dijo—. Les pide que determinen quién causó su muerte aquella noche.

La fiscal expuso su versión en pocos minutos. Inés había acogido a Nora, le había dado un domicilio y la había ayudado a empezar de nuevo. La relación se deterioró cuando Nora descubrió que aquel encuentro había sido preparado y que la mujer que la protegía también la había utilizado. Cuatro mensajes atribuidos a la cuenta de Nora documentaban el enfrentamiento. Horas después regresó al piso y encontró a Inés allí, y la discusión terminó con una única herida de arma blanca. La policía la halló junto al cuerpo, con el cuchillo en la mano, sangre en la ropa y material biológico en el mango. No había señales de forzamiento en la vivienda.

La fiscal no dijo que una laguna de memoria demostrara culpabilidad. Eligió una afirmación más difícil de combatir: tampoco demostraba inocencia. La sustancia detectada en el organismo de Nora podía explicar una alteración de conciencia, pero no borraba los indicios físicos. La grabación, ya cargada antes de las 22:12:46, situaba a Inés discutiendo con otro hombre más de cinco minutos antes de la llegada de Nora; no establecía cuándo había muerto ni impedía que aquel hombre se hubiera marchado. El aviso policial de las 22:14 acreditaba que ya existía una situación de violencia en el piso, no quién causó después la herida.

—La prueba debe valorarse completa —concluyó—. No por la gravedad de otras conductas ni por la respetabilidad de quienes aparezcan mencionados, sino por lo que cada elemento permita afirmar sobre la muerte de Inés Robles.

Nora vio que Daniel escribía junto a la hora del aviso: ya existía violencia. La fiscal había aceptado el dato y lo había colocado dentro de una secuencia en la que todavía era posible que Nora entrara y matara a Inés. Ahí estaba la fuerza de aquella historia. No necesitaba negar las grietas; podía utilizarlas para unir las piezas.

—No basta con decir que todo es raro —murmuró Daniel, sin volver la cabeza—. Hay que enseñarles por qué encaja demasiado bien.

Nora dobló la hoja por la mitad y escribió en la parte limpia: No digas que dependía de ella. Tenía trabajo. Pagaba cuando podía. Estaba enfadada con Inés porque me sentía engañada y utilizada.

Daniel leyó la última frase dos veces. Cuando el juez le concedió la palabra, se levantó con la hoja de Nora junto a sus notas.

Al principio, la toga le cayó mal sobre un hombro. Daniel la corrigió sin disimular y miró al jurado antes de empezar.

—La defensa no les pedirá que conviertan cada anomalía en una conspiración ni que acepten el recuerdo de Nora como una prueba infalible. Les pedirá algo más concreto: que comprueben de dónde procede cada dato, cuándo apareció y qué permite afirmar de verdad.

No negó que Nora estuviera enfadada con Inés. Explicó que entre ambas había existido afecto y también una traición real: Inés había preparado su encuentro y ocultado el motivo. Nora lo descubrió, la enfrentó y se marchó a trabajar. Aquella noche no era una joven mantenida que temía perder su único refugio. Tenía un empleo que había conseguido sostener, había pedido conservar las cámaras y llevaba semanas intentando protegerse de una amenaza que también alcanzaba a Inés.

Daniel tomó el primer folio de la carpeta.

—Oirán que cuatro mensajes constan como enviados desde la cuenta asociada a Nora. Verán también las imágenes de la cafetería: en cada envío, Nora está trabajando lejos del aparato, que permanece inmóvil sobre la barra. Oirán que las cámaras del edificio fallaron. Examinarán un vacío de diecisiete minutos, desde las 22:09:59 hasta las 22:27 exactas, que borra una discusión, una salida posible y la entrada de Nora, pero termina antes de que acceda la policía.

Fue colocando los horarios en el mismo orden en que los había trabajado durante meses: antes de las 22:12:46 ya se había cargado un audio en el que Inés discutía en el piso con una voz compatible con la de Gabriel Leza; a las 22:14, alguien avisó de una agresión y señaló la planta correcta; a las 22:18, Nora ya estaba dentro del piso y miraba el teléfono; a las 22:29, la patrulla accedió a la vivienda. El cuchillo en sus manos y la sangre de Inés eran hechos. Que Nora hubiera causado la herida seguía siendo la conclusión que la acusación debía demostrar.

—La historia sencilla exige que acepten como casualidad una serie de cosas preparadas con una precisión difícil de ignorar —continuó—. Que los mensajes se enviaran sin que Nora tocara el teléfono. Que tres cámaras perdieran el mismo intervalo. Que la policía recibiera un aviso antes de su llegada. Que un hombre cuyo teléfono figuraba en otro lugar discutiera dentro de la vivienda durante ese vacío. Y, además, que utilicen la parte que Nora no puede reconstruir de aquel periodo de once minutos para ordenar todo lo demás de la única manera que la vuelve culpable.

La fiscal se levantó y objetó que Daniel atribuyera una manipulación todavía no acreditada. El juez recordó a ambas partes que aquel turno servía para exponer sus posiciones y explicar qué pretendían demostrar con las pruebas, no para presentar como probado lo que debía examinarse durante la vista. Daniel aceptó el límite sin discutir. Los horarios siguieron donde estaban.

—No les pedimos que completen los once minutos con otra certeza —dijo al terminar—. Les pedimos que no los rellenen con una condena.

Cuando se sentó, Nora descubrió que tenía la mano cerrada alrededor del bolígrafo. Aflojó los dedos. En el estrado, el juez explicó al jurado que las intervenciones iniciales no eran prueba y que solo debían formar su criterio a partir de lo que se practicara en la sala. La advertencia borraba por igual, al menos por ahora, la historia de la fiscal y la de Daniel. A Nora le pareció justo.

La sesión terminó después de fijarse el orden de las primeras periciales. Los periodistas salieron antes que el público para ocupar el pasillo. Aurora permaneció sentada hasta que un funcionario le indicó que debía levantarse. Dos agentes esperaban junto a la puerta por la que había entrado, y la proximidad de las esposas devolvió a sus muñecas un dolor latente.

Daniel recogió las hojas sin mezclarlas. Guardó la nota de Nora dentro de la carpeta y se inclinó hacia ella.

—Mañana la especialista explicará la disociación y los límites de la memoria recuperada. La fiscal intentará que tu pasado familiar parezca una razón para desconfiar de ti.

Nora miró las once sillas. Ya no eran candidaturas ni nombres extraídos de una urna: eran nueve personas que decidirían y dos preparadas para sustituirlas. Once desconocidos ante los que otros hablarían de su cuerpo, su infancia y de aquello que su mente había hecho para sobrevivir.

—Asegúrate de que explique también lo que un vacío no significa —dijo.

La puerta se abrió a su espalda. Antes de cruzarla, Nora tuvo claro que no permitiría que su falta de memoria se utilizara para dar por hecho que había matado a Inés.

35. No rellenarlo

Cuando Nora volvió a entrar en la sala a la mañana siguiente, reconoció enseguida la mezcla de madera encerada, papel y aire acondicionado que ya asociaba al juicio. Una sola jornada había bastado para aprender sus ritmos: esperas, movimientos mínimos, indicaciones de los funcionarios que allí dentro adquirían un peso desproporcionado. Le retiraron las esposas antes de hacerla pasar y Nora se frotó discretamente una muñeca mientras avanzaba hacia Daniel.

Había dormido poco. La advertencia de Daniel seguía dándole vueltas: la acusación intentaría utilizar su historia familiar para convertir algo que explicaba su miedo en una razón para desconfiar de ella. Desde el interrogatorio, su pasado aparecía una y otra vez capaz de alterar la lectura de cualquier hecho: la huida se convertía en falta de arraigo; la hipervigilancia, en inestabilidad; los vacíos de memoria, en una sospecha sobre lo que podía haber hecho.

Daniel revisaba unas hojas cuando ella tomó asiento. Tenía delante menos carpetas que el día anterior y había apartado el ordenador. Nora conocía ya aquella manía: acumulaba documentos cuando dudaba y los reducía cuando sabía por dónde quería avanzar.

—Ayer dijiste que la fiscal intentaría hacer parecer que mi pasado explica lo que pasó con Inés.

Daniel dejó las hojas sobre la mesa.

—Lo intentará. Pero que tu pasado explique algunas de tus reacciones no demuestra qué hiciste aquella noche.

Nora conocía bien esa historia: una joven de veintiún años llega huyendo de un hogar violento, depende de una mujer que acaba de descubrir que le ha mentido y reacciona con rabia. Después bastaba añadir el cuchillo, la sangre y once minutos sin reconstruir para que todo pareciera apuntar en una sola dirección.

—Quiero que la perita diga también qué no significa no recordar —dijo.

Daniel dejó el bolígrafo sobre la mesa.

—Eso es lo importante. No necesito que diga que tus recuerdos son ciertos solo porque los recuerdas. Si lo hiciera, la fiscal podría desmontar su credibilidad en cinco minutos. Necesito que explique que no recordar esos minutos no significa que podamos suponer qué pasó.

La llegada del juez cortó la conversación. Cuando entró el jurado, Nora miró por fin hacia el público y encontró a Aurora en la tercera fila. Al cruzarse sus miradas, Aurora alzó apenas la barbilla. Inés se había convertido para muchos en una fotografía del sumario o en un nombre discutido por abogados y policías; para Nora seguía siendo también la mujer que olvidaba comprar leche, dejaba tazas de café por el piso y protestaba cuando ella abría las ventanas en pleno invierno.

Apartó la mirada cuando llamaron a la primera testigo.

La psicóloga forense que había evaluado a Nora durante la instrucción avanzó hasta el lugar reservado a los peritos con una carpeta fina entre las manos. Tendría algo más de cincuenta años, llevaba el cabello gris recogido sin demasiado cuidado y conservaba la misma expresión serena con la que meses atrás había escuchado durante casi dos horas respuestas que Nora apenas conseguía ordenar. En aquellas entrevistas nunca había intentado completar por ella lo que faltaba ni había mostrado una satisfacción especial cuando aparecía un recuerdo nuevo. Al contrario, cada vez que Nora dudaba entre lo que había visto y lo que creía haber deducido después, la mujer la obligaba a separar ambas cosas antes de continuar.

Daniel comenzó su interrogatorio de una manera que Nora no esperaba.

—¿Puede usted determinar quién mató a Inés Robles?

—No.

—¿Puede establecer qué hizo Nora Varela durante el tramo de aquellos once minutos que no puede reconstruir?

—Tampoco.

Un miembro del jurado se acomodó en la silla y el ruido le llegó a Nora con una intensidad absurda. Durante meses había deseado que alguien con autoridad cerrara aquel hueco de su memoria. Sabía que la psicóloga no podía hacerlo, pero escuchar dos negativas tan limpias le dejó, aun así, una punzada de decepción.

Daniel le pidió que explicara para qué servía entonces su intervención. La especialista respondió que no estaba allí para determinar culpabilidad ni reconstruir unos minutos sin memoria consciente, sino para explicar qué podía saberse sobre determinadas respuestas traumáticas y qué conclusiones no podían extraerse de ellas.

La psicóloga explicó que, ante una situación de estrés extremo, una persona podía perder durante un tiempo la sensación de continuidad de lo que estaba viviendo: la atención, la percepción del entorno, la sensación de presencia o la forma en que determinados acontecimientos quedan registrados. Añadió que una laguna no debía atribuirse automáticamente a una sola causa; podían intervenir sustancias, alteraciones fisiológicas u otros factores que correspondía estudiar desde disciplinas distintas de la psicología. En Nora, además, la presencia de una sustancia en sangre obligaba a extremar la prudencia. Ninguna explicación podía presentarse como absoluta.

Nora comprendió por qué Daniel no había buscado una perita dispuesta a validar su versión: necesitaba a alguien que fijara los límites de lo que ambas partes podían sostener.

—¿Un recuerdo recuperado después de muchos años puede contener errores? —preguntó Daniel.

—Sí. La memoria no funciona como una grabación almacenada intacta. Reconstruimos a partir de información conservada, y en ese proceso pueden intervenir elementos posteriores, interpretaciones y asociaciones que no pertenecían al acontecimiento original.

—¿Puede una persona estar convencida de la exactitud de un recuerdo y equivocarse?

—Puede.

Meses atrás, aquellas respuestas le habrían provocado pánico. Había creído que defenderse exigía recordar cada vez más, como si

la verdad dependiera de ordenar por completo la escena de su infancia y la noche del asesinato. Cada imagen que no sabía colocar le parecía entonces un fracaso.

Daniel dejó que la psicóloga terminara antes de formular la siguiente pregunta.

—Si esos recuerdos pueden ser incompletos o contener errores, ¿qué utilidad tienen en una investigación?

—Pueden orientar, pero deben corroborarse. Si una persona recuerda un lugar, un objeto, una conversación o cualquier otro elemento relevante, el valor probatorio no procede únicamente de que lo recuerde, sino de que pueda comprobarse mediante datos externos cuando sea posible.

Aquello sí hizo que Nora levantara la cabeza.

La puerta de madera. La cicatriz de Tesa. El cerrojo. La construcción abandonada. La documentación de la antigua denuncia de Teresa que Daniel había conseguido recuperar. Nada de aquello existía solo porque Nora lo recordara: había documentos, cuerpos y testimonios fuera de su memoria.

Su memoria podía ser frágil sin que por eso todo lo que quedaba fuera de ella desapareciera.

Daniel pidió a la especialista que explicara cómo habían trabajado durante las entrevistas. Ella contó que había evitado técnicas destinadas a forzar la aparición de recuerdos y que siempre había insistido en separar tres categorías: lo que Nora recordaba de forma directa, lo que deducía a partir de otros datos y lo que sencillamente no sabía. En más de una ocasión, añadió, Nora se había negado a incorporar como propio un detalle que podía favorecerla porque no estaba segura de haberlo percibido realmente.

La fiscal se levantó antes de que Daniel pudiera continuar con otra cuestión y objetó. Recordó que correspondía al jurado valorar la credibilidad de Nora y que la perita no podía presentarla, ni siquiera de manera indirecta, como una persona veraz. Daniel aceptó la precisión y reformuló sin discutir. Nora lo vio regresar a un terreno estrictamente técnico y entendió que la defensa no podía convertir aquella sesión en una defensa moral de su carácter. Nadie tenía que

demostrar que era buena. Tenían que demostrar que las pruebas no bastaban para condenarla.

Cuando llegó el turno de la fiscal, el cambio fue casi imperceptible. No levantó la voz ni discutió los principios que la psicóloga acababa de exponer. Los aceptó y empezó a trabajar con ellos.

La fiscal preguntó si una persona podía realizar acciones durante un periodo que después no recordara. La especialista respondió que sí.

—Entonces tampoco puede descartar que Nora actuara de forma violenta durante esos once minutos.

—Objeción —dijo Daniel.

El juez intervino antes de que la psicóloga respondiera.

—La perito ya ha explicado que no puede determinar qué ocurrió durante esa laguna. Formule otra pregunta.

La fiscal no insistió.

La idea quedó planteada ante el jurado. Si durante once minutos Nora podía haber actuado sin conservar después un registro completo, alguien podía imaginarla también empuñando el cuchillo. La psicóloga no había dicho eso; precisamente por eso la insinuación funcionaba sin necesidad de formularla.

Las siguientes preguntas fueron hacia su infancia. La fiscal habló de exposición prolongada a situaciones violentas, de hipervigilancia y de la intensidad con que una persona traumatizada podía reaccionar ante una amenaza o una traición. La psicóloga admitió que podían existir respuestas emocionales muy intensas, pero rechazó una y otra vez que de ahí pudiera deducirse una conducta homicida.

—La señora Varela descubre que Inés Robles no la encontró por casualidad —dijo finalmente la fiscal—. Descubre que llevaba meses siguiendo sus movimientos, que conocía su identidad y que había organizado su encuentro. ¿Es razonable pensar que ese descubrimiento pudo provocarle rabia?

—Sí.

—¿Sensación de haber sido manipulada?

—También.

—¿Y una respuesta emocional intensa?

—Por supuesto, aunque una respuesta emocional intensa no equivale a una conducta violenta.

La fiscal guardó silencio unos segundos. La precisión de la perita no parecía haber alterado en absoluto el camino que estaba siguiendo.

—En las entrevistas consta además que Nora expresó temor a parecerse a su padre.

Daniel se puso en pie casi de inmediato.

Nora sintió que se le encogía el cuerpo antes incluso de entender hacia dónde iba la discusión. Tiempo después había conseguido ponerle nombre a aquel miedo: no temía solo acabar en prisión, sino descubrir que había heredado de Tomás algo que no sabía controlar.

El juez permitió que la cuestión se tratara únicamente desde una perspectiva psicológica, sin convertirla en una inferencia sobre culpabilidad. La fiscal preguntó entonces si era habitual que una persona que había crecido junto a un agresor temiera reproducir comportamientos semejantes.

—Puede ocurrir —respondió la especialista—, pero ese temor habla de cómo la persona se percibe a sí misma, no de que vaya a comportarse como su agresor.

—¿El miedo, por tanto, no demuestra que se parezca a él?

—No. Describe un miedo.

Nora respiró despacio y notó que la tensión de los hombros empezaba a ceder. La fiscal había intentado tender una línea entre Tomás y ella, pero la psicóloga se negaba a alargarla más allá de donde llegaban los datos. Resultaba perturbador comprobar que una misma historia podía explicar por qué una persona había sufrido y, con apenas unas palabras desplazadas, servir para insinuar que acabaría pareciéndose a quien la había hecho sufrir.

Cuando la fiscal terminó, Daniel pidió formular unas últimas preguntas. Guardó unos segundos de silencio antes de acercarse de nuevo a la perita y redujo todo lo anterior a una sola pregunta.

—Si una persona no puede reconstruir de principio a fin un espacio de once minutos, ¿esa discontinuidad permite concluir que cometió aquello de lo que se la acusa?

—No.

—¿Permite concluir que no lo cometió?

—Tampoco.

—Entonces, ¿qué debería hacerse con ese vacío?

La especialista miró hacia el jurado antes de responder.

—No rellenarlo con una hipótesis. Si existen datos externos, deben examinarse: horarios, comunicaciones, pruebas físicas, información médica, testimonios. La ausencia de memoria no contiene por sí misma una explicación de lo ocurrido. Utilizarla como si fuera una confesión sería tan incorrecto como utilizarla como una coartada.

Daniel esperó antes de formular la última pregunta.

—¿Una memoria fragmentada es necesariamente una memoria falsa?

—No. Puede ser incompleta, puede contener errores y debe tratarse con cautela, sobre todo cuando los recuerdos aparecen después de mucho tiempo. Pero no recordar una parte de lo sucedido no convierte a una persona en mentirosa. Mentir implica afirmar deliberadamente como cierto algo que se sabe falso.

Nora permaneció inmóvil.

Había pasado años creyendo que los espacios vacíos de su memoria eran lugares que otros podían ocupar. Tomás lo había hecho después de la noche de su infancia; desde la muerte de Inés, la investigación había intentado hacer algo parecido con los once minutos.

También Nora había caído en esa lógica: había buscado recuerdos como si solo mereciera ser creída cuando pudiera ofrecer una versión completa y sin fisuras.

No necesitaba convertir cada hueco en una certeza.

El juez suspendió la vista durante unos minutos antes de continuar con las siguientes periciales. En cuanto el jurado abandonó sus asientos, el murmullo regresó a la sala y varias personas del público se levantaron para salir al pasillo. Nora buscó a Aurora, pero la tercera fila estaba vacía; probablemente había salido también durante la pausa.

Daniel recogió lentamente sus papeles.

—Ha ido bastante bien.

—Ha dicho que podría haber hecho cosas durante esos minutos.

—Porque es verdad.

Nora lo miró. Agradeció que no intentara suavizarlo.

—También podría haber matado a Inés.

Daniel sostuvo su mirada antes de responder.

—La perita ha dicho que una laguna permite afirmar que pudiste actuar. No permite decidir qué hiciste. Esa es la diferencia importante hoy.

Nora dejó escapar el aire con una sonrisa mínima que desapareció enseguida.

—A veces haces que parezca sencillo.

—Llevo tantos meses ordenando esto que ya no sé pensarlo de otra manera.

Nora se relajó durante unos segundos. Después Daniel recuperó la seriedad y cerró la carpeta de la psicóloga.

—La fiscal necesitaba que el jurado entendiera dos cosas: que la amnesia no te excluye físicamente del crimen y que tu pasado podría asociarse a una pérdida de control. Lo primero es cierto. Lo segundo tendrá que demostrarlo con algo más que una historia.

Nora miró hacia el lugar por el que habían salido los jurados.

—Cuando declare, quiero explicar lo de mi padre.

—Te preguntarán.

—No me refiero a contestar cuando me obliguen. Quiero decir que tuve miedo de parecerme a él. Si la acusación va a utilizarlo, prefiero que sepan qué significaba realmente.

Daniel permaneció callado unos segundos. No intentó disuadirla ni la felicitó por la decisión. Nora reconoció en aquel silencio una de las razones por las que había terminado confiando en él: cada vez con mayor frecuencia, Daniel se limitaba a comprobar que las decisiones importantes fueran realmente suyas.

—Lo prepararemos —dijo finalmente—. Pero sin convertirlo en una explicación de lo que no sabes.

—Eso ya lo he entendido.

Un funcionario se acercó para avisarles de que la sesión se reanudaría en pocos minutos. Daniel abrió entonces una carpeta gris que había permanecido debajo de las demás desde primera hora y la

dejó sobre la mesa. Nora reconoció el encabezado de medicina forense y volvió a ponerse tensa.

—¿Qué viene ahora?

Daniel pasó el pulgar por el borde de las hojas sin abrir todavía el informe.

—Ahora dejamos durante un rato tu memoria en paz.

—¿Y hablamos de qué?

—De Inés. De las pruebas forenses. Y, sobre todo, de la hora en que murió.

No necesitó añadir nada más.

Durante meses, los once minutos habían ocupado el centro del caso porque eran el único lugar al que nadie podía entrar, y la acusación había aprendido a utilizarlos precisamente por eso. Nora había acabado creyendo que la respuesta capaz de demostrar su inocencia tenía que estar allí, escondida en algún rincón de su propia mente al que todavía no sabía regresar.

Mientras Daniel abría el informe forense, comprendió que quizá la siguiente respuesta no dependía de recordar.

Si el cuerpo de Inés podía ayudar a determinar cuándo había muerto, aquella pregunta podía responderse con datos objetivos.

36. Antes de las 22:18

Cuando los miembros del jurado regresaron a la sala, Nora seguía teniendo delante la carpeta gris que Daniel había abierto durante el receso. Él había dejado arriba una copia del informe de autopsia, aunque no la hojeaba ni parecía necesitarla. Apoyaba una mano en el borde del documento y miraba hacia el lugar reservado a los peritos con una concentración distinta a la de la mañana: menos defensiva, más precisa. Después de horas discutiendo sobre lo que la memoria podía o no podía demostrar, por fin entraban en un terreno donde las palabras tendrían que medirse con algo que existía fuera de todos ellos.

Nora no sentía ningún alivio. Bastaba ver aquel informe para que Inés volviera a convertirse en lo que más le costaba soportar: un cuerpo examinado por desconocidos, medido, fotografiado y descrito con palabras capaces de separar cada órgano de la mujer que había vivido en aquel piso. Durante la instrucción había evitado leer la autopsia entera, y Daniel le había contado solo lo imprescindible para preparar la defensa. En el juicio ya no podía conservar esa distancia. Si querían demostrar que no había matado a Inés, tendrían que hablar de cómo había muerto. Y detrás de cada dato seguiría estando la mujer que semanas antes discutía por dejar una ventana abierta o se reía con la boca llena porque había probado algo demasiado caliente.

La médica forense que había intervenido en la autopsia prestó juramento y tomó asiento. No llevaba la carpeta del expediente, sino varias hojas sujetas con una pinza y una copia marcada con pequeñas pestañas adhesivas. Cuando la fiscal comenzó el interrogatorio, Nora reconoció enseguida la misma estrategia del día anterior: establecer primero aquello sobre lo que nadie podía discutir. La muerte se había producido por una única herida de arma blanca. No había lesiones defensivas concluyentes que permitieran

reconstruir una pelea. El análisis toxicológico había detectado atropina en el organismo de Inés. El parte de la asistencia sanitaria no registraba que se la hubieran administrado en el piso, de modo que su presencia no podía explicarse por aquella intervención. La concentración encontrada no permitía saber cuándo la había recibido ni quién se la había administrado.

La fiscal se detuvo en ese último límite y condujo después a la perita hacia la cuestión temporal. La primera estimación hecha en la escena, explicó la forense, solo podía ser aproximada. En aquellas horas iniciales se habían valorado la temperatura corporal, las condiciones ambientales, los primeros cambios post mortem y el estado general del cadáver, pero ninguno de esos elementos daba una hora exacta. Con la información disponible entonces, el informe preliminar había situado el fallecimiento dentro de una franja amplia que incluía el momento en que Nora entró en el piso.

Nora percibió que el jurado atendía de otra manera. Hasta entonces la autopsia había sido una sucesión de datos difíciles de relacionar con la acusación. Esto era distinto. La primera estimación no excluía que Inés siguiera viva a las diez y dieciocho; cualquiera en la sala podía entenderlo.

La fiscal dejó que esa idea permaneciera unos segundos antes de preguntar si la medicina forense podía determinar el minuto exacto de una muerte ocurrida en aquellas condiciones o convertir una hora concreta en una frontera segura.

—No —respondió la perita—. Sería irresponsable presentarlo así.

—Por tanto, ¿usted puede afirmar que Inés Robles murió a las diez y quince, a las diez y veinte o a cualquier otra hora concreta?

—No con precisión de minutos. Una estimación de este tipo siempre tiene un margen de incertidumbre.

Daniel no escribió nada. Nora lo observó de reojo y recordó una advertencia que él había repetido durante la preparación: si la otra parte señalaba una limitación real, negarla solo servía para perder credibilidad. No existía una hora exacta. La cuestión era otra: qué momentos seguían siendo compatibles con los datos y cuáles podían quedar fuera.

Cuando le llegó el turno, Daniel no comenzó por la muerte. Pidió a la forense que explicara qué había cambiado entre aquella primera aproximación y la valoración posterior, una vez recibido el resultado toxicológico. La mujer consultó una de las pestañas. La atropina podía alterar la termorregulación, de modo que su presencia obligaba a rebajar el peso de la temperatura corporal en la primera estimación y a contrastarla con el resto de los hallazgos. La valoración inicial se había hecho antes de disponer de esa información.

Daniel dejó que la explicación terminara antes de preguntar qué ocurrió al integrar el resultado toxicológico con el resto de hallazgos de la autopsia y con las condiciones documentadas de la vivienda.

La forense levantó la vista de sus papeles.

—La temperatura dejó de tener el mismo peso y el margen de incertidumbre se amplió.

Nora sintió que los dedos se le cerraban alrededor del borde de la mesa.

Daniel hizo que la médica detallara entonces el alcance de aquella revisión. No se había apoyado en un solo parámetro. La temperatura ya no podía interpretarse de forma aislada y había tenido que contrastarse con los cambios cadavéricos observados, las fotografías tomadas antes del levantamiento y la información incorporada después sobre el estado de Inés. Integrados los restantes signos cadavéricos, una muerte anterior a las veintidós dieciocho seguía siendo compatible, pero la medicina forense no permitía convertir esa hora en una frontera ni desplazar por sí sola la estimación.

A Nora le costaba escuchar sin volver al cuerpo del pasillo: la sangre extendiéndose por el suelo, la mano de Inés inmóvil junto a la copa rota, aquella fracción de segundo en que había creído que con acercarse bastaría para cambiar algo. Había convivido después con una posibilidad mucho peor que cualquier frase del sumario: haber llegado antes del final, haber encontrado a Inés viva y haber hecho algo que su memoria no conservaba. Incluso cuando Daniel empezó a demostrar que algunas pruebas no encajaban, esa duda seguía ahí, aunque no pudiera explicarla del todo.

—Doctora —dijo Daniel—, con la valoración completa que acaba de describir, ¿seguía siendo compatible que Inés hubiera muerto antes de las veintidós dieciocho?

La fiscal se levantó y pidió que quedara claro que aquella compatibilidad no equivalía a fijar un límite exacto. El juez permitió que respondiera siempre que diferenciara ambas cosas.

La forense asintió.

—Sí, seguía siendo compatible. Pero no puedo fijar el minuto de la muerte ni convertir las veintidós dieciocho en un límite médico exacto. La atropina, por sí sola, tampoco permite desplazar la estimación hacia un momento anterior.

Durante unos segundos Nora dejó de oír la sala. La respuesta no se pareció a una liberación; era demasiado cauta para eso. A las diez y dieciocho ya estaba dentro del piso. Recordaba la resistencia leve de la llave, el bolso resbalándole por el hombro, la oscuridad del recibidor. La forense no podía asegurar que Inés hubiera muerto antes de las 22:18, pero la valoración completa ya permitía considerar seriamente esa posibilidad.

Daniel no concedió un peso especial a aquella respuesta y continuó.

—¿Eso significa que puede identificar a la persona que la hirió?

—No.

—¿Demuestra por sí solo que mi defendida no participara en ninguna otra acción posterior?

—No.

—¿Cambia, sin embargo, la valoración temporal respecto de la estimación que figura en el informe incorporado inicialmente a la causa?

La forense tardó un instante más en responder.

—Sí.

Fue entonces cuando Daniel abrió la segunda carpeta.

Nora había visto aquella segunda carpeta durante la instrucción, aunque nunca supo qué guardaba. Daniel había solicitado al Instituto de Medicina Legal el historial completo del informe después de detectar que las fechas de algunos archivos no coincidían. Entre la documentación recibida aparecía una versión anterior del informe

de autopsia que había quedado guardada en el sistema. Daniel la colocó junto a la copia incorporada al procedimiento.

La versión anterior era un documento de trabajo conservado en el sistema interno antes de remitir el informe al juzgado. No estaba firmada ni tenía valor definitivo, pero había quedado almacenada en el historial del documento. En ella constaba expresamente que la estimación temporal basada en los primeros parámetros debía considerarse provisional hasta disponer del estudio toxicológico y que, si aparecía una sustancia capaz de modificar esos parámetros, la franja tendría que revisarse.

En la copia incorporada al procedimiento aquella advertencia no aparecía.

Nora vio a la fiscal inclinarse hacia uno de sus papeles.

Daniel evitó llamar falsificación a aquella diferencia. Preguntó quién podía modificar una versión de trabajo, qué controles existían antes de generar el documento definitivo y si era normal que un párrafo desapareciera durante una revisión. La perita explicó que los informes podían corregirse mientras no estuvieran cerrados y que retirar una cautela no era irregular por sí solo si quien revisaba el texto entendía que ya no hacía falta. Después hizo una pausa. En este caso, añadió, el resultado toxicológico había llegado más tarde y había confirmado precisamente que el cálculo necesitaba ser revisado.

—¿Se incorporó una ampliación al expediente cuando recibió ese resultado? —preguntó Daniel.

La mujer miró hacia el magistrado antes de responder.

—Yo preparé una nota complementaria.

Daniel tomó otra hoja.

—¿Es esta?

La perita leyó apenas las primeras líneas.

—Sí.

—¿Constaba en el expediente que usted consultó cuando fue citada para este juicio?

—No.

El murmullo del público duró tan poco que el juez ni siquiera intervino. Nora, sin embargo, percibió que algo había cambiado.

Ahora podían señalar una ausencia concreta en el expediente y compararla con la versión que seguía guardada en el sistema.

Daniel pidió permiso para seguir y evitó acusar a nadie de haber retirado o retenido la nota. En el historial constaba que había sido creada y enviada desde el sistema interno del instituto, pero no aparecía en la copia del expediente que Daniel había recibido inicialmente. Todavía faltaba saber qué había ocurrido entre un punto y otro.

La fiscal se levantó entonces y exigió que quedara claro que la perita no podía afirmar que alguien hubiese manipulado el informe con intención de perjudicar a Nora. Daniel no se opuso.

—No he preguntado por la intención —dijo—. Estoy preguntando por el contenido que recibió el juzgado.

El juez pidió a la forense que se limitara a aquello que pudiera conocer directamente.

La respuesta resultó más sencilla de lo que Nora esperaba. La médica confirmó dos hechos: el documento incorporado al principio no contenía la cautela de la versión de trabajo, y la nota posterior en la que revisaba la interpretación tras toxicología tampoco aparecía en la copia del expediente que había tenido ante sí hasta que el tribunal volvió a requerírsela. No sabía quién había intervenido entre un punto y otro. Mucho menos podía decir por qué.

La fiscal utilizó ese límite en cuanto recuperó la palabra. Hizo que la perita admitiera que una versión de trabajo podía cambiar legítimamente, que el informe definitivo era el documento formalmente remitido y que ninguna estimación médico-forense permitía reconstruir el asesinato minuto a minuto. Después recordó que el archivo recuperado había terminado de cargarse a las 22:12:46 y que contenía una conversación de Inés con otra persona mantenida poco antes. La valoración revisada seguía siendo compatible con una muerte anterior a la entrada de Nora, admitió la perita, pero no autorizaba a convertir las 22:18 en una frontera médica exacta.

Daniel dejó pasar la precisión. No necesitaba que la medicina forense resolviera seis minutos que no podía resolver. Antes de las 22:12:46 ya había terminado de cargarse una grabación captada en

el piso, en la que se oía a Inés discutir con una voz compatible con la de Gabriel Leza. A las 22:14 alguien había llamado a la policía antes de que Nora llegara. A las 22:18 Nora acababa de entrar y miraba el teléfono. Y la valoración forense seguía siendo compatible con una muerte anterior a su llegada, sin convertir esa hora en una frontera absoluta. La acusación podía discutir cada dato por separado. Lo difícil era conseguir que todos juntos siguieran contando la misma historia de antes.

Daniel dejó las horas para el último turno. No dramatizó ni pidió a la forense que señalara a un posible autor. Se limitó a confirmar dos extremos: la valoración revisada era compatible con una muerte anterior a la entrada documentada de Nora, aunque no permitía fijar un límite exacto, y la estimación inicial se había hecho antes de incorporar el resultado toxicológico. Luego recogió las hojas sin mirar al jurado.

La sesión se suspendió poco después. Esta vez Nora no sintió necesidad de preguntarle si había ido bien. Esperó a que el público empezara a salir y a que los miembros del jurado desaparecieran por la puerta lateral. Solo entonces se volvió hacia él.

—Si Inés podía haber muerto antes de que yo entrara, ¿qué hice en la parte de esos once minutos que sigo sin poder reconstruir?

Daniel cerró despacio la carpeta gris.

—No lo sé.

La respuesta le dolió menos que el día anterior.

—Pero ya no pueden sostener que la única explicación es que, después de aquella discusión, entro en el piso, pierdo la continuidad y termino apuñalándola.

—Pueden decirlo —corrigió Daniel—. Lo que ya no pueden hacer es decir que las pruebas lo sostienen de la misma manera.

Nora miró el reloj de la sala. Hasta entonces casi no se había fijado en él: redondo, barato, un poco inclinado hacia la derecha, como si alguien lo hubiese colocado deprisa hacía años y nadie hubiera tenido motivo para corregirlo. Las agujas seguían avanzando al margen de todas las historias que podían construirse alrededor de una hora.

—¿La nota desaparecida basta para demostrar que alguien manipuló el caso?

—No. Demuestra que existió una versión distinta y que una conclusión posterior no llegó donde tenía que llegar. Para saber por qué necesitamos el recorrido completo.

Daniel guardó la última hoja y durante unos segundos pareció dudar si añadir algo. Finalmente sacó de la carpeta del juicio la lista de testigos del día siguiente.

—Mañana cambia el tipo de prueba.

Nora vio el nombre antes de que él lo señalara.

Teresa Montalbán.

Aquella discrepancia en la hora de la muerte no bastaba para explicar quién había matado a Inés. Seguían sin saber quién había llamado a la policía a las diez y catorce, quién había estado con Inés después de la grabación o qué ocurrió dentro del piso antes de que Nora abriera la puerta. La estimación forense tampoco convertía una franja incierta en un reloj exacto, ni borraba la sangre de sus manos ni le devolvía el tramo que seguía sin poder reconstruir dentro de aquellos once minutos.

Pero algo sí había quedado claro: la medicina forense no obligaba a situar la muerte de Inés después de su llegada.

Y al día siguiente el pasado entraría en la sala con nombre propio.

37. Nadie la oyó

Nora había visto el nombre de Teresa Montalbán en informes antiguos y, desde la tarde en que Tesa le contó quién era realmente, también lo llevaba unido a una parte de su memoria que durante años había permanecido cerrada. Aun así, aquella mañana le resultó extraño encontrarlo en la lista de testigos, impreso con la misma tipografía impersonal que los nombres de los peritos. Aquel nombre no decía nada de la cicatriz de su espalda, los años de prisión, la hija a la que no había podido proteger ni la puerta que una niña abrió a escondidas. Sobre el papel, Teresa Montalbán era una testigo citada por la defensa. Para Nora, era la prueba de que una parte de su infancia no había terminado como Tomás le enseñó a recordarla.

Daniel llegó unos minutos después y dejó la cartera sobre la mesa. Nora reconoció la tensión en la forma en que alineó los bolígrafos y volvió a comprobar el orden de unas hojas que ya conocía. No parecía inquieto por el contenido del testimonio; llevaba meses trabajando con los datos capaces de corroborarlo. Lo que le preocupaba era otra cosa, y Nora lo entendió cuando él se inclinó hacia ella y bajó la voz.

—La fiscal va a empezar por su condena.

—Ya lo sé.

—Y por el hecho de que era la madre de Inés. Intentará que todo lo que diga parezca una mezcla de resentimiento y necesidad de encontrar a alguien a quien culpar.

Nora miró la puerta lateral. Hasta hacía poco habría sentido la necesidad de defender a Tesa antes incluso de escuchar el ataque. Ahora sabía que también tendría que aceptar las partes de su historia que podían resultar incómodas. Tesa tenía motivos para odiar a Leza y a Tomás. Había pasado años encerrada y acababa de perder a su hija. No se trataba de fingir que esos motivos no

existían, sino de comprobar si lo que contaba podía sostenerse también fuera de ellos.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No esconder nada. Si intento convertirla en una víctima perfecta, la fiscal solo tendrá que demostrar que no lo es.

Nora estuvo a punto de sonreír. Reconocía aquella estrategia. Daniel había hecho algo parecido con su memoria: mostrar el límite antes de que la acusación pudiera presentarlo como una grieta oculta. Durante meses ella había confundido defenderse con la obligación de parecer impecable, cuando casi todo lo que empezaba a salvarla nacía precisamente de admitir aquello que no podía explicar bien.

La entrada del jurado cortó la conversación. Aurora volvió a ocupar uno de los bancos del público. Nora no vio a nadie relacionado con Tomás y se preguntó si su padre habría intentado averiguar qué día declaraba Tesa. Desde que recuperó la escena del cerrojo había imaginado más de una vez un encuentro entre ambos, pero no quería que ocurriera allí, bajo unas miradas capaces de convertir cualquier gesto en una interpretación.

Cuando anunciaron a Teresa Montalbán, el murmullo se apagó de una forma distinta a la de los días anteriores. Tesa apareció escoltada por dos funcionarios y avanzó sin mirar hacia Nora. Llevaba el cabello recogido, una camisa oscura y esa expresión contenida con la que en prisión podía detener una discusión sin elevar la voz. Sin embargo, su manera de caminar tenía algo diferente. Nora tardó unos segundos en verlo: fuera de su módulo, lejos de las paredes conocidas y de las reglas que allí le daban una forma de autoridad, Tesa parecía expuesta.

Prestó juramento y ocupó su lugar. Sólo entonces dejó que la mirada pasara por la sala. Se detuvo en Nora el tiempo justo para reconocerla y después continuó hacia el jurado, sin buscar a nadie entre el público.

Daniel empezó por los datos que la acusación habría utilizado de todos modos. Le pidió su nombre completo, su situación penitenciaria y confirmó que años atrás había sido condenada por un delito relacionado con drogas. Tesa no intentó suavizarlo: sí, seguía

cumpliendo condena y aquella sentencia no había sido anulada. Daniel dejó fijada la diferencia antes de seguir. Tesa no comparecía como una mujer oficialmente exonerada de su pasado, y su versión tendría que valorarse junto con las demás pruebas.

Después llegó a Inés.

—¿Qué relación tenía usted con Inés Robles?

Tesa tardó en responder.

—Era mi hija.

Nora conocía la respuesta, pero oírla allí, delante del jurado, devolvía a Inés una historia que durante meses había quedado reducida a mensajes, relaciones y posibles conflictos. Había crecido alrededor de una ausencia que no eligió y dedicó parte de su vida adulta a entender cómo se había construido.

Daniel preguntó por lo ocurrido años atrás, procurando no regalarle una narración que Tesa pudiera limitarse a confirmar. La dejó empezar donde pudiera y ordenar el recuerdo a su manera.

Tesa explicó que, cuando Nora era una niña, había intentado apartarse de una organización con la que llevaba tiempo vinculada y entregar información sobre sus actividades. No se presentó como alguien completamente ajena a aquel entorno: conocía a personas relacionadas con drogas, explotación de mujeres y compra de silencios mediante amenazas o favores. Al explicar lo que ocurrió después, su voz se endureció. Intentar salir no había bastado para quedar libre.

La llevaron a una construcción aislada. No podía precisar cuánto tiempo permaneció allí: había recibido golpes y perdió la noción de las horas. Sí recordaba a los dos hombres que la interrogaron. Uno era Tomás Varela. El otro, entonces mucho más joven, Gabriel Leza.

Oír esta declaración trajo de nuevo a Nora el recuerdo de la madera húmeda, el olor metálico y sintió su propia mano intentando mover un cerrojo sin hacer ruido. Esta vez la imagen no llegó con la violencia fragmentaria de los primeros recuerdos. Algo de lo que había explicado la psicóloga el día anterior se había quedado con ella: recordar no significaba tener que entrar otra vez en la escena.

Daniel le preguntó si podía estar equivocada con aquellos dos nombres. Tesa negó sin teatralidad. Había conocido a Tomás antes

de esa noche, y también a Leza; no dependía de un reconocimiento hecho años después de la agresión. Cuando Daniel quiso saber qué buscaban, Tesa explicó que pretendían averiguar qué información había reunido y a quién se la había entregado. Había intentado denunciar la red y ellos necesitaban saber hasta dónde había llegado.

No describió los golpes. Dijo solo que estaba herida, que llegó a pensar que no saldría viva y que oyó a Tomás discutir con Leza sobre lo que harían después. Entonces vio una puerta abrirse apenas unos centímetros y, al otro lado, a una niña. Detrás de ella había una mujer que Tesa no reconoció en aquel momento.

Nora dejó de respirar durante un segundo.

—La niña no dijo nada —continuó Tesa—. No podía. Si la oían, la habrían encontrado. Esperó a que ellos se alejaran y abrió el cerrojo por fuera. La mujer que estaba con ella me indicó por dónde podía salir. Yo entonces no sabía quiénes eran ninguna de las dos.

Daniel esperó.

—¿Cuándo supo que aquella niña era Nora Varela?

—No esa noche. Mucho después.

Tesa explicó que logró escapar, aunque la amenaza no terminó allí. Tiempo después fue detenida y acabó condenada en una causa relacionada con drogas. Había denunciado irregularidades desde el principio y, en una fase relevante del expediente, aparecía el nombre de un joven fiscal: Gabriel Leza. Daniel mostró la copia ya incorporada a la causa, señaló la fecha y dejó el documento delante del jurado para que valoraran la coincidencia.

La fiscal pidió que no se sugiriera que la condena de Tesa había sido fabricada mientras ninguna resolución lo estableciera. El juez aceptó la objeción. Daniel reformuló: preguntó a Tesa si denunció irregularidades entonces y si esas protestas constaban en las actuaciones. Ella respondió que sí. Al menos esa parte podía comprobarse en el expediente.

Nora observó a los jurados. Aquello no era una absolución del pasado de Tesa ni una revelación capaz de resolver por sí sola el asesinato de Inés. Era algo más incómodo y, quizá por eso, más

difícil de apartar: dos historias que parecían separadas empezaban a compartir nombres, documentos y la misma red de relaciones.

Daniel llegó entonces a la pregunta que explicaba por qué Inés había buscado a Nora.

Tesa contó que su hija tardó años en reconstruir lo ocurrido. Cuando Inés empezó a revisar documentos antiguos, encontró referencias a Tomás Varela y preguntó por su familia. Tesa le habló entonces de la niña que había abierto aquella puerta, aunque durante mucho tiempo no supo qué había sido de ella. Inés siguió buscando hasta localizar a Nora.

—¿Por qué? —preguntó Daniel—. ¿Qué esperaba conseguir Inés buscando a Nora después de tantos años?

Tesa lo miró con una dureza que no estaba dirigida contra él.

—Una testigo viva.

Las palabras recorrieron la sala sin necesidad de subir la voz.

—Durante años pensé que nadie había visto lo que hicieron —continuó—. Ellos también debieron de pensarlo. Pero aquella niña estuvo allí. Vio a Tomás. Me vio a mí. Y había oído la voz de Leza. Inés creyó que, si Nora conservaba algo de aquella noche, podía unir lo que yo llevaba años diciendo con documentos que, por separado, no bastaban.

Nora sintió una punzada conocida. Inés la había encontrado porque necesitaba algo de ella; había seguido sus movimientos y preparado un encuentro bajo la lluvia que Nora tomó por casualidad. La muerte de Inés no borraba aquello, del mismo modo que el cariño que nació después tampoco podía volver limpio el principio.

Daniel pareció anticipar esa tensión.

—¿Inés sabía que Nora podía sufrir al enfrentarse a esos recuerdos?

—Sí.

—¿Y aun así la buscó?

—Sí.

—¿Le parece correcto?

Tesa bajó la vista.

—Me parece que mi hija estaba desesperada por demostrar lo que nos habían hecho. Y que a veces, cuando una persona lleva

demasiado tiempo persiguiendo una verdad, empieza a creer que tener razón le da permiso para decidir por los demás.

Nora había tardado meses en llegar a esa misma conclusión. Inés podía haberla querido de verdad y, al mismo tiempo, cruzar una frontera que no le correspondía. Que Tesa lo admitiera ante el jurado evitaba convertir su testimonio en una defensa sentimental de su hija y, precisamente por eso, devolvía a Inés su complejidad.

Cuando la fiscal se levantó para el contrainterrogatorio, empezó exactamente donde Daniel había previsto. Recordó al jurado que Tesa seguía cumpliendo condena y que llevaba años sosteniendo que Gabriel Leza estuvo relacionado con irregularidades de su caso. Le preguntó si lo odiaba. Tesa respondió que sí. Si responsabilizaba a Tomás de parte de lo ocurrido. También. Si la muerte de Inés podía haber intensificado ese odio. Tesa tampoco discutió esa palabra.

—Mi hija está muerta —dijo—. No necesito una perita para saber lo que eso hace con el odio.

La fiscal dejó atrás la respuesta y avanzó hacia un terreno más difícil. Preguntó por qué el tribunal debía creer un relato de hacía tantos años contado por una mujer condenada, que había sufrido una agresión y tenía motivos personales contra los hombres a quienes señalaba. Tesa mantuvo las manos quietas sobre la mesa.

—No tiene que creerme porque yo lo diga. Para eso están los documentos.

La fiscal recordó que ningún documento demostraba que Leza hubiera participado en la agresión de aquella construcción. Tesa aceptó el límite. Tampoco había grabación, fotografía ni parte policial de esa noche. No intentó escapar de ninguna de esas carencias, y la acusación dejó claro que su testimonio, por sí solo, no reconstruía aquel crimen ni demostraba quién había matado a Inés.

Para desacreditarla por completo, sin embargo, la fiscal tenía que atravesar también lo que sí existía: la denuncia antigua, el expediente, la relación documentada con Leza, la cicatriz y el hecho de que Nora hubiera empezado a recordar una puerta y a una mujer herida antes de saber que seguía viva. Ninguna pieza bastaba. Juntas, ya no resultaban tan fáciles de separar.

La fiscal terminó preguntando si Tesa esperaba obtener algún beneficio penitenciario por colaborar con la defensa de Nora. Daniel objetó antes de que la insinuación quedara flotando sin base. El magistrado permitió preguntar por la existencia de un acuerdo concreto, y Tesa respondió que no había ninguno: nadie le había prometido una reducción de condena, una revisión de su sentencia ni ventaja penitenciaria alguna a cambio de declarar.

Cuando Daniel recuperó la palabra, no intentó responder uno por uno a todos los golpes del contrainterrogatorio. Hizo una sola pregunta.

—Sabiendo que su testimonio no borra su condena, que expone públicamente hechos por los que afirma haber sido amenazada y que puede convertirla otra vez en objetivo de personas a las que ha evitado durante años, ¿por qué ha venido?

Tesa tardó lo suficiente para que Nora creyera que no respondería.

Entonces la miró. Nora vio culpa, cansancio y miedo. También pensó en todo lo que había entre ellas: la puerta que había abierto de niña, Inés, los años perdidos y una deuda que ninguna de las dos había elegido.

—Porque esta niña me ayudó a escapar cuando tenía siete años —respondió—. Y porque mi hija murió intentando que se supiera lo que ocurrió aquella noche.

Daniel no hizo más preguntas.

Cuando Tesa abandonó la sala escoltada por los funcionarios, Nora contuvo el impulso de levantarse. La vio cruzar la puerta lateral con la espalda recta. Aquella declaración no reparaba nada: no podía devolverle a Inés ni borrar los años de prisión, y tampoco convertía a Nora en inocente. Había hecho algo más concreto. Colocaba a Tomás y a Leza dentro de una historia anterior al asesinato y explicaba por qué Inés había empezado a investigar.

Durante el receso, Daniel permaneció unos minutos callado. Parecía más cansado que satisfecho. También él sabía lo frágil que podía ser una victoria hecha de piezas que todavía necesitaban sostenerse unas a otras.

—La fiscal tiene razón en una cosa —dijo Nora—. Tesa no puede demostrar sola que Leza estuvo allí.

—No.

—Ni que matara a Inés.

—Tampoco.

Daniel cerró la carpeta del testimonio y abrió otra más fina que había dejado preparada aparte. En la cubierta había una etiqueta con la referencia de uno de los dispositivos recuperados durante la investigación.

—Pero ya no estamos intentando que una sola persona demuestre toda la historia —dijo—. Eso es justo lo que Leza creyó que nunca podríamos hacer: juntar a personas que solo tenían una parte.

Nora miró la nueva carpeta, aunque Daniel no la abrió.

—¿Qué es eso?

Él apoyó la mano sobre la cubierta.

—Lo que falta para que Inés deje de estar representada solo por lo que otros dicen de ella.

La sesión aún no había terminado, pero a Nora le costó apartar la mirada de aquella carpeta. Durante todo el día, Tesa había hablado por una hija que ya no podía sentarse ante el jurado y había explicado por qué la buscó y qué intentaba demostrar.

Mientras Daniel guardaba de nuevo el documento y le pedía que no sacara conclusiones antes de tiempo, Nora entendió algo más simple: la única voz capaz de contar qué había hecho realmente Inés en las últimas semanas era la de Inés.

Y esa voz, de algún modo, había sobrevivido.

38. Inés habla

Cuando los miembros del jurado regresaron a la sala después del receso, Tesa ya no estaba allí. Nora seguía mirando la carpeta que Daniel había dejado junto al cuaderno. La puerta lateral por la que se la habían llevado permanecía cerrada. Tesa había contado ante el jurado la parte de la historia que podía sostener; ahora faltaba escuchar a quien ya no podía responder preguntas.

Daniel esperó a que el juez reanudara la sesión antes de abrir la carpeta. Entonces pidió la comparecencia de Marta Rius, la perita que había trabajado sobre la copia forense del segundo teléfono y el repositorio remoto preservado por orden judicial. Nora la reconoció de las reuniones de preparación y de la explicación que meses atrás acompañó a la grabación incompleta. Marta tenía la costumbre de no atribuir significado a nada antes de poder describirlo en términos mucho más modestos; con el tiempo, esa prudencia se había convertido en una de las pocas cosas que Nora asociaba con seguridad. Cuando prestó juramento y se sentó frente al tribunal, Daniel empezó por reconstruir de dónde procedía el vídeo y cómo se había recuperado.

El vídeo, el acta de apertura del guardamuebles y la documentación complementaria habían sido propuestos como prueba nueva, puestos en conocimiento de las partes y admitidos antes de la sesión.

Antes de pasar al segundo teléfono, Daniel pidió a Marta que aclarara el informe complementario sobre la cuenta de Nora. Los datos preservados, explicó, distinguían el terminal físico de una sesión vinculada a la misma cuenta: esa vinculación se produjo durante la intrusión anterior y los cuatro mensajes incriminatorios se originaron desde esa vinculación, aunque después quedaran sincronizados en el teléfono. El examen conservaba además

actividad del terminal a las 22:18, compatible con el momento en que Nora dijo que miró la pantalla.

—¿Puede identificar quién manejó esa sesión? —preguntó Daniel. Marta negó. Los registros permitían atribuir el origen técnico de los envíos, no a la persona ni con fiabilidad el equipo remoto. La fiscal hizo constar ese límite. Daniel no fue más lejos.

El segundo teléfono, explicó Marta, no contenía solo los archivos visibles. La aplicación cifrada que utilizaba Inés conservaba un catálogo de sincronización, copias locales y referencias a objetos que podían haber sido eliminados desde otra sesión. Después de que el juzgado apartara a la unidad que intervino en las primeras diligencias digitales y autorizara un nuevo examen de la copia de contraste, la perita repitió la extracción con una herramienta distinta. Ese trabajo permitió recuperar durante la instrucción los bloques de audio que situaban a Inés discutiendo con una segunda voz, pero reveló además una referencia que no figuraba en el índice: una tarea de envío asociada a un archivo de vídeo.

La fiscal pidió que se dejara claro desde el principio que una referencia no equivalía a disponer de un archivo íntegro. Marta aceptó la precisión sin esperar a que Daniel interviniera. El objeto había sido alcanzado por la misma orden de supresión remota iniciada a las 23:07 de la noche del asesinato y, en la copia local, solo quedaban fragmentos sin utilidad. Lo relevante era otra cosa: el proveedor, requerido judicialmente antes de que expirara la conservación técnica de determinadas versiones, mantenía aún una copia del archivo cargado desde la cuenta de Inés y la información vinculada a la tarea programada. No habían reconstruido una imagen a partir de píxeles dispersos. Habían relacionado aquella referencia borrada con una versión preservada en el servidor y comprobado después que la huella digital del archivo coincidía con la registrada antes de su eliminación.

Nora escuchó la explicación con atención. Desde que Daniel empezó a enseñarle que una prueba podía ser verdadera y, aun así, inútil si nadie era capaz de explicar de dónde salía, la cadena de custodia y las huellas de integridad habían dejado de parecerle un detalle técnico. Antes de reproducir el vídeo, Daniel tenía que dejar

acreditado, a través de Marta, que el archivo era auténtico y no había sido alterado.

Daniel pidió a la perita la fecha de creación, la cuenta desde la que se había cargado el archivo y los datos de la tarea vinculada. Inés había configurado el envío para que se ejecutara si no cancelaba manualmente la programación antes de un plazo determinado. El destino era una dirección de correo creada para esa contingencia, cuyos datos de acceso figuraban entre los elementos recuperados del segundo teléfono. La tarea no llegó a completarse. Antes de que expirara el plazo, la cuenta recibió la orden de borrado que había afectado al resto de archivos. Daniel no preguntó quién la envió: Marta no podía saberlo. Solo podía establecer que el vídeo existía antes de la muerte de Inés, que había quedado programado y que alguien con credenciales válidas intentó suprimirlo después, cuando Nora ya estaba bajo custodia policial.

El tribunal había admitido la grabación como prueba documental: acreditaba su existencia, programación y borrado, y permitía seguir una pista verificable; no convertía por sí sola en ciertos los hechos que Inés relataba.

Antes de que el jurado viera una sola imagen, la fiscal pidió que quedaran claros los límites de aquella prueba. La programación del vídeo no permitía saber qué temía exactamente Inés ni demostrar que la persona a la que acusara fuese responsable de su muerte. El juez estuvo de acuerdo y recordó que sus afirmaciones tendrían que apoyarse en otras pruebas. Daniel asintió y continuó con el interrogatorio.

Daniel no intentó reducirlas.

—Eso es exactamente lo que pedimos que se valore —dijo cuando recuperó el turno—. El contenido junto con las pruebas que puedan confirmarlo o desmentirlo.

El juez autorizó la reproducción dentro de los límites que ya había establecido para esa prueba. Las luces de la sala no se apagaron por completo; un funcionario redujo únicamente la intensidad de las lámparas cercanas a la pantalla. Durante unos segundos apareció un rectángulo negro con la referencia del archivo y su duración. Nora había leído la transcripción durante la preparación del juicio. Daniel

se había asegurado de que conociera cada frase antes de decidir utilizarla, pero ella había evitado ver la imagen completa. La voz de Inés ya la había escuchado antes. Lo difícil sería volver a verla.

La pantalla se iluminó.

Inés estaba sentada en la habitación del fondo del piso, delante de una pared que Nora conocía demasiado bien. Llevaba una camiseta oscura y el cabello recogido de cualquier manera, como cuando pensaba quedarse en casa. No había maquillaje ni señales visibles de las noches en que regresaba desorientada. Antes de mirar a la cámara comprobó algo fuera del encuadre y luego se acercó a la pantalla para asegurarse de que la grabación había empezado. Verla fruncir el ceño al mirar la pantalla le dolió más que las fotografías del sumario. Durante un instante no vio a una víctima ni a una investigadora. Vio a la mujer que protestaba porque los teléfonos cambiaban las cosas de sitio cada vez que se actualizaban.

Inés empezó diciendo su nombre completo y la fecha. Después explicó que grababa aquella declaración porque llevaba meses reuniendo información sobre personas vinculadas a clubes privados, sociedades utilizadas para mover dinero y funcionarios que habían protegido actividades que todavía no podía demostrar por completo. Decía que tenía nombres sin función, pagos cuyo motivo ignoraba y testimonios de mujeres que se habían retractado por miedo. Una de esas líneas, añadió, la había llevado hasta el caso de Teresa Montalbán, su madre, y desde allí hasta Tomás Varela.

Al oír el apellido Varela, Nora bajó la vista.

En el vídeo, Inés respiró antes de continuar. Explicó que había localizado a Nora meses atrás y que durante un tiempo había seguido sus horarios y sus movimientos sin acercarse a ella. Mientras siguiera viviendo con Tomás, presentarse podía ponerla en peligro.

Por eso había buscado otra manera de saber si conseguía marcharse. Se puso en contacto con Elena sin decirle su verdadero nombre. Se presentó como la hija de Teresa Montalbán, le dejó un número y le pidió que la avisara si Nora salía de aquella casa.

La noche de la huida recibió el mensaje. Nora había salido y tomaría el último autobús. Inés comprobó el horario y fue a

esperarla a la terminal. Lo ocurrido con Vicente fue imprevisto. Intervino cuando vio que intentaba llevársela.

—Esperé a que estuviera fuera de aquella casa porque no quería acercarme mientras siguiera bajo el control de Tomás —dijo Inés desde la pantalla—. Pero cuando la encontré no le conté por qué la había buscado. Ella aceptó mi ayuda sin saber todo lo que yo sabía de ella. Eso estuvo mal.

Nora había leído esas palabras, pero ver a Inés detenerse después de decirlas les daba otro peso. No parecía una despedida preparada para resultar memorable. Era solo una mujer intentando decir algo que quizá todavía esperaba poder explicar en persona.

Después Inés habló de Gabriel Leza. Lo nombró sin rodeos y separó lo que podía demostrar de aquello que sólo podía contar como experiencia propia. Dijo que Leza había mantenido con ella una relación de control durante años, aprovechando el acceso que tenía a información sobre Tesa y a personas capaces de perjudicarla. Había utilizado esa dependencia para obligarla a asistir a encuentros privados, había permitido que le administraran sustancias y, en más de una ocasión, la había amenazado con consecuencias para su madre y para otras mujeres si intentaba salir. No describió las agresiones. La forma en que separaba cada hecho de la emoción que le producía hacía innecesario cualquier detalle más explícito.

Nora recordó la pequeña marca junto al codo de Inés, las madrugadas de los miércoles y su manera de rechazar preguntas que entonces le habían parecido demasiado simples. Durante semanas creyó que quizá habría podido insistir más, impedir que volviera a salir. El vídeo le devolvía una verdad menos cómoda: Inés había tomado decisiones dentro de un margen que las amenazas habían ido estrechando mucho antes de que Nora pudiera verlo.

Inés acusó a Leza de muchas cosas, pero no dijo que hubiera matado a nadie. Miró directamente a la cámara y dijo algo que Daniel había subrayado en la transcripción precisamente porque impedía utilizar el vídeo como una confesión desde la tumba.

—Si este archivo se ha enviado, es porque no pude cancelar la programación. No sé qué habrá pasado para entonces. Gabriel me ha amenazado y tengo motivos para creer que puede hacerme daño

si piensa que lo que he reunido puede perjudicarlo. También sé que intentará encontrar las pruebas y hacerlas desaparecer. Por eso he dejado copias fuera de su alcance.

Nora vio a uno de los jurados bajar la mirada hacia sus notas mientras otro permanecía inmóvil frente a la pantalla. La frase no resolvía el crimen. Sí mostraba que Inés había previsto que sus palabras necesitarían pruebas externas incluso cuando ya no estuviera allí para sostenerlas.

Entonces llegó a la parte que Daniel no había podido corroborar hasta pocas semanas antes del juicio. Inés explicó que los originales más delicados no estaban en el piso ni en sus teléfonos. Utilizaba los dispositivos para trabajar, fotografiar y conservar copias, pero sabía que cualquier cuenta podía borrarse si alguien conseguía las credenciales. Por eso había trasladado los documentos físicos, dos soportes de memoria y un cuaderno de anotaciones a un pequeño guardamuebles de alquiler situado en una zona industrial de las afueras. No dijo en voz alta el código completo. Indicó que el número de módulo y la clave estaban divididos entre dos campos del propio archivo: uno visible en los metadatos de la tarea y otro escrito en una imagen final que aparecía solo durante unos segundos.

Marta detuvo la reproducción cuando Daniel se lo pidió. El fotograma mostraba una tarjeta blanca sostenida por la mano de Inés. Nora reconoció la letra inclinada y la costumbre de atravesar los ceros con una línea. La perita explicó que el número no había sido interpretado manualmente durante la restauración: se conservó como imagen y después se incorporó al informe. Con esa información, el juzgado había autorizado antes del juicio una diligencia para localizar y preservar el espacio. La existencia del guardamuebles estaba confirmada y el módulo había quedado precintado. Su contenido, sin embargo, todavía no se había presentado al jurado y tendría que incorporarse mediante las pruebas correspondientes.

La fiscal impidió que el hallazgo del lugar se convirtiera en una validación automática del vídeo. El juez dejó claro el límite: hasta

que se examinara el contenido y se acreditara su origen, no podía darse nada más por probado.

La reproducción continuó unos minutos. Inés habló de Tesa, de la imposibilidad de conseguir limpiar su nombre y de la culpa de haber convertido la investigación en una forma de mantener a su madre viva incluso cuando Tesa le pedía que no se acercara a determinadas personas. Después volvió a Nora.

—Si Nora acaba metida en esto por mi culpa, no quiero que nadie la utilice para terminar lo que yo empecé. Si recuerda algo, tendrá que decidir ella qué hacer con eso. Y si no recuerda, que la dejen en paz.

A Nora se le humedecieron los ojos, pero no apartó la cara. Llevaba meses intentando decidir si podía querer a Inés sin perdonarle lo que había hecho al buscarla. La grabación no borraba lo que Inés había hecho. Seguían estando el mapa, las fotografías y el encuentro preparado. Pero también dejaba claro que sabía que había hecho daño a Nora y que no esperaba que ella la perdonara por ello.

Cuando la imagen desapareció, la sala recuperó la luz y nadie se movió de inmediato. Daniel aprovechó aquel silencio para precisar qué podía demostrar realmente el vídeo. A través de sus preguntas, Marta explicó que el archivo acreditaba su existencia previa, su programación, la supresión posterior y las instrucciones que habían conducido hasta un lugar real. La identidad de quien había causado la herida y las acusaciones de Inés contra Leza tendrían que sostenerse con otras pruebas.

En su último turno, la fiscal recordó que una persona podía preparar un relato interesado, exagerar amenazas o interpretar mal las intenciones de alguien con quien mantenía una relación conflictiva. También hizo constar que Inés había mentido a Nora durante semanas y ocultado información a su propia madre. Nora esperaba enfadarse al escuchar cómo aquellas verdades se utilizaban para desacreditarla, pero descubrió que ya no necesitaba negar ninguna. Inés había mentido. Había manipulado el encuentro. Había tomado decisiones que no le correspondían. Y nada de eso hacía desaparecer los pagos, las llamadas, la grabación cargada

antes de las 22:12:46 ni un módulo de guardamuebles que existía donde ella dijo que estaría.

Daniel no hizo más preguntas cuando Marta terminó. Guardó la documentación y dejó que la prueba permaneciera incompleta, sostenida por otras piezas que aún debían entrar en la sala. Era la misma estrategia que había seguido con Tesa y con la memoria de Nora: no pedirle a una sola cosa que soportara el peso entero de la historia.

Cuando el juez dio por terminada la sesión, Nora esperó a que Daniel recogiera sus papeles. Aurora seguía en la tercera fila. La imagen de Inés continuaba demasiado presente: el cabello recogido, la camiseta oscura, el gesto de acercarse a la cámara para comprobar que funcionaba. Daniel cerró el ordenador.

—El módulo está precintado —dijo—. Mañana se incorporará el acta de apertura y después tendremos que acreditar cada documento por separado. No quiero que pienses que el vídeo acaba de resolver el caso.

—Lo sé. Pero ahora también han oído de Inés por qué me buscó y qué temía de Leza.

—Sí. Y tendremos que respaldar lo que dice con el resto de las pruebas.

Nora miró el lugar donde había estado la pantalla. Durante toda la vista, otras personas habían explicado su memoria, su miedo, sus horarios y la forma en que llegó al piso. Incluso Inés acababa de contar una parte de su historia desde una grabación preparada antes de morir. Al día siguiente, cuando llegara su momento de declarar como acusada, ya no tendría sentido completar lo que faltaba para parecer más convincente. Podía hacer lo mismo que había exigido a todos los demás: separar lo que sabía de aquello que no podía demostrar.

Al día siguiente sería Nora quien tendría que sentarse frente al jurado.

39. Los once minutos

La mañana en que había decidido declarar, Nora comprendió que llevaba meses imaginando mal aquel momento. Había pensado que hablar ante el jurado significaría enfrentarse por fin a lo que faltaba de los once minutos, como si le correspondiera abrir a la fuerza aquel tramo cerrado. Pero, mientras esperaba junto a Daniel a que comenzara la sesión, la discontinuidad seguía exactamente donde había estado desde la noche del asesinato y, por primera vez, no le pareció un fallo que tuviera que corregir antes de abrir la boca.

Daniel había repasado con Nora cómo se desarrollaría su declaración y qué pruebas podían mostrarle durante el interrogatorio. Revisaron las fechas, separaron lo que ella sabía por experiencia propia de lo que constaba en el procedimiento y prepararon las preguntas previsibles de la fiscal.

—Si no recuerdas algo, dilo —le había insistido Daniel—. No intentes que una respuesta parezca más segura de lo que es.

Nora lo entendía ahora mejor que unos meses atrás. Podía contar lo que sabía y reconocer aquello que seguía sin recordar.

Cuando comenzó la sesión, Nora permaneció en el mismo lugar de los días anteriores, junto a Daniel. Hasta entonces había escuchado cómo otras personas describían partes de su vida desde una distancia que a veces resultaba casi ofensiva: médicos hablando de su cuerpo, peritos de su memoria, policías de sus movimientos, Tesa de una noche que Nora había pasado años creyendo terminada de otra manera. Aquella mañana no tuvo que ocupar ningún lugar distinto. Era la acusada y declaró como tal, desde una posición que le permitía seguir comunicándose con su abogado.

Antes de empezar, el juez le recordó que tenía derecho a guardar silencio, a no contestar alguna de las preguntas y a no declarar contra sí misma. No le pidió juramento. Nora dijo que comprendía sus derechos y que quería declarar. El micrófono devolvió su

respuesta con una claridad que la hizo consciente incluso de la respiración. Tenía al jurado a su izquierda, a la fiscal al otro lado y a Daniel junto a ella. Detrás distinguió a Aurora. No buscó a Tesa: sabía que no estaba allí y, aunque lo hubiera estado, ninguna mirada podía protegerla de lo que tocaba hacer.

Daniel empezó lejos de la noche del crimen. Le pidió que explicara por qué había abandonado su pueblo, cómo había conocido a Inés y qué creyó al principio que significaba aquella ayuda. Nora habló de la casa de sus padres sin entrar en detalles innecesarios, del dinero que Elena le dio a escondidas y de la sensación de haber llegado a la ciudad convencida de que cualquier lugar podía convertirse en una vida nueva solo porque Tomás no estaba allí. Después contó el encuentro con Inés, la habitación que le ofreció y lo rápido que acabó aceptando una seguridad que entonces ignoraba que había sido preparada.

Cuando Daniel llegó al momento en que Nora descubrió que Inés la había buscado deliberadamente, la fiscal levantó la vista. Era el punto que la acusación había intentado convertir en motivo suficiente para una ruptura violenta, y Daniel no lo rodeó.

Le preguntó si se había sentido engañada y enfadada. Nora admitió las dos cosas sin esforzarse por parecer más comprensiva de lo que había sido. La rabia formaba parte de la historia tanto como el afecto, y negarla solo habría dejado a la fiscal el trabajo de sacarla después. Cuando Daniel quiso saber si había pensado que Inés la había utilizado, la respuesta no necesitó preparación.

—Sí. Porque lo hizo. Quería encontrar a alguien que pudiera recordar algo sobre su madre y sobre mi padre, y decidió acercarse a mí sin decirme por qué.

Daniel no intentó suavizarla. Le preguntó si, a pesar de aquello, había querido a Inés, y Nora explicó que una cosa no había borrado la otra. Había sentido gratitud, afecto y después rabia; también había entendido demasiado tarde que la mujer que la acogió estaba atrapada en algo que Nora apenas empezaba a ver. Inés salió del piso antes de contarle la historia completa y Nora pasó las horas siguientes esperando que regresara.

Solo entonces Daniel la llevó hasta la noche del asesinato.

Nora describió el trayecto de vuelta sin adornarlo. Recordaba las últimas calles, la sensación de que algo no iba bien y la subida hasta el piso. Ya dentro, al sacar el teléfono para encender la linterna, vio las 22:18. Aquella hora se le había quedado fijada porque entonces todavía creía que lo importante era encontrar a Inés y entender qué ocurría. Nora no necesitaba tomar prestada una precisión ajena: aquella vez sí había mirado la pantalla.

—Vi las diez y dieciocho en el teléfono justo después de entrar —dijo—. Después, la pericial del terminal corroboró actividad registrada a esa hora.

Cuando Daniel le preguntó qué recordaba después de abrir la puerta, Nora temió escucharse como una grabación repetida demasiadas veces. Miró a Daniel, no al jurado, y describió la oscuridad del recibidor, la música que llegaba del interior, la cocina, la copa rota, la puerta entreabierta y el cuerpo de Inés. Recordaba haberse acercado y haberle buscado el pulso. Recordaba la sangre en una palma y que había pensado en llamar al 112. Después, la continuidad se rompía: quedaban sensaciones y fragmentos, no una secuencia. El siguiente recuerdo continuo empezaba cuando seguía de rodillas junto a Inés, con sangre en ambas manos y la policía entrando por la puerta.

Daniel le preguntó si recordaba haber apuñalado a Inés o haber tocado el cuchillo. Nora negó recordar haberla apuñalado y, cuando él le preguntó por el cuchillo, volvió a sentir la misma incomodidad de las primeras entrevistas. Podía haber respondido simplemente que no, porque no conservaba ninguna imagen de su mano alrededor del arma, pero hacerlo habría convertido una ausencia de memoria en un hecho.

—No recuerdo tocarlo. Eso no significa que pueda asegurar que no lo hice.

Las huellas estaban allí y Nora no discutió ese dato. Cuando Daniel le preguntó si podía ofrecer una explicación que recordara para su presencia en el arma, respondió que no.

El silencio duró apenas unos segundos, tiempo suficiente para que apareciera el impulso de añadir algo: que quizá había intentado apartar el cuchillo, que podía haberlo cogido al ver a Inés o que

alguien había colocado sus dedos sobre él. Durante meses había dado vueltas a posibilidades como aquellas, sobre todo en las noches de prisión en las que necesitaba una explicación para poder dormir. Ninguna era un recuerdo. Las dejó fuera.

—Durante la investigación dijo varias veces que tenía miedo de haber hecho daño a Inés —continuó Daniel—. ¿Por qué?

—Porque crecí viendo a mi padre hacer daño a mi madre. Y durante mucho tiempo tuve miedo de parecerme a él.

—¿Ese miedo venía de algún recuerdo de haber atacado a Inés?

—No. Venía de no saber qué había hecho después de que se rompiera la continuidad y de pensar que quizá podía haber hecho algo terrible sin recordarlo.

—¿Recuerda haber actuado como su padre aquella noche?

—No.

Daniel le preguntó entonces si estaba pidiendo al jurado que interpretara los once minutos como prueba de que era inocente.

—No. Solo les pido que no los utilicen como prueba de algo que yo no puedo contar.

La frase le salió menos firme de lo que habría querido, y no intentó corregirla. La acusación había empezado el juicio ofreciendo una historia en la que aquel vacío parecía contener exactamente lo que necesitaba. En los días siguientes, las pruebas habían ido debilitando la versión de la acusación. La valoración forense seguía siendo compatible con una muerte anterior a su entrada; Inés había estado hablando con otra persona pocos minutos antes; alguien había avisado a la policía antes de que Nora llegara. Nada de eso explicaba por completo lo sucedido, pero impedía seguir tratando los once minutos como una habitación en la que solo cabía ella.

Daniel pidió entonces que el jurado viera la cronología construida a partir de las periciales anteriores. No hubo animación ni reconstrucción espectacular: solo cuatro líneas sobre una pantalla. Antes de las 22:12:46 ya había terminado de cargarse la grabación recuperada de Inés, en la que se oía una discusión mantenida poco antes con una segunda voz. A las 22:14 constaba el primer aviso policial. A las 22:18 Nora ya estaba dentro del piso y miraba el

teléfono. A las 22:29, cuando accedieron los agentes, recuperaba una percepción continua de lo que ocurría.

Daniel no le pidió que interpretara la primera ni la segunda hora. Le preguntó dónde estaba ella cuando se produjo el aviso a la policía.

—Todavía iba de camino al piso.

—¿Lo recuerda?

—Sí. Recuerdo el trayecto. La hora exacta la sé por los registros que se han explicado aquí.

La cautela importaba. La extracción del terminal no permitía situar cada paso de Nora sobre un plano. Los datos y las imágenes externas bastaban para excluir que estuviera dentro del piso a las 22:14, pero Daniel había insistido en no transformar un margen técnico en una precisión que no existía.

Daniel le preguntó si había realizado ella aquella llamada o si a las 22:14 sabía que Inés estaba herida. Nora respondió que no a ambas cosas.

Daniel dejó la cronología unos segundos más en pantalla. Nora vio al jurado pasar la mirada de las horas a ella. Ninguna línea, por sí sola, resolvía el caso. Juntas obligaban a introducir a otra persona en la historia inicial. Antes de las 22:12:46, Inés había estado hablando con otra persona. A las 22:14 alguien sabía lo suficiente para activar una respuesta policial. A las 22:18 Nora ya había entrado. La grabación no identificaba a un asesino y la llamada no decía quién la había hecho, pero ambas cosas existían antes del vacío que durante meses había ocupado el centro del caso.

Daniel quiso saber si, al entrar en el piso, Nora sabía que la policía ya iba de camino o había tenido alguna posibilidad de preparar su llegada. Ella negó ambas cosas. Solo cuando él le preguntó por qué los agentes acabaron entrando mientras ella seguía allí, Nora miró directamente hacia los miembros del jurado.

—Porque alguien los llamó antes de que yo llegara.

Daniel decidió no seguir por ahí. No preguntó quién. Tampoco sugirió que la persona de la grabación y quien hizo el aviso tuvieran que ser la misma. La cronología acreditaba una intervención ajena a

Nora; la identidad y el propósito de esa intervención dependían de otras pruebas.

La fiscal esperó a que Daniel terminara y se levantó con una carpeta bastante más gruesa. Empezó por lo que Nora recordaba con claridad y después pasó al tramo de aquella franja de once minutos que no podía reconstruir. Le recordó que estaba enfadada con Inés, que se había sentido utilizada y que no podía negar haber tocado el arma. Nora aceptó lo que era cierto. Cuando la fiscal le preguntó si podía asegurar que no había movido el cuerpo durante ese tramo, respondió que no. Tampoco podía asegurar qué palabras había dicho ni si había recorrido el pasillo después de encontrar a Inés.

La fiscal reunió entonces todo aquello en una pregunta sencilla: si Nora podía decir qué había hecho durante el tramo que no podía reconstruir. Nora respondió que no. La frase siguiente llegó casi como una constatación: aun sin saberlo, estaba pidiendo que la declararan no culpable. Daniel se movió en su asiento, aunque no llegó a levantarse. Nora entendió la maniobra. No buscaba solo una contradicción; buscaba que sintiera vergüenza por reclamar una certeza jurídica que su memoria no podía darle.

—Estoy aquí porque me acusan de matar a Inés —respondió—. No porque tenga que inventar lo que falta de esos once minutos para merecer que miren el resto de las pruebas.

La fiscal mantuvo la vista sobre ella.

—¿Y si durante ese tiempo hizo algo que no quiere recordar?

El juez intervino antes de que Daniel objetara y pidió que la pregunta se formulara sin atribuir intenciones psicológicas que la pericial no había establecido. La fiscal corrigió apenas el tono.

—¿Puede descartar que realizara una acción violenta durante ese periodo?

Nora sintió cómo el miedo antiguo la empujaba hacia una respuesta absoluta. Era la pregunta que se había repetido desde la primera noche en prisión, la que la obligaba a preguntarse si podía parecerse a Tomás sin saberlo. Miró un instante a Daniel y volvió hacia la fiscal.

—Puedo decir que no recuerdo haberla realizado. Y puedo decir que, según la pericial que hemos escuchado, los hallazgos son compatibles con que Inés ya hubiera recibido la herida mortal antes de que yo entrara. Lo que no voy a hacer es rellenar lo que no recuerdo con una respuesta que nadie puede comprobar.

La fiscal guardó silencio unos segundos y cambió de dirección. Cuestionó la precisión de los datos del teléfono, recordó que una conexión de red no equivalía a una posición exacta y subrayó que Nora no había identificado directamente la segunda voz de la grabación. Todo eso era cierto. Nora no discutió aquellas limitaciones porque el caso no dependía de hacer cada pieza más fuerte de lo que era.

Al terminar el interrogatorio, Daniel pidió una sola aclaración. Volvió a proyectar las cuatro horas y preguntó si alguna dependía de la memoria de Nora. Ella respondió que no: la grabación, el aviso policial, los registros de llegada y la intervención de los agentes existían con independencia de lo que pudiera recordar.

—¿Qué parte depende entonces de usted? —preguntó.

Nora observó las horas durante un momento antes de contestar.

—Decir dónde termina lo que sé.

Daniel regresó a su mesa sin hacer más preguntas.

Cuando terminó su declaración, Nora notó las piernas más débiles de lo que esperaba aunque no se hubiera levantado del sitio. No había habido ninguna revelación. No había recuperado una imagen decisiva ni pronunciado el nombre de Gabriel Leza como si bastara para ordenar el caso. Había hecho algo menos espectacular y, para ella, bastante más difícil: dejar delante de todos el tramo que no podía reconstruir sin permitir que aquel vacío la obligara a desaparecer dentro de él.

La cronología seguía proyectada. Las cuatro líneas permanecían una debajo de otra con una frialdad casi ofensiva. Antes de las 22:12:46 ya había terminado de cargarse una grabación en la que Inés hablaba con otra persona. A las 22:14, alguien había puesto a la policía en camino. A las 22:18, Nora ya estaba dentro y miraba su teléfono. A las 22:29, los agentes irrumpían y ella recuperaba continuidad. Entre esas dos últimas horas seguía habiendo un rango

de once minutos que no podía reconstruir de principio a fin; la continuidad se había roto después de buscar el pulso de Inés.

Durante meses, la acusación había tratado aquel intervalo como si todo lo anterior dejara de existir en cuanto empezaba la amnesia. Ahora el vacío producía el efecto contrario. Cuanto más claramente se veía, más difícil era ignorar que alguien había estado allí antes que Nora, que alguien había sabido que algo ocurría y que la historia ya estaba en marcha antes de que ella cruzara la puerta.

Daniel apagó la pantalla cuando el juez dio por terminada la sesión. Antes de cerrar la carpeta, se inclinó hacia Nora lo suficiente para que nadie más pudiera oírlo.

—Mañana ya no van a discutir solo tus once minutos.

Nora volvió a mirar las cuatro horas que seguían proyectadas. Durante meses había intentado entender qué había ocurrido en la parte de aquellos once minutos que no podía reconstruir. Ahora había otra pregunta que también podía responderse con pruebas.

¿Qué sabía Gabriel Leza que nunca debería haber sabido?

40. El hombre impecable

A la mañana siguiente, Nora entró en la sala con la pregunta del día anterior todavía pegada a la cabeza. Había pasado la noche dándole vueltas a una idea distinta de todas las anteriores: qué podía saber Gabriel Leza que nunca debería haber sabido. Esta vez no dependía de que su memoria le devolviera una imagen nueva, sino de algo más verificable, de las cosas que Leza había hecho, dicho o conocido cuando aún confiaba en que nadie conseguiría ponerlas una junto a otra.

Daniel llegó con dos archivadores y una carpeta estrecha que dejó cerrada junto al cuaderno. No parecía más tranquilo que los días anteriores, aunque Nora reconoció esa concentración suya que aparecía cuando una diligencia solo adquiría sentido al encajar con las demás. Antes de que entrara el jurado le explicó el orden de la mañana, nada más: primero se incorporaría el acta de apertura del guardamuebles localizado gracias al vídeo de Inés; después, la documentación financiera y los registros de comunicación preservados tras la filtración. Al final declararían una periodista y el técnico que había conservado una grabación propuesta por la defensa antes del juicio.

—¿Leza no va a declarar? —preguntó Nora.

Daniel negó con la cabeza.

—No en este juicio. Su situación ya no es la de alguien a quien podamos sentar aquí como si solo tuviera que explicar lo que sabe. Hay diligencias separadas abiertas y tiene sus propios derechos. Nosotros tenemos que demostrar por qué la acusación contra ti no se sostiene.

—¿Y hoy vais a demostrar que lo hizo?

Daniel tardó unos segundos en responder. Buscó la forma más exacta de decirlo.

—Hoy vamos a demostrar lo que podamos demostrar. Y si al final de la mañana queda una parte que no sabemos, seguirá siendo una parte que no sabemos.

La incorporación del contenido del guardamuebles ocupó buena parte de la mañana. No hubo una caja abierta ante el jurado ni documentos exhibidos como si Inés hubiera dejado preparada una confesión. La funcionaria que intervino en la diligencia explicó el precinto, el acceso autorizado y el inventario; después, un perito describió cómo se habían separado los papeles de los dos soportes digitales. Solo entonces Daniel preguntó por el contenido.

Había movimientos bancarios, facturas, matrículas y hojas manuscritas de Inés. Parte de aquello repetía información del segundo teléfono, pero ahora existían originales cuya fecha y procedencia podían contrastarse fuera de una cuenta que alguien había intentado borrar. Entre ellos aparecían Linde Eventos, Meridiano Servicios y Arco Seguridad, dentro de una relación más amplia de sociedades conectadas con establecimientos que también figuraban en sus notas.

El perito financiero fue prudente. Una transferencia podía responder a un servicio real y, por sí sola, no demostraba nada más. Lo relevante era que aquellos movimientos podían seguirse a través de cuentas, fechas y documentos externos, y que algunos coincidían con jornadas en las que Inés había anotado contactos y reuniones. La fiscal aprovechó enseguida esa cautela: ninguna transferencia explicaba qué se estaba pagando y las notas de Inés tampoco identificaban por sí solas a quien hubiese ordenado un pago. Daniel no discutió el límite. Aquella pieza no tenía que cargar con todo el caso para resultar útil.

Después llegaron los registros de comunicación, preservados a raíz de la filtración de la copia marcada que había recibido Baeza. El análisis no recuperaba el contenido de las conversaciones, pero sí mostraba contactos entre el inspector y Leza durante la investigación, algunos próximos a avances de la defensa y a momentos en que determinadas piezas se apartaron de su recorrido previsto.

Uno de esos contactos se produjo después de que Baeza recibiera la hoja de Arco Seguridad y antes de que la fotografía de aquella misma copia apareciera en la web. Otro coincidía con el periodo en que el grupo policial tuvo acceso al informe forense antes de que llegara al procedimiento sin aquella advertencia. Los registros no decían que Leza hubiera ordenado publicar una fotografía o modificar un informe, y Daniel lo dejó claro sin esperar a que se lo exigiera la fiscal: había comunicación y proximidad temporal. No el contenido de una orden.

Aun así, Nora vio a varios miembros del jurado volver a sus notas de días anteriores. El efecto no dependía de una llamada concreta. Era la repetición: el nombre de Leza aparecía otra vez cerca de algo que se había apartado de su recorrido normal.

La fiscal separó de nuevo las piezas. Tesa tenía motivos para odiar a Leza; Inés había investigado sin control judicial y había mentido a Nora; la grabación, cuya carga había terminado antes de las 22:12:46, estaba incompleta; los pagos admitían explicaciones legales; Baeza podía hablar con un fiscal por razones profesionales; una versión de trabajo no demostraba por sí sola una falsificación, y Nora seguía sin saber qué había hecho durante el tramo que no podía reconstruir. Nada de aquello era falso. A esas alturas Nora había entendido que la defensa no podía construirse fingiendo que sus puntos débiles no existían.

Daniel sabía que tendría que demostrar algo más que una sucesión de coincidencias. Daniel había previsto aquel ataque. Por eso, al preparar el juicio, había revisado también las primeras declaraciones públicas de Leza y solicitado las grabaciones completas de las entrevistas de aquellos días. En una de ellas había encontrado algo que nunca llegó a emitirse.

Después del receso declaró la periodista que había realizado aquella entrevista.

Nora la reconoció vagamente. Había cubierto el caso desde los primeros días, aunque allí parecía otra persona sin micrófono y sin la prisa de quien habla frente a una cámara. Explicó que, dos mañanas después de la muerte de Inés, su equipo había entrevistado a Gabriel Leza para una pieza sobre la investigación, la relación de la

víctima con determinados ambientes y la presión mediática que empezaba a rodear el caso. La entrevista se había grabado completa y luego se redujo para emitirla.

Daniel le pidió que explicara qué había ocurrido con la grabación después de la entrevista. La periodista contó que, al regresar a la redacción, habían guardado la grabación completa en el servidor de la cadena. Para televisión solo se utilizó una parte. Meses después, la defensa solicitó también el material que no se había emitido y la cadena lo entregó para incorporarlo al procedimiento.

Después declaró un técnico audiovisual de la cadena. Confirmó que el archivo correspondía a aquella entrevista y que el fragmento que iban a escuchar formaba parte de la grabación original.

Cuando terminó, Daniel pidió permiso para reproducir el fragmento.

La pantalla mostró a Leza de pie en un pasillo institucional. Nora recordó la primera vez que lo había visto en televisión y aquella sensación de reconocer la voz antes que el rostro. En la grabación, la periodista le preguntaba si participaba de algún modo en las diligencias por la muerte de Inés Robles.

—No —respondía Leza—. No formo parte del equipo que investiga este homicidio y no tengo acceso a las actuaciones. Me han preguntado por cuestiones generales porque conocía algunos de los entornos que frecuentaba la fallecida, nada más.

La entrevista continuaba. Hablaron de filtraciones, de la necesidad de no convertir una investigación en espectáculo y de lo difícil que era valorar una escena cuando alguien había entrado antes que la policía. La periodista le preguntó qué quería decir.

Leza sonrió con aquella autosuficiencia de quien cree estar explicando algo evidente.

—Que desde el momento en que la chica entra ya hay alteración. Empuja la puerta, arrastra una zapatilla roja que había quedado detrás y después se mueve por la vivienda. A partir de ahí no puede hablarse de una escena intacta.

Nora dejó de respirar.

No fue la palabra zapatilla. De una zapatilla roja junto a la entrada había hablado desde el primer día. Lo que la dejó inmóvil fue lo otro:

detrás de la puerta. El peso blando frenando la hoja, el roce sobre las baldosas, el objeto desplazándose antes de que ella pudiera verlo. Durante meses aquella sensación había quedado sepultada bajo cosas mucho más terribles, y Nora no había sabido convertirla en una frase hasta que Daniel le enseñó las fotografías.

La imagen se detuvo.

Daniel no miró a Nora. Pidió a la periodista que confirmara la hora de la grabación y después le mostró las piezas publicadas durante las primeras cuarenta y ocho horas. Ninguna describía la posición de la zapatilla detrás de la puerta. La primera fotografía difundida del recibidor era posterior y mostraba el calzado ya desplazado junto a una pared, después de la entrada de Nora y de la intervención policial. La periodista confirmó además que aquella frase de Leza no se había incluido en la emisión.

La fiscal se levantó. No discutió la autenticidad de la grabación ni que el fragmento hubiera quedado fuera de la pieza emitida. Preguntó si la periodista podía asegurar que nadie hubiese contado a Leza aquel detalle antes de la entrevista.

—No —respondió ella.

—¿Puede saber con quién habló él aquella mañana?

—No.

—Entonces su grabación acredita que lo dijo. No acredita cómo lo supo.

—Eso es correcto.

Daniel no intentó obtener una respuesta más favorable. Esperó a que la periodista terminara y pidió únicamente que se proyectara la secuencia fotográfica de la entrada. La primera imagen útil mostraba la puerta abierta y la zapatilla desplazada hacia un lateral. No había ninguna fotografía anterior a la entrada de Nora ni al acceso de los agentes que permitiera ver el objeto detrás de la puerta. El atestado decía dónde fue recogido, no dónde se encontraba antes de que Nora cruzara el umbral.

Después Daniel situó dos horas en la pantalla: a la izquierda, la del vídeo de la entrevista; a la derecha, la incorporación al sistema de las primeras fotografías y del acta completa de inspección ocular. No dijo que esa diferencia probara un asesinato. Preguntó al técnico

si el bruto era anterior. Sí. A la periodista, si el detalle se había publicado antes. No. Y recordó al jurado, sin convertir aquello en un interrogatorio de Leza, que en la propia grabación él acababa de afirmar que no formaba parte de la investigación y que no tenía acceso a las actuaciones.

La fiscal se opuso cuando Daniel empezó a formular una conclusión sobre la procedencia del dato. El juez le dio parcialmente la razón. Recordó que el objeto del proceso seguía siendo la responsabilidad de Nora y que cualquier eventual responsabilidad de terceros se investigaba por su cauce propio. El jurado podía valorar la grabación y los demás elementos solo en la medida en que fueran relevantes para decidir si la versión acusatoria contra Nora estaba probada.

Daniel calló. No necesitaba pronunciar la palabra asesino.

Nora volvió la vista hacia la pantalla. Durante meses había pensado que Leza siempre iba un paso por delante. Ahora empezaba a entender que también podía cometer errores, y que bastaba con encontrar uno que pudiera demostrarse.

La sesión se suspendió poco después. No hubo esposas, ni confesión, ni nadie anunció que el asesinato estuviera resuelto. El jurado salió con la instrucción de no anticipar una decisión. La fiscal recogió sus documentos y Daniel se quedó quieto unos segundos, como si el cansancio hubiese esperado a que la pantalla se apagara para alcanzarlo.

Nora volvió a mirar la fotografía del recibidor. La zapatilla roja aparecía desplazada junto a la pared, un objeto menor durante meses entre sangre, cristales y pruebas mucho más visibles.

—Yo nunca dije que estaba detrás —murmuró.

Daniel cerró la carpeta.

—No.

—Ni que la puerta la arrastró.

—No.

Nora esperó algo más: una conclusión capaz de transformar aquella grabación en la certeza que había buscado desde el principio. Daniel no se la dio. Una zapatilla no bastaba para condenar a Gabriel Leza, del mismo modo que nunca había

permitido que un recuerdo, una grabación o una transferencia sostuvieran por sí solos todo el caso.

La grabación no explicaba por sí sola quién había matado a Inés. Hacía algo más limitado y, precisamente por eso, más difícil de apartar: añadía una contradicción verificable a la versión de un hombre que había asegurado no tener acceso a las actuaciones.

Nora miró de nuevo la zapatilla desplazada junto a la pared. Aquello no cerraba el caso. Pero, por una vez, el error no estaba en su memoria.

41. El veredicto

La imagen de la zapatilla roja abrió la última fase del juicio. Aún quedaban las conclusiones definitivas y los informes de las partes, una fase que Nora descubrió casi más agotadora que cualquier prueba nueva porque ya nadie iba a aportar hechos: todo dependía de cómo ordenara cada parte los que habían resistido hasta allí.

La fiscal mantuvo la acusación. Volvió a la convivencia entre Nora e Inés, a los mensajes, a las huellas en el arma y a los once minutos, y pidió al jurado que no confundiera las irregularidades de la investigación con una demostración automática de inocencia. Admitió los problemas de la primera estimación forense, la existencia de contactos que debían investigarse por separado y la necesidad de aclarar cómo conocía Leza determinados datos, pero insistió en que ninguna de aquellas piezas permitía reconstruir con certeza qué había hecho Nora después de entrar en el piso.

Daniel tampoco ofreció una reconstrucción cerrada. Recordó que correspondía a la acusación demostrar que Nora había causado la herida mortal y fue reuniendo de nuevo las piezas que impedían sostener esa conclusión: la valoración forense seguía siendo compatible con una muerte anterior a la llegada de Nora; antes de las 22:12:46 ya se había cargado una grabación en la que Inés discutía con una voz compatible con la de Leza; a las 22:14 alguien había avisado a la policía; la pericial digital practicada y ratificada durante el juicio había atribuido técnicamente los cuatro envíos a una sesión vinculada a la cuenta de Nora, no al uso físico del terminal que permanecía bajo las cámaras de la cafetería; las cámaras del edificio habían sufrido un vacío selectivo; existían alteraciones documentales y una cadena de comunicaciones que exigía otra investigación; y Leza había descrito un detalle reservado de la escena mientras afirmaba no tener acceso a las actuaciones.

—No les pido que elijan entre dos historias —terminó Daniel—. Les pido que decidan si la que acusa a Nora ha quedado probada con la certeza necesaria para condenarla.

Después de los informes, el juez se dirigió a Nora y le preguntó si quería hacer uso de su última palabra. Durante unos segundos pasaron por su cabeza todas las versiones que otros habían construido desde la noche del asesinato: hija violenta, fugitiva, celosa, inestable, culpable que fingía no recordar. Podía responder a cada una. Podía volver a explicar las 22:18, la canción, la sangre o la puerta. Pero ya había declarado dónde terminaba lo que sabía.

—No tengo nada que añadir —dijo.

Por primera vez podía dejar una frase sin completar porque ya no necesitaba llenarla para resultar creíble.

El juez dio por concluida la fase de informes y última palabra. Presentó a las partes la propuesta de objeto del veredicto y oyó sus observaciones sobre los hechos que debían incluirse o excluirse. Resueltas esas cuestiones, en audiencia pública fijó el objeto del veredicto y explicó al jurado las reglas con las que tendría que valorar los hechos probados y no probados. Solo entonces los miembros del jurado abandonaron la sala para deliberar.

La espera empezó cuando el juez terminó de explicar aquello que durante meses le había parecido imposible: el jurado no tenía que decidir qué versión resultaba más conmovedora, sino si la acusación había demostrado, con la certeza exigible para condenar, que ella había matado a Inés. Daniel había repetido muchas veces esa diferencia, pero escucharla allí hizo que Nora comprendiera hasta qué punto su vida reciente había quedado reducida a una pregunta que otras personas debían contestar sin ella.

El jurado salió poco antes del mediodía. La puerta lateral se cerró tras el último de sus miembros y nadie pareció saber qué hacer con el silencio que dejaron. La fiscal recogió algunos documentos. Daniel permaneció sentado, con las manos unidas sobre la carpeta de las conclusiones finales, mientras Nora miraba la pantalla apagada donde el día anterior se había proyectado la fotografía del recibidor. Ya no estaban la zapatilla roja, la cronología ni el rostro de Inés

detenido en el vídeo; solo una superficie negra que devolvía un reflejo impreciso de la sala.

Habían llegado al punto en que ninguna prueba nueva podía salvarla ni ninguna explicación adicional empeorar las cosas. Debería haber sentido alivio, pero la impotencia se parecía demasiado al miedo. Durante la instrucción siempre había existido una acción siguiente: leer un informe, responder a Daniel, soportar una visita, decidir si confiaba en Tesa. Ahora el jurado deliberaba en una habitación a la que ella no podía entrar y el resultado ya no dependía siquiera de su capacidad para resistir.

Daniel debió de advertir cómo miraba la puerta porque se inclinó ligeramente hacia ella.

—Puede tardar horas.

Nora asintió sin apartar los ojos del pasillo.

—¿Y si tardan mucho es malo?

—No significa nada. Y si tardan poco, tampoco.

La respuesta era tan propia de él que en otro momento Nora habría sonreído. Daniel llevaba meses quitando significado a todo aquello que no podía sostenerlo: un gesto, una pausa, una impresión, una coincidencia. Le había enseñado a desconfiar de la necesidad de interpretar cada silencio, aunque ambos sabían que era más fácil hacerlo con los silencios ajenos que con el que en ese momento había tras una puerta cerrada.

La devolvieron a una dependencia interior mientras continuaba la deliberación. No era una celda, aunque el mobiliario resistente y funcional recordaba demasiado a una. Había dos sillas, una mesa atornillada al suelo y una ventana alta que solo dejaba ver una franja de cielo. Nora se sentó e intentó no calcular cuánto tiempo llevaba allí. Un funcionario le ofreció agua y bebió apenas dos sorbos.

Pensó en Tesa, que habría regresado al centro penitenciario después de declarar y que probablemente conocería el resultado antes de que Nora pudiera verla. Pensó en Aurora, sentada durante días en la tercera fila, obligada a escuchar cómo la defensa discutía la muerte de Inés como una suma de horas, restos biológicos y contradicciones. Y pensó en Elena, a quien no había visto desde que

abandonó su casa y cuya ausencia había acabado convirtiéndose en otra forma de inquietud. Daniel solo le había dicho que estaba protegida y que había hablado con quien debía hablar. Nora no preguntó más: había aprendido que, cuando él utilizaba aquella fórmula, cierta información pertenecía a diligencias distintas y conocerla antes de tiempo no iba a ayudarla.

La puerta se abrió cuando ya había perdido la noción exacta de la hora. Daniel apareció acompañado por un funcionario y, antes de que hablara, Nora supo que el jurado había terminado. Llevaba la chaqueta abrochada y la carpeta cerrada bajo el brazo, como si ya no quedara ningún papel al que recurrir.

—Han alcanzado veredicto.

Nora se puso en pie. Durante una fracción de segundo sintió el impulso absurdo de preguntarle cuál, como si Daniel pudiera haberlo sabido antes que ella, pero la expresión de su abogado dejó claro que tampoco lo conocía.

El recorrido de vuelta a la sala fue más corto que cualquier otro de los días anteriores. Nora reconoció las paredes, la esquina donde siempre esperaba un funcionario, la puerta de madera con la placa metálica y el murmullo amortiguado del público al otro lado, pero tuvo la sensación de atravesarlo todo sin tocar realmente el suelo. Al entrar buscó a Aurora y la encontró en su sitio, con el rostro muy pálido y las manos apretadas alrededor del bolso. A dos filas de distancia estaba Elena.

Nora se detuvo apenas un instante.

Su madre había cambiado muy poco y, al mismo tiempo, parecía otra persona. Seguía llevando el cabello recogido de la misma manera y un abrigo demasiado grueso para el calor que hacía fuera, pero ya no estaba encogida sobre sí misma. Miraba hacia delante. Cuando sus ojos encontraron los de Nora, no levantó una mano ni intentó sonreír. Se limitó a sostenerle la mirada.

Daniel tocó suavemente el respaldo de la silla para indicarle que se sentara.

—Primero el veredicto —murmuró.

Los miembros del jurado entraron poco después. Nora había imaginado muchas veces aquel momento buscando en sus caras una

señal inmediata, pero la realidad era mucho más opaca. Se sentaron con la solemnidad cansada de quienes llevaban horas hablando de la vida de una desconocida y sabían que cualquier gesto podía interpretarse antes de que se pronunciara una sola palabra.

El portavoz se puso en pie cuando el juez se lo indicó.

La lectura empezó por los hechos que habían considerado probados y no probados. Nora oyó su propio nombre varias veces sin sentir que le perteneciera. Escuchó que no se había acreditado que ella hubiera causado la herida mortal de Inés Robles; que la valoración forense consideraba compatible una muerte anterior a su entrada en el piso, sin permitir fijar las 22:18 como una frontera médica exacta; que la cronología de la grabación y del aviso policial resultaba incompatible con la versión según la cual todo había comenzado después de su llegada; y que existían alteraciones y anomalías relevantes en pruebas incorporadas durante la investigación para las que la acusación no había ofrecido una explicación suficiente.

Los once minutos seguían sin una explicación completa, y su memoria conservaba lagunas. Precisamente por eso, cuanto más avanzaba la lectura, más difícil le resultaba respirar. El jurado no estaba aceptando una historia alternativa porque sonara mejor: estaba diciendo que la construida contra ella no bastaba para condenarla.

Cuando llegó la fórmula final, Nora ya no miraba al portavoz.

—No culpable.

Durante unos segundos siguió sentada exactamente igual, con las manos sobre las piernas y la espalda rígida, como si su cuerpo hubiera aprendido a desconfiar incluso de aquello que llevaba meses deseando. El sonido llegó después: un movimiento en el público, una respiración rota a su espalda, la voz del magistrado reclamando silencio. Daniel no la abrazó ni hizo nada que pudiera convertir aquel momento en una celebración. Solo acercó la mano a la mesa y la dejó allí, a pocos centímetros de la suya.

Nora fue quien cerró la distancia.

Apoyó los dedos sobre el dorso de su mano durante un instante y volvió a retirarlos.

El juez continuó hablando. Explicó las consecuencias procesales del veredicto y dictó en el acto sentencia absolutoria respecto de Nora, ordenando su inmediata puesta en libertad porque permanecía en prisión provisional exclusivamente por aquella causa. Las palabras jurídicas le llegaron deformadas por una idea que sobresalía sobre todas las demás.

Puesta en libertad.

Había imaginado tantas veces la puerta de la prisión abriéndose que, al escuchar que ocurriría de verdad, lo primero que sintió fue miedo.

Daniel la miró entonces y pareció comprenderlo.

—No tienes que saber todavía qué vas a hacer fuera —dijo muy bajo.

Nora tragó saliva.

Durante meses había contado los días según horarios que otros decidían: recuentos, comidas, llamadas, visitas, traslados. Antes de eso, durante años, había aprendido a medir cada movimiento por el humor de Tomás. Escapar de su casa había sido la primera decisión verdaderamente suya, aunque aquella libertad había consistido sobre todo en alejarse. Ahora le devolvían algo mucho más difícil que salir de una cárcel: la obligación de elegir sin saber todavía hacia dónde.

La sesión terminó sin convertir la sala en un lugar de justicia perfecta. Inés seguía muerta, Tesa continuaba cumpliendo una condena que aún no había sido anulada y la continuidad de aquella noche seguía rota después de buscar el pulso. La absolución corregía una acusación, pero no podía deshacer todo lo que aquella acusación había utilizado para existir.

Fue al salir de la sala cuando cambió el movimiento del pasillo.

Antes de llegar a las escaleras, Daniel consultó el teléfono y se detuvo.

—Han actuado contra Leza —dijo.

Nora lo miró.

—¿Qué significa eso?

—Que las diligencias que se abrieron por separado han avanzado. Ahora tendrán que investigar su posible relación con la muerte de

Inés, la manipulación de pruebas y la organización.

Nora tardó unos segundos en asimilarlo.

—¿Lo han detenido?

—Sí.

Por primera vez no había un cristal, una pantalla de televisión ni una mesa de interrogatorio entre ambos. Tampoco quedaba una acusación capaz de colocarla por debajo de él. Nora había esperado sentir satisfacción, pero apareció algo más silencioso. Leza seguía siendo el hombre que había intervenido en una parte de su infancia, el hombre al que Inés había temido y contra el que Tesa había perdido años de vida. Verlo detenido no solucionaba nada de eso.

Pero significaba que ya no era intocable.

—Esto no forma parte de tu sentencia —le recordó Daniel—. El juzgado que instruye las diligencias separadas recibió durante el juicio las actuaciones y los indicios que se fueron remitiendo. La medida que están ejecutando es de esa causa, no de tu veredicto.

Nora asintió. Le gustaba que incluso entonces Daniel se negara a darle una versión más bonita que la realidad.

—¿Y mi padre?

Daniel miró hacia Elena antes de responder.

—Lo han detenido esta mañana.

Nora sintió alejarse el ruido del pasillo.

—¿Por qué esta mañana?

—Porque tu madre declaró ayer ante el juzgado que investiga los hechos antiguos. Entregó documentación que llevaba años escondida y formalizó denuncia por lo que Tomás le hizo a ella y por su participación en lo ocurrido con Tesa. Había medidas preparadas y se ejecutaron cuando terminó la declaración.

La detención se había acordado en las diligencias separadas abiertas a partir de los indicios ya corroborados; la denuncia de Elena se incorporaría a ese procedimiento.

Nora volvió la cabeza hacia Elena.

Su madre seguía junto a una de las paredes, acompañada por una agente de paisano. Durante unos segundos ninguna se movió. Después Elena avanzó.

—Tenía que haberlo hecho antes —dijo al llegar hasta ella.

La frase podía arrastrarlas hacia todos los años que no cabían en aquel pasillo: las veces que Nora había deseado que su madre se enfrentara a Tomás, la rabia de haber tenido que escapar sola, la culpa de Elena y la suya. Nora le sostuvo la mirada unos segundos. Le bastó con verla allí.

—Lo has hecho ahora —respondió.

Elena cerró los ojos un instante. Cuando volvió a abrirlos, no intentó tocarla hasta que Nora dio el primer paso. El abrazo fue breve y torpe, cargado de todo lo que habían vivido y de todo lo que todavía les costaba decirse.

Horas después, terminaron los trámites y Nora atravesó por fin la última puerta que la separaba del exterior. Fuera todavía hacía calor, aunque el aire empezaba a refrescar. Se detuvo en la acera sin saber hacia qué lado caminar. Daniel estaba unos pasos detrás, hablando por teléfono. Elena y la agente aguardaban junto a un coche. Aurora salió del edificio poco después y se acercó a Nora.

—Cuando puedas, pásate por el café —dijo.

—Iré.

Aurora le apretó el brazo un instante y se despidió de Elena antes de marcharse. Nora se quedó con su madre.

Miró hacia atrás.

La puerta del edificio permanecía abierta porque varias personas entraban y salían. No se parecía a la de madera de su infancia, ni a la del piso de Inés, ni a la metálica de la celda. Era solo una puerta cualquiera y, aun así, Nora tardó en apartar los ojos de ella.

No se sentía curada. Seguía sobresaltándose con algunos sonidos. Continuaba sin poder reconstruir de principio a fin la franja de once minutos de la noche en que murió Inés y había recuerdos más antiguos que quizá nunca llegaran a ordenarse del todo. Esa noche se iría con Elena. Después tendría que decidir qué hacer con sus cosas, dónde quería quedarse y cómo organizar por sí misma sus días. También tendría que acostumbrarse a que algunas personas la reconocieran y ya se hubieran formado una opinión sobre ella.

Pero nada de eso significaba que tuviera que volver a desaparecer.

Nora descendió el primer escalón y eligió hacia dónde caminar.

EPÍLOGO

La puerta abierta

Habían pasado cuatro meses desde el veredicto cuando Nora acompañó a Tesa al cementerio por primera vez. El invierno empezaba a retirarse de la ciudad y la mañana tenía una luz pálida, todavía incapaz de calentar, que dibujaba sombras limpias entre los cipreses. Tesa caminaba unos pasos por delante, con un abrigo oscuro que Nora no le había visto nunca y aquella forma contenida de moverse que conservaba de la prisión, como si incluso fuera de los muros necesitara medir el espacio antes de ocuparlo. Tesa disfrutaba aquel día de un permiso ordinario de salida y había querido emplear parte de esas horas en visitar la tumba de Inés. Tenía que regresar al centro esa misma tarde.

La defensa de Tesa ya había promovido el recurso extraordinario de revisión de la sentencia firme, apoyado en los nuevos elementos surgidos de la investigación sobre Leza y en la documentación recuperada de Inés. El procedimiento seguía abierto y ninguna resolución había anulado todavía la condena. Daniel se lo había explicado a Nora con una frase que ella no olvidaba: la justicia podía tardar mucho más en reconocer un error que en cometerlo. Tesa había escuchado sin quejarse. Después de tantos años, ya no confundía una posibilidad con una promesa.

La tumba de Inés estaba al final de una hilera estrecha, bajo un árbol todavía desnudo. La lápida era sencilla, de piedra clara, con el nombre y las fechas grabados y nada debajo. Nora agradeció que no hubiera una frase. Desde el asesinato había visto a demasiada gente intentar reducir a Inés a una sola palabra: víctima, informante, amante, testigo, investigadora. Ninguna bastaba. Tampoco habría bastado una inscripción elegida con cuidado por alguien que quisiera

explicar en una línea qué había significado su vida. Nora sabía que Inés había sido muchas cosas a la vez.

Tesa se detuvo a varios pasos y tardó en avanzar. Nora se quedó detrás, sin tocarla. Recordó la primera vez que aquella mujer la había observado desde el fondo de la biblioteca del centro penitenciario, con una autoridad silenciosa que entonces había confundido con amenaza. Costaba encajar aquella imagen con la de ahora. Tesa seguía teniendo la espalda recta, la voz áspera y una manera casi hostil de proteger aquello que le importaba, pero Nora ya sabía cuánto podía costar esconder durante años una parte de la propia vida.

—No sé qué se supone que tengo que decirle —murmuró Tesa.

Nora miró la lápida.

—No creo que se suponga nada.

Tesa soltó una respiración que quizá fue una risa y por fin avanzó. Llevaba unas flores envueltas en papel marrón. Las dejó junto a la piedra con un cuidado extraño en sus manos habitualmente bruscas y permaneció agachada unos segundos, retirando con los dedos la tierra húmeda acumulada en el borde. Nora desvió la mirada hacia los árboles. Había aprendido que acompañar a alguien también podía consistir en no mirarlo.

Cuando Tesa se incorporó, tenía los ojos enrojecidos, aunque no lloraba. Al principio no habló de la muerte de Inés, sino de cosas pequeñas que Nora no conocía: de niña se negaba a comer tomate y después podía pasarse semanas alimentándose casi solo de bocadillos con tomate; aprendió tarde a montar en bicicleta porque Tesa había tenido miedo de soltar el sillín; cuando se enfadaba de verdad no gritaba, empezaba a ordenar compulsivamente cualquier superficie que tuviera cerca. Nora reconoció el gesto enseguida. Inés había reorganizado tres veces la cocina la noche después de que ella encontrara la carpeta azul.

—Eso lo hacía todavía —dijo.

Tesa la miró.

—¿Sí?

—Cuando estaba nerviosa. Abría armarios, cambiaba los vasos de sitio y luego decía que llevaba meses queriendo hacerlo.

La expresión de Tesa se quebró de una forma que Nora no le había visto ni siquiera durante su declaración en el juicio. No lloró abiertamente. Fue algo más contenido y, por eso mismo, más difícil de sostener: la certeza de reconocer a la hija adulta en un hábito infantil al que no había podido asistir durante años, como si aquel gesto cotidiano devolviera de golpe todo el tiempo que les habían quitado.

Nora se acercó y se quedó a su lado. No intentó decirle que Inés había sabido cuánto la quería ni que algún día todo aquello se repararía. Había frases que, dichas para consolar, terminaban ocupando un dolor que no les pertenecía. Permanecieron allí mientras el viento movía las ramas y el ruido de la carretera llegaba amortiguado desde el otro lado del muro.

A Nora le sorprendió no sentir miedo.

Durante meses había imaginado que acercarse otra vez a cualquier cosa relacionada con Inés devolvería de golpe la escena del piso: el olor metálico, la música, la copa rota, el cuerpo junto a la puerta. Algunas noches todavía ocurría. Despertaba convencida de haber oído la canción y necesitaba encender una luz para recordar dónde estaba. Había empezado terapia poco después de salir de prisión. Una de las primeras cosas que fue entendiendo allí era que mejorar no significaba dejar de tener respuestas antiguas ni despertarse un día sin miedo, sino aprender a reconocer esas reacciones antes de dejar que decidieran por ella.

Ahora podía mirar el nombre de Inés y recordar también la ventana abierta en invierno, el café demasiado fuerte y aquella manera de enseñarle a orientarse por la ciudad fingiendo que no llevaba cada calle memorizada. La noche del asesinato seguía dentro de su historia. Ya no se lo comía todo.

—Tu madre me llamó ayer —dijo Tesa cuando empezaron a alejarse de la tumba.

Nora volvió la cabeza.

—¿A ti?

—Me pidió perdón.

No esperaba eso. Elena se había marchado del pueblo pocas semanas después del juicio y vivía en un piso pequeño a casi

trescientos kilómetros de la casa en la que Nora había crecido. Trabajaba algunas horas en una residencia y todavía preguntaba antes de llamar, como si incluso entonces necesitara permiso para ocupar unos minutos en la vida de su hija. Nora había ido a verla dos veces. La primera visita estuvo llena de silencios y la segunda fue algo mejor, no porque hubieran resuelto el pasado, sino porque ambas habían dejado de fingir que una tarde bastaba para hacerlo. Seguían quedando cosas que ninguna sabía todavía cómo nombrar.

—¿Qué le dijiste?

Tesa se encogió ligeramente de hombros.

—Que yo no era la persona a la que tenía que pedirle permiso para seguir viviendo.

Nora sonrió sin querer.

—Suena a ti.

—También le dije que declarar había servido.

Aquello ya no sonó brusco. Nora pensó que, viniendo de Tesa, quizá era lo más cerca que Elena estaría de recibir una absolución de su parte durante mucho tiempo.

A la salida del cementerio, Daniel las esperaba junto a su coche. Había insistido en acercarlas porque después debía acompañar a Tesa de regreso y porque, según había dicho por teléfono, necesitaba hablar con Nora de algo que no quería explicarle entre correos y archivos adjuntos. Desde el final del juicio, su relación había cambiado menos de lo que otras personas parecían esperar. Daniel seguía enviándole mensajes demasiado largos para asuntos simples, seguía corrigiendo cualquier interpretación jurídica que Nora hiciera con demasiada seguridad y seguía negándose a decirle qué debía hacer con su vida. La diferencia era que ya no había una mesa de defensa entre ambos ni una acusación que ordenara cada conversación y obligara a medir cada palabra.

Esperaron a dejar a Tesa antes de hablar. Durante el trayecto, ella pasó casi todo el tiempo mirando por la ventanilla, con las manos vacías y una expresión fatigada que Nora prefirió no interpretar. Al despedirse, Tesa le apretó el antebrazo y prometió llamarla cuando supiera algo nuevo sobre la revisión. Ninguna de las dos dijo libertad.

Daniel condujo después hasta una cafetería cercana a su despacho y pidió dos cafés. Solo cuando se sentaron sacó del maletín una funda transparente con una hoja dentro.

—Marta Rius recuperó esto de una de las imágenes parciales del segundo teléfono —dijo—. No estaba en el conjunto que utilizamos en el juicio porque entonces no había podido reconstruirse con garantías suficientes. Ahora han podido verificar de dónde procede y cómo encaja con los otros archivos.

Nora no tocó la funda. A esas alturas sabía que una hoja de papel podía resultar más peligrosa que muchas cosas que parecían amenazantes a primera vista.

—¿Qué es?

—Una página de la relación de pagos que Inés estaba reconstruyendo.

Daniel la deslizó hacia ella. Había fechas, cantidades, abreviaturas de empresas y nombres que Nora reconoció de los documentos anteriores. Algunas líneas llevaban las iniciales GL. Otras estaban vinculadas a sociedades que ya habían aparecido en la investigación contra Leza. Nada de eso era nuevo. Lo distinto estaba en el margen derecho: varias transferencias de mayor cuantía terminaban en una letra escrita siempre de la misma manera.

Una sola inicial.

Nora la miró unos segundos.

—No es la de Leza.

—No.

—¿Sabéis quién es?

Daniel negó con la cabeza.

—Todavía no. Y tampoco sabemos si identifica a una persona, una sociedad o una clave interna. Lo único que podemos afirmar es que aparece por encima de varios movimientos que Leza autorizaba o distribuía después.

Nora volvió a la página. Durante tanto tiempo había imaginado a Gabriel Leza como el centro de todo que descubrir una posible dirección por encima de él debería haberle provocado el mismo vértigo de meses atrás. Sintió inquietud, claro, y aquella vigilancia automática reapareció en alguna parte de su cuerpo en cuanto algo

amenazó el equilibrio recién aprendido. Pero no tuvo ganas de levantarse, desaparecer ni cambiar de nombre.

—Inés sabía que había alguien más.

—Probablemente sospechaba que Leza no era la cúspide. No sabemos cuánto llegó a averiguar.

—¿Y esa persona sabe quién soy?

Daniel tardó en responder. Nora agradeció que no eligiera una mentira tranquilizadora.

—Es posible.

Nora no respondió.

Meses atrás habría bastado para que Nora empezara a calcular rutas, teléfonos nuevos y lugares donde nadie pudiera encontrarla. Esta vez apoyó las manos sobre la mesa y respiró hasta que la tensión volvió a ser solo tensión, no una orden.

—¿Qué vas a hacer con esto?

—Yo, nada. La página ya está incorporada a las diligencias que siguen abiertas. Hay gente trabajando en ello que tiene más medios y más competencia que yo.

Nora levantó una ceja.

—Eso te ha costado decirlo.

Daniel sonrió.

—Muchísimo.

Ella miró la hoja una última vez antes de devolvérsela. No quiso una copia. Durante demasiados meses había creído que debía cargar físicamente con cada prueba, guardar cada papel y recordar cada detalle por si alguien intentaba hacerlo desaparecer. Aquello ya no le correspondía, y por primera vez pudo aceptarlo sin sentir que estaba abandonando nada.

Cuando salió de la cafetería, empezaba a caer la tarde y las luces de los comercios se encendían una tras otra. Caminó sola hasta el piso que había alquilado después del juicio, pequeño, en una calle que Inés nunca había recorrido con ella. Al llegar al portal buscó las llaves y se detuvo ante la puerta de cristal.

Había pasado demasiada parte de su vida frente a puertas cerradas por otros: la de la casa de Tomás, la de aquella construcción de su infancia, la del piso de Inés convertido en escena

del crimen, la de la celda 214. Y estaba también aquella otra, la que una niña aterrorizada había abierto años atrás sin saber todavía que al hacerlo permitía escapar a una mujer.

Nora introdujo la llave y empujó.

Entró sin mirar atrás.

A más de cuatrocientos kilómetros de allí, un hombre colocó una carpeta sobre el fuego de una chimenea y esperó a que las primeras hojas empezaran a curvarse por los bordes. No tenía prisa. Sabía que destruir información demasiado deprisa podía llamar tanto la atención como conservarla.

Sobre la mesa quedaban otros documentos, un teléfono sin tarjeta y tres fotografías separadas del resto antes de encender el fuego. Tomó la primera y la dejó caer entre las llamas. Después la segunda. La tercera permaneció unos segundos entre sus dedos.

Era una imagen de Nora tomada meses antes del asesinato de Inés, cuando todavía trabajaba intentando pasar inadvertida en una ciudad que no conocía.

El hombre la observó sin expresión. Guardó la fotografía en el bolsillo interior de la chaqueta y acercó al fuego la última página de una relación de pagos.

En la esquina inferior aparecía la misma inicial que Daniel acababa de enseñarle a Nora.

Gracias por llegar hasta aquí

Si estás leyendo estas líneas, significa que has acompañado a Nora hasta el final. Y, como autora independiente, eso tiene para mí un valor enorme.

Escribir una novela supone meses de trabajo, dudas, correcciones y muchas horas intentando conseguir que una historia que solo existe en tu cabeza termine llegando a las manos de alguien que decide darle una oportunidad.

Publicar de forma independiente significa también implicarse en todo el proceso para conseguir que esa historia encuentre su lugar y llegue poco a poco a nuevos lectores.

Si **La versión de Nora** te ha gustado, dejar una reseña en Amazon es una de las maneras más sencillas de apoyar mi trabajo. No hace falta escribir mucho: unas palabras sinceras sobre tu experiencia pueden ayudar a que otros lectores descubran la novela y decidan darle una oportunidad.

Gracias por haber elegido este libro entre tantos otros.

Y, especialmente, gracias por haber llegado hasta el final.

Míriam P. Andreu